

BECKA BLACK  
EL SEPTIMO  
PUENTE



Becka  
Black

# EL SEPTIMO PUENTE

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: El Séptimo puente.

©Becka Black, 2018.

Diseño de portada: Adyma Desing.

Maquetación: Adyma Desing.

Esta novela fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid con el número de registro 49/552582.9/18.

Esta novela fue autopublicada en Amazon en enero de 2019.

*A tod@s l@s que leísteis “La Cripta del ángel”  
y me obligasteis a escribir una continuación  
que no estaba prevista. A veces los lectores pesados  
hacéis grandes cosas. Sois maravillos@s, gracias.*



## **El hombre o el monstruo**

*Ve y diles que están acabados.*

*El sueño es para los débiles.*

***Sleep for the weak (Lost Frecuencias)***

### **Will**

No puedes escapar de lo que has visto.

Me domina la espantosa sensación de que con solo cerrar los ojos y concentrarme, podría resucitar lo que viví en La Cripta. Que las sombras laten y se levantan del suelo exigiendo venganza. Mi venganza. Y que desde ese día puedo oler la maldad.

La tengo cerca, gruñe y jadea, me provoca. Yo enseño los dientes y permito que me guíe. Son las doce y veinte de la noche sobre los callejones de Brooklyn, no hay un alma en los alrededores, solo los chorros de humo que saltan desde las alcantarillas, algún que otro grupo de turistas borrachos vagando sin rumbo y las sirenas de los coches de policía patrullando la ciudad.

Esa policía que jamás está cuando se la necesita. El aire que se mueve a

mi alrededor parece hielo. Hundo las manos en los bolsillos del gabán y me arrebujó sin dejar de caminar. Mis pies van por libre siguiendo la pista de mi olfato, porque husmeo el aire como un lobo que acorrala a su presa.

¿En quién demonios me he convertido? ¿En quién, después de aquello?

No he vuelto a Boston, cada mañana acudo al departamento de policía de Manhattan y finjo que nada ocurre. Me comunico menos de lo habitual y eso ya era lo mínimo. Algunos me miran como a un bicho raro, me importa un bledo, lo soy desde los tiempos góticos del instituto. Solo ella me aceptó tal y como era, con mi oscuridad, con mi pack de excentricidades...

Me seco las lágrimas con un revés violento. Debo dejar de pensar en Stella porque no va a volver.

Siguiendo una costumbre enfermiza, al dar las doce suelo salir de casa. Doy una vuelta, o dos, o tres, buscando algo a lo que no sé poner nombre. A veces lo encuentro, a veces no. Esta noche será sí. Porque además de oler la escena, acaba de presentarse ante mis ojos.

Un callejón mugriento sin salida. Oscuro, atestado de cubos de basura. Ella tirada en el suelo con la ropa hecha jirones. Él acaba de darle una bofetada y le sangra el labio, pero sigue defendiéndose. O al menos lo intenta. No tiene ninguna oportunidad. Oigo gruñidos de animal, palabrotas que excitan al atacante y veo su polla erecta meterse entre las piernas de la chica. Pese a la mano abierta que le taponaba la boca, ella grita.

Entonces, de dos zancadas irrumpo como una bestia hambrienta. Mis garras se lanzan contra su espalda, lo atrapo por la chaqueta y de un tirón brutal lo separo de su víctima. El muy desgraciado apenas se da cuenta de lo que está pasando, tiene los ojos vidriosos y el rostro congestionado, cegado por la lujuria. No reacciona cuando de un puñetazo lo tumbo. Giro hacia la chica que me mira horrorizada, con la boca seca de chillar y los ojos desorbitados. Le tiendo una mano enguantada pero en lugar de aceptarla, intenta tapar su desnudez y jadea. Sin retirar mi ofrecimiento, estoy mirando cómo su pecho sube y baja, cuando el malnacido que la estaba violando vuelve a la vida y por detrás, me ataca. Ella me advierte pero no hace falta, ya lo ha hecho la oleada de maldad salvaje que emana de su cuerpo, el insoportable hedor que me alcanza y me mareo. Volteo sobre mis talones y antes de que reaccione, estiro y cierro los dedos en torno a su cuello aplastándole la nuez con el talón de mi mano enorme. Aprieto. Aprieto más. El tipo se sacude, forcejea, trata de liberarse pero el hierro de mi cepo es invencible. A través de los guantes, noto latir su pulso contra mi piel.

Acelerado. Ralentizándose. Tengo sus dedos sobre los míos tratando de separarlos pero no puede. No puede huir, igual que ella tampoco podía hacer solo unos minutos. Lo miro sin compasión alguna. Sus ojos agonizan.

—Ojo por ojo, hijo de puta —silabeo con asco.

Solo cuando deja de respirar, aflojo el garfio y el fulano cae contra los adoquines como un fardo inerte. Ni lo miro siquiera, toda mi atención la concentro en la chica que se ahoga con su propio llanto y clava en mí unas pupilas dilatadas por el pánico. Seguramente no sabe qué esperar de alguien que acaba de asesinar a sangre fría. Vuelvo a extender una mano. Para mi sorpresa, esta vez la acepta y trabajosamente logra ponerse en pie.

—¿Estás herida? —pregunto. Niega con la cabeza— Ve al médico a que te echen un vistazo. No está de más.

—¿Lo has...?

No termina la frase. Puedo entender cómo se siente.

—Se ha hecho justicia. Pero por tu bien, olvida lo que has visto.

—¿Quién eres?

Sonrío con amargura. Daría lo que no tengo por saber responder a esa pregunta.

—Ningún superhéroe de cómic, te lo aseguro. Solo un hombre al que la maldad le ha arrebatado todo.

Poso un segundo la mano en su cabeza, la acaricio como si se tratase de una niña, doy media vuelta y desaparezco. Lo he hecho de nuevo. Soy consciente de que solo hay una salida. No más contacto humano, no más calle. No más vivir.



## Todo regresa

*Recuerdo el amanecer, corriendo de patio en patio.*

*Sin miedo de alejarnos, fuera hasta muy tarde.*

*Safe (Daya)*

## Nina

Los ojos de Stefan se me clavan hasta que duelen. Lo hace a propósito, sabe el daño que provoca, que así me tiene en sus manos, es una mirada que paraliza.

—¿Estarás a la altura de las circunstancias? —pregunta.

—No... lo sé —balbuceo. Y hundo las pupilas en la alfombra, incapaz de mantener esta batalla y salir indemne.

Stefan me toma de la barbilla, me obliga a levantar la cara.

—Acepta tu verdadera naturaleza, Nina, acepta lo que eres y en lugar de deprimirte, siéntete orgullosa. Nuestro será el futuro.

Debe leer en mí algo que no le gusta, porque alza una mano abierta y sin motivo, me abofetea. El golpe alcanza el lateral de mi rostro, la zona del oído que emite un pitido y me deja sorda, aturdida. Duele. Me llevo la mano



a la mejilla incendiada y él descarga otra bofetada en la piel al descubierto.

—No se permiten débiles.

—Stefan, yo no quiero... No comprendo lo que me dices, no...

Sus manos son como garfios de hierro cuando sacuden mis hombros. A pocos metros, los troncos arden en la chimenea y tengo tanto miedo que me arrojaría dentro con tal de desaparecer.

—Sacaré de ti lo que se supone que eres, aunque tenga que molerte a palos.

—¡Stefan, no! ¡Por favor... no!

Un puñetazo en el estómago me dobla por la mitad. Caigo de rodillas ante él. Espera que me recupere para lanzar una patada directa al costado que me corta la respiración y me tira al suelo.

—No diré nada, te lo juro, deja que me vaya.

—Eso, mi querida Nina, no es en absoluto negociable.

Desperté empapada en sudor, sentada de un salto sobre el colchón. Aterrorizada, con el corazón en loca carrera a la destrucción. Los ojos llenos de lágrimas, temblando.

—Nena ¿estás bien?

La voz ronca y sensual de Martin me devolvió a medias a la realidad. Pero no lo bastante como para poder hablar. Tragué saliva en una garganta demasiado reseca.

—Otra vez las pesadillas.

—Sí —confirmé—. Los monstruos regresan.

Me abrazó sin pedir más. Contra su pecho me refugié, entre sus brazos poderosos perdí parte de mis miedos. Martin lo era todo para mí. Absolutamente todo. Nuestra cama mi hogar. El despertador sobre la mesilla derecha saltó con su melodía, la que entre los dos habíamos elegido para abrir los ojos: *Faded* de Alan Walker. Martin hizo ademán de interrumpirla.

—No, deja que suene. Es maravillosa. Así me siento a veces, perdida. —Me retorció un bucle oscuro que caía sobre el hombro—. Completamente perdida en mi propio pasado.

—¿Puedo preguntar quién te ha visitado hoy?

—Stefan.

Lo oí suspirar profundo. Maldecir entre dientes.

—Te hizo mucho daño. —Y no estaba preguntando, Martin afirmaba.

—En su empeño por reclutarme, sí, intentó destruirme.

Con la punta de los dedos me secó los ojos. Con delicadeza y ternura, retiró de mi cara los mechones de pelo mojado.

—Nena, no tienes que contármelo si no quieres.

Lo sabía. Martin me había interrogado mil veces y yo siempre me había negado a dar explicaciones acerca de aquellos aspectos de mi pasado. En realidad, todo lo ocurrido antes de encontrármelo era un borrón difuso que él aceptaba sin protestar. Se merecía saber algo, la Fe no es infinita, como tampoco el amor. No podía permitir que lo nuestro se rompiera.

—Stefan fue el primero que me habló de la resurrección de Lucifer. — Volví a dejarme caer, acurrucada contra el cálido cuerpo de Martin, sintiendo sus fuertes piernas enredadas en las mías—. Te juro que creí que estaba loco o que me tomaba el pelo, pero no. al igual que el matrimonio Trumann, era un fanático seguidor de esa secta dirigida a sacrificar personas en nombre de Satán. Se refería a ellos como su familia y me explicó que era el elegido.

—El elegido ¿para qué?

—Para materializar la reencarnación de la Mano Maestra. Lucifer.

—Suenan ridículo.

—Tú sabes tan bien como yo que es real, ellos esperan su Mesías oscuro y no se detendrán ante nada. Me asusté, Martin. Su presión era enfermiza. Lo sabía todo acerca de mi pasado, mis años en el orfanato, el incendio que asoló mi casa y mató a mi familia. No tuve que aclararle nada, igual que yo, dio por hecho que fui la causante de tanto horror.

—Fue Anna, mi vida, tú no tuviste ninguna culpa. —Me besó la sien con dulzura.

—¿Quién lo sabía en ese momento? Stefan solo ahondó en la herida que ya existía, la que sangraba a diario. Lo creí porque tenía sentido. O porque era más fácil aceptar la maldad que latía en mí, mi odio contra el mundo. Solo quería a Laurie, solo ella me trató con cariño... hasta que te conocí a ti.

El nudo de nuestro abrazo se hizo más apretado.

—Entonces quise dejar a Stefan, cortar nuestra relación. Y me pegó una paliza.

—¡Dios mío! Y ese maldito hijo de puta era mi hermano, mi hermano mayor.

—No fue la única, Martin, solo la primera. Sus lecciones venían siempre en forma de golpes violentos.

Sentí cómo se tragaba la ira. A trompicones, como piedras sólidas bajando por su garganta.

—¿Crees que se suicidó por amor? —preguntó pasado un rato—  
¿Porque tú y yo estábamos sintiendo algo el uno por el otro, como aseguraba Stella?

—Puede que se suicidara por honor. Porque llegado un momento debía quitarse la vida para que su amo regresara y ocupase su cuerpo. Stefan no me amaba, me poseía.

Los dos nos quedamos callados. Más cerca, sintiendo el roce de la piel del otro, el calor que desprendíamos. Yo recuperando el pulso de la vida fuera de La Cripta. Cada día era una nueva prueba de resistencia. Difícil, enrevesada, pero merecía la pena ser fuerte un poco más y aprender a vivir. Nadie dijo que fuera a ser fácil.

—Estas pesadillas me matan lentamente —susurré contra su pecho. Los dedos de Martin se perdieron por entre mi pelo.

—Conozco un buen psiquiatra, uno de los mejores de Manhattan, trató a mi madre de su depresión. ¿Harías el favor de visitarlo?

—No creo en matasanos de ninguna clase —sentencié alejándome. Martin me lo impidió apretándome más contra su cuerpo.

—¿Ni siquiera por mí? Un intento, no significa que funcione. Por favor, Nina, te lo ruego. Tenemos que luchar por conquistar la normalidad.

Normalidad, qué espantosa palabra, casi me provocaba náuseas.

—No sé si está en mi mano...

—Te estás dando por vencida antes de intentarlo y eso no es propio de la Nina que yo conozco. La chica que amo con toda mi alma, no se deja pisar, se retuerce, aúlla y esgrime la espada con fiereza.

Dejé ir una suave carcajada. Martin tenía esa forma un poco cómica a veces, de exponer las cosas...

—Nina, reina de las Amazonas.

—Algo así. Por favor, cariño, visítalo. No tienes nada que perder.

Giré sobre mi eje para mirarlo. Sus ojos cobalto eran una tentación brillando en la semioscuridad.

—Que quede claro, si lo hago lo hago por ti.

—De acuerdo.

—Y me deberás una. —Me mordí el labio con lascivia. Y con la punta del dedo recorrí la hendidura entre sus pectorales. Noté cómo se estremecía.

—Te deberé todas las que quieras. Me encanta deberte cosas, tener

muchas deudas pendientes con mi chica e ir las pagando... poco a poco.

Me cubrió con su peso. Su mano derecha atrapó mis muñecas y vi mis brazos estirarse más allá de mi cabeza. Me sentí prisionera del deseo, de su erección crecida contra mi vientre. Abrí las piernas ansiosa por tenerlo dentro. No había ropa que apartar, dormíamos desnudos, fusionado uno contra la piel del otro y el más simple roce nos encendía. Follar con Martin no se parecía a nada que yo hubiese experimentado antes, era más. Otro horizonte, una dimensión desconocida. La redención con mayúsculas. Nina Gautier, reina de todas las perversiones, de los juegos y la lujuria, pero no del amor. No de las caricias, no de los besos que vuelcan el alma a través del aliento. No de lo que él me daba.

La abrumadora necesidad de sentirlo me hizo jadear. El cruce de nuestras pupilas marcó un momento inigualable porque quedaron enganchadas, hablándose, como siempre. Nuestros ojos pronunciaban con naturalidad las frases que a mí se me resistían, no estoy hecha para romanticismos, lo que no implica que no los sienta. Soy sensiblera y estúpida por dentro, lo admito, pero prefiero no perder el aura de tipa dura que me caracteriza, no sé comportarme de otra manera. Alcé las caderas para facilitar la penetración. Dentro, dentro, hasta el fondo, cuanto antes. Llenándome, grueso y apetecible. Ronroneé cerca de su oreja.

—¿Te he dicho ya que tienes el mejor empuje de Manhattan?

—¿Solo de Manhattan? —Embistió con fuerza y sentí su miembro adentrarse en mis entrañas como una biela engrasada. Un largo y agónico gemido de placer escapó de mi garganta.

—Oh, joder... sí...

Mantuve alto el pubis, forzando un roce delicioso directo contra mi clítoris mojado. Lento y profundo, acompasado con nuestra respiración. Podía notar su tacto hasta en los pliegues más íntimos.

—Hazme tuya, amor, poséeme hasta que no te quede vida.

Martin aceleró el ritmo de acometida y se convirtió en dueño del momento. Luché por mantener el paso, pero sus dedos trenzados sobre los míos significaban tanto, sus pulgares dibujando pequeños círculos sobre mis muñecas expuestas, sus labios pegados a mi boca murmurando mi nombre, sumaban mucho al acto sexual, lo arrancaban de lo físico y lo catapultaban a las alturas, a zonas del firmamento emocional que yo nunca antes había visitado. Él lograba que mi raciocinio se diluyera en la nada. Literalmente, entregarme a Martin se comía mi miedo.

Lo devoraba. Como una hoguera el papel.

Pero luego volvía.

Nos corrimos dos veces. La primera con él dentro de mi vagina, a ritmo salvaje y poderoso, la segunda yo sobre Martin, con mi sexo contra su boca y su grueso miembro dentro de la mía. Siempre, cada vez con él, era perfecto. Dos cuerpos que habían tardado en reencontrarse pero que sin duda se pertenecían. ¿Cómo confesarle la tormenta que escondía dentro? Y guardar silencio... ¿acaso era buena idea?

Después del arretrato carnal, cuando los suspiros y los jadeos se apaciguaron, nos quedamos quietos, abrazados en silencio, yo tumbada sobre mi costado izquierdo, encajada en el hueco que formaba su portentoso cuerpo. El índice de Martin recorrió mi piel tatuada con la punta. Sentí un absurdo escalofrío.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué cubriste tu piel con todos estos dibujos? Tardé un tiempo insoportable en ser capaz de responder.

—Por diversión —fruncí los labios—. Soy una chica mala ¿recuerdas?

Sus dedos enredaron los mechones de mi melena, tiraron hacia atrás y me obligaron a levantar la cara. Su lengua recorrió mi mandíbula.

—Por eso me gustas, por tu irresistible depravación.

—Más te vale.

De fondo sonaba *StarBoy* de The Weekend, envolviéndonos con su erótica melodía. Al perdernos entre las sábanas, todo se tornaba magia, carne y excelencia. La intensidad de los orgasmos nos hacía perder la razón. Martin era mío y yo le pertenecía por encima de todas las cosas. Pero ¿me pertenecía a mí misma? ¿Quién era el dueño de mi alma?

No pude conciliar el sueño. A mi lado descansaba un cuerpo de demencial perfección, de músculos cincelados y tentadores, sus largas pestañas arrojando sombras sobre sus pómulos, su boca deseable, aquel aliento calmado. Y además me amaba. Y yo a él. Estaría loca si pensara abandonarlo, pero nada pesa tanto como un pasado oscuro y el mío lo era. Mucho. Demasiado como para confesarlo.

Dejé la cama y me cobijé en el salón, desnuda por completo con un pitillo entre los labios. Miré a través de las cristaleras cómo el invierno se cebaba contra la isla, la niebla difusa que desdibujaba el perfil de los rascacielos. Allí dentro parecía reinar una burbuja de paz y engañosa seguridad. Tan de mentira como mi respuesta.

No me tatué el lado derecho del cuerpo por diversión. Nada de eso.



## **Nadie vuelve entre los muertos**

*Las sombras me conocen,  
dejemos el mundo atrás.*

***Darkside (Alan Walker)***

### **Will**

En una noche de perros en la que ni los perros se atrevían a asomar el hocico, la furgoneta negra era un bloque de nada circulando por el asfalto mojado. Compacta, silenciosa, casi un monstruo al acecho. Los cristales tintados de oscuro y el vaivén de los limpiaparabrisas despejando la cortina de agua helada que caía de las alturas. Manióbró para abandonar las inmediaciones de la morgue atravesando la barrera de acceso inverso que se alzó mecánica, para pasmo del vigilante que regresaba del baño. ¿Cuándo demonios se había colado aquel vehículo en el perímetro? No lo había visto, no lo había registrado y lo más importante, no le había franqueado el acceso en ninguna dirección. Ni a la entrada ni a la salida.

Era hombre de escasas preocupaciones, no solía darle vueltas a casi

nada que no fuera un buen partido de beisbol, de modo que dedujo que el conductor dispondría de mando a distancia propio, personal autorizado y con los autorizados no se discute. Menos a las tres de la mañana de una noche infernal como aquella. Se encogió de hombros y se refugió en su garita sin mirar siquiera la matrícula de la furgoneta. 00666 de Nueva York.

\*\*\*

Llovía y el cielo se abría al amparo de mil truenos. Una noche más. Otro espantoso circuito de veinticuatro horas que se agotaba sin mitigar mi dolor. A oscuras, con el tema *Limit of love* de Boy & Bear sonando en bucle y el corazón sangrando. Con el jersey de las depresiones que todavía olía a Stella, puesto directamente sobre la piel. Tirado en una butaca junto a un fuego apagado. Amanecería pronto y todo empezaría de nuevo. Podía seguir bebiendo pero no soportándolo.

Ya no era posible vivir en ese apartamento como si nada hubiera pasado, estaba ella. En cada uno de los rincones estaba. Su voz, su risa, las promesas que nos hicimos. Sus suspiros. Se le escapaban de entre los labios como pequeñas olas rizadas, tan ligeros, tan de verdad. Toda una vida amándola, toda una vida perdiéndola, renunciando cuando la creí enamorada de otro. Inaccesible y lejana. El martilleo de su recuerdo agarrado a las entrañas no me dejó jamás amar a otra mujer. Cada cuerpo que acariciaba, cada boca que besaba, cada alma que poseía, eran ella. Y si no lo eran, yo la soñaba. Dieciséis años de encuentros y cama sin abrir los ojos para no enfrentarme a la verdad, que ninguna era, que Stella jamás me había querido, que el raro gótico del instituto la inquietaba o le hacía reír, quién sabe, pero no le provocaba amor.

Todo hasta que la rueda de mi destino saltó y los aires me fueron propicios. Como yo, volvió a Manhattan, con sus pinceles de colores y sus rastas rubias hasta la cintura. Me miró de otra forma, intensa, prometedora y me demostró con la piel lo que no supo pronunciar su boca: que me amaba, que entre mis brazos se sentía como en casa, cálida y plena. Que en aquel instante de nuestras vidas, cada uno de nosotros era la pieza perfecta que encajaba en el otro. Todo ocurrió deprisa y yo temí que el corazón me

estallara de felicidad.

Qué poco duró. Porque entonces volví a perderla. Me la arrebataron de aquel modo cruel, imposible de describir.

Sonó el teléfono. Insistente y repetitivo. Una vez más no atendí. Martin, Nina, gente de la comisaría... humanos preocupados por si cometía una locura. La peor de todas era seguir vivo sin ella. Cada noche y cada mañana me acostaba y levantaba con la escena de su muerte repitiéndose a toda velocidad en mi cerebro, como un fotograma acelerado. Mi particular agonía. Cuando ves esfumarse el amor de tu vida ¿sigues respirando? ¿Cómo lo haces? Porque yo no sabía. Solo daba bocanadas torpes que me permitían sobrevivir sin ser del todo consciente de lo que giraba alrededor. Aquellas cuatro paredes ya nunca más serían el agujero inmundo que me cobijaba sino el claro de mi bosque donde viví la magia. Allí nos habíamos jurado mil cosas, querernos siempre, no separarnos. Nos prometimos hasta las cosas que no dijimos. ¿Qué hacer, si no podía respirar? Mis esperanzas se habían quemado. Carbonizadas como mi vida, porque nadie vuelve de entre los muertos.

El teléfono volvió a sonar y estuve a punto de estrellarlo contra la pared. Dejé que se cansara pero a continuación, el timbre de la puerta y varios golpes seguidos con el puño, me arrastraron fuera de mi plácido limbo.

—¡Jefe, abra! Me cago en la leche... No estamos dispuestos a esperar más. O me abre o le juro que traigo un cerrajero y a la mierda con la reclusión.

Claro, un cerrajero. Lo de abrir a patadas no estaba hecho para un poli sibarita y gordinflón como Montgomery. La amenaza me arrancó una triste sonrisa torcida y me impulsó fuera del sillón. Era como la séptima vez que venía a verme sin éxito, como Martin, como los demás. A Martin sí le había franqueado la entrada pero no tuve ni una sola frase coherente que dedicarle. A mi antiguo capitán, ni eso. Cuando regresé a tierra y abrí, me repasó con una mirada de disgusto terminal.

—Vaya pinta, jefe ¿cuántos días lleva sin ducharse?

—¿Qué más da? —conseguí gruñir. Más o menos los que llevo sin asesinar a ningún cabronazo.

—Aquí huele a madriguera de león, que diría mi madre. —Se dirigió a la ventana y trató de abrirla. Lo dejé hacer. Volver al sillón era sencillo y la puta ventana estaba atascada, no lo lograría. Pero me sorprendió un pequeño huracán que se coló en el salón y lo limpió todo.



—¡Cierre eso, joder! —aullé repentinamente fuera de mi zona de confort.

—Cinco minutos. Cinco bastan para renovar el aire y perdone que le diga... ¿Quiere un té?

—¿Hay forma de evitar que lo haga?

—No. Sigue usted tan agudo como de costumbre. —Se perdió tras la barra de la cocina. Yo bufé y me encargué de encajar el ventanal. El silencio balsámico regresó para quedarse—. ¿No piensa volver a comportarse con naturalidad? Ya sabe, hablar con la gente, contar cómo se siente... Alguna que otra cosa aparte de respirar.

—Desde luego que no.

—¿Regresa a Boston?

—Tampoco.

—No puede encerrarse aquí y en sí mismo indefinidamente. —Puso la tetera al fuego y dispuso las tazas haciendo mucho más ruido del que yo estaba dispuesto a aguantar.

—¿Quién lo dice?

—Los manuales de salud mental básica. Esta no es la solución.

—No, claro.

—Jefe...

Levanté una mano y lo mandé callar.

—Una cosa es que le deje entrar y... cacharrear en mi cocina. Otra muy distinta que le permita poner las cosas patas arriba.

—Ni que estuvieran ordenadas. Han pasado cerca de dos semanas completas y no reacciona.

Lo miré con resentimiento.

—Nunca será suficiente.

—Está hundido y lo entiendo pero...

—¡No! No lo entiende. Y no pretendo que lo haga. Ni usted ni nadie. Pero si piensa irrumpir aquí a decirme que debo reponerme y que la vida es bella, puede meterse el consejo por donde le quepa. Mi vida es mía, yo decidiré cuando acaba.

—Claro. Es lo más valiente.

—A la puta mierda ser valiente, llevo treinta y dos años jugando a serlo y lo único que me importaba, lo han roto en pedazos.

Montgomery se aproximó con dos tazas tambaleantes en las manos. Las depositó en la mesita y me preguntó si quería leche y azúcar. No respondí. Sí

escuché su cucharilla girar y a él sorber el líquido caliente. No me interesé por el mío.

—¿Está comiendo? Tiene una pinta horrible.

—No. Ni me afeito, y duermo de puta pena. Joder, Montgomery ¿quiere saber algo más? Suena como mi madre.

—Un buen golpe en el cogote es lo que le haría bien a usted ahora. A ver si espabila.

Solté una risita sarcástica, eché atrás la cabeza y con un largo suspiro, cerré los ojos.

—Deje de revolotear como un moscardón —lo azucé. Él se tomó su tiempo.

—No he querido atosigarlo antes. Tampoco sacar el tema en comisaría, rodeados de cotillas entrometidos. Lo que le ocurrió a la señorita Trumann fue espantoso pero...

Debí mirarlo como miran los dragones enfurecidos porque enmudeció con un gesto de terror contenido. Pobre Montgomery, siempre tan torpe, siempre tratando de ayudar, siempre soltando por la boca lo más inconveniente en cada momento.

—Ni se le ocurra mencionarla —advertí afilado.

—No la convierta en un fantasma, jefe, no haga eso. Fue una tragedia, pero estaban locos, eran una jodida secta de psicópatas homicidas, piense en la cantidad de gente inocente que asesinaron.

—Da la casualidad de que ella era la única puta gente que me importaba.

—¿De veras no ha pensado en regresar a casa?

—Ya estoy en casa.

Montgomery echó un vistazo lastimero alrededor.

—No me refiero a este apartamento mugriento, me refiero a Boston, con su familia. Le vendría muy bien distraerse ¿qué tal otro caso truculento que le sorba el seso por unos meses?

—Le he dicho que no pienso volver a Boston y los de Boston ya lo saben —me atrincheré.

Pasó un rato largo aunque no incómodo, antes de que el rechoncho oficial de policía se decidiera a soltar su bomba particular. La que traía escondida.

—De acuerdo, allá voy. Han asaltado la morgue. —Enorme pausa mientras yo me sacudía—. Y ha desaparecido un cuerpo.

Hostias. Eso sí me hizo rebotar en mi asiento. Me incorporé y mis codos fueron directos a las rodillas, inclinado hacia el capitán.

—¿Ella?

Contestó con un cabeceo, de modo que su silencio me obligó a descartar otras opciones.

—¿Cuándo ha sido? —Sentí el nuevo fuego ardiendo en mis entrañas. Ya decidiría después si era o no agradable.

—Esta misma noche, ya le digo. Un vigilante pasmado que ha perdido su puesto de trabajo vio salir una furgoneta negra a las tres de la mañana, pero no se planteó que pudiera ser sospechosa. Menudo imbécil.

—¿Quién lo ha descubierto?

—El forense de guardia, hará apenas cincuenta minutos.

Hice un gesto crispado con toda la cara. Joder. La locura empezaba por conservar el cuerpo de Stella después de tanto tiempo, sin enterrarla. Es lo que suele pasar cuando te ves implicado en un asunto tan turbio y careces de parientes exigentes que pongan el grito en el cielo. Yo no era nadie para reclamarla y los burócratas jugaron con libertad. Obsequié a Montgomery una mirada torcida.

—¿Y usted ya se ha enterado?

—Sigo de cerca el caso, jefe. Sé lo mucho que le importaba...

Se me encogió el corazón. En algún momento tendría que agradecerle sus desvelos. Apenas me conocía de otra cosa que no fuese la investigación del carnicero de Tribeca, pero se comportaba como un buen amigo.

—Iba más allá. Importar es un verbo que se queda corto, era la mujer de mi vida.

Su cuerpo robado. La sola idea me puso la carne de gallina. Todos los detenidos de La Cripta se pudrían en celdas. Los cargos eran tan abrumadores que de momento ningún abogado lustroso de Manhattan había podido sacarlos. Pero Anna y Rice habían escapado. Anna, hija de puta desquiciada. Tenían que ser ellos. Pero ¿por qué?

—Levante el culo, Montgomery. Nos vamos a interrogar al personal de la morgue.

—Se duchará primero ¿no? —Lo vi visiblemente animado y feliz de salirse con la suya: arrancarme del sopor donde por voluntad propia me había enterrado, al retirarme del entorno vivo.

—De acuerdo. Pero solo porque me lo pide con esa cara de cachorro abandonado irresistible. Ande, bébase mi té.



## En una noche sin luna

No brillaba la luna. Las estrechas calles del Soho se tragaron el vehículo sin que la menor ráfaga de luz lo rozase siquiera. El monovolumen negro, fundido con las sombras, se detuvo junto a la entrada de un garaje y luego desapareció. De su vientre surgió una figura casi borrosa, un tipo delgado y alto con pinta de yonki y el pelo revuelto, que descerrajó las puertas traseras, extrajo un bulto envuelto en una sábana y se lo cargó al hombro.

En menos de seis minutos, el cuerpo de Stella descansaba sobre una mesa de cristal. Hermosa como cuando estaba viva. La piel suave, blanco nácar. El cabello desparramado alrededor, las pestañas espesas y curvadas. Junto a ella, en otra mesa gemela, el cuerpo de su hermano Stefan, con la misma apariencia de frescura que ella pese a los años transcurridos desde su muerte. El hombre enjuto, vestido de negro, se mantenía al margen observando, con las manos recogidas a la espalda y mueca de servil indiferencia, mientras otros dos daban vueltas alrededor de los cadáveres.

—La Mano Maestra ya no acudirá a este cuerpo, ha sido profanado por el retraso demasiadas veces. —El albino con traje blanco, impoluto, señaló desdeñoso a Stefan—. Nunca llevó la vida ejemplar que se esperaba de él, no se quitó la vida con honorabilidad. No era digno, solo un aspirante demasiado arrogante y egoísta. Además hay otras razones. Razones inexplicables a estas alturas, teniendo en cuenta que Stefan fue elegido y educado para el sagrado momento de la Encarnación.

—Vos conocéis los detalles mucho más a fondo que nosotros.

—Prefiere preservar su sexo. Encarnarse en alguien que no la obligue a reinventarse. Absurdo.

Los rasgos de su interlocutor se crisparon ante la blasfemia. Tomó aire para recuperar la calma y casi sonrió.

—Podría entonces encarnarse en su hermana de leche. —Acarició los largos mechones rubios de Stella. Era alto y mucho más fuerte, con una cicatriz en forma de equis junto a la base de la mandíbula. El albino vestido de blanco evitó mirar a Stella.

—Por eso la hemos traído —susurró con las pupilas fijas en la esquina de la mesa—. Y siempre que su hermano de sangre muera. Stefan Forrester nunca fue la mejor opción, lo advertí, que la Mano Maestra no se reencarnaría en el hermano de un ángel, que ese simple hecho ya lo invalidaba por más que La Orden se empeñase, pero nadie quiso escucharme.

El tipo de la cicatriz estiró un índice para hacerlo callar.

—Admitir errores es signo de debilidad y en estos tiempos ¿quién querría pasar por débil? Por cierto, no mencionéis esa palabra, me da escalofríos.

—¿Cuál? ¿Ángel?

—Lord Malcom, os lo ruego...

—Es desagradable, poco más. Las palabras son simple papel húmedo, carecen de poder.

—Lo tienen, aunque no lo creáis. Son una especie de invocación poderosa.

—A veces os dejáis llevar por la superstición, todos vosotros. Llevó meses concebir el plan con Stefan, secuestrarlo, encontrar a la familia ideal para criarlo y consagrarlo. Error tras error. La madre natural fuera de control, muchas altas personalidades implicadas, los Trumann encantados de servir a la causa, otra sarta de cretinos deseando favorecerlos...

El hombre de la cicatriz hundió el mentón sobre su pecho. Tenía razón Lord Malcom. Razón en todas y cada una de sus alegaciones.

—Por fortuna, muchos de ellos han muerto, nos dejan vía libre para cambiar de objetivo —prosiguió el albino.

—Pero el tiempo se agota.

—Ordena de inmediato el traslado de la chica a Londres. Manhattan ya no es seguro. Así y todo, custodiad el cuerpo. El de Stefan, destruidlo. En cuanto a Martin Forrester... Lo quiero fuera de juego cuanto antes.



## **Lo haremos juntos**

*Éramos solo unos chiquillos cuando nos enamoramos,  
sin saber lo que era.*

*Esta vez no renunciaré a ti*

***Perfect (Ed Sheeran)***

### **Nina**

Apenas conocía a Will y para mí, Stella no era más que la hermana de mi novio violento del instituto, una pija estirada que me miraba mal. Sin embargo, lo que ocurrió en La Sala me marcó profundamente. A nadie deberían arrebatarse así la vida, a nadie deberían arrebatarse así el amor.

No era justo. Ese policía había atesorado sus sentimientos por Stella durante dieciséis años, igual que Martín por mí. Un amor perdurando contra viento y marea, plantándole cara a la adversidad por ser inmenso y eterno. Junto a Martín me sentía invencible, ella debió de sentir algo parecido. Estaba sola, sin familia y parecía tan frágil... Él la miraba y le contagiaba valor, estaban hechos el uno para la otra. Se reencontraron en el momento perfecto.

Ese pequeño monstruo llamado Anna... Peor que Rice, peor que Valeria, la peor de todos. Si las amenazas eran ciertas, si de verdad se desencadenaba una guerra entre el bien y el mal, no podíamos ganar, nos venía grande. Éramos nosotros, tres hormigas insignificantes en la enormidad pero con nuestra propia batalla pendiente, eso sí. Vengar a Stella, reconquistar nuestra libertad. Mientras Anna y Rice siguieran sueltos, Martin y yo no descansaríamos ni podríamos dejar de espiar por encima del hombro. Habían jurado volver y leí en sus ojos rabiosos que era cierto. La cosa iba conmigo. De Anna, yo era el enemigo. De Rice, su trofeo.

Me pregunté si alguien era capaz de anticipar hasta donde llega el amor o hasta donde puede entregarse un corazón enamorado. Sabía que para proteger a Martin debía marcharme ¿sería capaz? Cierta rincón de mi alma me gritaba que lo esperé toda la vida, como él a mí. Que lo nuestro se gestó antes de mirarnos por primera vez a los ojos en aquella relojería. Que mis intentos por ahuyentarlo de La Cripta fracasaron porque en el fondo, cada poro de mi cuerpo le gritaba “no me dejes”.

Y Martin lo percibía, oía todo lo que mi ser demandaba. Lanzaba los dados y acertaba. Siempre.

¿Cómo explicarle que Lucifer me había tocado? ¿Que era simple y sencillamente oscura? Que elegí a Stefan porque era violento y cruel y jugaba a retarlo, lo llevaba al límite con mis infidelidades. Que adoraba provocarlo, ver estallar su furia pero que cuando lo conocí a él, todo se convirtió en verdad.

*Tenía que alejarte, Martin, lo entiendes ¿verdad?* Un ser perverso como yo no es lo que tú mereces, jamás podré hacerte feliz.

Viviré muchos años, lo sé, y ni uno solo de esos minutos dejaré de tener presente lo que ocurrió aquella noche de tormenta, recién cumplidos los quince, en el orfanato. Sola y hambrienta, como de costumbre, dando vueltas insomne en un camastro incómodo. Sentí algo parecido a una llamada, un deseo, una necesidad intensa imposible de doblegar, que me arrastró por los pasillos sin luz y me condujo a la biblioteca. Una vez allí me pregunté qué diablos pintaba tiritando en mitad de la habitación vacía. De repente, sentí miedo, más que eso, un pavor indescriptible que erizó mi vello más allá del frío y empujó al galope el latido de mi corazón. Fuera, en los mugrientos callejones que rodeaban el hospicio, se desencadenó una tormenta. La lluvia golpeaba las aceras y tejados con un lamento espeluznante. Dentro no se oía nada. Era extraño aquel silencio, demasiado denso, nunca fue tan absoluto.

Quise huir, correr de vuelta a mi cama pero mis pies eran puro plomo adosado al suelo. Respirar empezó a ser difícil, mi pecho no se abría para acoger oxígeno, al contrario, se apretaba contra los pulmones como queriendo proteger algo. Jadeé. Intenté mirar hacia la puerta, por si tenía la fortuna de que apareciera alguien pero todo seguía inmóvil, como un fotograma detenido en contra del tiempo. Y cuando giré la cabeza... allí estaba.

Yo jamás había visto un hombre así, tan hermoso, con el pelo largo, rubio como el trigo unos ojos violeta que me traspasaban como lanzas candentes. Con facciones tan delicadas que parecía una mujer. Sonrió. Me sonrió. El estar acostumbrada a miradas hurañas hizo que me relajase un tanto. Pero ¿de dónde había salido? No pertenecía a la institución, no eran horas de visita y su vestimenta parecía escapada de entre bambalinas.

—Bella Nina, bella entre las bellas —susurró insinuante. Volví a temblar. Estiró una mano en mi dirección pero seguí sin poder reaccionar—. No tengas miedo. Acércate. He venido a verte.

—¿Quién es usted? No lo conozco.

—Desde luego que me conoces, es solo... bueno —sonrió otra vez, con tanta dulzura que olvidé toda cautela—, que nunca me habías visto. Le pasa a mucha gente.

Su mano continuaba tendida. La miré titubeante. Era un imán insoportable contra el que no se podía luchar. Mucho antes de dar un paso adelante yo ya sabía que haría lo que aquel desconocido me pidiera. Caminé, me detuve a escasos centímetros de él, de su cuerpo. Su energía me envolvió entera y cuando sus dedos acariciaron el tirante de mi viejo camisón, no supe escapar.

El orfanato no nos facilitaba otra ropa que la usada que llegaba de la parroquia. Quien tuviera algún pariente o conocido, se pavoneaba con alguna blusa, incluso un buen vaquero, pero yo... Laurie aún no había entrado en mi vida y no tenía quien me comprase ni un pañuelo. Mi camisón tenía mil puestas y otros tantos usos, el basto tejido estaba ajado, gastado hasta ser transparente. Los ojos violeta del personaje me recorrieron con deseo. Sí, yo era joven y virgen pero no estúpida. El tirante cayó fuera de mi hombro y mi piel acusó el tacto. Conforme mi vello se erizaba, la punta de su lengua recorrió el contorno de sus labios carmesí.

—Deliciosa.

Entreabrí la boca. Quería decir algo, cualquier bobada que me excusara,



escapar... Pero era un pajarito cazado por la serpiente, lo único que alcanzaba era a seguir obsesivamente la danza de sus pupilas y la peligrosa estela de su sonrisa. Rodeó mi cintura con su brazo y me atrajo hacia sí. Su calor me impactó como un ataque. ¿Resistirme? No podía, no era dueña de mi voluntad. Sencillo pensarlo, imposible llevarlo a cabo.

—Por favor... —rogué en un balbuceo.

—Shhhhhh.

Sus manos osadas no pidieron permiso para viajar por mis caderas, bucear bajo mi camisón y aferrarme el culo. Amasó con sensualidad, punteó el borde de mis bragas, separó los cachetes y rozó apenas el ano. Di un respingo horrorizada. Nadie me había tocado allí jamás. Parecía tan tranquilo cuando en teoría cualquiera podía aparecer por la puerta y sorprendernos... pero incluso yo albergaba la certeza de que no ocurriría. El ambiente era extraño, espeso, como si se hubiesen detenido los minutos o un hechizo nos hubiera encerrado en una burbuja a la que nadie, solo nosotros dos, tendría acceso.

Mi pecho subía y bajaba con la fuerza de mis jadeos. El aire no alcanzaba a llenar los pulmones. Fui consciente apenas de que el desconocido me desnudaba y de que sus dedos se introducían en mi vagina explorando, mientras sus dientes se encargaban de mis pezones. Fue todo demasiado intenso, me mareé, porque por encima de mis lágrimas y de la voz que repetía “esto está mal”, yo disfrutaba. Me tumbó en el suelo y su lengua recorrió mi piel entera, sin dejar un rincón puro. Atrapó mis muñecas inmovilizándolas por encima de mi cabeza. Sobre mí, él seguía vestido y sin embargo notaba su miembro hinchado abriéndose paso entre mis piernas.

—Por favor... no... por favor.

A duras penas yo misma me oía. Temblaba convulsa y al mismo tiempo me hervía la piel. Me estaba poseyendo sin ningún esfuerzo, sin apartar de mis pupilas sus extraordinarios ojos violeta, leyéndome el pensamiento, el alma de par en par. Solté de golpe el aire de mis pulmones y me rendí. Dejé de forcejear, de intentar en vano cerrar las piernas y las separé para que pudiera acceder a mí sin barreras. Lo hizo, vaya si lo hizo. Tenía un miembro grueso e insaciable, hasta Martín años después, jamás volví a disfrutar de nada semejante. Entró de una embestida, superó los obstáculos físicos y me llenó superando con el placer cualquier dolor y el miedo. Se movió dentro de mí, en círculos, entrando, saliendo, masacrando mi clítoris de tal forma que los orgasmos fueron inmediatos, encadenados, devastadores.

—No volverán a poseerte de este modo, pequeña —aseguró insinuante cerca de mi cuello—. Tu sexo no volverá a probar algo parecido mientras vivas. Claro que si quieres... —introdujo las manos por debajo de mis corvas, agarró fuerte los muslos y tiró hacia abajo. Resbalé hacia él sin tener dónde sujetarme. Me dirigió una última mirada, penetrante y tan erótica que volví a jadear— podrías vivir eternamente y volver... —agachó la cabeza hasta perderse entre mis piernas— a disfrutarme.

El primer lametazo sobre mi vulva sensibilizada me hizo gritar. Las puntas de sus dedos se hundieron satisfechos en mi carne suave. Mi espalda se arqueó y mi pubis reclamó más atenciones. Aquella boca no era humana, desde luego. Labios, dientes, lengua, saliva, todo participaba devorándome incansable. Gemí, aferré su cabello espeso y sedoso y separé las rodillas cuanto pude para gozar sin freno. ¿Esto era lo que otras chicas de mi edad ya practicaban sin tapujos? ¿Esto era lo que me perdía por ser tan mojigata y tan tímida? Presioné con la cadera y fundí mi clítoris en su lasciva caricia. Sí, sí, mil veces sí con un largo jadeo entrecortado.

Me corrí tres veces, enloquecida, febril, dispuesta a darle lo que me pidiera con tal de que no se detuviera nunca. Pero en cuanto los temblores del tercer clímax se aplacaron, mi amante se incorporó y me observó divertido. Un voluminoso pecho al aire, con el pezón endurecido y altivo. El otro tapado a medias. El camisón remangado sobre la cintura y la entrepierna mojada y enrojecida. Vi que se ponía en pie relamiéndose y sin dejar de estudiarme. Aquellos ojos... el poder magnético de los iris violeta.

—Exquisita —suspiró antes de girar sobre sus talones y perderse entre las estanterías.

Desapareció del mismo modo enigmático en que se había presentado. Yo conocía la biblioteca, tras el pasillo por el que se evaporó no había nada, solo una pared. ¡Dios! ¿Lo había soñado? ¿El hambre me hacía sufrir alucinaciones?

Desde luego que no. Mi vientre aún palpitaba con fuerza, mi útero se contraía y mis pechos acusaban el roce de sus mordiscos. Deslicé los dedos por entre mis pliegues. Humedad. Calor. Hipersensibilidad.

Lucifer. Lucifer yaciendo como un humano.

Escondí la cara entre las manos, caí de rodillas y me hundí en el llanto. Había hecho sangrar a Dios. Nada como adorar al demonio y hacerlo hombre, para que su poder brillara. Desvirgarme resucitó su carne, lo fortificó. Deslicé las manos a lo largo de mis brazos arañosos, mi cintura, mi cadera, mi muslo.

Todo mi cuerpo acusaba sus brutales caricias y el flanco derecho, el recorrido salvaje de sus uñas marcándome. Dios. ¡Dios! Ahora sí que me había abandonado. Para siempre. Me sacudí vapuleada por el dolor y la desesperación, asqueada de mí misma. Con las manos rocé allí donde él había hundido su deseo. Pese a todo, algo me impedía arrepentirme. Había gozado más allá de lo explicable, conducida al abismo del éxtasis más incendiario. Era oscura, era maligna. Mi maldad no era el producto de su ataque, era su objetivo. Lucifer olía las almas negras y había acudido al perfume hipnótico de la mía. Me eligió porque no era buena. Ya jamás podría serlo.

Quince. Veinte. Treinta días más tarde, el rastro de sus caricias permanecía indeleble en una piel nácar enrojecida por las marcas. No podía comer, ni dormir, mis ojos se perdieron en dos surcos negros. Me dediqué a taparlas de forma obsesiva, me negaba a ducharme en presencia de otras chicas, tiraba de mis mangas hasta cubrir mis nudillos o rasgar la tela. Noche a noche me torturaba el recuerdo de aquellos dedos y su perversa pasión, de su verga penetrando mis entrañas, sus labios lamiendo los míos, su voz susurrando tantas cosas sucias a mi oído... En cuanto fui libre y salí al mundo, en cuanto pude trabajar y ganar algo, con mi primer sueldo limpiando escaleras, inicié un proceso que se prolongaría durante años: tatuar por completo el lado derecho de mi cuerpo. No importaban los dibujos, dije, solo que no quedase un centímetro de piel limpia. Sí, rectificué luego, quería flores y ángeles hermosos, de grandes alas. Lo que hiciera falta para tapar su paso.

\*\*\*

Imposible hacer bajar el nudo en la garganta que generaban tales recuerdos. Dejé las lágrimas rodar mejillas abajo mientras aspiraba el humo del pitillo y lo conducía al fondo de los pulmones. Desvié los ojos hacia el dormitorio donde Martín descansaba, agotado por un sexo demencial y exigente. Desde el salón, donde fumaba mirando caer la lluvia tras la ventana, podía vestirme con su aroma. Lo sentí deslizarse a mi espalda, cubrirme con una bata de seda, abrazarme por detrás y besarme la coronilla. El halo cálido de su energía me envolvió antes. Él aceptaba mi huraña forma de

comportarme, mis palabras escuetas, mi tendencia a demostrar las cosas con actos, no con frases que nunca encontraba.

—Lo siento —murmuré—, siento haberme puesto a fumar como un camionero en el salón de tu casa.

—También es tu casa, además, lo haces siempre —replicó de buen humor, con la mejilla apoyada en mi sien, compartiendo la visión de un amanecer oscuro.

—Ya, bueno. Eso no quiere decir que no lo sienta.

Se quedó callado, apretando con sus brazos el lazo que nos unía, mirando el cristal mojado, igual que yo.

—¿En qué piensas?

Preferí ser sincera y no andarme con rodeos. Bastantes secretos tenía ya, no necesitaba más.

—En que no estarás a salvo mientras yo siga a tu lado.

De golpe se distanció, tomó mis hombros y me hizo girar. El dardo de sus pupilas brillantes me perforó de un modo casi doloroso.

—¿Qué estupidez es esa? Mira, he dado muchos tumbos hasta encontrarte, mi vida. No voy a perderte por nada del mundo.

—Pero ellos volverán y...

—Esto lo haremos juntos.

—A ratos pienso... No tienes ni idea de a qué nos enfrentamos, su maldad no tiene límites, ya viste de lo que son capaces sin temblarles el pulso.

—Sea lo que sea lo haremos juntos —repitió rotundo—. ¿Estás bien?

—No. Ojalá fuera así, simple, normal. Tú me quieres, yo te quiero, hasta que nos cansemos.

—Eso último puedes borrarlo.

Sonreí y le besé los labios. Luego me aparté lo justo para machacar la colilla en un cenicero. Enseguida, Martin volvió a encerrarme en su abrazo protector desde la espalda. Morí un poco en el olor de su piel, aferré sus antebrazos, acaricié uno con un frote de mi nariz y luego le besé el músculo bajo la piel.

—Dentro de algún tiempo... —añadió. Lo miré con dureza contenida.

—Dentro de algún tiempo estaremos muertos.

Martin dio un rodeo para colocarse delante. Cuando me miró, yo ya sabía que el poder gélido de esos ojos azules que me turbaban, recriminaba mi pesimismo. Solo llevaba puestos los calzoncillos. Ante aquella visión, yo

podía perder fácilmente la cabeza.

—Escucha, cielo, podemos irnos.

—Martin, por favor... —traté de zafarme. Sin éxito, dicho sea de paso.

—No es broma, podemos irnos al fin del mundo si quieres, tan solo hazme una seña y cogemos un avión rumbo a una isla perdida, un paraíso del que no tendremos que volver mañana, ni pasado, ni en mucho tiempo.

—Nos encontrarían —dije bajando la cabeza, incapaz de soportar el peso de sus pupilas. Martin tomó mi barbilla suavemente y me obligó a enfrentarlo.

—¿Tanto miedo tienes?

No pude responder. Eran las ideas, las emociones. Era el torbellino comprimido de todo lo que torturaba mi alma. Moví la cabeza en un gesto incompleto que él interpretó como un sí.

—Te quiero, Nina, no permitiré que te pase nada malo.

Y me envolvió, como otras veces, en el arrullo de sus fuertes brazos. Confianza, protección, amor. Justo lo que yo debía aprender a sentir porque hasta entonces, no sabía.

Apreté los párpados tan fuerte como pude para sujetar las lágrimas. Apoyé la cara sobre su pecho primero, contra su hombro después, enredada en su cuello para que no descubriera lo mucho que sufría. *¿Tanto miedo tienes?* Me había preguntado. Le dejé creer que sí, y le había mentado. No era temor sino sed de venganza lo que me robaba el sueño. Si yo no acababa con ellos, ellos acabarían con nosotros. No cabía duda, mi alma era negra como la más tenebrosa noche.

Tomé aire y con mucho esfuerzo, me rehíce.

—Hago café y me visto, voy a visitar a Tlia.

—¿Otra vez? Vas casi a diario.

—Es mi amiga. Corrijo, mi única amiga.

—Bueno, no voy a quejarme, en cierta medida a esa pelirroja le debo el estar juntos.

—Maldita chismosa, si no llega a irse de la lengua...

—No te habría encontrado. O sí. Soy muy insistente cuando deseo algo con toda el alma y tú eras prioridad en esa categoría.

—Adulador... voy a ducharme.

Todavía me agarró fuerte para impedir que me escabullera. Su índice recorrió la uve entre mis clavículas y desde ahí, el esternón. Se abrió mi bata sin botones y la yema de su dedo alcanzó mis pezones hasta pellizcarlos. Su

boca se unió a la caricia. Dientes, lengua, un mordisco en la punta, una succión potente. Un estremecimiento y la súbita humedad entre las piernas. El deseo que siempre llegaba para quedarse.

—¿Estás segura de que no quieres repetir lo de hace un rato?

Muy astuto, ofrecerme sexo a cambio de sincerarme. Sabía que sospechaba de mis salidas y entradas, no era tonto ni crédulo del todo. Pero no iba a contárselo. Ciertas cosas aún me pertenecían. Llevé ambas manos a su bragueta hinchada y abarqué el bulto completo.

—No te cansas nunca.

—¿De ti? ¿Has perdido la cabeza?

Deslicé la punta de los dedos por la cinturilla separándola ligeramente, tirando de la prenda hacia el suelo. Con un movimiento rápido, Martin despachó los bóxer y quedó desnudo ante mis ojos. Qué hombre glorioso, qué perfecto su cuerpo. No me atrevía a pensar “*me perteneces*”, no importaba cuántas veces él me lo susurrara al oído, me resistía porque no confiaba en ninguna paz que pudiera llamar nuestra. Ellos no permitirían que fuésemos felices, con Anna, Rice y la gentuza con la que se mezclaran, era matar o morir. Si Martin quería hacer el amor allí mismo, delante del ventanal, lo aceptaría porque siempre, cada vez, podía ser la última.

Y yo lo amaba demasiado como para desperdiciar un solo minuto a su lado.

Después de la intensa sesión erótica, le di un beso en la mejilla y me marché. Temblando levemente bajo su mirada escrutadora, oyéndolo advertirme que tuviese cuidado. Por aquel entonces yo no sabía que Martin era tan bueno fingiendo y él ignoraba que yo rumiaba mi propia *vendetta*. Tenía que encontrar a Anna. Solo me preguntaba por dónde empezar a buscar.

Seguía sin interesarme un coche. ¿Para qué, teniendo dos piernas con las que patear las calles sin dejar rastro? Martin me había ofrecido uno mil veces y por rechazarlo me llamó rara. Pero nos habíamos reído de mis excentricidades y a continuación me había hecho el amor como si se acabase el mundo, de modo que lo perdoné. Sí. De algún modo terrible, el final de lo conocido se acercaba, a menos que yo hiciera algo.

Después de pasar tantas noches paseándome por los clubs medio desnuda, vestirme era una extraña novedad. Llevaba ropa deportiva y un buen calzado con el que salir corriendo si era necesario. Tomé el metro hasta calle Prince y a partir de ahí callejeé en las inmediaciones del barrio chino. Había una pequeña tienda regentada por un coreano de edad indefinida que preparaba los mejores batidos energéticos de Manhattan. Entré y curioseé entre los carteles anunciadores.

—Has llegado pronto —masculló el propietario sin mirarme. Detrás de su mostrador, mezclaba esencia de vainilla con frutos rojos y otras exquisiteces que empezaron a hacerme la boca agua.

—Será que me puede el entusiasmo.

—¿Impaciencia de la alumna o don del maestro? —Por primera vez separó los ojos de lo que hacía y me miró directamente a mí. Sonreímos a la par— ¿Quieres uno de estos?

—Después, gracias. Preferiría no vomitar.

El coreano estiró el cuello y marcó un par de órdenes en su idioma materno. Una endeble muchacha brotó de entre las cuentas de una cortina móvil y se hizo cargo de la tienda sin necesidad de más explicaciones. El hombre misterioso me hizo una seña y juntos pasamos al fondo, atravesando una puerta.

—Nunca preguntaré tus motivos —comenzó. Alcé las cejas con sorpresa.

—Mejor así.

—Solo te diré que el rencor carcome el corazón.

—La venganza lo calma.

—Eres una chica bonita, tienes por delante toda la vida.

Madre mía, no podía ser que un tipo tan sabio recurriera a tópicos tan manidos. Me detuve en mitad de la enorme sala desierta como un pequeño escorpión sobre una duna. Solté el petate que acarreaba a la espalda y me saqué de un tirón la sudadera por encima de la cabeza.

—Solo si me la garantizo —afirmé rotunda—. No es malo estar preparada.

El coreano se plantó delante de mí. De repente parecía más amenazador y más alto. Se había librado de su modesto delantal de tendero y lucía un immaculado kimono blanco de tela lavada un millón de veces.

—Hablo del fuego que arde en tus ojos. De lo letal.

Tal cual remataba la frase, me lanzó una patada al costado que esquivé

con dificultad. Un bastón de lucha volaba en mi dirección y él ya se había armado con otro, así que estiré ambos brazos para capturarlo y recolocar mi postura en defensa cuanto antes. Orio no concedía treguas ni aunque las suplicas de rodillas. Como maestro era implacable, por eso lo había elegido. Probablemente, mi vida no había batallado más que con poderosos que jamás se doblegaban y ya era un poco así. Pensaba en Martín cuando agité el bastón en el aire para parar sus golpes. Pensaba en sus labios increíbles besándome la piel cuando salté y volteé encogida antes de volver a posar los pies en el suelo. Pensé en todo lo que nos merecíamos y no disfrutaríamos, en la injusticia y el horror. Sentí el calor de una lágrima resbalar mejilla abajo. Vi a Valeria reflejada en las paredes vacías, vi La Sala y las cuchillas de la infernal máquina de sacrificios. Olí la sangre y apreté los dientes concentrando toda esa llama de la que Orio hablaba, en esquivar y atacar a ritmo frenético.

—Bien, bien, muy bien —me animó el coreano. Acto seguido, se agachó con el bastón sujeto por un extremo y barrió mis tobillos arrojándome de boca al suelo—. No dejes que los halagos te cieguen. Pase lo que pase alrededor, no bajas la guardia.

Entendido. Me había permitido relajarme, algo prohibido que a ratos necesitaba con desesperación. Solo era una mujer enamorada, carne, hueso y necesidad. Sobrevivir me exigía demasiado.

Orio lanzó el bastón fuera de nuestro alcance y dispuso las manos en posición. Yo tenía empapada de sudor la ropa, el pelo recogido en una coleta, la cara contraída por el esfuerzo y el corazón a punto de estallar. Arrojé mi arma al mismo sitio y lo enfrenté con las rodillas ligeramente flexionadas, dispuesta a no defraudarlo por segunda vez. El coreano atacó y reuló, golpeó y me engañó hasta que yo conseguí engañarlo a él y encajar una patada en su cuello que lo hizo tambalear. La euforia me pudo. Me lancé hacia adelante, enlacé dos golpes certeros, salté en el aire y mientras bajaba volví a patear. Orio no pudo esquivarme tampoco esta vez. Asumió con dignidad su parcial derrota y con las manos en posición de rezo inclinó la cabeza y dio por terminado el entrenamiento.

—Estás convirtiéndote en toda una ninja peligrosa —bromeó.

—Ahora te aceptaría ese batido con mucha proteína.

—Te lo prepararé mientras te duchas.

Dio media vuelta y se distanció. Orio jamás desperdiciaba palabras. Era parco en frases y en demostraciones de afecto. Un poco como yo.



—Maestro...

Frenó y aguardó sin girarse.

—Gracias por su ayuda.

—Tú lo estás haciendo todo, Nina.

—No me juzgue mal, me toca defender cosas que merecen sobrevivir.

Entonces sí me miró por encima del hombro. Y en sus ojos relucía cierta ternura que me sobrecogió.

—Ni mal ni bien, no te juzgaré en la vida, no tengo derecho. No tardes.

Al cabo de un rato, salía por la puerta con un gigantesco vaso de esos de llevar, en la mano. Feliz del trabajo cumplido, satisfecha por mis avances, alerta, pero no lo suficiente para detectar que alguien cobijado en el recodo de una fachada, espiaba mis movimientos. Y sus ojos destilaban un odio temible y voraz.



## **El amanecer que llega**

*A veces justifico las palabras que derramo.*

*Es como escupir ámbar que habla y mata.*

*Fuera, mis problemas se hielan.*

***Renaissance (Paolo Buonvino & Skin)***

### **Martin**

Cuando Nina regresó a casa ya pasaba el medio día. Yo había invertido un par de horas en el despacho del que para horror de los socios, pensaba desvincularme del todo en breve, y volví enseguida. A estar con ella, con su inquietante belleza, sus enormes ojos verdes siempre curiosos, y sus recalcitrantes secretos. Todo cuanto encontré fue un enorme apartamento vacío gritando su frialdad. Arrojé la americana sobre un sillón mientras activaba el sistema de sonido.”*Lost on you*”, de LP, muy oportuna. Así me sentía todo el tiempo, perdido en ella, en sus miedos que eran los míos, porque nunca dije que amar a Nina fuese sencillo. Nuestra relación siempre estuvo marcada por la tragedia y el drama, sometida a extremos, desde el

principio fue voraz porque era clandestina e imposible. Cosas que de verdad atan. Y ella no había nacido para ser la señora de ninguna casa, eso me lo había dejado claro en mil idiomas, ni la novia sumisa que todo hombre desea en el fondo. No cocinaba y el día que lo intentó, un pollo y media docena de huevos rodaron por el suelo entre maldiciones. Después de eso no había vuelto a acercarse a la cocina. A menudo me preguntaba si nuestro amor sabía vivir fuera de La Cripta. Programé la canción en bucle, me preparé una copa, la vacié sin probarla con la excusa de que era temprano, y me senté a esperar tirado en el sofá como un alma en pena. La vi entrar con paso firme, soltar una especie de mochila en un rincón y acercarse sonriendo a besarme como si nada. Tuve la tentación de aferrarme a su cintura y llorar hasta vaciarme.

—¿De dónde vienes?

—Ya te lo dije, de visitar a...

—Por favor, no sigas mintiendo.

—¿Cómo?

—Que va siendo hora de que me digas la verdad. Te lo repetiré despacio. ¿De dónde diablos vienes?

No despegó los labios. Me subió el calor directo desde el vientre.

—Tlia hace más de una semana que no te ve en persona. Ella misma me lo ha dicho. Y traes húmedo el pelo.

Cualquier otra mujer habría reaccionado enfadándose. Defendiendo su privacidad, tirándome con ira algo a la cabeza. Nina no. Nina se limitó a petrificarme con una mirada.

—¿Me estás espiando?

—Me preocupo por ti, por nosotros, que no es lo mismo.

Dio una vuelta torpe sobre sí misma y buscó el mueble bar.

—¿No te parece un poco pronto para beber?

—He hecho cosas peores mucho más temprano. ¿Quieres una?

Joder ¿por qué no? No era a ella a quien deseaba matar. Así que me rendí.

—Sí, por favor. —Suspiré hasta que el aire penetró en mi médula—  
¿Sabes? Terminaremos rompiéndonos.

Sobre la sala entera cayó un ominoso silencio. La necesidad de llenarlo me hizo mucho daño.

—Estoy entrenándome —confesó pasado un rato un suspiro.

—Entrenándote —repetí inanimado.

—Artes marciales, escala, golpes letales. Y antes de que me ilustres con tu opinión te recordaré que no te estoy pidiendo permiso.

—Dios me libre —silabeé sarcástico.

—Pienso convertirme en un arma mortal. La ferocidad la traigo de fábrica.

La determinación que leí en su rostro cautivador, sí que me puso el vello de punta.

—No me cogerán desprevenida por segunda vez, Martin. Yo no tengo tus músculos, ni tu altura, no le duraría un asalto a Rice Wind. Eso no va a pasar.

—Nena, te lo he repetido un millón de veces, no dejaré que te ocurra nada —insistí con pasión. Nina se apartó con un manotazo al aire.

—Basta de promesas que no se pueden cumplir, no somos siameses, tendremos que separarnos y mientras ellos sigan vivos ahí fuera, nosotros no descansaremos.

Era curioso, el grotesco contenido de nuestra charla y la relativa calma que manteníamos pese a todo, como si ya estuviésemos acostumbrados al terror de lo que acechaba fuera. Nina permaneció apoyada contra el mueble bar con un vaso chato de whisky en la mano. Solo se había separado del rincón para entregarme el mío, pero luego volvió a marcar distancias. Me observaba tan seria y con tal deje de reproche, que me vi obligado a preguntar:

—¿Dónde he fallado?

—Lo has dicho tú, no yo. A veces te exiges demasiado, abogado.

—No se trata de eso, me mantienes al margen ¿por qué?

—Desconfiaste de mí.

—Me estabas mintiendo.

—Y no debería haber importado.

—Menuda filosofía de vida la tuya.

—La filosofía del superviviente. Es lo que soy, Martin, una cobra que sobrevive a la adversidad. Te advertí que no sería fácil, no soy ninguna princesita de esas con las que solías tratar...

De sobras me sabía la canción, no quería volver a oírla y menos de su boca.

—Ven aquí —palmeé el cojín junto al mío. Ella se acercó flotando sobre el parqué—. No quiero más rosa en mi vida, las princesitas me sobran. Te quiero a ti, salvaje y resposdona, tal y como eres.

Se llevó el vaso a los labios, los mojó y a continuación me descompuso con un beso mortal.

—¿Qué te parece mi idea de marcharnos lejos? Bien lejos.

—¿Por cuánto tiempo?

—Sin marca en el calendario, el que haga falta.

—Aún no has comprendido que no se rendirán. —Sonrió con tristeza—. Nos buscarán, noche y día, sin descanso hasta acabar lo que empezaron. Justo lo que deberíamos estar haciendo nosotros.

—¿Tanto te importa vengarte?

Me observó incrédula por encima del hombro. Me las había arreglado para acomodarla entre mis piernas, su espalda contra mi pecho, su espesa melena negra bajo mi mentón, alimentando mis ganas de más.

—No quiero venganza, quiero librarme de la amenaza que suponen. A estas alturas no queda nada que vengar.

—Anna...

—Bueno, sí, eso. Mi familia. Pero hace tanto tiempo, he vivido tantos años con el peso de la culpa, que terminé acostumbrada a arrastrarla. Es lo de menos, te lo aseguro.

—La policía de medio país los busca.

—No darán con ellos. Nada como un demonio para camuflarse y pasar desapercibido. ¿Cuántos siglos llevan mezclados con los mortales de a pie sin que nadie sospeche? No los encontrarán si ellos no quieren.

—No estoy dispuesto a permitirles gobernar nuestras vidas, no entrarán. Bastante tienen con salvar su pellejo.

—Vuelves a equivocarte, no dirías eso si conocieras a Rice. Pero no lo conoces.

—Conozco a Anna.

—No a la que nos sorprendió en La Cripta, esa Anna no te la esperabas. Resoplé y me desordené el pelo en un movimiento casi histérico.

—Cariño, hazme caso, es mejor estar preparados.

Lo más grave es que tenía razón, yo lo sabía, ella también. Me martirizaba notarla tan firme, endurecida a base de golpes, mirando al futuro con la esperanza congelada en las manos. Retiré un largo mechón que tapaba su rostro y lo enrollé detrás de su oreja.

—¿Quién te metió en la cabeza la absurda idea de que pertenecías a su grupo?

—Primero, mi conciencia. El dolor insoportable de haber quemado

vivos a mis padres y hermano sin encontrar una razón que lo justificara. Luego, cuando Rice me reclutó para trabajar en La Cripta, entre él y Valeria me explicaron el porqué de mi perversión. Y todo encajó con temible facilidad.

—Resultó ser falso.

—He hecho muchas cosas horribles muy reales.

—Pero no has matado a nadie.

—Ahora estoy dispuesta a pasar esa prueba. No te tenses, Martin, es matar o morir ¿qué prefieres?

—Oyéndonos, cualquiera pensaría que soy un maldito cobarde, no lo reprocho, es a lo que sueño. Pero solo trato de protegerte, analizar esto con serenidad y escoger el camino más inteligente. Si te perdiera... no podría seguir viviendo, Nina, y no es una frase hecha.

—Te puede costar caro este amor...

—Quiero que dejes de culparte. Esto no tiene sentido si no lo hacemos juntos.

—Te engañas porque te conviene, Martin Forrester —sus labios volaron sobre los míos dejando su huella húmeda. Mi vientre se convulsionó en un latigazo de ardor y deseo—. La zorra de Anna te quiere a ti vivo y a mí muerta. Fin de la historia.

—Esa mujer...

—Es la misma que besa el suelo que pisas, la misma que llevaba dieciséis años persiguiéndote, esperando su oportunidad, la misma que seguramente, no ha perdido la esperanza de tenerte.

—Antes muerto.

—También puede arreglarse.

—Maldita seas...

La intensidad de la conversación se rompió en mil pedazos con su risa. Entre las muchas virtudes de Nina, destacaba su capacidad para conjugar situaciones límite y darles la vuelta como a un calcetín.

—En sus sueños, Anna te posee y te folla lenta y persuasiva, conmigo de cuerpo presente.

—Que siga soñando. Solo pensarlo me entran ganas de abrir esas ventanas y arrojarme al vacío.

—Pues haz que no sea necesario —suplicó con una potencia que convirtió el ruego en orden.

—No va a ocurrir nada malo, tienes mi palabra.

—Por desgracia, aquí tu palabra y tus buenas intenciones, de las cuales no dudo, valen de poco. Martin, sé que eres abogado, que juraste defender la ley y todo eso pero esto... esto no es un juego, es serio, son ellos o nosotros. La noche en que todo ocurrió estabas tan decidido y ahora ¿piensas dejar nuestro destino en manos de un puñado de ineptos de uniforme?

—La policía hace bien su trabajo.

Nina se desesperó. Mi continua reticencia la alejó de un salto. En el último instante logré atrapar su muñeca y tirar de ella. Cayó sobre mí sin ganas.

—Nena, llevo media vida soñándote, te he consagrado el resto, y que me aspen si no hago lo posible porque sea larga.

—No los cogerán.

—Dales tiempo, seguramente están haciendo progresos.

—¿Seguramente? ¡Dios! No es posible que seas tan crédulo, tu amigo Will sí me entiende.

—Will es un animal herido clamando venganza.

—¿Tú no lo serías en su lugar? —Giró hacia mí sus ojos llameantes de gata en celo—. Si alguien te tocara un solo pelo, uno solo, lo destrozaría con mis propias manos. Anna se llevó por delante lo que él más quería, entiendo que quiera alimentar buitres con sus pedazos.

—Nina, cariño —le froté los brazos, fuertes, delgados, de piel blanquísima—, vamos a tomarnos las cosas con tranquilidad, habrá que atar corta esta pasión desbocada tuya.

Suspiró. Y cuando volvió a mirarme, en sus pupilas latía una nueva ilusión. De un soplo había finiquitado un asunto para zambullirse en otro.

—Demuéstrame lo tuya que soy.

—¿Ahora?

—Fóllame tan duro que borres mi memoria, mis planes de ataque y todo mi rencor.

—Eso está hecho.

—Te advierto que es mucho.

—Traigo munición de sobra.

Mis dedos viajaron a sus pechos redondos, tersos, llenos y los amasaron buscando los pezones erectos. Pellizcar aquella piel ligeramente rugosa, color canela, me ponía a mil. El bulto que se abrió en el vértice entre mis muslos, fue lo bastante evidente como para hacerla sonreír.

Malévola. Su sonrisa siempre era malévola y un torrente de inspiración.

Se incorporó y en un par de movimientos sensuales, solo llevaba puesta la piel.

—Deja que te enseñe lo fuerte que me estoy poniendo.

Coloqué las manos en su cintura breve, cóncava y muy mía. De ahí ascendí por sus costados, su espalda y de nuevo a la curva de sus pechos.

—De eso no me cabe la menor duda —aseguré antes de metérmelos en la boca y succionar con fuerza. Tanta que Nina, apoyada con las manos en mis hombros, echó atrás el cuello y gritó golpeada por el placer.

—Sí, sí, sí —balbuceó mimosa.

Chupé los dos pezones al mismo tiempo. Mordisqueé las puntas y luego soplé para aliviar el escozor.

—¿Qué ibas a enseñarme? —le recordé con malicia.

Regresó de su universo paralelo con las mejillas ardiendo. Sentí sus largos dedos correr por el cuello hasta el hueco de mis orejas y la caricia volátil que erizó mi piel.

—Creo que puede esperar... —Hurgó en mi pantalón y sacó mi pene hambriento para empalarse con un gemido que casi me llevó al orgasmo.

—Húmeda y resbaladiza. —Me mordí los labios, cerré los ojos para contenerme. Pero mi pulso iba por libre y se aceleraba sin tregua—. Deliciosa.

Las caderas de mi chica se agitaron describiendo círculos sobre las mías, arrastrándome a un paraíso lejano en el que nada importaba demasiado, solo su aroma y un desconcertante placer capaz de barrer tragedias. Me anclé en su trasero, un cachete en cada mano. Desde ahí dirigí sus movimientos, alzándola y dejándola caer, una y otra vez sobre mi miembro empapado. El hormigueo en el vientre se intensificó al máximo y explotó en una alucinante sucesión de espasmos. Nos corrimos con el nombre del otro entre los labios. Luego, todavía unidos por el sexo, nos abrazamos largamente y nos besamos.

—Aún tengo algo que enseñarte. —Su tono era insinuante y travieso—. Vamos al gimnasio.

—¿Te queda energía para malgastarla con pesas?

—No con pesas precisamente. Tengo intenciones algo más sucias.

Salí de ella, la perdí cuando se puso en pie y me pidió la mano. Se la entregué sin dudar. Desnudos por el pasillo entramos en la sala que tenía destinada a gimnasio. Nina fue directa a las correas que colgaban de unas poleas en el techo, enraizó los brazos y las muñecas y se elevó en el aire.



—Acércate, león, aquí me tienes. Dime qué se te ocurre viéndome así.

Había abierto las piernas y mirar su sexo depilado, aún mojado con mi semen, me estaba volviendo loco. Entendí lo que me pedía. Me coloqué justo debajo, permití que apoyase los muslos en torno a mi cuello y hundí la boca entre sus pliegues rosados. Tensó los brazos alrededor de las correas y dibujó mi nombre despacio con el pubis contra mi boca.

—Así, cariño, así, despacio. Pasa toda la lengua, márame de placer y te deberé una.

Me debía muchas más de una. El sexo de Nina era mi Nirvana. Para follarlo, lamerlo, devorarlo con ansia o simplemente contemplarlo. Era tentador y hermoso, era todas esas cosas que solo ella representaba. Recorrer su piel con labios y lengua era rendirle tributo al amor que sentía cada vez que mi mujer respiraba. Del monte de Venus al coxis, deteniéndome en todos esos dulces orificios prohibidos, arrancándole gemidos solo para mí. Mi regalo particular. Nina susurró mi nombre y fue como una llamada irresistible que unió sus ojos y los míos. Me desafiaban y al tiempo me decían cuánto me deseaba. En aquellos iris verdes anidaba el amor.

Sentí su estremecimiento inicial, una ligera agitación y luego las contracciones de su carne entre gritos. Sus piernas apretaron mis hombros y mi cuello como un sensual cepo. Furtivo miré sus pezones, endurecidos por el brutal orgasmo que acababa de atravesar. Supe que jamás fue así de intenso con nadie antes de tenerla. Tampoco después. Hacer el amor no volvería a ser lo mismo si no era con Nina.

Víctima del sopor, se dejó caer entre mis brazos y yo la conduje a la cama, acurrucada como una niña pequeña. Solo en contadas ocasiones Nina dejaba atrás su fortaleza y se sometía. Era difícil ahondar en sus porqués, no se trataba de una chica que se dejase conocer fácilmente, pero yo lo iba logrando. La intimidad conducía a la confesión y sus ojos eran dos libros abiertos que contaban mucho más que sus frases. ¿Cómo domeñar su rencor hacia Anna? ¿Cómo frenarla? Había sufrido toda su vida, no era solo imperiosa necesidad de amor y calma, era la justicia gritando desde la tumba de sus padres, de su familia entera, clamando su nombre mismo. De algún modo la entendía. Pero temía por ella. Había que encontrar el modo de que cerrar sus heridas abiertas no nos condujera al final del camino. Donde se abría el barranco.



## **El amo del castillo**

*Mientras el viento esquivo las olas, yo cuento los días.*

*Las rocas pesadas no temen al mal tiempo.*

***Empire (Of monsters and men)***

### **Anna**

Encontrármela sin esperarlo en mitad de la calle, fue como recibir un mazazo en el cráneo. Nina. Maldita fuera Nina Gautier un millón de veces. De no ser por ella, Martin y yo habríamos sido felices juntos, tarde o temprano él se habría dado cuenta de que lo nuestro significaba algo especial. La chica sosa enamorada del guapo del instituto, siempre a su lado. Dieciséis años posponiendo decisiones, amoldando mi futuro para seguir cerca del amor de mi vida. ¿Y todo para qué? Para que una zorra que seguramente había calentado más camas de las que yo pisaría en una eternidad, llegara a llevárselo. Con sus manos limpias y sin ningún esfuerzo. Odio no era el término. Aún no habían inventado la palabra para definir lo que me movía en su contra.

Quería destruirla, sacarle los ojos, borrar de la faz de la tierra hasta su

recuerdo. Y sin haber dispuesto de tiempo material para buscarla, ahora me la topaba por pura casualidad, al doblar un recodo de una calle cualquiera en el Soho. Me plegué sobre mí misma sin saber bien qué hacer. Ella no me había visto. No era inteligente anticiparme, ni abalanzarme como una loba y darle la oportunidad de defenderse. No. Todo tenía que ser mucho más sofisticado y perverso.

La noche en que todo sucedió, Rice y yo huimos de La Cripta. Sabiendo que la policía no tardaría en seguirnos el rastro, que la acusación del asesinato de Stella me convertía en una fugitiva, que Rice no se comprometería para protegerme. Y en lugar de achicarme, tanto obstáculo me creció, me hizo mirar al horizonte con osadía, fuerte y decidida como nunca a triunfar. Imponer mi justicia, la mía, no era una opción. Se convirtió en la única razón por la que respiraba.

Y recuperar a Martin.

Aquella noche nos refugiamos de la nevada bajo los puentes y los árboles de Central Park, amparados por las sombras, escapando del movimiento humano, de la luz. Ocultando nuestros rostros para no ser reconocidos. Apenas intercambiamos una docena de palabras, yo iba ciega de ira, perturbada por la imagen aún nítida del cuerpo semidesnudo de Martin, atado con aquellas cadenas, perfecto y deseable. Un cuerpo que jamás fue mío por más que quise. Y la chica de los ojos verdes que sí se quedaba para disfrutarlo. Ángeles del infierno, cómo la detestaba. Dormité con su nombre enganchado en mis labios, repitiéndolo igual que un mantra maldito. Nina, Nina, Nina. Tarde o temprano te encontraré y cuando lo haga... Bueno, simplemente te mataré. No mereces vivir, perra.

Antes de que amaneciera, Rice me condujo a las entrañas de la ciudad, cogimos un tren y nos bajamos a la altura de un risco nevado que no me recordaba a nada. A continuación nos separamos durante el resto del día. Su plan era despistar en el caso de que nos siguieran, antes de avanzar. Entonces fue cuando la vi. Y al reunirme con Rice tras la puesta del sol, me dolían las mandíbulas de apretar mi cólera. Caminar horas bajo la ventisca y el frío hasta la mansión, tampoco fue tarea para cobardes. Estuve tan aterida tanto rato que casi tuve que estar dentro para verla. Fue la solemne campanada que hacía las veces de timbre lo que me trajo de vuelta al planeta.

—¿Desde cuándo hay castillos medievales en Manhattan?

—Ya no estamos en el Manhattan que todo el mundo conoce —respondió Rice frotándose las manos heladas—. Esto son las recónditas

afueras.

—Da igual ¿desde cuándo hay castillos en Norteamérica?

—No los hay —afirmó críptico.

—¿Y a esto? —apunté a las alturas, donde la pétreo muralla se perdía en almenas y torres coronadas con capuchones de pizarra— ¿Cómo te apetece que le llamemos?

—Excentricidad de millonario para cuando su ático en el centro lo aburre.

—Ah. Entiendo.

—Mantente calladita, pon esa cara tuya de niña buena que convence a todos.

Comprendí. Íbamos a pedir asilo a un ricachón maniático que se había hecho construir un puto castillo en las entrañas de un bosque. ¿Y después? Porque yo tenía tareas pendientes, tareas que requerían de urgente planificación, mantenerme relativamente cerca de la isla principal, y de una ejecución aún más cuidadosa. Deshacerme de Nina y recuperar a Martin.

No. No era sencillo. Ni siquiera lo parecía.

Un mayordomo vestido a la clásica usanza inglesa nos franqueó la entrada. No presté demasiada atención a lo que Rice le cuchicheaba, en todo momento el sirviente dio signos de conocerlo y de no sorprenderle nuestro aspecto deplorable. Rice había robado unas sudaderas con capucha y unas zapatillas deportivas que le venían pequeñas, de un puesto en el barrio chino. Estábamos bajo cero, sucios y más hambrientos de lo que recordaba haber estado en toda mi vida. Sobre todo estaba agotada. De pensar, de sentir rabia y no poder llorar, de contener las ganas de muchas cosas espeluznantes.

—El señor les recibirá en la biblioteca —anunció el rimbombante mayordomo una vez estuvimos dentro.

El recibidor era todo lo suntuoso que cabía esperar en una construcción que parecía el decorado de un capítulo de “Juego de Tronos”. Las paredes cubiertas de arcos ojivales con calados en piedra y las bóvedas de nervaduras que se cruzaban. Muchas velas por todas partes pese a ser de día, arrojaban juegos de luces bailarinas contra los muros. El mobiliario justo, muchos cortinajes y tapices. Allí olía a pasado, a tiempo y a misterio. Allí olía a Cripta.

—Sígueme, se lo ruego.

Obedecemos sin despegar los labios. Atravesamos lúgubres corredores que no parecían tener fin hasta detenernos ante una puerta cerrada tan

tentadora que yo misma me hubiese lanzado contra el picaporte para descubrir qué se escondía detrás. Allí dentro, la temperatura ascendía unos grados, era cálido y agradable, los colores de la tapicería recorrían la gama de los beige champán y los dorados, combinados con un azul cobalto muy regio. Junto a la enorme chimenea donde podrían asarse dos personas, un albino leía tranquilamente y sin alterar el inexpresivo rostro, nos miró desde las páginas de su libro.

—¿Rice?

—Malcom.

—¿Estás bien?

—Necesitamos tu ayuda.

Sí, todo muy escueto. Del modo en que se relacionan los hombres. Sin palabrería innecesaria, directos al grano.

El mayordomo se escabulló a nuestra espalda y el anfitrión nos señaló dos cómodos butacones frente al suyo. Tomamos asiento un poco azorados por la tensión de las presentaciones.

—Ella es Anna Dalton.

El albino me dirigió una penetrante mirada que me coaguló la sangre. El poder de una perforadora infernal.

—Encantado, señorita. ¿Tomará un té?

—Se lo agradezco —balbuceé sin querer admitir que me comería un buey completo si me dejaban.

—¿Empleada de La Cripta? —Esta vez, la pregunta la dirigía a Rice aunque se refiriese a mí.

—Usuaría. Una buena amiga de Valeria.

El rostro blanquecino se crispó imperceptiblemente,

—Gran pérdida para la causa.

—Bueno, sí... Últimamente extravió un poco el norte, me dio problemas...

—Curioso, Rice —se acarició la perilla con la punta de los dedos y una obsesiva mirada fija en mi acompañante—, las noticias que me llegaron fueron justo al contrario.

—¿Procedentes de quién? ¿De ella?

Rice había sido rápido al reaccionar. El tal Malcom se tomó un par de segundos y luego sonrió. Su cara casi desagradable se transformaba en algo exótico y hermoso cuando lo hacía.

—Valeria no era del tipo de personas que aceptan mantenerse en un

segundo plano. Su lucha por hacerse con el poder en La Cripta era silenciosa pero perseverante.

—En cualquier caso, todo ha terminado. Abrasado hasta el esqueleto. — Alzó una ceja cuidadosamente peinada—. Una lástima.

—Volveremos a empezar, desde cero, en otro lugar. Yo puedo...

—Ya hay otro lugar, Rice. Y funciona a la perfección. Te unirás a ellos, aunque no desde una posición equivalente a la que ostentabas en La Cripta. Al menos, no de momento.

—¿Están...?

—En Londres.

Vi iluminarse las pupilas de Rice de un modo casi sobrenatural. Era evidente que la noticia lo alteraba y lo complacía en igual medida. Hubiese apostado la lengua a que no era de los que se rebajan, sin embargo, casi no le importó que lo enviaran de segundón.

—¿Cuándo partimos?

—Tranquilo, Rice. —El albino agitó una mano aristocrática en el aire—. Acabáis de salir de una experiencia traumática, salvados por los pelos ¿no se dice así? Primero tenéis que reponeros y después dispondremos el viaje.

—No estamos heridos.

—No me refiero a las heridas del cuerpo —rebató enigmático.

—Señor...

—Malcom —lo corrigió el albino con un matiz de disgusto.

—Malcom —aceptó sumiso Rice con una leve inclinación de cabeza.

—Esperaremos, no obstante, para no llamar la atención.

—Quiero que sepa que sigo comprometido con la causa. Hasta la médula de mis huesos. Ignoro el veneno que la serpiente Valeria habrá vertido en mi contra, pero sea lo que sea lo que le contó, no es cierto. Mi prioridad es y ha sido siempre reagrupar nuestras tropas, salvaguardar la llegada de la Mano Maestra y cumplir órdenes sin discutir las.

El albino juntó las manos en actitud de rezo, las apoyó en el mentón y guardó silencio sin dejar de escrutar a Rice. Era ciertamente desagradable ser analizado de ese modo nada sutil. Para colmo, el propietario del castillo no soltaba prenda, comunicaba lo preciso y se rodeaba de un insondable misterio. Lo único que por aquel entonces me quedó claro es que desconfiaba de Rice. Y eso no podía ser bueno.

O sí.

—Paciencia. Las salidas, los aeropuertos y estaciones de tren estarán

vigilados después del escándalo en La Cripta, sería un suicidio exponerse ahora. Dejaremos pasar el tiempo necesario hasta que las cosas se calmen — insistió sereno—. Además, tengo que conseguir documentación y eso lleva tiempo. El cuerpo será convenientemente recibido y el ritual dará comienzo de inmediato. Las vírgenes están listas. Todo acorde con sus plazos.

El mayordomo había entrado seguido de tres doncellas uniformadas que dispusieron todo un servicio de té, café y otras viandas que me parecieron maná sagrado. Malcom nos las ofreció con un gesto amable y a partir de ahí, reponer fuerzas y saciar nuestro apetito de dos días, fue prioridad absoluta.

Nos adjudicaron unos aposentos exageradamente grandes, exageradamente lujosos, exageradamente cercanos. Puede que las dudas de Malcom también me apuntaran, el motivo real por el que Rice me había salvado y yo lo acompañaba. Si decidían que yo era un estorbo, una pieza a suprimir, tendría los días contados. No podía permitirlo. Le daría al albino una justificación creíble, una relación entre Rice y yo supondría lazo bastante para mantenerme con vida.

Eso esperaba.

Sobre la cama encontré un exquisito camisón de seda que parecía confeccionado a mi medida. Me desnudé lentamente, tenía entumecidas las articulaciones, notaba el cansancio reptar por toda mi piel. Formé una montañita con mi vieja ropa y la arrinconé. Alguien pasaría a llevársela, seguro que en el armario encontraba prendas limpias con las que cubrirme al día siguiente. No me equivoqué. Nos habíamos presentado allí de improviso pero era como si nos esperaran. No me detuve a meditarlo, me turbaba demasiado. Malcom no me gustaba, había algo intimidante y hasta monstruoso en su forma de mirar. Te robaba el alma cuando lo hacía. Bajo la ducha dejé que el agua caliente consolara mis músculos doloridos. A mí me importaban poco sus guerras pendientes, tenía las mías y cero intención de participar en la resurrección de nadie. Conquistar el mundo no era de mi incumbencia. Solo había una cosa en este plano de la realidad que deseaba conquistar y era el corazón de Martin. De una vez por todas. Y lograrlo pasaba inevitablemente por eliminar a mi rival.

Todo muy simple y muy dentro de la lógica.

Sequé mi piel con una toalla aterciopelada que me hizo recordar

tiempos pasados. Mi apartamento. La vieja Anna, la que trabajaba como jefa de secretarías en *Bravermanly*, renunciando a la posibilidad de actuar como Letrada con tal de mantenerse junto a Martin Forrester, el amor de su vida. La rutina de la normalidad. Gente corriente, nada de luchas gestándose en las sombras. Ángeles, demonios, dominar la tierra... Ciencia ficción para los humanos. Mis motivaciones eran mucho más carnales. Me embadurné con crema que dejó un rastro satinado en mi blanca piel, me coloqué el camisón largo cuyo escote dejaba poco a la imaginación y salí al rellano. Dos minutos más tarde, mis nudillos golpeaban la puerta de Rice.

—Adelante.

Caminé sinuosa. Él estaba tumbado en su enorme cama con dosel, relajado y recién duchado, con los brazos doblados bajo la cabeza y los ojos perdidos en la inmensidad del techo. No me dijo nada y yo seguí avanzando hasta sentarme en el borde del colchón.

—¿Te fías de él?

—Esa no es la pregunta —replicó—. La cuestión es si él se fía de mí, Valeria me comprometió a sus ojos, maldita fuera. Y lo necesitamos.

—¿Por qué?

La mirada de Rice vino cargada de incredulidad. Tenía unos ojos color zafiro increíbles, una barba rubia recortada y una melena color miel que le daba el lujurioso aspecto de un salvaje vikingo.

—¿Cómo que por qué? ¿Me explicas qué podríamos hacer ahí fuera solos, tú y yo?

Mi dedo viajó al centro de su hermoso pecho desnudo. Su mirada, pese al incipiente enfado, recorrió interesada la crema de mi escote y mis pechos abundantes.

—Bueno, de momento... divertirnos un poco. Nos vendrá bien destensarnos después de tanto... ajetreo.

—¿Y después? —presionó en un tono mucho menos belicoso.

—¿Es necesario que te unas a esa causa?

Atrapó mi mano por la muñeca y la apartó de su cuerpo con cierta brusquedad.

—Esa causa, como tú la llamas, es la mía propia. —Me besó la palma—. No sabría qué hacer fuera de este programa.

—No digas tonterías...

—Anna, no soy un demonio cualquiera, no recuerdo haber hecho otra cosa en toda mi vida. Me criaron para esto, para dirigir este ataque. Me hice



cargo de La Cripta porque necesitábamos almas y con cada sacrificio sumábamos un tributo que acercaba la vuelta de la Mano Maestra. En serio, no será sencillo hacerla regresar.

—Tanto esfuerzo para...

—Para convertirnos en invencibles y dominarlo todo.

Dio un fuerte tirón a mi brazo y lo dobló a mi espalda al tiempo que me inclinaba sobre él. Su boca atacó furiosa la mía, su lengua recorrió ávida mis rincones y la placentera sensación que acompañó la inesperada caricia, me relajó.

—Explícame mejor cómo es que te uniste tú —rugió en voz baja al tiempo que me mordía. Dejé ir una risa retorcida.

—¿Quién dice que me haya...?

—Cuándo y cómo descubriste que tu alma pertenecía al mal.

—Tal y como lo expresas suena a película de terror.

Ya estaba medio desnuda, Rice despachó la liviana tela que cubría mi escote y yo no me opuse. Los pechos bailotearon libres bajo sus presurosas caricias. Rice apretó a conciencia los dientes en torno a mi pezón y el dolor arqueó todo mi cuerpo seguido de un extraño ramalazo de placer que se reflejó en el centro de mi sexo.

—Fue mi madre. Mi madre me contó la visita del navegante, la tradición de ciertas mujeres elegidas en determinadas familias y su capacidad de elección.

—¿Por qué un demonio?

—¿Por qué no? Dime cuánto poder tenemos.

Rice sonrió a medias. Yo diría que desencantado.

—Te gustaría oír que somos superhombres, no creas, a mí me gustaría poder decírtelo, pero no es así. No disponemos de una fuerza descomunal ni de visión de rayos X, sin embargo... fuimos convocados por la oscuridad, adoramos la lujuria —se inclinó sobre mí y sus dedos recorrieron veloces mis piernas—, nos gusta follar duro y corrernos muchas muchas veces.

Eché atrás la cabeza, estiré el cuello con un voraz jadeo.

—Tengo curiosidad por descubrir si eres pelirroja natural. Vamos, enséñame lo que guardas entre las piernas.

Su gesto era inequívocamente lascivo y provocador. Con la pose remilgada de una señorita victoriana y los muslos apretados, subí mi camisón hasta que no fue más que un rulo de gasa enrollado a mi cadera. Con suprema lentitud separé las piernas y le mostré la mercancía. Por completo depilada.

—Me temo que nunca despejarás esas dudas. Pero sabe delicioso. Pruébalo.

Sentí la punta de su erección sedienta abrirse hueco entre mis muslos. La cosa se ponía interesante. Rice era un apetitoso ejemplar de macho alfa, perfecto en su exótica hermosura. Y desnudo... desnudo era el sueño prohibido de cualquier mujer que no conociese a Martin Forrester. Para su sorpresa, lo frené con la mano abierta contra su pecho.

—Te he sugerido que lo pruebes —repetí con tono firme.

Él tomó mi muñeca y se libró de mi barrera con una sonrisa pícara.

—Déjalo en eso, en sugerencia para más tarde. Tengo otras necesidades.

—Por supuesto, correrte cuanto antes y a mí que me den.

La burla que saludaba desde su boca se amplió.

—Estás mal acostumbrada, preciosa. Pienso darte placer, no te preocupes, es cuestión de... prioridades.

Combinó la última palabra con el empuje de su poderosa cadera y se me clavó dentro, en lo más hondo. Lo recibí con un gemido mezcla de dolor mezcla de satisfacción carnal. Rice era eso, terrenal, físico e insoportablemente guapo. Su seguridad al moverse me llevó a separar las piernas y dejarle paso al cosquilleo que crecía por mi vientre y me aletargaba. Aferré sus hombros. Sus embestidas dejaron atrás la prudencia para hacerse salvajes. Su lengua dejó de lamerme para que me mordieran sus dientes. Bajé los párpados, los apreté pensando en Martin, contándome a mí misma que todo aquello lo soportaba en su nombre. Por él, solo por él, mi gran y único amor verdadero. Mientras Rice me penetraba a empujones brutales, agarré su cara con una mano, lo obligué a mirarme y lo abofeteé. El muy cabrón sonrió satisfecho.

—Gata salvaje...

Buscó mi cuello y hundió los colmillos en la piel. Quise gritar pero él adivinó que lo haría, así que con la otra mano taponó mi boca. Mis pezones se endurecieron al instante en una respuesta que me asustó.

—Me gustan sumisas —susurró ronco al tiempo que se derramaba en mis entrañas—. Sumisas y obedientes.

—¿Como Nina? —me rebelé— ¿Nina era sumisa?

—Por supuesto que lo era. Hizo realidad cada una de mis fantasías. Cada vez que se lo ordené.

Giró sobre su costado y se apartó de mí. Lo dicho. Había colmado su apetito y a mí me dejaba sin nada, con el amargo sabor de notar que su voz se

hacía cálida y empalagosa al recordarla a ella.

—Pues bien que se ha reído de ti, querido.

—Aún no está dicha la última palabra. ¿Tienes un cigarro?

—Tengo un coño insatisfecho —gruñí—. Si te vale... ¿Qué hay de lo de “te complaceré, querida”?

Hizo un gesto con las cejas, como de fastidio o resignación, que no me halagó precisamente. Pero accedió sin protestar a perderse entre mis muslos y sus labios y su lengua, su boca entera sobre mi vulva, me hicieron ver el cielo tras la tormenta.

Fuera, en la calle, llovía torrencialmente. Y al ritmo del agua cayendo, busqué la inconsciencia del sueño.



## **El peligro está ahí, en cualquier parte**

*Ahora, la luz del día no lo hace correcto.*

*Y tú realmente deberías saberlo.*

***Safe (Daya)***

**Martin**

Ha vuelto a pasar. Al principio era un día como otro cualquiera, caminaba por la Quinta Avenida camino del bufete, desconcentrado, desligado mentalmente de los asuntos legales de los que de momento no quiero ocuparme, y tuve esa sensación de nuevo. Un cosquilleo extraño. Una certeza. La seguridad de que ojos turbios me espiaban desde las esquinas. Podía sentirlos, casi podía tocarlos. Era la misma intuición de la semana anterior, cuando estuvieron a punto de atropellarme.

Recibí de mala gana aquella aprensión súbita y había querido olvidarme de ella. Estaban pasando muchas cosas, todas demasiado rápido, estaba bloqueado y herido. Apreté el paso e intenté concentrarme en otras cuestiones, pero un escalofrío bajando por mi espalda me advirtió de que algo no andaba bien. Atisbé por encima del hombro sin ver a nadie especialmente

sospechoso y al reanudar la caminata... aquel rugido inesperado por la espalda, el acelerón violento, un chirriar de neumáticos, y mis reflejos que me hicieron saltar a un lado, apartándome de la trayectoria del automóvil, que como una bala, se dirigía hacia donde yo me encontraba... justo segundos antes. Había pasado rozándome, a microcentímetros de machacarme bajo sus ruedas. Y no podía decir que fuese un accidente. En cuanto el conductor vestido de negro se percató de que había errado en el tiro, giró con brusquedad y se quitó de en medio a velocidad tan suicida como la que había traído al embestirme.

No le mencioné el incidente a Nina para no preocuparla.

Y ahora ocurría de nuevo. Ese presentimiento, la misma inquietud de que algo iba a pasar, algo malo.

Era muy temprano por la mañana. Doblé la esquina y allí estaban, tres tipos agrupados en piña, con las caras parcialmente cubiertas con capuchas negras. En las manos tres cuchillos y en los ojos el brillo de la maldad absoluta. En un santiamén me rodearon apuntándome con los filos. Cualquiera, desde lejos, nos habría confundido con un vulgar atraco callejero. Pero yo sabía que no buscaban mi cartera. Solo mi muerte.

—Señor Forrester... —gruñó uno de ellos, el más alto.

No lo dejé terminar la frase. Mi puño cerrado impactó contra su mandíbula y lo lanzó hacia atrás, contra el muro de ladrillo húmedo. Se golpeó la cabeza y cayó de bruces al suelo. Probablemente ninguno esperaba que reaccionase tan deprisa. El que se apretaba a mi izquierda movió bruscamente el brazo y la punta afilada entró en mi carne de costado, cortando el músculo hasta toparse con el hueso. Sentí un dolor agudo e insoportable, y el borboteo de mi sangre caliente, empapándome la ropa. Entrecerré los ojos para soportarlo y me lancé hacia ellos, con un alarido monstruoso. La cabeza por delante. La clavé en el estómago del que tenía enfrente y empujé como un ariete hasta aplastarlo contra la pared. El zarandeo me permitió arrebatarme el cuchillo.

El primer atacante empezaba a recobrarse y muy cerca, se movía el otro. No era momento para reparos. Hundí el arma en su pecho, a la altura del corazón, una, dos, tres veces. Y luego, sujetándolo, giré con él como escudo. Su cuerpo inerte recibió la puñalada que su compinche me tenía destinada. Y a continuación, ya inservible, resbaló hasta los charcos.

—Se está usted poniendo muy difícil —le oí decir al único ileso hasta entonces.

Los tenía pegados a los flancos. Iban a atacar juntos, lo sabía. Pensaba defenderme, pero las heridas serían tantas y tan graves, que difícilmente sobreviviría. Pensé en Nina. En lo que nos quedaba por vivir. En lo que nos estaban arrebatando. En que no sabía el porqué. En que sin ella, ni la eternidad del Paraíso sería un premio aceptable.

Le arranqué la capucha a uno de ellos y lo miré fijamente a los ojos, total, iba a morir, eso era seguro, al menos lo haría mirándolo a la cara como un hombre y entonces...

Joder, esa fuerza descomunal volvió a activarse. Me saqué al tipo de encima como un trapo viejo, sin esfuerzo; salió despedido contra el muro, oí crujir sus huesos. Fue... fue asqueroso. Al otro lo agarré por el cuello con una sola mano y apreté como si exprimiera un limón. Lo vi ponerse morado, patalear, llevarse los dedos engrifados al gástrico. Los ojos fuera de las órbitas. Sin poder librarse de mi cepo.

Hasta que todo acabó tan en silencio como había empezado. Lo dejé caer. De repente, los tres formaban una pila de brazos y piernas torcidas.

Me llevé la mano al costado sangrante, jadeando. Las calles continuaban casi desiertas, pero me escabullí a la vía lateral donde nadie pudiese relacionarme con los cuerpos. Con dificultad saqué el móvil y marqué el número de un viejo amigo forense, de buena mano para las suturas y discreción asegurada.

Esta vez, tampoco pensaba contárselo a Nina. Al menos, no tal y como había ocurrido.



## **Los tristes rayos del sol**

*No estamos enamorados, no compartimos historias.*

*Solo algo en tus ojos... No tengas miedo.*

***Darkside (Alan Walker)***

### **Will**

El diario de Valeria Domock me condujo directo al vómito. Aquella mujer, si es que era humana, era malvada y fría hasta la demencia. Mantenía con Nina una inquietante relación amor/odio. La amaba, de algún modo se había enamorado de ella y lo reflejaba en muchos pasajes de su horrendo diario. Pero también detestaba la situación de poder que sin siquiera saberlo, le otorgaba Rice al haberse encaprichado también de ella. Nina era una pieza vital del ajedrez, saltando de mano en mano, ignorante de lo que se fraguaba a sus espaldas. Valeria deseaba el cuerpo de Nina, su rendición y, el puesto de Rice como dirigente de La Cripta. Mencionaba de pasada los sacrificios de La Sala, todo aquel incauto que cayera en las lujuriosas redes de La Cripta, acababa despedazado en nombre de Lucifer. De su vuelta para dirigirlos en su guerra contra ángeles y humanos. El dominio del mundo. El poder absoluto.

Una sola mano para controlarlos a todos, como un anillo único. Después de leerlo, lo empaqueté y envié de forma anónima a la policía en cuyas manos yo había dejado momentáneamente la investigación. No complicaba a Nina más allá del tema sexual, ni siquiera citaba su apellido. Y sí mencionaba a Rice Wind, muchas veces, señalándolo como parte del aura gubernamental responsable de los asesinatos. Mis compañeros incluirían el diario en la lista de pruebas y al personaje lo pondrían en busca y captura, justo lo que yo pretendía. Al margen de eso, no iba más allá, no aportaba nada nuevo, eran los delirios de una fanática creyente de Satán, o al menos así lo acabarían considerando.

Tenía pendientes un par de visitas indispensables y una me costaba tanto que tuve que aparcarla. No era un adiós definitivo, tarde o temprano tendría que recurrir al valor que parecía faltarme y traspasar aquella puerta. Pero mientras llegaba, dirigí mis pasos hacia el hospital donde Merie Forrester seguía ingresada en un ala especial para enfermos psiquiátricos. Curioso. Aquella mujer se había mantenido durante lustros en la difícil frontera entre la lucidez y la cordura y de repente, desencadenados los acontecimientos, era como si una mano invisible la hubiese arrojado al precipicio para siempre. Tiré de placa y me entrevisté con uno de sus médicos. El diagnóstico rondaba la demencia senil y se aconsejaba su inmediato ingreso en alguna de esas clínicas de coste prohibitivo donde pudieran proporcionarle los cuidados específicos que requería su estado. Solo la obstinada negativa de su marido frenaba el expediente.

—Hágase cargo. Nosotros poco más podemos hacer por ella. Mantenerla aquí, sedada, sin tratamiento orientado a su mejora, nos parece una aberración. En cualquier caso, salvo orden judicial, la última palabra la tiene la familia, de modo que nos limitaremos a darle el alta a la señora Forrester y ponerla en manos de su esposo. Que él decida.

Aquel médico no contaba con muchos años más que yo. Lo vi agotado, con las mismas ojeras y los mismos ojos enrojecidos que yo al acabar una guardia intensa. Menuda mierda que el desarrollar nuestras profesiones con un mínimo de dedicación nos llevase directos a la rotura.

—Lo entiendo. ¿Ha dicho o hecho algo de interés en estos días?

—No, que yo sepa. Su estado se aproxima bastante a la catatonía.



—¿Ha recibido alguna visita fuera de su hijo y su marido?

—Tendría que reclamar los registros a la enfermera jefe pero me atrevería a decir que tampoco. Este área está fuertemente vigilada, las visitas no se permiten con la liberalidad de otras zonas del hospital. Me temo que la señora Forrester es una pequeña ostra con sus razones bien ocultas al mundo.

—¿Cuándo piensan darle el alta?

—Entre hoy y mañana. Su esposo arde en deseos de llevársela, no repite otra cosa.

—Bueno, tengo entendido que están muy unidos.

—Lo cual me congratula, el amor no daña a nadie —musitó el doctor dándole vueltas al bolígrafo entre los dedos— pero el estado de esa mujer es serio. No diría grave pero sí delicado.

—¿Hay peligro de que atente contra su vida?

—De momento no hay motivos para temerlo pero... —suspiró hondo— ¿quién sabe lo que pasa por el cerebro de estos enfermos? En cualquier momento puede haber un cambio radical que nos coja desprevenidos. Por eso y por su propio bien, me inclino en favor del internamiento.

El doctor echó un apresurado vistazo a su reloj de pulsera y yo me puse de inmediato en pie dando por finalizada la entrevista.

—¿Puedo verla unos minutos?

—Desde luego que sí, detective. Solo le ruego que en lo posible, no la altere.

Tragué saliva. En lo tocante a Merie Forrester, eso era algo en lo que no solía tener suerte.

El dormitorio de Merie era una habitación agradable bañada por los tristes rayos del sol de media tarde, que no parecía un cuarto de hospital. Por no sé qué extraña asociación de ideas, esperaba encontrarla en la cama, con los ojos cerrados, inerte y lejana. Sin embargo estaba sentada en una butaca junto a la ventana, mirando al exterior con ojos acuosos. Delante vi una mesita auxiliar con un exquisito servicio de té que no había tocado.

—¿Me permite, Merie?

Tardó en entender que había alguien allí, parado en el umbral de la puerta, que le hablaba. Tardó aún más en mirarme y apuesto a que no me reconoció. Pero sus labios sí se curvaron en una acogedora sonrisa. Y a

continuación, lejos del limbo que el doctor me había descrito, empezó a hablar como una persona sana y normal.

—Vaya apuesto muchacho... ¿Y tú eres...?

—Will, Will Bass, el amigo de Martin.

—Oh, Martin. —Volvió a sonreír y selló sus palabras.

—Me pareció una buena idea acompañarla. Ninguna dama debería tomar el té en solitario. ¿Puedo?

—Desde luego, querido, desde luego.

No parecía avecinarse ninguna crisis inminente y aún así, decidí tomar todo tipo de precauciones durante aquella conversación. La enferma tenía muy buen aspecto, era una mujer sumamente hermosa, conservaba los rasgos que debieron hacer de ella una auténtica belleza en la juventud. Miré alrededor y me apropié de un vaso vacío que reposaba en la mesita de noche. Lo coloqué junto a su taza.

—Sigue muy guapa, señora.

Ella se ruborizó en un delicioso gesto de coquetería y sirvió té en mi vaso.

—¿Quiere que le pida a la enfermera una nueva taza? Y más té, la infusión que le sirvieron se ha enfriado.

—No se preocupe, también me gusta así. Mi hígado no soporta líquidos hirvientes. ¿Qué tal mi hijo?

—¿Cuánto hace que no lo ve?

—Bueno, no lo recuerdo del todo bien, supongo que un par de días. O menos. A lo mejor vino ayer a verme, o esta mañana, solo que no consigo relativizar el tiempo. —Sus pupilas regresaron melancólicas al cristal que la separaba del mundo exterior—. ¿Has estado alguna vez atrapado en un territorio que no te pertenece? Aquí las noches se confunden con los días, no tengo manera de distinguir las horas, solo sé que pasan.

—He estado encarcelado dentro de mí mismo —confesé en un arrebato de sinceridad—, si eso sirve.

—Eso es aún más trágico —afirmó mirándome con pesar. Luego se llevó con delicadeza la taza a los labios. La imité para no resultar descortés.

—Merie, la gente que se llevó a Stefan ¿han vuelto a visitarla?

Su gesto se crispó solo un segundo.

—No. Ya no pueden utilizarme. Pero me vigilan.

—¿Quién, Merie? ¿Quién la vigila? ¿Alguien la ha acosado, le ha hecho preguntas...?

—Son los cuervos. Llegan y se posan en el alféizar de la ventana. Miran hacia adentro con sus crueles ojos amarillos. Espían lo que hago para contarlos luego. Pero no hago nada, no muevo un dedo. Deben de estar decepcionados.

—¿Cómo contactó con ellos? Me refiero a la primera vez.

Se quedó pensando.

—Son perversos. Están por todas partes.

—Entiendo. ¿Cómo se las arregló para contactar? —insistí con ternura.

—Bueno, nada detiene a una madre desesperada que busca a su hijo. James ya se había dado por vencido. La policía, y disculpe, mucho antes.

—No tiene que disculparse, Merie, es cierto que a veces los resultados de nuestro trabajo se resisten. Otras, simplemente nos equivocamos.

—Se esconden bien, así que no los culpo. Yo no habría descubierto siquiera que existían si no hubiesen empezado a llegar los cuervos.

Por segunda vez los cuervos. Ya estábamos con la parte de la historia que sí sonaba a locura. Me estremeció el temor de que aquella franja de lucidez de Merie que tan buen fruto estaba dando, se interrumpiera de repente. Ni siquiera podía creer mi jodida buena suerte.

—Hacía preguntas. Demasiadas preguntas a todo el que me pudiera responder. Y ellos andan por todas partes —repitió en un susurro, temerosa de los oídos de las paredes—. Alguno me oyó.

—¿Y qué ocurrió entonces, Merie? Cuéntemelo, necesito saberlo. ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba?

—Un niño pequeño llamaba a la puerta y entregaba un paquete a mi nombre. Tenía carita de ángel. La primera vez que lo abrí —soltó una risita infantil— lo hice con ilusión, pensé que era una sorpresa de mi marido. Pero era un cuervo muerto, de pico afilado, negro como la noche. Lo enterré en los parterres del jardín.

—¿Y más tarde?

—Siguieron llegando. Ya no me sorprendía. Hasta que llegó el primer cuervo vivo dentro de la caja. Llevaba un mensaje en la pata. Me preguntaban si quería volver a ver a Stefan con vida. Imagínese, detective, preguntarle eso a una madre al límite de la desesperación.

—Entiendo. Le fueron enviando instrucciones por ese método.

Merie asintió con lenta elegancia.

—Nunca vi a nadie. Solo escribía cartas o enviaba telegramas a donde me pedían, usando la información que traían los pergaminos en miniatura. Datos acerca del pasado y los parientes de personas que no conocía. Viejos

amigos que de repente se supone que volvían a la ciudad y los citaban en La Cripta para verse. Padres y madres que tras años de hostilidad decidían hacer las paces, hermanos desaparecidos, ex esposas... Cualquiera excusa era buena para atraer pobres incautos y empujarlos hasta sus garras. Una vez entraban, nunca más volvía a saberse.

—¿Los conserva? Me refiero a los mensajes.

—Los enterré junto con los cuervos muertos. Hace muchos años ya de eso.

La señora Forrester dejó escapar un suave gemido por entre los labios y se quedó colgada del paisaje tras la ventana. Yo ignoraba si la estaban o no medicando, pero en el preciso instante de mi visita, podía apostar que no solo estaba tranquila y lúcida. También era capaz de revivir segundo a segundo toda la tragedia.

—Ahora sé que envié mucha gente a la muerte —confesó sin mirarme—. Aunque trataron de impedirlo, he leído los periódicos. Es espantoso.

Para poder consolarla, tuve que aparcar el hecho de que de no ser por ella y sus notas falsificadas, Stella jamás habría puesto un pie en La Cripta. Una tenaza invisible me apretó bien fuerte las tripas.

—No fue culpa suya, Merie, usted solo buscaba a su hijo. Cualquiera otra madre en su lugar habría actuado igual.

—Mi madre nos contó algo a mis hermanas y a mí. No tendría más de seis años pero ya nos habló de los ángeles y los demonios que conviven con nosotros, pasando desapercibidos entre la masa y el bullicio de las calles. En aquel momento lo tomé por una leyenda.

—¿Su madre ya lo sabía?

—Fue una de las elegidas. Sucede por familias. Si te escogen, todas las mujeres, una tras otra, cuando están encinta reciben la visita del navegante. Es una especie de determinador de destinos.

Señor. Ya empezaban los delirios. Era evidente que la claridad mental de Merie, con los minutos, se esfumaba.

—Se presentaba a preguntarte si querías que tu hijo fuese ángel o demonio. Cuando esperaba la llegada de Stefan, yo era joven y estúpida y no lo tomé en serio. Pensé que se trataba de una broma pesada que alguien me estaba gastando, una de mis hermanas, por ejemplo. ¡Oh, Dios mío!

Se cubrió el rostro con las manos blancas y cuidadas.

—Elegió demonio —afirmé con pesar.

—¡No sabía lo que hacía! Era la hermana mayor, nadie antes de mí

había recibido la visita del navegante, no entendí el mensaje ni la repercusión. En realidad, no sabía si creer lo que mi madre...

Temí que sufriera otra crisis y los médicos me echasen de allí a patadas. Posé una mano en su antebrazo y presioné con afecto.

—Vamos a tomarnos este té, se nos está enfriando.

Merie asintió despacio con la cabeza y una leve sonrisa torció sus labios pintados.

—Por fortuna, yo no tengo ninguna hija. La maldición de los Forrester acaba aquí.

No creáis que me sentí orgulloso de salir de allí dejándola sumida en una triste melancolía, pero al menos, estaba serena, fuera de peligro. Era terrible el modo en que la oscuridad se había aprovechado de su desesperación, Merie Forrester se convirtió en el instrumento que llevó hasta los umbrales de La Cripta a muchos inocentes animados por mentiras, asuntos familiares perturbadores sin resolver, falsas promesas. Y ahora ella era consciente de su participación, del papel que había jugado en cada trampa. Quizá fuera eso lo que la había arrancado del sopor y la depresión después de tantos lustros. Quizá. La veía más fuerte, pero también había blindado su contacto con el exterior. Merie no volvería a ser del todo humana nunca jamás.

Ahora llegaba mi hora difícil. Acudir al lugar que más temía. Allí donde los recuerdos en forma de olores y colores dispararían directos al corazón. Cuatro paredes entre las que podía encontrarme imágenes que trataba de olvidar. El apartamento de Stella. El mismo que antes había pertenecido a sus padres.

Cuando eres detective no existen las puertas cerradas. Logré un permiso y las llaves aunque no las necesitaba. En su día, Stella me había regalado mi propia copia. Apoyado contra la pared del ascensor, las saqué del bolsillo, las contemplé largo rato y cerrando el puño, apreté con ellas dentro. Todo el dolor me cayó encima como si acabara de ocurrir, un inmenso vacío, la terrible pregunta sin respuesta ¿por qué? ¿Por qué ella? No había hecho daño a nadie, no representaba una amenaza, era, entre todos los inocentes, la más inocente.



## **Por amor**

*Cariño, solo bésame lentamente.*

*Tu corazón es todo lo que poseo y en tus ojos, sostienes el mío.*

***Perfect (Ed Sheeran)***

## **Nina**

La de estúpideces que hace una por amor. Yo que siempre me creí a salvo de las flechas de Cupido, iba camino de la consulta de un psiquiatra pomposo solo por contentar a Martin. De repente después de tantos días, me sentía incómoda dentro de mi ropa. Bajo el abrigo, el vestido ajustado me apretaba y me quemaba la piel. Transigí porque por Martin habría hecho cualquier sacrificio. Aunque no se notase demasiado la fiebre que me consumía cada vez que desviaba hacia mí sus pupilas. Aunque a duras penas lograra demostrarlo. Yo no era precisamente alguien en quien confiar pero mi amor era real, sincero y tan grande que no podía dominarlo. Creo que lo quise desde el momento en que lo vi. Desde que me besó por primera vez. Con los ojos.

Cumplimenté las formalidades con la enfermera en el mostrador de

metacrilato de recepción. Todo era tan blanco, tan aséptico, tan futurista que daba miedo. Completamente despersonalizado. Tuve un extraño pinchazo de intuición, sentí que cuando entrabas allí te robaban el alma sin vuelta atrás.

El doctor Lorenz era un hombrecillo avisado y desconcertante con mirada de taladro y sonrisa desigual. Su aparente afabilidad contrastaba con la dureza de sus juicios. Te clavaba los ojos y te querías morir. No fue una buena impresión inicial, me abrumó e hizo que me encogiese en la silla. Me interrogó acerca de mis pesadillas, respondí que se sucedían desde hacía un mes largo, aproximadamente.

Habían pasado ya tres semanas desde la primera visita. Y todas las píldoras que me había recetado habían ido directas al cubo de la basura. Pero allí estaba yo, sonriendo y aguantando... por amor.

—Señorita Gautier —reparó con parsimonia el historial y el larguísimo cuestionario que en su día me obligaron a rellenar— ¿cómo siguen sus pesadillas?

—Ni han remitido ni han mejorado —repliqué dispuesta a ser exigente y rotunda. No pareció importarle que su pretendida terapia sirviera una mierda.

—¿Sucesos reales, vividos? ¿Pura fantasía sacada de contexto?

—Me temo que siguen siendo más hechos reales que otra cosa.

—Mezclados.

Asentí. Mezclados. Solo porque la línea argumental de mis terribles sueños se desviaba ligeramente de lo ocurrido. Por lo demás era un perfecto recordatorio de sucesos pasados que habría dado la vida por desterrar. El psiquiatra seguía muy entretenido garabateando letras en sus papeles.

—Quizá fuese buena idea dejarlo aquí, doctor. Llevo ya casi media docena de visitas y sigo teniendo la impresión de que no me cree.

Me respondió una risita que sonó sarcástica.

—Usted es la paciente, lo que para mí es significativo no tiene por qué coincidir con su enfoque. De verdad creo en su dolor, en la huella que deja y en que su cerebro la tortura tratando de salvarla. En lugar de permitir que supuren las heridas para poder curarlas, su mente toma caminos intrincados que la conducen al escape por los sueños, al delirio...

—¿Y a la creación de fantasías? —remaché con malicia su misma palabra.

—Ciertos casos como el suyo pueden producir alucinaciones, sí —admitió con una sonrisa comedida.

Me incliné sobre la mesa, apoyada en las dos manos.

—¿Va a decirme que todo lo que he vivido me lo he inventado? Le recuerdo que no estuve sola.

—Mi querida niña...

—No soy su querida niña —le recordé cortante. Lorenz respingó.

—Es una forma de hablar, solo trataba de ser amable.

—Limítese a ser profesional. ¿Por qué no me cree?

—Haga el favor de sentarse.

—No le pago una fortuna para que se siente ahí, parapetado tras la mesa de su despacho y me juzgue.

—Siéntese.

Esperó sin hablar, con los dedos cruzados en actitud de rezo hasta que mi furia se desinfló y me sometí. Volví a la silla y lo miré expectante.

—Su trauma de la infancia, el episodio del incendio, la desaparición de su familia y todo lo demás...

—Les puso a ellos la tarea mucho más fácil, pero no es el resumen de toda la historia.

—Esto no tiene porqué ser tan doloroso. Debería plantearse aflojar las válvulas y aceptar todas esas emociones que está reprimiendo.

—No hay válvulas, doctor, es solo mi maldito pasado queriendo devorar el presente. Haga que deje de volver y habrá triunfado.

—¿Se ha cuestionado el valor de ese presente al que fuerza una pertenencia? ¿Y si usted perteneciera al universo pretérito? ¿Y si su empeño por formar parte de un hoy concreto fuese un error?

No supe responder a eso. Cada cual debería ser dueño de su presente, poder vivirlo en toda su intensidad. Y manejar su pasado, poder encerrarlo bajo llave si es preciso. ¿Y aquel psiquiatra trataba de decirme que yo me empeñaba en vivir mi presente como si fuese una locura? ¿Qué demonios pretendía? Lo vi sacar un talonario y ponerse a escribir. Bufé.

—¿Va a recetarme más psicotrópicos? ¿En serio cree que los necesito?

—Estoy convencido de que debe controlar esa tendencia a la alucinación antes de que sea demasiado tarde. Aceptando, fluyendo.

—Guárdese sus drogas, doctor, muchas gracias. —Me puse en pie. Quise sonreír a modo de despedida pero solo formé con la boca una mueca de desprecio—. Sabía que no iríamos muy lejos, al menos lo he intentado.

—Señorita Gautier, hay otras terapias... Opciones que aún no hemos considerado.



—Olvídelo, doctor —repetí cortante desde la puerta—. Vine porque lo prometí. Lo prometí a alguien que me importa mucho pero sabía que no funcionaría. Que tenga un buen día, no volveremos a vernos.

Lorenz se quedó solo, observando con el ceño fruncido, el vano cerrado por el que Nina se había esfumado. La estela de embrujo tan propia de ella, había llegado a afectarle. Era una suerte para todos que aquella chica no fuese consciente de su extraño poder, de lo contrario pondría medio planeta en peligro. Una amazona capaz de dominar ejércitos, eso era en su engañosa fragilidad.

Tomó el teléfono de sobremesa y despacio, marcó un número del distrito de Manhattan.

—Se ha marchado, no he podido detenerla, lo siento. He fracasado, es bastante más fuerte de lo que pensábamos.



## **Brújula**

*Pero en estos ojos la melodía arde.*

*Conozco los susurros que a veces lastiman.*

***Renaissance (Paolo Buonvino & Skin)***

## **Martin**

Hacía tiempo que no nos reuníamos los tres, creo que desde la fatídica noche de la muerte de Stella en La Cripta, cuando Will bajo la nieve nos protegió de la investigación policial sacándonos de ella, haciéndonos pasar por simples curiosos que se pararon a mirar. Juro por Dios que me sentía impotente y frustrado al no poder serle de ayuda, me hacía una lejana idea del dolor que lo atravesaba, Will siempre fue un chico sensible amparado por una coraza de tipo duro que solo yo sabía que no existía. Habíamos sido íntimos en el instituto, el hermano que ambos siempre habíamos echado en falta y por culpa de una mujer y un manojito de malentendidos, Will había creado un muro insoslayable que nos separó durante años. Acababan de producirse dos milagros, nuestra reconciliación y la conquista de la chica que siempre amó, cuando una noche de espanto y terror que aún no acertaba a recordar sin

estremecerme, lo pulverizó todo. Un abrir y cerrar de ojos de pesadilla que se llevó a Stella y nuestras esperanzas con ella.

Desde entonces, Will no había levantado cabeza. Aparentaba ir tirando pero mentía. Sus ojos vagaban perdidos en la lejanía y sus excusas para evitar la compañía humana eran cada vez más patéticas. Por eso cuando Nina me dijo que vendría a comer, sentí un pinchazo de aliento mezclado con la sensación de que otra desgracia planeaba aplastarnos.

—¿Cómo sigues? —pregunté sin dejar de abrazarlo. Noté un leve temblor en su espalda que se esforzó por controlar.

—Bueno, ya sabes, no es sencillo.

—No, no lo es.

—Estás preciosa, Nina.

Mi mujer se había mantenido en un discreto segundo plano, observando el reencuentro entre dos amigos que harían cualquier cosa por apoyarse. Respondió al halago con una suave sonrisa y a continuación se decidió a abrazarlo también. Nina tenía ciertos reparos a la hora de aceptar contactos físicos que en sociedad se consideran naturales. En eso, Will y ella se parecían.

—¿Queréis una copa de vino para empezar? Os prevengo de que no he cocinado, todo lo ha traído un catering, así que seguro comeremos y comeremos bien.

En menos de treinta minutos estábamos sentados a la mesa, compartiendo un ambiente algo más distendido. Me fijé en las ojeras que circundaban los vivos ojos de Will.

—¿Alguna noticia de esos malnacidos?

—Nada. Parece habérselos tragado la tierra. Tengo a Montgomery al frente del asunto, es un oficial del que me fío; sin saber ni la mitad de la historia y aún oliéndose que le ocultamos datos, se está dejando la sangre. Y lo hace por mí.

—Seguramente porque te lo mereces —interrumpió Nina con sequedad—. Nadie regala nada en este mundo de mierda.

Entrecerré los párpados al notar su resentimiento pero me tragué mis comentarios que seguro no importaban a nadie.

—El cuerpo de Stella ha desaparecido del depósito —anunció entonces Will con voz trémula.

—¿Robado? —me escandalicé. Mi amigo asintió apesadumbrado.

—Son ellos —estalló Nina—. Miserables ¿qué coño quieren ahora?

¿No han tenido bastante, es que no pueden dejarla descansar en paz?

—Eso llevo repitiéndome desde que me enteré de la noticia.

—Prepararé café —gruñó Nina abandonando la mesa con brusquedad.

Nosotros dos nos quedamos callados un buen rato al cabo del cual, Will se acercó a mi oreja para susurrar.

—¿Qué tal os va? —se interesó. Puse los ojos en blanco.

—Bueno, Nina es un poco... obsesiva.

—¡Te estoy oyendo, Forrester! —me amenazó desde la cocina—. Will, dile que se equivoca, se empeña en creer que simplemente se rendirán. ¿Ves como no? ¿Qué más necesitas para asimilar que el peligro es real?

—Tengo la sensación de que han abandonado Manhattan —prosiguió mi amigo en tono ligeramente menos apagado.

—¿En serio?

—Rice es londinense y solo en el último mes, se tramitaron tres autorizaciones para otros tantos traslados de cuerpos en avión desde Kennedy a Heathrow. En las fechas próximas a la desaparición de Stella.

Joder. Mi amigo hablaba de ella como si siguiera entre nosotros, como si no fuese ya un montón de carne inanimada.

—El papeleo exigido para repatriar restos mortales es demencial, imposible no dejar rastro, ni siquiera sirviéndose de aviones privados. Únicamente uno de esos cuerpos pertenece a una mujer joven.

—¿Llegaste a su identidad?

—Una tal Pamela Elin. Pero da la casualidad de que ninguna Pamela Elin ha fallecido en los últimos tres meses, créeme, hemos revisado una y otra vez cada partida de defunción.

—Eso no significa nada y mucho menos señala a Londres, no al menos de forma concreta.

Will dejó caer la cabeza y resopló ruidoso.

—Tengo que hacer algo, Martin, en alguna dirección o me volveré loco. No puedo limitarme a rastrear Manhattan, si siguen por aquí, yo no hago falta, la policía dará con ellos.

—O Nina —sugerí para rebajar la tensión del momento. Mi chica, que venía de vuelta con una bandeja en las manos, me dirigió una mirada cortante de advertencia.

—No digas tonterías.

Nos quedamos callados, sin saber qué decir que no empeorase la abrumadora sensación de pérdida y rencor. Will vació sus pulmones con un

hondo suspiro.

—Sé que no hay garantía de encontrar nada real en Londres.

—Si tú estás convencido, harás bien yendo —lo animé—. No te quedes a mitad de camino, no lo hagas.

—Y ayer... Bueno, ayer me atreví a visitar su apartamento, el mismo que antes usaron sus padres.

—Will ¿es preciso...?

—Lo era —meneó con pesar la cabeza—, lo era. Como parte de la investigación, adonde me arrastra mi instinto, pero también supone probarme a mí mismo que no me he convertido en una piltrafa que suplica, incapaz de vengarla. Allá donde esté, Stella clama porque se haga justicia.

Tuve la certeza de que Nina me miraba y pensaba “*¿Lo ves? No soy la única que lo piensa*”. Tenían razón, los dos. Y yo era un imbécil por querer obviarlo. De soslayo la vi acercarse y acomodar la bandeja y las tazas para el café.

—Revolviendo en la biblioteca, dentro de un volumen bastante viejo, encontré esto.

Extrajo del bolsillo un fajo de papel grueso doblado muchas veces y lo estiró sobre la mesa. Nina abandonó la bandeja y se mantuvo de pie, estudiando los extraños esquemas de los pergaminos amarillentos por encima del hombro de mi amigo.

—No sé de qué narices se trata —rugió Will mesándose el pelo.

Nina se tensó y cambió de postura.

—Yo sí lo sé. Son planos de los túneles en el subsuelo de Londres.

Tardamos un rato en dominar la ansiedad y poder respirar con normalidad. Engullimos el líquido negro que Nina sirvió en las tazas y todo lo dulce con que pudimos acompañarlo, tratando de encauzar el descubrimiento.

—Rice me lo contó hace tiempo. Londres es un foco poderoso de la Orden.

—¿La Orden? ¿Así se hacen llamar esa panda de lunáticos? —exploté sin contención. Ella me miró compasiva.

—En realidad, Londres es el epicentro del movimiento. Los rituales que

han de llevarse a cabo para la vuelta de la Mano Maestra, bueno... —hundió las pupilas en sus manos que se retorcían nerviosas—, sospecho que se celebrarán allí.

—Voy a marcharme —resolvió Will en voz baja—. Ya no es solo el latigazo de mi instinto, Manhattan me hierve bajo los pies, mi apartamento, las aceras de las calles, la ciudad entera me resulta insoportable sin ella. Es hora de partir. Y si no encuentro nada... ya decidiré qué hago con mi vida. Desde que ocurrió solo veo lo inmediato y nada me preocupa demasiado hasta que sucede.

Will y Nina compartían un misterioso mensaje inconsciente, cuando se miraban flotaba en el aire. Basado en tomarse la justicia por su mano, en la sed de venganza, en Anna Dalton fuera del cuadro de nuestros destinos. Crucé con mi mujer una mirada de preocupación.

—¿No estaremos sacando todo esto de quicio?

Nina volvió a levantarse, fue hasta mi despacho y volvió trasteando el iPad. Cuando hubo encontrado lo que quería, lo puso al alcance de Will pero su mirada la dirigió a mí.

—¿Y no es chocante lo que está ocurriendo en la isla? ¿Casualidad? ¿Más casualidades, Martin?

Will me tendió la *tablet*. Fuera lo que fuese lo que había leído, lo había hecho palidecer. Paseé los ojos inquietos por los titulares de prensa.

*Oleada de matanzas en el centro de Londres.*

*¿Regresa Jack el destripador?*



## **Mi alma está perdida**

¿Dónde estás ahora? ¿Fuiste solo una fantasía?

¿Dónde estás ahora? ¿Fuiste solo imaginario?

*Faded (Alan Walker)*

### **Anna**

Aquella noche Rice me poseyó durante horas, en todas las posturas posibles. Usó mi cuerpo como si fuese un juguete recién comprado, destinado solo a satisfacer sus más bajos instintos. Ya con Valeria experimenté, sobrepasando límites inimaginados pero de algún modo, había disfrutado entre sus brazos. Permitir que otro hombre que no fuese Martin lamiera mi piel, me penetrase por detrás y por delante, hurgara con sus dedos y su lengua en mi vagina, me susurrase palabras sucias al oído mientras me obligaba a cambiar una y otra vez de posición para divertirlo... había sido duro. Creo que fue mi lucha por sobrevivir y el agotamiento físico los que triunfaron por encima de mis cautelas y me dejaron KO.

Abrí los ojos de repente, cuando un reloj de carillón en alguna parte del castillo daba las cinco de la mañana y tras los ventanales góticos, la tormenta

estallaba descargando una furia inusitada. Siempre me habían aterrorizado los truenos, desde pequeña. Y estaba sola, el otro lado de la cama vacío, con las sábanas revueltas. No me había abandonado para volver a su habitación, estábamos en su habitación. ¿Acaso había huido a refugiarse en la mía? ¿Tan desagradable le resultaba mi compañía después de saciarse? Valiente hijo de perra...

Saqué los pies de la cama, los apoyé desnudos en el suelo. La madera crujió levemente bajo mi peso conforme avanzaba hasta la puerta. Me dolía todo el cuerpo. Nada. Solo el silencio nocturno rasgado por los gritos de la naturaleza desesperada. Tiré de la gruesa madera y espí el corredor desde donde se abría la regia escalera de bajada. Me pareció distinguir un leve murmullo en la planta baja. Volví dentro a cubrirme con el camisón y el albornoz suave que colgaba en el baño y sin siquiera inventar una excusa por si me topaba con alguien, decidí arriesgarme y bajar. Siguiendo mi avispada intuición, que para variar, me conduciría al desastre.

Quizá no debí escuchar aquella conversación, habría sido mejor. En la biblioteca, el extraño albino propietario del castillo, fumaba en boquilla, retrepado perezoso en una butaca que parecía un trono, observando a Rice que paseaba nervioso de un lado a otro, retorciéndose las manos, hablando sin parar. Sonaba frustrado, algo que jamás habría imaginado tratándose del gran dómino de La Cripta.

—La verdad, Rice, no acabo de entender tu absurdo interés por...

—Nina Gautier.

—Da igual cómo se llame. El caso es ¿la necesitas? ¿La necesitamos?

—Desde luego que la necesitamos.

Percibí debilidad en aquella respuesta. Debilidad.

—Escucha, muchacho, me importa poco si te has perdido en tu fascinación por esa chica, estás en tu derecho, diviértete cuanto gustes, ráptala y poséela hasta aburrirte, pero no he oído ni una sola razón que justifique llevarla con nosotros a Londres.

Rice fue a protestar pero un gesto cortante de la mano de Malcom abortó su flojo intento.

—¿Que es afín a nuestra causa? No sé qué decirte, si lo fuera, probablemente estaría aquí. Tenemos muchos acólitos, no correré el menor riesgo por uno más, alguien corriente que ni siquiera te sigue. ¿Llevarla por la fuerza? Resultaría entretenido salvo que no disponemos de tiempo para juegos.



—Malcom... Ella es importante... para mí.

—Tenemos a la policía pisándonos los talones con el robo del cuerpo. No cargaré con pesos muertos en esta fase de la operación, es demasiado delicada, hasta peligroso, diría.

Rice expulsó de golpe el aire que había retenido en los pulmones. Desde donde me ocultaba podía palpar su furia contenida.

—¿Es su última palabra?

—Lo es. Pronto saldrás para Londres y te ocuparás de supervisar el ritual. Yo llegaré un par de semanas después. Y hasta entonces no quiero volver a tener que mencionar el asunto.

Rice permaneció inmóvil, con la cabeza gacha y los ojos clavados en la suntuosa alfombra. Mordiéndose los labios. Los mismos labios que me habían recorrido entera hacía un puñado de minutos y sin embargo... pensaba en ella, la deseaba a ella, seguro que me había tocado y besado imaginándose que yo era ella. Maldita zorra que aún sin estar, se las apañaba para hechizar a los hombres. Malcom abandonó su asiento, se acercó a él y apoyó una mano en su hombro. Trató de calmarlo con unas palmadas amistosas.

—Vamos, Rice, todo puede esperar. Todo. Nos jugamos demasiado en esta batalla definitiva. Cuando termine, y culminará con éxito, serás lo suficientemente poderoso como para postrarla a tus pies para la eternidad.

Aunque el gigante rubio no se molestó en responder, adiviné que la conversación acababa de zanjarse y que de seguir allí, agazapada contra la entrada, me pillarían espiando. Salí corriendo escaleras arriba y en lugar de volver a mi cama, como deseaba, con el corazón al galope y con tal de no despertar sospechas, me hundí en el colchón donde Rice me había traicionado.

La mañana amaneció cubierta de nubes, sin sol por ninguna parte. Triste y apagada como yo. Rice había pasado las horas hasta el amanecer, sentado junto a la ventana, observando el cielo llorar, irritado y nervioso. Pensando en ella. En sus libidinosos tatuajes, seguro. La ira me coloreó las mejillas. Hice como que me desperezaba y le regalé unos alegres buenos días.

Apenas me miró.

—¿Estamos invitados a desayunar?

—Por supuesto que sí —gruñó de malas maneras.

—¿No bajas?

—No tengo hambre. Tendremos que ver cómo sacar partido del encierro antes del viaje, aprovechar estos días de enclaustramiento antes de salir. Planear con tiempo...

—Yo no voy a ninguna parte.

Mi frase y mi tono, descarado y terminante, le hicieron reaccionar. Dio un respingo y arqueó las cejas.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído. No hay ningún motivo por el que tenga que esconderme en Londres como un animal apaleado.

—¿Te parece poco que la policía husmee tu pista? Estás acusada de asesinato, Anna, quieren cazarnos cuanto antes, y no hay que ponérselo fácil.

Me mantuve firme.

—Martin está aquí, en Manhattan. Este es mi sitio.

Las pupilas de Rice se clavaron en mí con una fuerza maquiavélica que me puso los pelos de punta.

—¿Quién es ese Martin?

—El hombre del que estoy enamorada —repuse con soltura. A Rice se le torció la boca. Era evidente que de romántico tenía lo justo, o acababa de recordar quién era y su lazo con Nina.

—Óyeme bien, porque solo te lo diré una vez. No pienso dejar flecos sueltos. Si te cogen, caemos todos y si me marchó, te vienes conmigo. Eso, o te quedas aquí... en el fondo del Hudson. Elige.

Algo en su voz me estremeció. Era fría y cruel, carente de emociones, robótica y peligrosa. Era el momento de crecer y enfrentarme o estaría perdida.

—¿Piensas matarme tú mismo?

—No me des ideas —repuso con tono cansado.

—Rice, no tienes por qué hacerte cargo de mi...

—No lo entiendes, si lo hago no es por protegerte a ti, sino a la causa. Hay reglas, si hay riesgo de que alguien se vaya de la lengua, lo eliminamos. O con nosotros bajo control, o muerta. Aquí nadie vuela en libertad.

—¿Acaso no dejas en Manhattan ninguna persona a quien te gustaría llevarte? —Probé con cautela, acercándome un tanto, sin llegar a tocarlo. Volvió a lanzarme una mirada afilada.

—Puede. Pero la misión sagrada está por encima de mis deseos personales. Ese tipo no te ama, olvídale de una jodida vez y céntrate. En La

Cripta aseguraste que eras uno de los nuestros.

—Y lo soy, creo que lo demostré con creces.

—Por eso y solo por eso, estoy dándote esta oportunidad de salvarte. La tomas o la dejas.

Suspiré hondo. Todo se complicaba más allá de mis intenciones.

—Tengo hambre y necesito un café. —Traté de sonar despreocupada.

Rice giró el cuello de nuevo hacia la ventana y se sumió en su abrupto silencio. No iba a responderme, así que me marché a vestirme.

La sala de desayunos donde me condujo el mayordomo, era un pequeño y lujoso comedor con una mesa para al menos diez comensales, ocupada solo por Malcom y su batín de terciopelo color frambuesa. Frené justo en la puerta buscando sus ojos y su autorización. Movié una mano en mi dirección mientras una doncella le servía té.

—Adelante, muchacha, estarás famélica.

—Lo estoy, gracias. —El servicio acomodó mi silla y yo desplegué la servilleta sobre mis muslos—. Mi Lord...

—Malcom, por favor. Odio los formalismos más allá de lo necesario.

—Malcom... No sé cómo agradecerle lo que ha hecho por nosotros...

—Somos una gran familia, Anna, los que podemos cuidamos de los necesitados.

—En cualquier caso, mi eterno agradecimiento.

—Mi sacrificio no será largo, salís pronto para Londres.

Miré de soslayo hacia la puerta. Seguíamos solos, ignoraba de cuanto tiempo disponía en caso de que Rice decidiera unírseos. Jugué mi carta máxima.

—Bueno, en cuanto nos sea posible si Rice no decide cambiar de opinión a última hora.

Malcom se detuvo con el tenedor en el aire y gesto contrariado.

—¿Lo haría?

Traté de dibujar pausas que dieran dramatismo a la charla.

—Está muy obsesionado con... con cierta persona.

—Una mujer.

—Una mujer. Y se queda aquí. Rice se resiste a marcharse sin ella.

—¿La conoces?

—¿Usted?

Lord Sirius Malcom sonrió quedo. No debía estar demasiado acostumbrado a que sus preguntas quedasen en el aire y se respondieran con otra.

—Creo haberla visto un par de veces en los aposentos de Rice, en el club. Puede que más.

—Nina jamás se nos unirá, no es de los nuestros, vive deseando destruirnos, es el enemigo en mayúsculas ¿por qué Rice no lo acepta?

—Me aseguró que era una buena acólito.

—Le doy mi palabra de que no fue sincero.

—Al margen de esa... fanática admiración de la que me hablas ¿sabe él que esa chica no forma parte del grupo?

—Por supuesto que lo sabe. Se dedicó a tapar sus desmanes en La Cripta durante años. Me lo confirmó Valeria. Supongo que la pasión le ciega.

Malcom asintió lentamente con la cabeza. El ceño fruncido, mil ideas en mente y ninguna buena. Por lo visto yo había conseguido sembrar la duda razonable y mellar su confianza ciega en Rice.

—Conozco a Nina Gautier desde que éramos niñas, es una manipuladora que juega y engatusa a los hombres, hace con ellos lo que quiere. Nina puso muchas veces en peligro La Cripta y la misión. Créame, Rice no está simplemente encaprichado.

—¿Amor? —Su tono se volvió burlón. Dije sí con la cabeza—. Vaya, eso no lo esperaba.

—No piensa con juicio, habla por boca de ella, mira a través de sus ojos y podría traicionarnos en cualquier momento en nombre de esa emoción adolescente que lo ha vuelto loco. Debería eliminarlo.

Solo cuando Malcom me observó con interés, como si acabara de verme, noté con qué fuerza apretaba los cubiertos y lo blancos que tenía los nudillos. Seguramente hablaba con idéntica vehemencia, recé por no haberme delatado.

—Eliminarlo —repitió curioso—. Veo que mi pequeña Mantis zanja los problemas con energía. ¡Bien! Admiro a las mujeres resueltas.

Se detuvo el tiempo. Nuestros ojos atrapados en un proceso de comunicación muda aunque intensa. Hice lo posible por descifrar el mensaje que Malcom trataba de enviarme. O era muy torpe o no tuve suerte.

—Buenos días, lamento el retraso. Ha sido una noche difícil.

La voz de Rice me asaltó por la espalda sobresaltándome. A Malcom

no. Malcom sonrió beatífico y le ofreció tostadas. En el acto me arrepentí de haber ido tan lejos, al fin y al cabo, ellos eran amigos sabe el infierno desde cuándo, y yo solo una intrusa. Igual había creado una espantosa flecha de neón señalándome como obstáculo a aniquilar.



## **Su ausencia**

*Sueño esta noche,*

*aún te siento en mi cama.*

*Sueño... ¿no vendrás a por mí?*

***Sleep for the weak (Lost Frequencies)***

## **Martin**

Se me escurrió de entre las manos. Sencillamente desapareció y no pude evitarlo.

Nina estaba acostumbrada desde muy joven a hacer su santa voluntad sin que nada ni nadie la detuviese. La noche anterior habíamos discutido por enésima vez. Me gritó que no permitiría que una cuenta pendiente arruinase nuestra relación, que se conocía, que era obsesiva, que hasta que “eso” no estuviese saldado, no sería capaz de concentrarse en otra cosa.

—Por ejemplo ¿vivir con normalidad? —le pregunté con obstinación.

—Por ejemplo, vivir con normalidad. Quererte, dejar que me quieras, quererme bien yo, recomenzar... lo que hace la gente corriente.

A pesar de lo amargo del momento, me faltó poco para soltar una carcajada. Ella no tenía nada de corriente.

—Sabes que lo que tú llamas “eso” es un plan de venganza de una envergadura descomunal ¿lo has pensado?

—Cada minuto de cada día. Pero llámalo mejor, cubrirse las espaldas. ¡No es venganza lo que busco, Martin, maldita sea, es paz!

Pero otra vez era mentira.

Al día siguiente Nina no estaba. Durante todo el día no volvió. Y tras recorrer llamándola todas las estancias de mi apartamento, salí al rellano, subí y bajé por la escalera de incendios, interrogué al conserje, enfrenté la acera, quemé kilómetros en las calles de alrededor. Nadie sabía de ella, no había la menor pista. Me derrumbé.

Confesaré sin turbarme que lloré como un niño y en cuanto pude articular palabra, mi dedo tembloroso marcó el número de Will.

—Will, Nina ha desaparecido.

A través del móvil sentí cómo se hinchaban los pulmones de mi amigo y el aire al entrar, dejaba una estela siniestra.

—¿Por voluntad propia? ¿Alguna señal de violencia?

—No, no creo... No lo sé. Quizá se la han llevado, es posible... no quise oírlo cuando decía que son escurridizos, que conocen todas las trampas no la creí, siempre... siempre quise... qué estúpido he sido.

—No empieces a echarle la culpa, que te conozco.

—Siempre le dije que atacar la fortaleza era más difícil que defenderla y que estábamos en lo alto de las almenas si ellos decidían venir.

—Tranquilo, Martin, tranquilo. Escucha.

—No me lo perdonaré nunca, nunca en la vida, si le pasa algo. Le prometí que cuidaría de ella, que no permitiría...

—Óyeme, estoy en el aeropuerto. ¿Quieres que vuelva?

Tragué saliva. No, no sería tan egoísta.

—Tienes que ir a Londres, tú también debes encontrar a Stella.

—Te mandaré gente de confianza, iré Montgomery a verte. Espera ahí, no te muevas, no toques nada. Y sobre todo, tranquilízate, calma, amigo, calma.

—Le di mi palabra, Will, se la di —rompí en sollozos ahogados—. No puedo perderla, sin Nina mi vida no tiene sentido, es lo que más quiero y no he sido capaz de protegerla siquiera.

Will me despidió con un murmullo emocionado y yo no tardé en

maldecir mi mala cabeza. El dolor me había nublado el juicio, le había dicho a mi amigo, al hombre que había visto cómo asesinaban a la mujer que amaba, que yo no podía perder la mía. Y esperaba que me comprendiera sin abrir sus heridas. Qué necio llega a ser uno a veces.

Bebí hasta hartarme, intercalando el alcohol con la desesperación y un sinfín de llamadas a todo aquel que pudiera saber de Nina. Su amiga Tlia, gracias a esta, a su entrenador, a su psiquiatra, incluso a mi madre. Nada. Nadie. Humo. Me cubrí con un abrigo, me colé un gorro de lana en la cabeza y me lancé a la calle a buscarla. Nada más alcanzar el asfalto recordé la recomendación de Will, que aguardara en casa a que llegara la policía, de modo que subí de nuevo. Aturdido, asustado y torpe.

Recordaba a Montgomery de la fatídica noche en La Cripta. Seguía siendo un gordito afable de rostro bondadoso y maneras descuidadas que parecía un poco tonto sin serlo. Fui incapaz de ofrecerle algo caliente que repusiera sus tripas. Fuera, en la calle, el choque de las nubes furiosas, la lluvia torrencial, todo se combinaba para romper en dos el día y convocar a los monstruos. No me atrevía a pensar qué podían estar haciendo con Nina si la tenían.

—¿Alguna cerradura forzada, señor Forrester? ¿Puertas, ventanas? ¿Alarmas desconectadas?

—Nada que yo sepa.

—¿Rastros de sangre?

—No, no.

Mientras un pequeño ejército de agentes pululaba cepillando cada rincón de mi apartamento, nosotros estábamos sentados frente a frente en el sofá del salón. Yo apoyaba los codos en las rodillas y mi cabeza hundida contra el pecho parecía pesar una tonelada.

—Entonces, lamento tener que sugerir... —comenzó con mucha prudencia. Lo miré con violencia.

—Que se ha ido por su propio pie ¿verdad?

—Señor Forrester, es usted amigo del jefe y me ha encomendado encarecidamente su caso. Solo por eso yo cumpliré...

Me puse en pie de un salto.

—Usted no necesita cuidarme, gracias, necesita mover el culo y encontrarla. Corre peligro ¿lo entiende?

Montgomery me mantuvo sereno la mirada. La mía presagiaba el Apocalipsis y algo más.



—Le sugiero que mantenga la calma y baje la voz, señor Forrester.

Volví a caer como un fardo. Avergonzado por mi conducta. Aquel pobre hombre cumplía con sus funciones lo mejor que sabía. Y desde cierto punto de vista tenía razón. Yo le estaba pidiendo, sin explicárselo, que salvase a Nina de sí misma.

—Tiene razón, lo siento. Estoy desquiciado. Tengo la impresión de que he esperado demasiadas horas, podría estar en cualquier parte.

—No conseguirá una orden de búsqueda policial con menos de veinticuatro horas de desaparición, tenga en cuenta que con usted estamos haciendo una excepción.

—Debo darle las gracias por saltarse las normas, entonces.

—¿Ha telefoneado a sus amistades? ¿Alguien la ha visto? ¿Comentó en algún momento su intención de marcharse, de viajar? ¿Quizá visitar alguna vieja amiga? ¿Un pariente?

—Nina solo me tiene a mí —rugí a sabiendas de que mentía. En ese instante fui dolorosamente consciente de lo poco que sabía de su vida—. Lo siento. Es huérfana y solo tiene una amiga. Ya la he llamado.

—Si es tan amable, me facilita los datos y me pasará a verla.

Corrí a apuntarlo en un bloc de notas. Arranqué la hoja y se la tendí al policía que debía andar muy cerca de perder la paciencia.

—Y una fotografía reciente, si es tan amable.

—No tengo ninguna en papel —musité lúgubre—. Le pasaré una directamente desde el móvil.

Montgomery se la quedó mirando en cuanto la recibió.

—Su novia es una mujer muy guapa, toda una belleza.

Asentí con prisa. No quería que se entretuvieran en comentar lo obvio, quería que salieran en su busca. Ya.

—Es una pena que el jefe esté fuera, tan lejos.

—Sí, Will sabría qué hacer.

—O no, señor, no tenemos nada, ni una pista, ni la menor idea de por dónde empezar. No obstante, tiene mi palabra de que no dejaremos una esquina por registrar.

—Se lo agradezco, en serio.

Un agente se acercó sigiloso por detrás a llamar la atención de su capitán y arrastrarlo al fondo de la sala. Estuvieron cuchicheando unos segundos y de reojo, los dos me miraron. Luego Montgomery regresó a mi lado.

—Por lo visto se ha dejado el móvil olvidado. —Lo llevaba en la mano, ni siquiera me había percatado de que el policía se lo entregaba—. O a propósito, para que no podamos rastrearla.

Lo miré con dureza. No quería que siguiera por ese camino. A todos los efectos Nina había desaparecido y mientras no se demostrara lo contrario, las fuerzas de seguridad de Manhattan estaban obligados a encontrarla.

—Repartiremos fotografías de la señorita Gautier por todo Nueva York. Alguien la habrá visto, es inevitable. —Se puso trabajosamente en pie. Lo imité con un poco menos de esfuerzo—. Ya verá como pronto tenemos noticias. Me llevo el teléfono, revisaremos sus llamadas, sus movimientos conocidos, rastrearemos sus tarjetas de crédito. No dude que en cuanto tengamos algo se lo haré saber.

Reparé en su mano extendida. Puede que llevara allí mucho tiempo esperando que yo alargara la mía, pero lo había pasado por alto. Tuve la impresión de que miraba sin ver, los detalles se fundían en neblina y escapaban a mi comprensión. Nos despedimos en la puerta y volví a quedarme solo y tan devastado como unas horas antes.



## **Comienzos a traspiés**

*Encuentro consuelo en el sonido  
y la forma de un corazón.*

***Empire (Of monsters and men)***

### **Will**

Asesinatos en serie. Chicas jóvenes abiertas en canal, pavorosas heridas desde el centro del esternón hasta el monte de Venus dibujando el signo del infinito. Evisceradas. Un horror macabro que inevitablemente me empujaba a pensar en cierta gente.

Sabía que me equivocaba al dar por hecho muchas cosas, que la globalidad del crimen y el sadismo no podía concentrarla en los acólitos de Wind y Valeria. Aún así, mi instinto me guiaba por sendas tortuosas que no podía descartar sin una buena razón.

Me encerré en comisaría, conseguí por valija interna una copia del expediente inglés y lo diseccioné de modo obsesivo. Todas las víctimas lucían un tatuaje cuyo diseño me sonaba, pero algún cable sin conectar en mi cerebro, no me permitía clarificar de qué. Fue una madrugada, mal

durmiendo, a eso de las cinco, que el sobresalto de una pesadilla espantosa disparó mi corazón a un galope enloquecido, y la luz se abrió paso a empellones en una memoria súbitamente clara: había visto el mismo tatuaje en los brazos del querubín que me condujo, aquella noche, al interior de La Cripta.

El viaje desde Nueva York fue un puto infierno. Seguramente puse a la azafata de los nervios, una morena preciosa y sonriente, demasiado solícita, dispuesta y empeñada en hacerme sentir como si viajara en primera clase. Siempre suelo darme cuenta de que he sido demasiado brusco después de clavar la daga, va con mi carácter, no consigo limarlo. La pobre chica terminó esquivándome, huyendo despavorida si se cruzaban nuestros ojos. El cielo apagado, el frío y el ambiente opaco que encontré al desembarcar, no mejoró mi humor. Había reservado habitación en el Victoria Inn, en Westminster, un hotelito económico a solo ochocientos metros de la estación de tren, con escasas referencias felices en TripAdvisor pero bien ubicado. Era más de lo que podía permitirme. Su fachada blanca inducía a confiar en un interior mejor amueblado. En fin... tampoco sabía si sería para mucho tiempo.

Había cruzado el Atlántico a ciegas, persiguiendo un instinto casi suicida que me alejaba de Manhattan tras la pista del cuerpo de Stella. Ella. Debía reposar en paz, en el panteón que su familia tenía en el ala de los ricos en el cementerio. Imaginarla incluso después de muerta envuelta en algo sucio y tenebroso era más que insoportable. Quizá no estaba en Londres, quizá yo era solo un ridículo absurdo, un perro hambriento detrás de un hueso podrido, pero allí estaba. Temprano y tirando de placa para acceder a los cuerpos policiales de la ciudad y a la investigación del nuevo destripador.

No era tan imbécil como para pretender avanzar con mi nombre y apellidos, obviando mi cargo y mis méritos. Un jefazo de la Interpol que me debía muchos favores, sumó un montón de alabanzas a mis antecedentes profesionales y a los ingleses les faltó poco para desenrollar la alfombra roja, de Heathrow a Victoria.

Sin embargo, una vez en Inglaterra, todo se volvió tibio. No sé cómo en algún momento imaginé algo diferente.

Pasé por Scotland Yard deshecho en sonrisas y amabilidad que me provocaban náuseas y si bien nadie se tragó del todo mi historia de entrega y dedicación, la conocida eficacia británica sí confirmó mi identidad en las bases de datos y el oficial de turno se las apañó para soltarme que un cerebro más y un par de manos extra no serían mal venidas, sin que se le moviese un

músculo de la cara. Con la misma inexpresividad me indicó el nombre del responsable a cargo de la investigación. O'Brien. Genial. Me tocaba lidiar con un irlandés al que seguramente le gustarían más de la cuenta las barras de los pubs. Así iban a pescar pronto al que estuviera sembrando de cadáveres las calles de Londres. Muy pronto.

Estaba claro que me necesitaban.

No suelo ser un tipo con suerte, eso creo que ya os consta, sin embargo llegar a Londres fue besar el santo, si es que a la aparición de una nueva víctima del destripador podía, irónicamente, llamársele así. Con una copia de los informes del caso bajo el brazo y las bendiciones del mando de turno en el New Scotland Yard, me dirigí a los callejones traseros de Whitechapel, donde alrededor de una zona acordonada y dispersando curiosos a duras penas, se arremolinaban muchos más policías de los precisos, en un discreto y silencioso caos. Dirigí mi atención al foco central.

Más que una visión fue una ráfaga fugaz, pero me cortó el aliento.

Cabello largo hasta la cintura, rastras, ojos hermosos. Y enseguida desapareció.

Pero en el aire permaneció el rastro de un perfume que conocía bien. Uno fluyendo a lo largo de la piel que más amé en mi vida, la que había recorrido con los labios, la punta de los dedos, con la lengua. El recuerdo de una fragancia que me envolvería mientras viviese.

—Retírese, caballero, lo siento, no puede permanecer aquí. ¿Oiga? ¿Puede oírme? ¿Se encuentra bien?

Sacudí la cabeza como un gilipollas al que acaban de golpear con un bate y miré al agente que me hablaba sin llegar a responderle.

—¿Me ha entendido? ¿Habla inglés? No puede quedarse aquí, haga el favor.

—Soy policía. Americano. Busco al detective O'Brien.

Creo que mi procedencia lo disgustó tanto que no alcanzó a oír la frase final. Tanta flema me impacientó.

—He venido desde Nueva York como apoyo en la investigación, tuvimos una serie de casos similares. Creo que desde su central han avisado al jefe de mi llegada. ¿Puedo hablar con él?

El policía enarcó una ceja. De repente todo parecía suceder a cámara

lenta y el recuerdo de la melena color miel trenzada en rastas tamborileaba en mis sienes de forma dolorosa.

—¿Con O'Brien, ha dicho?

Me cargué de paciencia y buenas intenciones.

—Sí, agente. Con O'Brien. Si me han informado correctamente, es el mando a cargo de la investigación.

El hombre se despojó de la gorra y se rascó nervioso el pelo escaso. Me miró mientras se mordía los labios y se acercó a cuchichearme en tono confidencial.

—Verá... tiene malas pulgas, no creo que se tome nada bien su intromisión.

—Eso que usted llama intromisión yo lo llamo trabajo. Démosle a su jefe el cascarrabias una oportunidad de que me acepte una vez me conozca. Le aseguro que no soy ningún entrometido y no he cruzado el charco para irme de vuelta con el rabo entre las piernas.

—Ya. Pero...

—Haga el favor de indicarme dónde se encuentra.

El agente tomó aire por la nariz, hizo un gesto casi imperceptible y volvió a calzarse la gorra.

—Usted verá. Está allí, junto al cadáver. Sea discreto, se lo ruego.

No le di las gracias siquiera, me limité a un cabeceo seco. Mi vida profesional era un continuo llegar a alguna parte trasladado o procedente de cualquier otra. Siempre el intruso, siempre mal recibido, con prejuicios y muecas torcidas. Ya estaba acostumbrado, iba a merendarme al O'Brien de los cojones, como que me llamaba William Bass.

Me colé por entre los policías que se apretaban formando un cerco. En el suelo distinguí un cuerpo menudo tapado con una manta. Se veían los pies desnudos y el brazo derecho desde la mano al hombro. La piel era tan blanca como el nácar, con un toque violáceo que recordaba a la muerte.

—Disculpen ¿Detective O'Brien? —Lo pregunté un par de veces, alzando la voz para que me atendieran.

—¿Quién demonios me busca?

Esa no era desde luego, la voz que esperaba oír.

O'Brien resultó ser una mujer. Cuando yo esperaba un tío cachas de

unos cuarenta y cinco, curtido y experimentado, mezcla entre Tarzán de los monos y Sherlock Holmes, lo que me pusieron por delante me rompió los esquemas. Una chica alta, joven y preciosa, de gesto resuelto y pelo largo recogido desde la raíz en rastas. Allí estaba, real, no había alucinado. Eso sí, sus ojos eran ámbar, su rostro una exótica mezcla mulata de razas y su mirada clavada en mí denotaba interés y hastío a partes iguales. La visión rubia había sido en parte producto de mi imaginación. Me pasé la mano con disimulo por la frente, para apartar emociones demasiado turbadoras. Ella se giró y su mirada fue como un taladro.

—¿A qué viene esa cara? Imagino que esperaba otra cosa, pero parece que ha visto un cadáver levantarse de su tumba.

Curiosa comparación. Curiosa y trágica.

—Disculpe, por un momento... la confundí con otra persona. ¿Usted es O'Brien?

Meneó con cierta gracia el cigarrillo que sostenía con la punta de los dedos.

—No parece que le guste demasiado. Inspectora Amber O'Brien. ¿A quién tengo el placer de dirigirme?

Alargué una mano abierta y franca en señal de paz. Ella se la quedó mirando como si fuese una cría de caimán, antes de concederme un segundo apresurado.

—Soy William Bass, de la policía de Nueva York.

—Ah, ya. Entonces era cierto. El listillo que se nos ha presentado en la central para enseñarnos cómo llevar este asunto. Confiaba en que se perdería en algún mercadillo antes de llegar a Picadilly.

Su tono era sereno y tan correcto que enervaba. La hostilidad patente en cada una de sus palabras y sin embargo, una sonrisa burlona y permanente colgada de sus labios, como muestra de equilibrio. Me lanzó el chorro de humo directamente a la cara. Soporté la prueba sin mover un músculo. Yo también podía ser hiriente si me lo proponía.

—¿No es usted demasiado joven para estar a cargo de estos crímenes?

Me miró, no sé decir si asqueada o sorprendida. Me supo mal, igualmente, y me puso aún más a la defensiva.

—Digamos que tengo un coco privilegiado y un olfato infalible.

—Me temo que tú y tu olfato aún ibais al colegio cuando yo ingresé en la academia —rumié entre dientes.

—¿Cómo ha dicho?

—Que no lo dudo.

—Más le vale.

—Pero también podría saber que no está permitido fumar en el lugar del crimen.

—Llevamos aquí un número incalculable de horas, no la resucitaremos, se lo aseguro, y lo que había que recoger está más que recogido. —Dirigió a la acera una mirada de impaciencia—. En serio ¿puedo saber por qué ha venido a meter las narices en mi caso? Ese que según usted apenas soy capaz de llevar.

—No recuerdo haber dicho nada parecido.

—Digamos que lo piensa y que soy capaz de adivinarlo.

Mentira. No soy tan transparente. ¿O sí?

—Mi especialidad son los crímenes especialmente siniestros.

Amber me observó con nítido recelo y una mano sobre las caderas.

—Ya, claro. Y yo me dedico a hornear pasteles.

—Y las sectas satánicas —proseguí como si nunca me hubiera interrumpido—. Allá donde hay crímenes en serie o indicios de ritos satánicos, debería estar yo.

A pesar de lo presuntuoso de mi presentación, ella sufrió un visible estremecimiento que borró el sonrosado color de sus mejillas. Los ojos de oro centellearon. Arrojó el pitillo al suelo y lo aplastó con la bota militar.

—Ritos satánicos... Se está pasando ¿no le parece? ¿Qué le hace pensar en adoradores de Lucifer?

—¿Me permite?

Me agaché y tomé el brazo pálido y lánguido de la muchacha cubierta con la manta. Le mostré a Amber el interior de su muñeca, la extraña clave marcada a fuego sobre la piel, que ellos seguramente habían tomado por un tatuaje excéntrico.

—¿Esto le sugiere algo?

Se encogió de hombros. Parecía incómoda.

—¿Que hay gente muy bestia que no se detiene en los *tatoos* corrientes?

—¿Piensa que se lo hizo a propósito, para decorarse el cuerpo?

—Bueno... ¿Por qué no?

Demasiado simple. Pensé en todas las chicas muertas, en todas y cada una.

—Mucha casualidad ¿no cree? Las víctimas coinciden en una manía enfermiza, todas locas por el mismo diseño y seguramente, idéntico artista.



Arrugó contrariada el ceño. Por fin las cartas empezaban a descubrirse.

—He revisado las autopsias de las anteriores víctimas. Todas coinciden y ni siquiera se conocían —recité con orgullo.

—Veo que ha hecho los deberes.

—Veo que esperaba que no los hiciera —le seguí el mismo tono.

—Y usted da por supuesto que nosotros faltamos a clase. ¿Algo así se nos iba a pasar por alto? No soy una novata, señor Bass. Eso solo indica que el asesino es el mismo y le gusta dejar su huella. Una especie de firma en forma de torturas con hierros candentes.

—O son más de uno y pertenecen al mismo clan.

Amber pretendió resoplar con fastidio. En lugar de eso me dedicó una insinuante caída de pestañas y un morrito fruncido que me descolocó por completo.

—Hay que bajar a los túneles —arremetí antes de que reaccionase. Se puso súbitamente pálida.

—¿Se refiere a...?

—Al subsuelo de Londres, a sus entrañas, sí.

—¿A qué viene eso? ¿Está loco?

—No, que yo sepa, pero sí convencido de que la secta se oculta en esos laberintos.

—O no. —Apoyó su mano en mitad de mi espalda, echó un vistazo nervioso alrededor y empujó un poco—. Venga conmigo. Aquí todo el mundo sabe que en los pasadizos se esconde gente. Es un submundo peligroso y de todo menos honrado. Pero es imposible localizarlos.

—¿En el siglo XXI, tecnológico y adelantado? Me cuesta creerlo.

—¡Hay más de cuarenta estaciones de metro abandonadas! Bunkers de la segunda guerra mundial, una ciudad miniatura entre Covent Garden y Trafalgar Square. Harían falta meses de trabajo con efectivos de los que no disponemos.

—Ya. Y ellas son solo prostitutas ¿verdad? —Apunté al cuerpo inerte de la chica—. La historia se repite igual de sórdida.

—Implicaría dejar desguarnecida la ciudad. Le diré lo que harán: detener a algún delincuente común cuyos antecedentes encajen, una de esas escorias que hay que retirar de las calles y le colgarán las muertas. Punto y final.

Se me revolvió el estómago.

—Menuda chapuza. Siempre creí que Scotland Yard era exquisito y

minucioso en sus métodos. O ha degenerado hasta el barro o es usted la oveja negra del departamento.

Amber se estiró cuanto pudo.

—Estoy siendo mucho más amable de lo que merece. No venga de más allá del charco a enseñarme el procedimiento, detective, llevo aquí toda la vida.

Se le llenó la boca con la grandilocuente frase. Siendo muy generoso, a Amber no le echaba más de treinta. Toda la vida eran muchos años de servicio.

—¿Por qué tengo la impresión, señorita O'Brien de que intenta espantarme?

—Porque es la pura verdad, usted me sobra. Mire, todo eso de la colaboración internacional suena muy bien pero en la práctica es un auténtico coñazo.

—Reconozca lo perdidos que andan.

—No me da la gana.

—¿Cuántas muertes acumulan? ¿Catorce, quince? La gente se muere de miedo, media ciudad aterrorizada, y no tienen nada, ni una pista. Nada.

Apretó los dientes y el músculo de su mandíbula reflejó tensión. Pero no me respondió.

—Pienso bajar a los túneles —le advertí.

—Haga lo que le plazca, caballero. Bajo su entera responsabilidad y sin escolta.

—No la necesito.

—Baje, que lo asalten y lo asesinen. En cuanto disponga de un minuto, lo denunciaré a mis superiores, le abrirán un expediente y si sigue vivo, en menos que yo me zampo un *bagel*, estará usted en un jodido avión de vuelta a casa.

Me hizo gracia que la energía que emanaba de ella al hablar, dijese lo contrario. Su desesperación por encontrar algún indicio fiable en aquella investigación demencial era tangible. Al menos para mí.

—Oiga, vamos a llevarnos bien.

—Pues manténgase al margen, haga turismo, es una ciudad sorprendente. Este es mi caso —silabeó aproximando su cara a la mía. Tuve la sensación de que volvíamos al punto de salida. Me negué a amilanarme.

—Lo lleva de pena, he venido a trabajar.

—Entonces póngase a mis órdenes en lugar de ir de jefecito sabelotodo.

Me crispa los nervios.

Hinché de aire viciado mis pulmones. No había que ser un lince para saber que por ese camino iba derecho al precipicio. La jodida chica era guapa, hacía honor a su nombre y lo sabía. Eso no me facilitaba las cosas.

—Confíese de una vez que ha venido a tirar de placa y a fisgonear. A los americanos les va meterse donde no los llaman.

—Se equivoca, y ya es la segunda vez. Sí me han llamado —mentí con descaró. Amber me sostuvo retadora la mirada. Fue un duelo que duró casi un minuto eterno. La tensión se disparó en todos los sentidos—. ¿Me permite rebobinar, volver al principio e invitarla a un café?

—Desde luego que no. Haga el favor y no estorbe demasiado —ordenó con dureza.

Dio media vuelta dando la conversación por zanjada y se alejó.

Me quedé plantado con la palabra en la boca y la sangre hirviendo. Si había algo peor que una mujer con un carácter endiablado, era sin duda, una mujer policía con un carácter endiablado.

No pude reprimirlo. Me sorprendí a mí mismo por primera vez en muchas semanas... sonriendo.



## **En completa soledad**

*Llévame a través de la noche,  
caer en el lado oscuro...*

***Darkside (Alan Walker)***

### **Nina**

Hay algo terapéutico en la lluvia torrencial. El modo en que el gris cubre el aire, las nubes pesan y el agua que se descarga limpia las calles sucias y el alma de los humanos oscuros. Cuando llueve me siento plena, melancólica, en mi ambiente. Cuando truena recibo un regalo.

Cada paso que mis botas daban contra el hedor de las aceras aquella noche, me acercaba más a mi objetivo.

Seguía un plan breve y certero, si es que encontrar a Rice y a Anna y matarlos, podía considerarse un plan. Algo de información relacionada con La Cripta, no mucha en realidad, jamás la había compartido con Martin. Un puñado de datos sueltos no le habrían dicho nada, solo incrementado su obsesión por protegerme de lo inevitable. Nadie mejor que yo sabía que mientras ellos existieran, el mundo de horror y pesadillas que reflejaban tenía

muy poco de imaginario. Martin flotaba en su burbuja de falsa seguridad porque no los conocía. Yo sí. Había pertenecido a su mundo desde casi siempre, conocía el latido de la maldad.

Desde el principio traté de ponerme en el lugar de Rice, qué dirección escogería si fuese huyendo. Anna no tenía familia, ningún sitio a donde ir. Había un socio de La Cripta, inmensamente rico, Lord Sirus Malcom, del que Rice me había hablado con veneración después de interrumpirlos en mitad de varias reuniones, solo porque se le había antojado que les sirviera el whisky completamente desnuda. Jamás me tocó. Era un buen benefactor de la causa, uno de los mejores, comprometido con el regreso de la Mano Maestra y de su liderazgo en la guerra que pensaban desatar contra ángeles y humanos, convencido de que esa vuelta devolvería a los demonios sus verdaderos poderes. Pero un hombre de carne y hueso cegado por el fanatismo, como la mayoría. No había tantos demonios en la tierra como podría creerse, aunque sí mucho demente queriendo colocarse en el bando correcto antes de que todo estallara, para luego ser recompensado. Como siempre le dije a Martin, a nadie le saldrían alas, ni blancas ni negras, pero las capacidades de ángeles y demonios se multiplicarían de forma espeluznante si la batalla las activaba. Había que acabar con ellos al margen de la puta ley, porque la puta ley los cubría. Estaban infiltrados en todas partes.

Sí. El Lord inglés y sus inagotables fondos eran una buena probabilidad de cobijo. Recordaba la dirección de su castillo.

Tres días huida. Cada uno de ellos pensando en él. No sobreviviría a aquello sin el apoyo del amor, sin amar a Martin, pero tampoco lo arrastraría conmigo a la destrucción. Mi universo brillaba oscuro igual que el de ellos, mi carne conocía sus métodos, Martin no. Mi hombre era bueno e ingenuo, creía en la justicia y en el orden natural de las cosas, luchaba por defender lo que creía correcto. Contra ellos nunca tendría la menor oportunidad.

Un hombre pasó rozándome el hombro, tuve la impresión de que se me quedaba mirando y me encogí. Tiré de la visera de mi gorra y me tapé más la cara. Llevaba un anorak grueso de plumas que me llegaba a las rodillas, un pantalón vaquero, un cuchillo dentado de caza y buenas botas. Incomunicada sin móvil, unos mil pavos en el bolsillo. Suficiente. Podía robar cuanto necesitara, estaba acostumbrada a hacerlo sin que me pillasen y podía dormir

en cualquier parte, no era delicada. Crucé Central Park aplastando la nieve con mis pisadas resueltas, siguiendo el rastro de mi propio vaho. Si tenía suerte, podía cargarme a mis presas dentro del mismo día, sin ruido, sin dejar huella. Si no, tendría que aliarme con Rice y tratar de confundir a Malcom acerca de las verdaderas intenciones de Anna. Sabía lo mucho que Rice me deseaba, siempre podía usarlo en mi beneficio si me veía en apuros, aunque...

Ese era un plan B al que rezaba por no llegar.

El gélido viento me azotó la cara. Un nuevo pensamiento cruzó veloz mi mente. Fue para Martin, cómo no. Su olor atrapado en las sábanas, Martin entre mis piernas, piel contra piel, sensaciones tan vívidas y tan intensas que me hacían estremecer. Sus labios suaves besándome y sus caricias encendiéndome. Había sido una chica afortunada después de todo, encontrarlo fue un premio que no sé si merecía. Yo sin embargo, para él era una carga, el fetiche de la mala suerte, una auténtica desgracia.

Me refugié del frío en un portal. El sol hacía rato que se había ocultado tras las altas torres de Manhattan, yo había cruzado tres manzanas a la carrera y empezaba a acusar los estragos de la soledad y el miedo. Había escudriñado las calles, los baretos de mala muerte en los que sabía, se ocultaban los demonios más bajunos y dispuestos a venderse. Había compartido alcohol con ellos tratando de sonsacarlos, me contoneé, hice uso de mis más pérfidos encantos hurgando por el paradero de Rice y Anna. Nada. Cero. Esfumados. Nadie los había visto ni sabía de ellos. El círculo se cerraba en torno a los poderosos y todos los caminos conducían a Lord Sirius Malcom.

Martin. Me hacía tanta falta la calidez de su abrazo...Su voz grave arrullándome, diciéndome que todo iría bien, que me amaba. Un martillo conteniendo cada letra de nuestras últimas conversaciones, charlas con las que sin querer descubrirse, Martin hurgaba en mi pasado y nuestro futuro, golpeó sin misericordia mi cabeza. Las imágenes volaron nítidas a mi memoria.

Habíamos hecho el amor durante horas y seguíamos en la cama, desnudos, sudorosos y entrelazados. Irresponsablemente felices.

—Explícame cómo va esto. ¿Qué pasará de ahora en adelante? ¿Somos inmortales? Porque yo me veo de lo más humano. —Estiró una mano y la giró delante de sus ojos.

—El cuerpo carnal no guarda, de momento, ninguna diferencia con el de un humano normal.

—¿No me jodas! ¿No van a salirnos alas?

Fruncí el ceño en un gesto de enfado. Cogí al vuelo su mano y me llevé sus nudillos a los labios.

—Creí que ibas en serio, pero te estás burlando.

—Nina ¿qué otra cosa me queda? Apenas puedo creer todo lo que nos está pasando.

—Aquella noche, en La Cripta, parecías asumirlo con bastante... ¿naturalidad?

—Cuando lo irreal te envuelve por completo, cuando ves morir ante tus ojos a una amiga de la infancia y el llanto destrozado de tu mejor amigo te perfora los oídos, no te planteas poner nada en duda. Pero han pasado los días y... —se mesó nervioso el cabello—. Todo esto es el infierno.

—De eso se trata, creo. Si Lucifer se encarna, ignoro cuándo ni cómo, dirigirá la guerra contra los Celestiales. Se activarán nuestros poderes, también los de ellos. Y se alzarán el telón, los humanos son prescindibles, demasiado débiles, pasarán a un segundo plano, quién sabe qué será de ellos, incluso de los fanáticos colaboracionistas que hoy se sacrifican por la causa esperando ser recompensados.

—Es una maldición... Echo la vista atrás y solo veo cuervos negros, a mi madre desquiciada, a mi hermano secuestrado y corrompido. Ya no puedo volver a tener la imagen de nosotros que tenía, éramos una familia normal. O al menos eso pensaba en mi torpe ignorancia. Pobre Laurie, pobre Tom.

Salté sobre mis rodillas y me incliné sobre su rostro, enmarcándolo entre las manos con una caricia.

—Te irá mejor si te prohíbes recordarlos. Olvida La Cripta, olvida todo lo que viste allí dentro.

El pesar había hundido su cabeza contra su fuerte pecho y ahora, al oírme, la alzó revivido y alegre.

—La Cripta te trajo de nuevo a mi vida.

Hice un enorme esfuerzo por sonreír. Quería con todo mi corazón que Martin apreciara tenerme, que no se arrepintiera de haberme salvado de mí misma y traído consigo. Pero me espantaba la idea de alejarlo con mi frialdad, que mi nula experiencia en el amor, en el amor verdadero, matase poco a poco ese sentimiento nuestro, envolviéndolo en mi oscuridad. De acuerdo, no era un demonio como siempre había pensado pero tampoco era un ángel ingenuo y puro. Jamás, hasta el día de mi muerte, podría serlo. No sabía amar y si lo hacía, lo haría mal.

—Olvida La Cripta. Es venenoso ese recuerdo —insistí en un ronroneo.

—Prometo olvidar si tú a cambio prometes dejar tu particular venganza en manos de la policía.

—Oh, sí, la eficaz y diligente policía de Manhattan. Que nada sabe de demonios y que si sospechara saldría corriendo despavorida.

—Esa misma. Déjala que trabaje.

—No les vendría mal un empujoncito —dije con sorna. El brazo de Martin, rodeando mis hombros, apretó el lazo. Sentí su beso correr por mi pelo.

—Nina...

—Ya me callo. ¿Repetimos?

Eso era todo. Recuerdos, jirones de memoria en mitad de la noche bajo cero. Retazos de mi antigua felicidad. Esa que ahora arriesgaba.





## **Sin riesgos**

*¿No puedes ver la cordura de mi epifanía?*

*Déjame curar esos corazones ennegrecidos.*

***Renaissance (Paolo Buonvino & Skin)***

## **Will**

Durante un par de días, Amber O'Brien se dedicó a esquivarme con maestría. Me hice presente y constante, y sin embargo apenas logré sacarle un par de frases. Aunque ella era el mando al frente de la investigación y yo estaba allí, se supone que para colaborar, no podía obligarla a que me informase. Los escasos avances en el asunto del destripador los cazaba allí y allá gracias al té de las cinco y las indiscreciones de pasillo. De mano de la hostil señorita irlandesa, no me sentía precisamente dentro del caso. Visitaba mi habitación en el hotel apenas para asearme y dormir y el resto del tiempo lo invertía en recorrer las calles tratando de averiguar algo acerca de Rice o de la secta. Merodeé alrededor de la casa familiar del encargado de la Cripta, seguí incansable a su único hermano hasta convencerme de que no ocultaba nada entre sus aburridas rutinas de chico inglés de clase alta. Todo parecía

conducirme a un callejón sin salida y la idea de bajar a explorar los bunkers y estaciones de metro abandonadas se hacía más y más acuciante.

Era hora de girar la tuerca de mi contacto en la Interpol.

Estaba sacando un sándwich de la máquina en el recibidor de comisaría cuando Amber me abordó con cara de malas pulgas. Me dio unos desagradables buenos días y se me quedó mirando muy interesada. Deduje que había recibido un tirón de orejas desde las altas esferas y desde su airada posición, me deseaba una muerte lenta y dolorosa. Como no se decidía a hablar, le sonreí.

—¿Quiere un bocadillo?

—Me mantengo a base de cigarrillos, gracias —ladró sin apartar la mirada. Puede que se preguntara de dónde sacaba yo tanto poder burocrático —. Y antes de que me ilustre con un sermón de los suyos, sí, estoy intentando dejarlo.

—No pensaba meterme, haga usted con su salud lo que prefiera.

—Por si acaso.

—Tengo la impresión de que hemos empezado muy torcidos.

—Deseche la esperanza de enderezarlo, sería como si le tocara la lotería.

Por fortuna para Amber, yo la necesitaba para avanzar en mi investigación paralela. Desenvolví el sándwich y le pegué un buen mordisco. Ella persiguió el movimiento de mi boca.

—¿Siempre es así... de agria? ¿Con todo el mundo?

—Me muevo entre cadáveres, no tengo muchos motivos para saltar de alegría.

—¿Novios, marido, familia con la que descargar toda esa tensión?

Arqueó una ceja con gesto reprobador.

—Repito. Me muevo entre cadáveres.

—Entonces es fácil, entregue la placa y póngase a bailar en una barra.

Tuve la inquietante impresión de que me diseccionaba con las pupilas.

—Vaya. Otro machito que piensa que las mujeres solo podemos ser cocineras, putas...

—...O jodidamente difíciles. Mire, O'Brien, me voy a morder la lengua porque diga lo que diga la voy a cagar.

De sus ojos saltó un destello brillante. ¿Triunfo? Pareció cargado de sexualidad, pero seguro que eran figuraciones mías.

—Hace bien, hombrecito prudente.

*¿Hombrecito? Me cago en la leche...*

—Cuidado, O'Brien, no se pase.

—Vuelva a su Nueva York de sus amores, a entonar el himno nacional junto a la estatua de la antorcha, está claro que no nos soportamos.

—No estamos aquí para querernos sino para atrapar a esos malnacidos. Oiga ¿podemos hacer esto más sencillo? Quiero decir, yo no la insulto, usted no me insulta, dejamos pasar el tiempo... y a ver qué tal. Así no desenfundaremos las armas.

—Le advierto que esos truquitos de poli chulo con pistola no me impresionan, yo tengo otra más grande.

Arrugué el ceño y aparté la mirada hacia otra parte. Dios, tenía ganas de estrangularla y soltar una carcajada, todo al mismo tiempo. Aquella chica... ¿tiraba de la alfombra bajo mis pies o trataba de seducirme? ¿Cuál era su juego? Fuera el que fuese ya podía olvidarse, yo no entraría por ningún aro.

—Parece que me obligan a aceptarlo —adujo conteniendo su furia—. Créame, no me hace gracia, pero lo haremos así. No soy ninguna damisela victoriana, puedo apañármelas con un americano engreído y martirizarlo lo bastante como para que renuncie.

—¿Eso piensa que haré? Ahora sí que toca reírse.

—Ríase cuanto quiera. Le aseguro que puedo llegar a ser un grano en el culo muy molesto.

Iba a replicar otra perla igualmente grosera, cuando su móvil sonó y ella me cortó con un gesto abrupto de la mano. Se apartó un tanto para gozar de intimidad. Yo fingí comer sin alterarme pero era solo eso, una simulación. En realidad, la masa del sándwich se convirtió en una bola espesa e intragable. Pasados unos minutos, Amber se colocó a mi lado.

—Tenemos un atraco cerca de Leicester Square, una joyería. ¿Le apetece bailar un rato fuera de su barra?

Me sacudí de encima las migas. Visto desde el optimismo, una mano tendida. No estaba mal.

—Desde luego. Nunca rechazo una invitación tan amable.

Los ingleses son contenidos y formales. Orden. Contención. Eso fue lo que me encontré al llegar al lugar del suceso. Cuatro coches patrulla perfectamente colocados formando un círculo que rodeaba la entrada principal al establecimiento. Yo allí no pintaba nada, estaba asignado al caso del destripador, pero acompañarla me pareció un gesto de buena voluntad, una bandera blanca en favor de mi belicosa compañera. Lo mismo, participar del estrés de la situación, igual que soportar a Amber y sus puyas, me ayudaban a desterrar la agitada frustración que guardaba dentro.

Miré alrededor fingiendo desinterés y venir un poco de vuelta de todo. Solo los ceños fruncidos delataban la tensión que sufrían, el resto de sus movimientos eran pausados y medidos, cada cual ocupando su lugar. Uno de los agentes corrió a poner a Amber al corriente de lo sucedido. Ella asintió varias veces con la cabeza, contrito el gesto, y luego vino hacia mí.

—Tienen rehenes, por lo visto hay un crío dentro. —A toda prisa prendió un pitillo, aspiró fuerte la bocanada de humo y lo lanzó a las alturas, por encima de nuestras cabezas—. Me pregunto qué coño pinta un niño en una joyería.

—Mala suerte. Estaría con sus padres, supongo, no iban a dejarlo atado en la calle.

—O es el hijo del joyero, no lo sabemos. Hay cuatro adultos y el menor. En los cuatro adultos incluyo a los atracadores.

En ese momento, todos los ojos giraron hacia la puerta del establecimiento. Un tipo fornido y alto con la cara cubierta por una capucha, acababa de asomar con el chiquillo agarrado por un brazo y una pistola apoyada en su sien. El terror pintado en el rostro del niño helaba la sangre.

—¡Eh, vosotros, listillos!

—Grandísimo hijo de perra —masculló Amber deshaciéndose del cigarro casi entero. Sacó su arma de la sobaquera, avanzó unos pasos y se parapetó detrás de la puerta abierta de uno de los coches patrulla. Me hizo señas para que la siguiera. Obedecí sin rechistar.

—¡No lo diré dos veces! —vociferó el delincuente con voz ronca—. O se largan y dejan un coche con las llaves puestas aquí delante o le vuelo la tapa de los sesos. ¡Ya!

—¡Suelte al niño! —le ordenó el mando más cercano. Amber puso los ojos en blanco ante la ingenuidad de la demanda—. Tiene dentro otros dos rehenes.

—El crío se viene con nosotros hasta que yo diga —fue la esperada

respuesta.

Percibí la energía agitarse en Amber y como si un vínculo secreto nos uniera, adiviné sus intenciones segundos antes de que las pusiera en marcha. Los músculos de la impulsiva inspectora se movieron en un tirón inesperado y la vi lanzarse en dirección al criminal con sabe Dios qué plan suicida. No me lo pensé, la agarré de la cintura y tiré fuerte hasta devolverla al lugar de origen, agazapada a mi lado. Me lanzó una mirada asesina en cuanto tuvo oportunidad.

—¿Adónde narices se cree que va? —ataqué irritado.

—Usted ¿cómo se atreve? —escupió ella con ira.

Su pregunta y la mía se mezclaron juntas al mismo tiempo en el aire. Los dos parecíamos demasiado enfadados como para una charla pacífica.

—¿Quiere que la maten? —espeté con los dientes apretados. Vi brillar una chispa de vulnerabilidad en sus ojos dorados, de la que se repuso enseguida. Amber era fuerte. O quería parecerlo.

—Tengo que sacar de ahí a ese niño.

—Por supuesto, pero lanzarse al ruedo como un torero español, no es la manera.

—Si los efectivos se retiran, los rehenes no tendrán la menor oportunidad, esto ya lo he vivido antes.

Por un instante temí que se echara a llorar. Había algo, algo escondido en lo más hondo de su alma que condicionaba sus emociones. Dura como un diamante que a ratos se resquebraja.

—Va a entrar, como si lo viera —acepté a media voz.

—Y no intente detenerme de nuevo. ¿Ve ese gordinflón de allí al fondo? El del comunicador en la mano, el que parece una morsa asustada.

Asentí repetidamente. Más que nada para que se relajara y dejase de apuntar con el dedo. Estábamos llamando demasiado la atención, el momento en sí ya era lo bastante tenso. Finalmente tuve que ser yo el que con delicadeza la obligase a bajar la mano.

—Es un auténtico fiasco con placa. No resolverá esto sin que corra la sangre, se lo aseguro. No se arriesgará, no hará otra cosa más que esperar a que los atracadores salgan lloriqueando con el rabo entre las piernas, pidiendo perdón. Algo que es evidente, no va a ocurrir. Deberían quitarle la licencia y asfixiarlo con ella.

Mientras hablaba lanzaba miradas furtivas a la entrada de la joyería, a los escaparates, sus ojos recorrían ávidos el primer piso, los aleros de la

cubierta y por fin... la escalera lateral de incendios. Amber parecía una pieza fuera de lugar en aquel tablero pausado y sereno. Es curioso cómo cambian las culturas una situación idéntica. Aquel mismo atraco en Manhattan, habría estado circundado de estruendo, sirenas y voces cruzadas. No éramos más efectivos pero sí bastante más ruidosos.

—Joder, no parece usted inglesa.

El brillo de su mirada se volvió afilado y hostil.

—Y no lo soy, maldita sea, no provoque a mi sangre irlandesa.

—Escuche, si quiere entrar, entraremos, pero usando el cerebro...

—¿Qué intenta decir? —interrumpió airada.

—Que deje de comportarse como una kamikaze temeraria. Así no conseguiremos nada. De violencia entiendo un poco, hágame caso, vengo de Nueva York.

Bufó contrariada pero no se opuso.

—Creí que despreciaba usted a la muerte.

La miré con ojos húmedos. Fue una mirada interminable, especial, cargada de cosas que no se contaron y que con toda probabilidad no se contarían jamás.

—No temo por mi vida, sino por la suya.

Amber mantuvo inmóvil sus pupilas fijas en las mías.

—¿Sabe algo, señor Bass? Quizá tenga razón y vaya siendo hora de trabajar juntos.

Aun no habíamos tomado la primera decisión cuando se abrió el cielo y descargó toda su furia contra las aceras. Una lluvia punzante como miles de pequeños alfileres que nos pondría las cosas muy difíciles.

O no. Por regla general, cuando la atmósfera se enrarece, las nubes se hacen negras para todos sin distinción. El súbito diluvio logró desorganizar un tanto la rígida formación policial en torno a la entrada y durante unos pocos minutos, todo se volvió caos. Desde lejos vi resoplar al elefante marino, incapaz de dictar órdenes claras o tomar una decisión que pusiera fin a la locura. Amber se cansó de esperar y reptó de coche en coche sin apenas llamar la atención, hasta posicionarse en la esquina. En primera línea.

Y yo a su lado.

Persiguiéndola de un modo un tanto temerario, para conocerla mejor.

Aún no tenía demasiado claro el porqué.

Sus ojos viajaron desde el borde de las aceras a la escalera de incendio. De ahí a la cubierta del edificio y de las alturas, a mi rostro.

—¿Le parece bien, detective?

—Me parece una locura. No tenemos garantías de acceso al local desde dentro.

—Mi intención es bajar directamente al sótano. Y de ahí...

No pudo rematar el plan. Una salva de gritos histéricos cortaron su frase haciéndonos girar las miradas de nuevo a la fachada principal. El secuestrador regresaba al interior y aprovechando el cambio de posición, el crío se había deshecho de su gancho e intentaba correr hacia el cerco policial. Fue un intento demente y desesperado, con esa falta de miedo que tiene el miedo en su versión máxima; con ese amor al riesgo que solo conocen los niños.

Todo sucedió en pocos segundos apretados. Nadie que no fuese Amber se lanzó hacia adelante para atraparlo y retirar cuanto antes su cuerpecito de la trayectoria de una bala. El cañón de la pistola del delincuente ya apuntaba. Al chiquillo, a Amber, uno de los dos se interpondría en el mortal viaje y resultaría herido de gravedad, si no muerto. Tenía que hacer algo.

Si dijera que medí las consecuencias estaría mintiendo, no lo hice. No pensé en nada, en nadie, Will Bass estaba solo, no tenía qué perder. Todo volvió a reproducirse en mi memoria, una mujer indefensa, mi amor roto, el peligro, el infinitésimo latido del tiempo. Dejé que la furia y la impotencia burbujearan por mis venas y tomaran el control de mis movimientos. Medidos y efectivos como los de un robot programado con anticipación. Tengo el vago recuerdo de haberme atravesado por delante de Amber y del niño, de empujarlos lejos, de haber oído el estruendo de un disparo y de observar revuelo, ruido y movimiento alrededor, y las fuerzas especiales aprovechar la distracción para adueñarse de la situación.

Pero para mí era tarde. El dolor, eléctrico, agudo, fue como una lanza envenenada. Perdí las fuerzas, se nubló mi visión y caí de bruces al suelo. Lo último que escuché fue el aullido desgarrado de Amber gritando mi nombre y mi mente articuló una idea: pronto vería a Stella.



## **El despertar**

*Cariño, estoy bailando en la oscuridad,  
contigo entre mis brazos.*

***Perfect (Ed Sheeran)***

## **Stella**

Cuando abrí los ojos solo recordaba los besos de Will y sus caricias recorriendo mi espalda. Luego vino en tropel todo lo demás. El horror, el miedo, la humedad de la mazmorra, Anna, Martin y Nina prisioneros, la mujer oriental, aquel modo terrible de mirarme... Y el dolor insoportable de la herida en el cuello. Mi mano voló sin pensar a palpar la zona. Había algo allí, una cicatriz larga, un poco abultada alargándose desde la base de la oreja hasta casi la clavícula. Pero estaba viva, de eso no había duda.

Miré el techo de piedra plagado de nervaduras. La luz era escasa, procedente de puntos dispersos y bailoteaba como si se tratara de fuego. Yo sufría el aturdimiento del que lleva durmiendo muchas horas. De repente fui consciente del frío que sentía. Estaba tumbada pero no en una cama, no había nada que me cubriese y la superficie era gélida y dura. La reseguí despacio



con la punta de los dedos. Piedra. Levanté un poco la cabeza y me mareé. La dejé caer para volver a intentarlo pasados varios minutos. Estaba sola en una especie de sala enorme, el silencio era abominable y mi lecho, una especie de altar rodeado de velas negras. Puesta, solo llevaba una túnica oscura liviana. Ni ropa interior, ni calzado. ¿Quién me había vestido?

Respiré hondo. Temblaba con violencia. No era únicamente frío, el terror me mordía con fiereza, todos mis sentidos alertando del peligro y de que muchas cosas no encajaban. Fuera donde fuese que estaba, mi lugar era una tumba, debería estar muerta y sin embargo respiraba y sentía el vello erizarse sobre mi piel. Me toqué la cara, reconocí mis rasgos, mi nariz pequeña y respingona, mi boca generosa, mis pómulos altos, mi cabello trenzado en rastas, todo seguía igual. Tomé aire hasta hinchar mis pulmones y me incorporé. Había una puerta al fondo y por encima de mi pánico y mi visión nublada, tenía que llegar a ella.

De pronto se abrió y una cría de apenas trece años entró a la sala con un quemador de aceites aromáticos en las manos. Iba vestida con una túnica lisa y negra parecida a la mía y el pelo lacio y largo completamente blanco. Cuando encajó la puerta y giró, me encontró sentada en el altar con las piernas fuera, dispuesta a huir. Creo que las dos sentimos idéntico ramalazo. Sorpresa, pavor. Mis manos estaban libres. Las suyas dejaron caer el recipiente al suelo derramando su contenido.

—¿Dónde estoy? —pregunté con un hilo de voz rota. No llegó a responderme, solo me observaba con ojos desorbitados— Por favor, necesito ayuda.

—No deberías... no deberías haber despertado aún —balbució sin apartar de mí sus aterradas pupilas.

Algo más segura de mis fuerzas, salté al suelo procurando esquivar las llamas de los velones. La chiquilla seguía petrificada.

—¿Son ellos? ¿Los demonios?

—El ritual no está completo, apenas han empezado los cánticos. He debido equivocarme en algo... Me castigarán...

Vi lágrimas de desesperación rodar por sus mejillas, la vi convulsionarse. Y de inmediato me contagió su miedo.

—Tengo que salir de aquí, tengo que escapar, te lo ruego, no me delates.

—Van a castigarme —repetía en susurros, como un mantra maldito. Aferré sus manos temblorosas, heladas, y la miré directamente a la cara.

—Por favor, no digas nada, no los avises, por favor, por favor te lo pido...

Su precioso rostro se descompuso en una mueca.

—Estoy muerta igualmente.

Sentí que lo perdía todo. La esperanza de la libertad, mi única vía de escape. Si tan solo hubiese llegado cinco minutos después, yo habría tenido una oportunidad. Ahora se evaporaba.

—Te ayudaré.

Oírla fue una descarga eléctrica. No confiaba en ella, desde luego y su terror, aunque podía tocarlo, no bastaba. Si era cierto que había cometido un error, alertar de mi fuga era una buena forma de congraciarse. La última vez que confié en alguien fue en Anna, la recordaba empuñando el sable, mirándome con desprecio. De modo que no me lo pensé. Empujé con todas mis fuerzas y una ira que ni sabía que pudiese sentir para apartarla de mi camino, y mientras la niña caía de espaldas al suelo, yo tiré de la puerta y me lancé al pasillo como un naufrago del desierto a la vista de un oasis.

Aquello era peor, mucho peor. Un laberinto de túneles y pasillos mal alumbrados con viejos faroles rescatados de una mina. Y hacía tanto frío, la humedad me calaba hasta el centro de los huesos. La planta de mis pies desnudos acusaba el roce de la carrera pero eso no iba a detenerme. Correría hasta encontrar la salida. O hasta toparme con alguien que acabara el trabajo de Anna. Lo único bueno era carecer de freno, el miedo se esfumó en el instante en que decidí atacar a la chiquilla y abrir aquella puerta. Era mi vida por lo que luchaba.

Los minutos se sucedían sin control. No tenía idea de la hora, puede que fuese de noche porque no choqué con nada vivo en mi alocada carrera por el laberinto de túneles. Solo una vez, al girar una esquina, vi a lo lejos una pareja de hombres caminando en una galería transversal, charlando con aire despreocupado. Contuve el aliento, pegué la espalda a la pared, entrecerré los párpados y recé desde lo más profundo del alma por que desaparecieran. Cuando el murmullo de voces se hizo lejano, proseguí con el corazón golpeando mis costillas en un pulso desesperado.

Me detuve en un cruce de pasillos. Confusa, perdida. Aún más perdida que hacía un rato. Desde un origen desconocido, la sala del altar donde me habían recluido, a un mapa igualmente delirante de corredores que no hizo sino acrecentar el barboteo de la adrenalina en mis venas, volviéndome agresiva como un perro rabioso. Si me cazaban moriría luchando, no iban a

pillarme desprevenida por segunda vez. Estaba muy oscuro pero al fondo a la derecha, divisé un volumen sospechosamente parecido a... ¿una escalera mecánica?



## **Su ausencia**

*No te diré que todo son mariposas y rosas  
cuando vuelvo atrás en el tiempo.*

***Safe (Daya)***

## **Martin**

Con Will a miles de kilómetros de distancia y la soledad y la culpa presionándome el alma, eché de menos un hombro amigo sobre el que llorar. Pensé en Anna, mi inseparable desde el instituto, la que recogía mis pedazos tras cada bache. Estaría allí, preparándome una copa, regalando consuelo sin hacer preguntas, de no ser porque en esta ocasión, era la causante del descalabro.

No podía creerlo, aún se me resistía aquella escena dantesca en la sala de La Cripta, con mi amiga de siempre enarbolando un sable, enloquecida y cruel, asesinando a Stella sin un titubeo ni un porqué. Miré mis manos vacías, húmedas de sudor a causa de los nervios, la impotencia y el miedo. Mi estómago cerrado en tenaza, la ilusión de una noche de tregua, olvidada. No confiaba en la policía ni en su labor, lo siento. Me esforzaba en aparentar lo

contrario pero mi voz interior se empeñaba en recordarme cuánto más probable era que Rice, Nina y Anna se topasen por su cuenta, que las fuerzas del orden de Nueva York los localizasen a los tres. Nina y yo apenas habíamos discutido el descubrimiento de mi naturaleza sobrehumana, era como si hubiésemos querido pasarlo por alto para no tener que mencionar la suya. A solas intenté sonsacar a mi madre, pero todo lo que conseguí fue que se culpaba y se echase a llorar, a gritar llamando a Paul. A Stefan. Mi hermano maldito. Por mi parte, yo aún no tenía conciencia real de ser otra cosa que Martin el humano, el de siempre, joder, si me pinchaban seguía sangrando, el pánico me paralizaba y por el amor de mi mujer habría cometido la peor locura.

Lo dicho. El imbécil ya conocido. El de siempre.

De repente otro fogonazo de luz se abrió paso en mi cerebro, di un respingo, recogí deprisa mi chaqueta y vulnerando todas las normas sobre límites de velocidad, me dirigí a su apartamento. Al de Anna. No la buscaba a ella, claro, muy estúpida tendría que ser para refugiarse allí. También yo me sentía un idiota de marca mayor, no vería nada nuevo, la policía lo había registrado varias veces, pero actuaba a impulsos ciegos, era simple, tenía que hacer algo, dejar de sentirme absurdo e inservible, una estatua que espera resignada el final.

Me recibió una puerta cerrada tras la que no se oía el menor ruido. Anna me había ofrecido muchas veces una copia de la llave aduciendo sutiles pretextos y yo la había rechazado con excusas mucho más ásperas. Ahora maldecía no tenerlas. Pero disponía de una pierna. Y un pie talla cuarenta y seis. No lo pensé demasiado, fue el propio estruendo de la patada y la cerradura resquebrajándose lo que me gritó "*Martin, has perdido el control*". La puerta saltó fuera de sus goznes con inusitada facilidad. Era tarde para arrepentirme, ya estaba dentro.

El apartamento saludó sombrío, cuatro paredes plagadas de sombras fantasmales y seguramente, de recuerdos que no me pertenecían. Sé lo mucho que Anna me quiso, de su sufrimiento silencioso, de sus miradas furtivas, su deseo contenido. De mi tormento al no poder corresponderle. ¿Qué iba a hacer si mi corazón, mi existencia entera, pertenecían a otra mujer? ¿Si era más de Nina que de mí mismo? Uno no es dueño de sus sentimientos, si lo fuéramos, yo no habría entregado mi amor a los diecisiete años a una muchacha misteriosa de inquietantes ojos verdes con clara tendencia a bailar fuera de la ley. Pasé otros tantos vagando de cuerpo en cuerpo, de mirada en

mirada, siempre buscando la suya sin encontrarla. Y cuando la vi... me perdí por completo. Estaba escrito.

Los recuerdos, cada beso, cada caricia, y su insufrible ausencia, martillaron mis sienes conforme recorría el reducido espacio. Las cosas estaban un poco revueltas, seguramente por la acción de la policía, nunca son demasiado cuidadosos. Revisé cajones, estanterías, el interior de los libros, los armarios, los artículos del baño. No había nada raro, nada que no tendría una chica normal. Allí no encontré cruces invertidas ni misales satánicos. Era aburrido y corriente. Muchas flores estampadas por todas partes. Me dejé caer en el sofá, enterré la cara entre las manos y me eché a llorar como un crío.

Así me sorprendió la policía.

—Señor Forrester ¿por qué lo ha hecho?

Hostias. La quinta o sexta vez que me preguntaban lo mismo. Seguramente porque no terminaba de contestarles.

—He dicho que pagaré la puerta rota. ¿Puedo marcharme ya?

El capitán favorito de mi amigo Will, apoyó ambas manos sobre la mesa y dejó escapar el aire entre los dientes. Dos mandos policiales antes de que él llegara, alertados por una vecino, se habían dado por vencidos en mi interrogatorio.

—No, no puede. Dígame ¿qué esperaba encontrar?

Le clavé unos ojos vacíos, nublados, que miraban al infinito. Si tan solo pudiera leerme, si pudiera traducir mi desesperación y no exigirme esfuerzos que no podía hacer.

—¿Yo que sé Montgomery? Ojalá lo supiera.

—¿Se ha enterado de algo? ¿Algo que nosotros no sepamos?

—Buscaba una pista de dónde pudiera estar Anna. O Rice, su compinche.

Montgomery sacó un papel doblado varias veces de su bolsillo, se aseguró de que estábamos solos y lo empujó hacia mí sobre la mesa, con la punta de los dedos.

—¿Por qué en su momento no me habló de esto?

Algo confuso, lo desdoblé lo suficiente para reconocer la letra de Nina. Me mordí los labios, fingí leerla y volví a dejarlo donde estaba, turbado

porque sabe el cielo cuántos ojos habrían leído palabras que solo a mí pertenecían.

—Su novia escribió una nota despidiéndose, pidiéndole que no la buscara, pero usted prefirió ocultárnoslo.

Esta vez mi irritación, al menos, fue sincera.

—No me acuse, Montgomery, han sido ustedes los que la encontraron, no yo.

—En su casa, en una papelería. Vamos, conmigo no hace falta que disimule. Ya la leyó usted primero.

Asentí despacio. La cólera se abrió paso garganta arriba, contra mí mismo. Mierda, debí ser mucho más cauteloso, debí masticar ese papel para a continuación, tragármelo.

—Lo admito, quería que la buscasen. Aún quiero que la busquen.

—Lo imagino. Por eso nunca incluí la carta entre las evidencias del caso.

—¿Quiere decir...?

La recogió con soltura, la apretó en una bola y la hizo desaparecer en el lateral de su pantalón de nuevo.

—Que solo lo sabemos usted y yo, Forrester. Pero esto no cambia las cosas ni la mala opinión que tengo de su persona. La policía no está para dirimir berrinches románticos.

—¿Cree que se ha marchado porque discutimos? —espeté comido de indignación.

—Sé que no la han secuestrado, que es mayor de edad y que se fue por voluntad propia, que será difícil dar con ella, que nos lleva dos días de ventaja y, conforme usted mismo la define, que es endiabladamente lista. Su novia ha ido sacando pequeñas cantidades de dinero en efectivo, de forma constante. Creo que tenía la huida muy bien planificada.

—¿Me está recomendando que me rinda?

—Dicho así suena bastante feo, lo siento, sé que no es lo que quiere oír pero supongo es el mejor consejo que puedo darle.

—No se engañe pensando que todos los de La Cripta están entre rejas —me puse en pie arrastrando conmigo la silla—, los peores están ahí fuera —apunté con el dedo a la ventana— y la quieren muerta. Esto es una jodida carrera contrarreloj.

—Por eso voy a ayudarle, señor Forrester. Todo lo que pueda.



## Renacimiento

*Déjame mostrarte una última vez.*

*Déjame mostrarte una última canción.*

***Renaissance (Paolo Buonvino & Skin)***

## Will

Abrí los ojos convencido de que estaba muerto. En el Limbo o en el puto Paraíso pero frito. Quizá por eso me costó enfocar los plafones luminosos del techo, el sol que entraba cruzando la persiana de lamas y las líneas que pintaba en la pared desnuda enfrente. Luego fui consciente de la postura, la suavidad relativa de las sábanas, las distintas partes de mi cuerpo, del dolor. Y de la sonrisa amable del médico que terminaba de revisar mi herida. No sentí nada por encima de la molestia física, parecía flotar por encima de mi propia cama.

—Vaya, detective, veo que tiene usted un ángel de la guarda de primera división.

Bufé y torcí el cuello hacia la pared. *Sí, cómo no, se llama Martin Forrester y es mi amigo, solo que el muy capullo no conoce bien su oficio.*



—Hablo en serio, debería darle las gracias —insistió el médico plegando sus gafitas, escondiéndolas en el bolsillo de su bata—. Unos centímetros más a la izquierda y le habría alcanzado el hígado con fatales consecuencias. Yo diría que es para estar agradecido.

Saqué a relucir mi conocido “buen humor” americano.

—Vamos, doctor, no me joda.

—Guapo, valiente... y malhablado. ¿Será el efecto de tanto donut?

Era ella. Entrando por la puerta, medio apoyada en el quicio, clavándome sus ojos del color del caramelo desde un rostro de piel canela excitante.

—Otra inglesa que ha visto demasiadas pelis yanquis —refunfuñé—. Los americanos no nos pasamos el día zampando donuts.

Mientras la pinchaba, mi memoria solo dibujaba la imagen de Montgomery atacando en plan vikingo su caja diaria de cosquillas. A duras penas contuve la risa. El doctor me dio un par de golpecitos afectuosos en el muslo.

—Cuídese, detective. —Hizo una seña a la enfermera y los dos abandonaron el cuarto. Amber tiró de una silla y se dejó caer sin apartar de mí sus pupilas.

—Tiene mala pinta —se mofó desde su posición junto a mi cama. Para mi sorpresa, saco una pitillera y un mechero, de lo más relajada... O justo todo lo contrario.

—Gracias, yo también me alegro de verla.

—Tiene mala pinta, Bass, eso no irá a negarlo. —Lo encendió sin remordimientos.

—Digamos que prefiero no verlo. Y no fume, joder, estamos en un hospital.

—¿Y abriendo la ventana? De acuerdo, viejo cascarrabias.

—¿Viejo? Me debe una disculpa. Más de una, en realidad.

—¿Lo dice porque me salvó la vida? —Introdujo el cigarro por el cuello de una botella con un poco de agua y corrió a abrir los cristales—. Pensé que esas cosas solo ocurrían en las novelas de amor. Y que había que estar en el diecinueve o varios siglos antes.

Giró, todavía de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y me observó con una mueca divertida en sus ojos dorados. Su expresión me resultó del todo desconocida, diría que estaba emocionada. Y nerviosa. Sí, también nerviosa y torpe.

—No viviré lo bastante como para agradecerse.

—Fue una inconsciente de manual. ¿El niño...?

—Bien, todos bien y los malos entre rejas, si quiere saberlo. Todo gracias a usted.

—¿Por qué tengo la impresión de que no maneja las palabras con la naturalidad... de siempre?

En realidad solo pensaba en voz alta, no pensaba decirlo pero para cuando me di cuenta, mis labios habían formado la frase y la habían lanzado por los aires. Amber cristalizó una expresión mecánica y seria en su bonito rostro.

—Será porque me cuesta respirar. De hecho, no respiro, voy a ponerme morada de un momento a otro.

—Descanse, soldado. —Traté de reír pero un ramalazo de dolor me atravesó el costado haciéndome cambiar de opinión— ¿Donde...?

—Sobre la cadera. A milímetros del hígado. Si creyera en los milagros diría que esto ha sido uno de los mayores.

—Vaya...

—Sí, vaya... No sabe cuánto me alegro.

—Creí que me odiaba.

—Un poco. Y usted a mí, no lo niegue. Pero de repente va y arriesga su vida para salvar la mía. Que me aspen si entiendo a los americanos, son todos unos kamikazes de película de guerra.

Volvimos a enmudecer. Amber se aproximó a pasitos cortos y paseó la punta de los dedos por el borde del colchón en un gesto distraído.

—Yo... Gracias. No sé cómo decírselo, que no le quepa duda de que es cierto.

—No siga esforzándose, O'Brien, la creo.

—Amber.

—Amber. —Sonreí. Su mano rozó la mía y la apartó a toda prisa.

—Cuando llegó... lo recibí de pena, deberían colgarme.

—En eso también la creo.

—La verdad, tan pronto lo vi, lo taché de típicamente neoyorquino, ya sabe, insoportablemente guapo, irritante y grosero.

—Yo a usted de inglesita remilgada con tocado de flores, cuerpazo y cara de ángel.

Se le escapó una sonrisa.

—Ya ve, nada más lejos de la realidad.

—Podría decirle otro tanto.

Vi su palma ofrecida ante mis ojos. Franca, abierta. La estreché casi con ganas y la retuve sin soltarla.

—Lo siento. Si vale de algo, estaba enfadada.

—No se me dan bien las mujeres enfadadas, sacan mi parte desagradable.

—Intentaremos que no se repita —adujo sonriente, sin hacer el menor intento de recuperar sus dedos—, ya sabe, por si tiene que salvarme de nuevo la vida.

Fue un momento íntimo, especial y vulnerable. Diferente. Estábamos solos, sí, pero no fue eso lo que desencadenó la tormenta, fue el modo en que nuestras pupilas se enzarzaron formando un nudo y todo lo que sin palabras, se contó en un segundo. Dos lobos solitarios aullando a la luna en busca de manada.

La enfermera rompió en pedazos el instante, abordándonos con una bandeja de acero quirúrgico llena de vendas y un aullido de espanto al encontrarse abierta la ventana.

—Hora de la cura, señor Bass, y de su antibiótico. —Miró a Amber—. La visita ha terminado, inspectora.

—Volveré mañana... a ver cómo sigue.

Amber se retorció las manos, buscó su abrigo, luego se dirigió a la puerta y desde allí me dedicó un tímido adiós. La enfermera se encargó de mantenerme entretenido cumpliendo rajatabla el protocolo. No me permitió corresponderle.



## **Aspirar el aire**

*¿Dónde estás ahora?*

*Como la Atlántida, bajo el mar.*

***Faded (Alan Walker)***

## **Stella**

En efecto. Lo era. ¡Una escalera mecánica! Polvorienta, anticuada y desde luego, estática, pero allí estaba. Como residuo macabro de una estación de metro abandonada, detenida en el tiempo, el escenario perfecto para una película de terror. Desde alguna parte llegaba una brisa gélida, como una lanza en vertical, que me atravesaba. Me lancé escaleras arriba. Si ascendían debían conducir a alguna parte. Probablemente a mi única oportunidad.

Si no, a la muerte. Daba igual. De algún modo ya estaba muerta.

Subí cada peldaño cubierto de mugre y grasa reseca, conteniendo la respiración. El silencio abrumador acrecentaba mi miedo. A esas alturas ya no me cabía duda de que me encontraba en un viejo muelle de trenes de corto recorrido, desierto hacía Dios sabe cuántos lustros. Las bombillas colgaban muertas de sus cables cortados, el polvo cubría en capas espesas las baldosas

del suelo y apenas si había pintadas desfigurando las paredes sucias. Todo había sido, por alguna causa, clausurado y cerrado a la humanidad y los diminutos focos de luz de emergencia salpicados a lo largo del trayecto, me gritaban la presencia de los malignos escondiéndose en la marabunta de túneles. Cuando quise darme cuenta, estaba en lo alto, guiada por un tenue resplandor que parecía colarse por alguna rendija aún no visible. Mis pulmones apenas se ensanchaban para dar cabida al aire, el pánico se encargaba de cerrarlos. Parpadeé y la sensación de luz natural se esfumó como por encanto. Lo que sí noté fue que el techo se achicaba sobre mi cabeza, el olor se hizo calcáreo y húmedo, y el aire helado. Distinguí una vieja escalera de caracol de escalones apretados en veloz ascenso por más de treinta metros. Aspiré el oxígeno que pude y apoyé la mano en la barandilla metálica. Iba a escapar.

No tuve tanta suerte. Hasta entonces la había tenido pero al llegar a la cima, mi entusiasmo se estampó de frente con una pared tapiada que a juzgar por el aspecto de los ladrillos, debía de tener siglos. Ojalá hubiese amenazado con venirse abajo, habría cavado un agujero con mis propias manos, con las uñas, pero era sólida como las mismísimas puertas del infierno. Mi desesperación llenó hasta el último rincón de la vetusta estación de metro. Corrí hacia el muro, presa de un ataque de histeria y lo golpeé con los puños cerrados sintiendo que se anegaban mis ojos.

*Hasta aquí has llegado, Stella,* me dije.

—Déjame ayudarte —oí a mis espaldas.

La voz dulce y turbadora. Y ya la había oído antes. Aún así me sobresaltó y disparó mi pulso. Entender que no estaba sola, que alguien me había seguido y haría imposible mi huida, me lanzó directa al vértigo. Miré de reojo por encima del hombro. Allí estaba la niña con el pelo color plata. Me producía el mismo terror que los críos de las películas de miedo, alguien con apariencia inofensiva, de quien sin embargo no te puedes fiar. Giré despacio y la miré a los ojos tratando de transmitir peligrosidad.

—No te acerques.

—Te ayudaré a salir —silabeó.

Estiré una mano tratando de detener su avance. La cría, esa especie de sacerdotisa en miniatura que conocí en la sala, era una mezcla siniestra, algo indefinible con un extraño brillo en las pupilas. Soslayé el bulto que sostenía en los brazos.

—Te mostraré el camino de salida. Luego estarás en la calle.

Desamparada pero libre.

Libre. Libre. Libre. La deseada palabra golpeó tres veces mi cerebro adormecido.

No tenía nada que perder, por mí misma no encontraría las vías de escape que tanto necesitaba, y la chiquilla repartía ojeadas temblorosas a su alrededor como si de verdad temiese ser descubierta. Todo aquello era una demencial pesadilla, ni siquiera sabía al cien por cien si estaba en la dimensión de siempre o presa en algún horrible limbo previo al infierno, de modo que ¿por qué no tentar un poco a la fortuna? Miré la mano de la niña tendida en mi dirección. Yo tiritaba con violencia cuando le entregué la mía.

No volvimos a hablar mientras sorteábamos curvas, interminables andenes en ruinas y al final, una pequeña puerta que yo habría pasado por alto. La cría se aseguró de que nadie espiaba, traqueteó una cerradura de aspecto medieval y el sol de una mañana de invierno me cegó de inmediato.

—Ponte esto.

Pestañeeé aturdida. Asustada y nerviosa como nunca. A un paso de mi nuevo destino. Ella me ofrecía una especie de sudadera gruesa y masculina que me llegaba por las rodillas y unas botas dos tallas mayor que la mía. Se ve que lo había recogido o robado a toda prisa. Algo era algo.

—No puedes salir así a la calle, hace frío —insistió alargando los brazos.

Dudé pegada al suelo como si me hubiesen clavado los pies. Apreté tanto los dedos alrededor de mi muñeca que se me blanquearon los nudillos. La miré fijamente decidida a sacar fuerzas de donde fuese.

—¿Por qué me ayudas? ¿Cómo sé que no los lanzarás en mi contra... después?

La chiquilla hundió la cabeza contra el esternón.

—Hemos fracasado. Nos castigarán.

—¿Por qué has fracasado? ¿Quién? ¿En qué?

—Algo hemos hecho mal. —Entonces alzó la cara y vi las lágrimas correr por sus mejillas. Lágrimas de arrepentimiento, de pavor, de angustia —. No lo perdonarán.

—Explícamelo, quiero entenderte —repetí sin avanzar un solo paso.

—Yo era una de las vírgenes encargadas del ritual para la preparación del cuerpo. Debíamos velarte y rezar los cánticos durante cuarenta y cinco completos. Solo así ellos podrían dar inicio al ritual para la vuelta de la Mano Maestra. Pero...

Dios. No entendía nada, nada. Supuse que hablaba de mí cuando se refería “al cuerpo” pero era solo una suposición. Aún así la animé a continuar, puede que alguna palabra fuese la pista que me ubicara en medio de aquella locura.

—¿Pero...?

—Despertaste. Y eso es algo que no debió ocurrir. Hemos malogrado el ritual, a ti te matarían y a nosotras nos entregarán a las fieras.

Tragué saliva. Consciente de que aquello podía ser una burda trampa.

—¿Quieres... acompañarme?

La niña volvió a extender las manos ofreciéndome el abrigo. Sus labios se curvaron en una sonrisa muy triste.

—No tendríamos la menor posibilidad. A ti pueden darte por perdida pero mi castigo los haría revolver tierra y mar hasta encontrarnos. Toma, pónelo, en serio, no es gran cosa pero hace mucho frío ahí fuera.

Con un par de zancadas le arrebaté la prenda y me la puse enseguida. Un calor reconfortante me llenó al instante. Me miré los pies desnudos, congelados, me calcé las botas y a continuación, la miré a ella.

—Gracias.

Sonrió tensa.

—Ahora corre. Aléjate de aquí todo lo que puedas.

—¿Dónde estamos?

No llegó a responderme. Giró sobre sus talones y desapareció corriendo en la oscuridad que se la tragó como una boca de ballena. Medí por segunda vez mi miedo y con el corazón en un puño, di un paso. Solo tuve que empujar aquella pequeña puerta y estaba fuera. Tan simple que un escalofrío recorrió mi espalda para advertirme que podría no tener tanta suerte. Pero la acera que pisé parecía normal y era parte de una calle más normal todavía. Gente corriente caminando, que no reparó en mí, tiendas, un pub con un viejo letrero medio descolgado anunciando bebidas en inglés... No era Manhattan, desde luego, al menos ningún rincón que me resultara familiar. Me cubrí la cabeza con la capucha.

¿Dónde diablos estaba?

En las películas, los protagonistas extraviados en un tiempo que no es el suyo, preguntan con angustia “¿en qué año estamos? ¿dónde estoy?” al

primer humano con el que se cruzan. Igual me sentía yo, pero me convencí de que si lo hacía, me arrestarían los loqueros. Mi instinto bloqueado se iba desperezando y en aquel instante me gritaba “¡normalidad!”. Comportarme como una ciudadana vulgar, caminando acera arriba con las manos escondidas en los bolsillos de la sudadera y el aire despreocupado de quien busca una tienda de suvenires. Mis ojos ansiosos devoraban visiones. La forma de las farolas, clásicas y de buena calidad, las fachadas decimonónicas bien conservadas, el ancho de las calles... y a cada dato me preguntaba si podría identificar la ciudad porque de lo único que estaba segura es de que Manhattan no era. Cero rascacielos, cero banderas americanas colgando de todas partes, cero taxis amarillos.

Los taxis.

Aguardé jadeando, apoyada en una fría esquina hasta ver pasar uno. A continuación, un autobús. En realidad habría sido sencillo de haber estado más lúcida, con solo fijarme en el puesto del conductor del primer coche que me pasó por delante. Volantes a la derecha. Inglaterra. ¡Estaba en Inglaterra! ¿Cómo había ido a parar tan lejos? No recordaba haber viajado, en realidad no recordaba nada de nada. Cerré fuerte los ojos y me froté las sienes. Sentí las lágrimas calentarme la cara y la desesperanza llenarme por completo. Una docena de callejas más y allí estaba: la gran torre del reloj de cuatro caras, el más grande del mundo, la campana de nombre Big Ben.

Estaba perdida y sola en el maldito Londres.





## **La hora propicia**

*No necesitamos la luz.*

*Viviremos en el lado oscuro.*

***Darkside (Alan Walker)***

### **Nina**

Desde luego, ni Lord Malcom ni su castillo fueron mi primera apuesta pero sí la más fuerte. Desde siempre. Antes espíe los domicilios de otros peces gordos usuarios de La Cripta con los que Rice se relacionaba a menudo y que no habían caído en la redada de la Terrible Noche ni en las que le siguieron por arrastre. Medio Manhattan patas arriba gracias a la policía y todo aquel sospechoso del menor lazo con el club y sus dirigentes, probando las dulces mieles de dormir a la sombra al menos un par de días. No obstante, los abogados bien pagados actúan rápido y tienen muchos contactos, de modo que la mayoría quedó momentáneamente en libertad sin nada con lo que culparlos salvo su inagotable lujuria. La prensa se cebó aireando sus perversiones, derramando sus reputaciones por el suelo como vino salpicado.

Y mientras vigilaba a esa gente, sus rutinas y sus casas y ataba cabos,

mi cerebro repetía una y otra vez el nombre de Lord Sirius Malcom. Seguía pensándolo cuando me subí en un tren y rodé hasta el norte del estado de Nueva York.

Su castillo parecía el decorado de una superproducción de Hollywood, sacado del corazón mismo de Desembarco del Rey. La propiedad la circundaba una verja metálica de unos cuatro metros de altura, remates brillantes y un sospechoso parecido con Versalles, que no me costaría demasiado escalar. Eso me dijo mi espíritu de ladrona superviviente. Traté de adoptar los aires de una amante de la arquitectura y del arte, incluso saqué del bolsillo una pequeña libreta y un lápiz y simulé garabatear bocetos de sus increíbles arcos ojivales, con la cara bien oculta bajo la gorra y la capucha, por si alguien se fijaba en mí. Al fondo, a unos trescientos metros de distancia podía distinguir la entrada principal de la mansión. Seguí caminando acera adelante, sin perder de vista el interior del jardín. En alguna parte debía de estar la puerta de servicio, una verja más pequeña con acceso directo a la entrada lateral, por donde colar los suministros sin molestar a la aristocracia residente. Exacto. La había. Una cristalera doble que parecía comunicar con los almacenes de abastos y las bodegas, abierta a medias, por las que empleados vestidos a la antigua usanza de mayordomos y doncellas, entraban y salían con sonrisas tensas y ademanes frenéticos. Servir a los exigentes estresa mucho.

Comprobé la hora. Pronto anochecería y no había en el camino empedrado que conducía al edificio, ninguna furgoneta de reparto de las que yo necesitaba. Echarían los cerrojos, activarían las luces y las alarmas y colarse se haría más difícil. No. Tenía que esperar el momento propicio.

Regresaría mañana.

Al día siguiente, cuidándome mucho de pasar desapercibida, rodeé la valla desde la puerta principal. Vi la cancela pequeña y las losetas encajadas contra la hierba formando un callejón para vehículos. Bingo. Eran casi las seis de la tarde y tal y como esperaba, encontré una camioneta de reparto de una conocida red de supermercados de Manhattan aparcada en la entrada. Las puertas traseras de par en par, la mercancía saliendo en cajas. Dada la hora, era muy posible que se tratara del último reparto del día. Había espiado durante más de ocho horas y decidí arriesgarme. Comprobé que el servicio

doméstico y el chico del supermercado se despedían con familiaridad y los primeros regresaban al interior del castillo. Bien, nadie espía a un conocido con quien tiene ya confianza. Esperé a que el furgón saliera y me colé antes de que la verja terminase de cerrarse. Como imaginé, el tramo del jardín estaba despejado. Repté hasta el árbol más cercano y trepé como un gato hasta perderme en sus ramas. Bien alto, acomodé mi trasero y la mochila llena de cuerdas y chismes de escalada. Hora de esperar la luna.

Debí de quedarme dormida. Tres noches ya recorriendo las calles de Nueva York en alerta máxima todo el tiempo, agotan a cualquiera. Encaramarme a las alturas me relajó, fue como cumplir la primera fase de un plan fabuloso que no podía fallar cuando en realidad, no tenía la menor idea de cómo irían saliendo las cosas y lo más probable es que fuera improvisando conforme avanzaba. Opté por no ser tan realista, dadas las circunstancias, me convenía un poco de euforia optimista. Escudriñé el silencio. Nada. Tan nada que ponía la carne de gallina. La parcela privada del castillo era lo suficientemente amplia como para espantar el estruendo de la Gran Manzana y en la fachada visible, muy pocas ventanas titilaban signos de vida con tenues luces amarillentas. Desentumecí los músculos, me estiré cuanto pude en mi precaria postura y encomendándome al cielo nuboso, me preparé para lo inevitable. Yo, que hasta hacía escasos dos meses vivía convencida de pertenecer al infierno y sus calderas, buscando a Dios, rogando protección para bajar del árbol, dejar su amparo y cruzar el jardín hasta la puerta de servicio. Llevaba unas ganzúas con las que pensaba forzarla. Sí, me pasé de positiva, porque no conseguí llegar como supuse.

Primero fue un gruñido lejano que se fue acercando. Luego un rugido seco como de dragón furioso afilando sus garras para atacar. Enseguida, el brillo de dos pupilas malignas brotando de la oscuridad. Otras dos a continuación.

No supe distinguir la raza, solo dos perrazos guardianes sueltos y peligrosos, que me harían trizas en cuestión de minutos si los dejaba. Jadeé tentada de trepar de nuevo al árbol pero ya estaba a mitad de camino, expuesta casi en medio de la pradera. Noté cómo se me desbocaba el corazón y se me secaba la boca. Imprimí motor a mis piernas y corrí al límite de mis fuerzas dirección al castillo. Iba a ser cuestión de velocidad, ellos o yo. A

*veces las presas en las cacerías escapan, me dije. Concéntrate en mantener un ritmo regular en la respiración. No pienses, no temas, no prestes atención a sus gruñidos, solo corre porque te va la vida en ello. Corre y sé más veloz que los perros.*

Fui directa a la esquina del muro donde se acumulaban las canaletas de desagüe pluvial, como un polvoriento racimo de esperanza conduciendo a la cubierta del castillo, más de treinta metros por encima de mi cabeza. Me abracé al tubo más grueso justo cuando uno de los guardianes cerraba su mandíbula de tenaza a escasos milímetros de mi pie y escalé como una ardilla aprovechando como apoyo lo más inimaginable. No me permití relajarme hasta alcanzar el alero de piedra desde donde gateé hasta una de las ventanas de la buhardilla. Abajo, lejos, quedaban dos perros furiosos ladrando a la luna. Tenía que desaparecer antes de que alguien de seguridad saliera a tranquilizarlos con una linterna en la mano. Y sin embargo, en lugar de evaporarme y ponerme a salvo, los miré directamente a los ojos, con la mano extendida y una orden clara en la mente. “*Callad*”. Los perros enmudecieron de repente.

Vaya. De haberlo sabido...

Trasteé en la vieja cerradura. Ya podía respirar casi tranquila y usar las ganzúas que llevaba preparadas para la puerta. Mientras oía el chasquido que daba paso a la habitación, sonreí recordando mis interminables discusiones con Orio durante mis entrenamientos. *¿Escalar cuerdas? ¿Para qué? No soy un bombero*, le decía. No, no era un bombero, era una chica en peligro y ser capaz de escalar como un pequeño mono, me había salvado.

Cinco minutos más tarde, estaba acurrucada en un rincón de la inmensa buhardilla plagada de muebles antiguos, baúles y olor a cerrado y a mundo detenido, afilando mis ideas y mi cuchillo.



## Castigo

Tinieblas. Muros de piedra centenaria salpicados de puntos de luz amarilla. Oscuridad, sensación de tenebroso vacío, el aire viciado tras cientos de años sin abrirse a la renovación. Nudos de túneles retorcidos que no conducen a ninguna parte. El laberinto, la secta, pasillos de puertas blindadas que provocan una inquietud escalofriante. Tras algún portón olvidado, un estudio de televisión fantasma, con sus cámaras y micros apagados como si esperara el fin del mundo. El búnker construido por el gobierno británico a principios del siglo XX, secretos, criaturas que nunca han visto la luz, el “Cuarto de la Guerra”, refugio de Churchill con mapas del avance de las tropas alemanas durante la segunda guerra mundial, desplegados por la pared, andenes, estaciones vacías de metro que encubren misiones sin desvelar... Todo lo que crece bajo el suelo de Londres, oculto a los ojos.

Tantos kilómetros de pasadizos conectados conformando ciudades en miniatura. Tantos metros cuadrados de maldad.

Las fuerzas de Lucifer habían hecho del subsuelo de la ciudad, su fortaleza. Humanos fieles a las directrices demoníacas y seres de naturaleza infernal, unidos en su gesta contra el planeta. Sacrificios, mentiras, redes de trampas encaminadas a coleccionar almas que ofrecer a la Mano Maestra en su glorioso regreso. Y el ritual. El ritual del cuerpo, interrumpido por la falta de celo de una de las vírgenes en su labor de vigilancia.

Las arpías querían ser la representación de los poderes infernales, no en vano tenían la llave de los sacrificios en Londres y la más abominable crueldad en sus despiadados corazones. Cuatro de ellas flanqueaban el cuadrilátero lleno de barro espeso y negro, donde dos mujeres jóvenes luchaban a muerte.

A muerte. Nunca mejor dicho.

Las embestidas eran violentas, jaleadas por la multitud alrededor. Al

atacar les chirriaban los dientes, los músculos se tensaban al límite, los dedos se enroscaban como garfios y cada mordisco, cada golpe certero era celebrado con una salva de gritos enloquecidos. Una jauría de perros. De las contendientes, una casi una niña, con su largo pelo rubio platino enmarañado y sucio, castigada a luchar por su vida, acusada de haber permitido que los rituales de consagración del cuerpo se interrumpieran y que la elegida huyese. Ciega de dolor y desesperación, recordando a cada segundo que debía atacar y herir al tiempo que defenderse en una pelea para la que jamás había sido entrenada, la chica se obligó a reconocer que pese a todo era afortunada. Nadie se había percatado de que ayudó a Stella, que la guió hasta la salida y que la pertrechó de ropa y calzado. De haberlo sabido, los Dirigentes la habrían descuartizado en pedazos diminutos que después arrojarían al Támesis entre desperdicios y basura. Infló sus pulmones, apretó los párpados para no ver la multitud amontonada pidiendo sangre y volvió a arremeter empujada por un último estímulo de esperanza. El golpe que la hizo tambalear, lo recibió directamente en la sien.

La chica no sabía qué delito había cometido su oponente, no tenía nada en su contra, ni siquiera la conocía. Se habían mirado a los ojos por primera vez cuando las enfrentaron en el cuadrilátero de barro y leyó en sus pupilas el mismo terror que sentía ella. Encarceladas por algo que la sociedad de los túneles considerara imperdonable, condenadas a muerte pero con una única posibilidad de remisión: ganar la contienda. No se exigía matar a la otra, aunque tal desenlace sería bien recibido por aquel público embrutecido, sediento de sadismo. Si no vencías, era mejor acabar muerta porque de lo contrario, antes de arrojar tu cuerpo al río, serías apuñalada tantas veces como fuera posible, hasta terminar con el corazón partido en dos.

En ese momento, la chica supo que las piernas no la sostendrían. Con la visión nublada tras el impacto y las voces acuchillando sus tímpanos, cayó de costado tratando en vano de apoyarse sobre el brazo. Por lo agudo de la terrible punzada al caer, entendió que acababa de fracturarse la muñeca. ¿Cómo iba a golpear con una única mano?

Usó los codos. Las uñas de la mano libre, los dientes. Necesitó de toda su fuerza para conseguir incorporarse y cuando lo hizo, atacó de frente con un alarido salvaje que puso al público de muy buen humor. En un casi milagroso envite, dado su agotamiento y la dificultad de moverse entre el barro, logró rasgar la piel del rostro de la otra a la altura del ojo y la sangre brotó abundante, cegándola. Sin embargo, la euforia duró poco. Era mayor y

algo más robusta que la chica, y ya se había dado cuenta de su muñeca lesionada. De un violento empujón la tiró de boca al suelo, la obligó a tragar lodo, saltó encima y mientras con la mano derecha le retorció el brazo fracturado provocándole un insoportable tormento, con el antebrazo izquierdo rodeó su cuello y tiró hacia atrás al tiempo que apretaba.

La chica del pelo blanco supo que su fin estaba próximo. La falta de oxígeno se reflejó en sus sienes como golpes de martillo. Los ojos quisieron salirse de sus cuencas. Boqueó como un pececillo desahuciado y por su memoria pasaron veloces muchos recuerdos de su infancia cercana, el día en que sus padres, fanáticos prosélitos de La Orden, la consagraron a Lucifer esperando otorgarle con ello, la vida eterna. El hecho de ser virgen y la especial marca de su cabello la hicieron merecedora del gran honor: ser sacerdotisa adiestrada para entonar los salmos satánicos que convocarían la vuelta de la Mano Maestra. Su entrada a nuestro mundo en forma de ser carnal, preparada para acaudillar el exterminio de los ángeles y los humanos. Pero había fallado. Algo extraño levantó aquel cuerpo de mujer de la losa del altar y la hizo respirar. La chica ignoraba qué fuerza oculta había provocado tamaño prodigio pero quiso la mala fortuna que ocurriera durante su turno de vigilancia. Culpable sin juicio. Ahora vencida. Clavarían el puñal de plata por todo su cuerpo magullado para ofrecerla en sacrificio y después abandonarían su cadáver eviscerado en las calles de Londres. A la ganadora, la tomarían todos los varones presentes, penetrándola por turnos, por todos sus orificios. La plebe se embriagaría de sexo y néctar narcótico y el cuerpo de la muchacha sería utilizado como presente. Algo igualmente horrible, pero seguiría viva. Después de aquello, ya nadie volvería a tocarla.

Desfalleció y sus miembros colgaron laxos en brazos de su contrincante. El público bramó ensordecido, los jueces la declararon perdedora y antes de ser arrastrada lejos por varias garras impacientes, aún tuvo tiempo de escuchar de labios de su verduga un “*lo siento*”.

La masa se arrojó sobre la chica vencedora y ella fue golpeando la fría piedra del suelo con la cabeza, con los huesos de los hombros, con la cadera, sin ver nada pero sintiendo todo el dolor, hasta otra sala lejana donde el clamor de la multitud llegaba amortiguado. La lanzaron a un rincón como un saco viejo.

—Haz lo que debes, muchacho —oyó entre nieblas—. Ya es hora de que te hagas un hombre. Nosotros, que ya lo somos, vamos a por nuestro premio.

Unas risas socarronas, pasos que se alejaban y de nuevo el silencio. Tenía hinchados los párpados, barro en la nariz que le impedía respirar, náuseas y espasmos. Y miedo. Mucho miedo a lo que tocaba. Trató de abrir una rendija y mirar, pero solo distinguió un bulto no muy grande, de dulces cabellos rubios y el brillo de una hoja afilada en su mano.

¿Dolería? ¿Sentiría el cuchillo cortando su carne, adentrándose en sus entrañas? ¿Estaría lo suficientemente atontada como para no notarlo?

Evidentemente no. El chaval pisó los dedos de su brazo apaleado y el calambre del suplicio corrió por las venas arriba, como un veneno. La chica se encogió sobre sí misma esperando la primera descarga. No tardaría.

El caso es que no llegaba. El titubeo del chico, quizá demasiado joven e inexperto para la tarea encomendada, era una lenta tortura. Habría preferido un par de machetazos certeros y el final, en lugar de aquella pausa prolongando su agonía. Lo tenía acuclillado cerca. Quizá iba a dejarla morir de forma natural, quizá se resistía a...

Quiso mirarlo, rogarle con los ojos que la escondiese en un rincón donde nadie la encontrara, a poder recibir a la muerte sin más sufrimiento. Pero se aproximaron voces y el chiquillo tembló con violencia. Muy torpe pero decidido a cumplir, clavó el puñal con premura en el costado y el cuello de la chica. Ninguno era un punto vital aunque la sangre saltó a borbotones. De un puntapié calculado la hizo rodar sobre sí misma hasta quedar boca abajo. Su víctima no pudo resistirse. Pronto la rodeó un charco rojo que se agrandaba.

—¿Qué? ¿Ha ido bien?

—Sí, señor. —La respuesta tiritó en una voz joven. La chica supuso que era otro como ella, hijo de alguien, entregado al mal como tributo, en contra de su voluntad. El chiquillo respiraba asustado, no había más que oírlo.

—No ha sido demasiado ¿a que no?

—No... señor.

—Eviscera el cuerpo, envuélvelo en un sudario y llévalo al río. Déjalo donde lo encuentren pero procura que nadie te vea a ti. Te juegas el pellejo.

—Si te das prisa, igual dejamos que la ganadora te desvirgue — prometió otro. Los demás rieron—. Vamos ¿a qué esperas?

Debieron irse porque ya nadie más habló y la chica sintió que su cuerpo maltrecho era vapuleado en una y otra dirección, cubierto con un tejido áspero, y finalmente cargado de cualquier modo. Le dolía cada fibra de su ser, cada milímetro de piel y lentamente, se desangraba. Tuvo la certeza de



que antes de ser abandonada como una piltrafa, habría muerto.

Qué felicidad. Por fin la paz. Al final, su historia había disfrutado de cierta fortuna. El golpe de gracia que no le había desgarrado el corazón.

Perdió el conocimiento durante un buen rato y al recuperarlo, el intenso olor a ciénaga húmeda le provocó arcadas. No se atrevía ni a respirar con tal de que no supieran que aún vivía. Quería cerrar los ojos y no volver a abrirlos. Sin más. Estaba tan débil que apenas acertaba a hinchar los pulmones. Poco a poco, se acababa. Deseó una muerte rápida que apagase de una vez por todas sus terribles tormentos. Los golpes, los huesos rotos, el agotamiento extremo... Por Satán, una muerte rápida. Pero en lugar de eso, percibió una presencia cercana que la puso en alerta. Eran ellos. Habían regresado, se darían cuenta de que no estaba muerta, le asegurarían un final espantoso y el torpe chiquillo que había incumplido la orden de asesinarla, terminaría peleando en el barro, igual que ella. Pero quien pisaba la hierba mojada cerca de su cara, se limitó a hurgar en la mortaja, tirar de su brazo sano, aquel donde habían tatuado a fuego el signo de Lucifer, y recogerla.



## **Todo lo que busco**

*Cómo hace eco un corazón a través del pecho,  
desde debajo de la tierra.*

***Empire (Of monsters and men)***

### **Martin**

A esas alturas, el techo de mi apartamento se me caía encima y la desesperación literalmente me asfixiaba. De modo que caminé hasta el *Anastasia* a encontrarme con la pelirroja que atendía la barra. Probablemente, la única amiga de Nina en Manhattan.

Durante todo el camino, bajo una llovizna impertinente no lo bastante agresiva como para sacar el paraguas, el mensaje de despedida de Nina me retumbaba en la memoria. Cada letra de cada palabra de su carta.

*“Lo siento, perdóname. No sé pedirte otra cosa salvo que lo entiendas. Debo hacerlo, como en su día debí alejarte. No pude, eras tú, demasiado mío, demasiado intenso, demasiado fuerte este amor que lentamente me mata a veces. Si quiero vivirlo, debo buscar con mis propias manos la justicia que no confío que otros me traigan. No lo entiendes, no es una broma, es nuestra*

*vida, la que nos merecemos vivir. Volveré, te juro que volveré.”*

*Volveré. Dios mío, Nina ¿dónde te has metido?*

Me sequé las lágrimas con el revés de la mano. La incertidumbre que acompañaba a la situación, la sensación del yo inútil, solo podía calificarla de insoportable. Quería morirme, de verdad que quería. Después de leer esa nota era ridículo pensar que el capitán Montgomery, por mucho aprecio diferido que me tuviese, fuera a tomarse en serio la búsqueda. También yo debía hacer algo, actuar por mi cuenta, pero no sabía a dónde ir, a quién más preguntar.

Por eso regresé a Tlia aunque mis esperanzas se parecieran mucho a cero.

En un local desierto a aquellas horas, desde detrás del sobado mostrador, la joven polaca me recibió con una sonrisa y el trapo mojado en la mano. Desde los altavoces, la jodida canción de LP que tanto me gustaba y me recordaba a mi mujer, *Lost on you*, retumbaba contra las paredes.

—¿Se sabe algo?

—Nada. —La boca se me llenó de saliva amarga.

—Estamos todos preocupados. Bueno, todos... tú y yo. Nina no es alguien con demasiados fans, ni a quien se pueda manejar. Si ha decidido que no la encuentres no habrá forma humana de dar con ella.

La miré deseando retorcerle el cuello. Injusto para ella, lógico para mí.

—Conozco a Nina —troné. Tlia torció un poco la boca.

—Puede que creas que la conoces o que quieras conocerla pero yo he compartido cuartucho con ella durante cuatro largos años y jamás supe más de lo que decidió contarme, que no fue mucho, por cierto. —Con un movimiento perezoso volvió a llenar los vasos de whisky—. A veces desaparecía dos o tres días sin dar explicaciones, supongo que en ese misterio reside parte de su encanto. Nina te mira con esos ojos increíbles y es como si te gritara “mi vida es mía, no se te ocurra interrogarme”. —Enroscó el tapón y apartó la botella donde no estorbaba—. Tú te acojonas y cierras el pico, eso es todo. Supongo que conoces la sensación.

Lo último lo dijo alzando el vaso reclamando un brindis. La miré malhumorado, con un nudo en el estómago y la sensación de que estaba pasando por alto algo esencial y me tocaría pagar el descuido. Tenía razón, no la conocía, amar a Nina no era sondear su alma, la guardaba celosamente bajo muchas llaves. Finalmente me rendí y golpeé el cristal de su vaso con el mío.

—De acuerdo, lo admito, no la conozco como querría. Nuestra relación

dista bastante de lo común, supongo.

—¿Supones?

—Lo sé con certeza. Pero esto que ha hecho ahora...

Miré una vez más a la polaca tras la barra. Era una buena chica y apreciaba a Nina, seguramente se habría desvelado más de una noche pensando en ella, pero no iba a darme más información, no la tenía, no pertenecía al círculo de La Cripta y tampoco conocía a su gente.

Me encogí de hombros tristemente resignado.

—Puede estar, y es literal, en cualquier parte. Ni siquiera sé si ha abandonado Manhattan. —Enterré los dedos en el pelo y lo empujé hacia atrás—. Esta maldita ciudad es tan grande o tan jodidamente pequeña dependiendo de los casos...

—Sí, lo sé, algunas veces me da por arrepentirme de haber abandonado mi pueblo. Cabe en una nuez. —Lamenté que mis ánimos estuvieran tan por los suelos que no me permitieran celebrar su chiste. Alcé unos ojos anegados en lágrimas y la miré directamente a la cara. El mío era un grito desgarrado de desesperación. Cubrió parte de mi mano con la suya en un gesto afectuoso—. Igual que ahora lamento haberte dado aquella caja de cerillas, Nina es... complicada.

—Son la gente de La Cripta lo que me preocupa, Tlia, no ella. Son asesinos, crueles, sanguinarios, son lo peor que puedas imaginarte.

La chica pelirroja sufrió un estremecimiento. Se mordió nerviosa los labios.

—Lo sé, leí los periódicos, la sala esa de las torturas, las cuchillas con las que despedazaban viva a la gente. ¡Joder! Y cuando le pregunté a Nina... Bueno, ella no quiso darme detalles escabrosos. Supongo que tampoco debí preguntar.

—No debiste. Por un tiempo ella creyó estar implicada, ser una de ellos.

—¿Estás seguro de que no lo es?

Aparté la mano de debajo de la suya como si quemara y le dirigí una mirada de reproche.

—¡Es mi mujer! ¡Claro que lo sé!

—Martin...

—¡Estuvieron a punto de matarla!

—Es lo que ocurre con los perros rabiosos, si los encierras juntos en la misma jaula acaban devorándose unos a otros. ¿Qué llevas con Nina, dos meses, tres? —Me negué a responder— Martin... Yo tampoco quiero

pensarlo, es mi amiga, quiero verla vestida de novia contigo a su lado, que tire el ramo por los aires y me golpee en la cara, pero tienes que aceptar todas las posibilidades.

Iba a responder una barbaridad, cuando el móvil vibró con fuerza en mi bolsillo. Descolgué como siempre, dominado por el ansia.

—¿Montgomery?

—Señor Forrester ¿ha tenido alguna noticia?

—No. ¿Ustedes?

—Tampoco, lo siento mucho.

Me desinflé como un globo vacío. Cada fragmento de veinticuatro horas machacaba un poco más mi esperanza.

—En cualquier caso, señor Forrester...

—Martin, se lo ruego.

—Sí, Martin, de acuerdo. Eh... Usted y yo conocemos el contenido de la carta y...

—¿Y...?

—He estado pensando. Incluso en el hipotético caso de que demos con ella... Bueno, no podríamos obligarla a regresar si no lo desea.

Aspiré aire hasta colmar mis pulmones.

—Si eso ocurre... límitese a informarme de dónde se encuentra.

Cuatro horas más tarde, abandonado al abrazo del alcohol, solo en mi apartamento con "*Lost on you*" a todo volumen, sintiéndome derrotado y miserable, aún resonaban en mis oídos las palabras de la chica polaca.

Todas las posibilidades. Todas.



## **Ecos del pasado**

*Sueño, ¿no vendrás a por mí?*

*En mi agonía, dentro de mis ropas.*

***Sleep for the weak (Lost Frequencies)***

## **Will**

Soy un tipo tozudo, me conozco. Puedo ser testarudo hasta la insensatez y Amber O'Brien no es que no estuviera de acuerdo. En cuanto el doctor de guardia certificó que no iba a morirme, me empeñé en abandonar el hospital con mi alta bajo el brazo. De nada sirvieron las intenciones para convencerme de que pasara otra noche allí encerrado, viendo a las enfermeras ir y venir meneando sospechosamente el culo alrededor de mi cama. No estaba mi humor para flirteos y casi tres días recluso y otros tantos desvanecido, para mí eran muchos días.

La inspectora vino puntual a verme, con aire desentendido, el botón de la blusa suelto y una pizca de maquillaje más de lo acostumbrado. Se alteró al sorprenderme recogiendo mis escasas pertenencias.

—¿Ha perdido la cabeza? ¡Vuelva de inmediato a la cama! ¡Ha recibido

un disparo!

—No se preocupe, O'Brien, no ha sido el primero y mucho me temo que tampoco será el último.

—Pero debería quedarse en observación.

—Detesto los hospitales —gruñí buscando la ropa interior. Quería localizarla y ocultarla en mi bolsa de plástico antes de que Amber pusiera en ella sus ojos. No lo logré. De repente la agente de la ley sonreía socarrona con algo azul claro entre los dedos.

—¿Qué ha dicho el médico?

Estiré la mano.

—Mis calzoncillos, gracias.

Los escondió a la espalda y chasqueó la lengua. Me puse rojo cereza, hasta pude sentir cómo hervían mis orejas.

—¿Qué ha dicho el médico? —insistió.

—Que si quiero arriesgarme, que haga lo que me dé la gana. Seguramente no le pagan por discutir. ¿Mis calzoncillos?

Me los entregó entre juguetona y contrariada. A toda velocidad, los oculté entre las demás prendas.

—Que conste que yo no lo haría.

—Es su opinión. Muy respetable, por cierto.

—Creo que se ha ganado el derecho a tutearme después de haber arriesgado su vida para salvar la mía ¿no le parece?

Con un aspaviento exagerado la hice reír.

—¡Vaya, qué honor! ¿Incluye la oferta un buen almuerzo? Porque es lo que me está haciendo falta, por favor, dejemos de discutir mi alta y dígame que sí.

Amber ladeó la cabeza y arqueó una ceja. Una cosa detrás de la otra y todo inesperadamente gracioso. Con ella en aquella sórdida habitación, mi irritación se fue calmando.

—Por favor, dime que sí —corregí.

—¿Comer juntos? ¿Como si de verdad fuésemos amigos?

—Por supuesto. Me lo he ganado ¿no?

Amber bufó como buscando excusas. Debe ser que no dio con ellas, porque finalmente esbozó una sutil sonrisa, casi imperceptible, que la convirtió en una chica hermosa e insoportablemente deseable.

—Puede. Sé que me arrepentiré de esto. —Agitó los dedos en el aire antes de posarlos en un antiguo medallón que le colgaba del cuello e iba a

parar justo... ahí, a la línea entre sus pechos. Me controlé para no mirarlo—. ¿Necesitas ayuda con... ?

Su dedo apuntaba a la triste bolsa donde yo acumulaba mi ropa y me apresuré a cerrarla y apartarla de su vista. Más escenas bochornosas no, por Dios.

—Estoy listo. Y hambriento.

—Vamos pues, americano. Te llevaré a un sitio especial.

Vaya. El destino secreto resultó ser su apartamento. Amber trasteó la cerradura, la puerta se abrió con un chirrido y ella me pasó por delante muy resuelta, directa al centro de su salón.

—No te quedes en la puerta, estás invitado a comer.

—Pensé que iríamos... a alguna parte...

Obviamente estábamos en “alguna parte”. Qué torpe. Ella me observó sorprendida con las manos en jarra.

—Me temo que no estás para garbeos y festivales, detective Bass. Supongo que lo has olvidado, te han pegado un tiro bastante feo.

—No estoy muerto. —Caminé hasta el sofá y de repente fui consciente de lo débil que me encontraba. Física y emocionalmente derrotado, ni siquiera sabía bien por qué.

—Oh, desde luego que no, menos mal. No podría perdonármelo — rio desde la cocina mientras despachaba la sobaquera con la pistola en una cómoda cercana—. ¿Una copa de vino?

—Vendrá bien —acepté escueto, sin ni siquiera despojarme del chaquetón.

—Dos gotas y el resto, agua. Estás convaleciente.

—Menuda estafadora...

—Ponte cómodo, no seas de esos invitados coñazo que te obligan a estar dando instrucciones de cortesía todo el tiempo, no soy una anfitriona amable.

—Y sin embargo vas a cocinar para mí.

Ella se encogió de hombros con ofensiva naturalidad.

—Joder, te lo debo, me has salvado la vida.

—Si es por eso puedes ahorrártelo, me bastan unos *baggles* en el deli de



la esquina...

—No estamos en Nueva York —me alargó la copa con su contenido rosa pálido—, lo siento.

—¿*Cheers*?

Hizo chocar su cristal con el mío. Nos mojamos los labios.

—Por los compañeros que no te dejan en la estacada —anunció mirándome con gravedad y sin pestañear. Me dedicaba el brindis. Yo solo había pretendido ser chistoso. Cuando hice lo que hice, no buscaba reconocimiento—. Lo tuyo ha sido... desconcertante.

Sacudió la cabeza como si escapara de un trance peligroso y se refugió a toda prisa tras la isla de la diminuta cocina.

—¿Espagueti o macarrones?

—Me es indiferente. Con que no corra me basta.

—También tengo pizza congelada, tardaría más o menos lo mismo.

—En serio, tengo hambre, me da igual.

Noté un ligero mareo que me obligó a masajearme las sienes.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, claro, es el aroma del alcohol y el estomago demasiado hueco.

—Lo siento muchísimo, quizá sí debí llevarte a algún restaurante, no tengo práctica en los fogones, suelo quedarme a comer en Scotland Yard...

—Sacó una olla y la colmó de agua en mitad de un gran estruendo— En general llevo una vida de mierda entregada a la causa.

—Tenemos una profesión ingrata —reconocí volviendo a degustar el vino aguado. No estaba tan mal.

—No todo el mundo puede entenderla, ni lo absorbente que puede llegar a ser un caso abierto. Es difícil ser la pareja de un policía.

Dejó caer el contenido de una bolsa dentro de la olla y volvió a cerrarla. Recuperó la copa y dio un largo trago hasta apurar su contenido.

—Por eso estamos solos —agregó al ver que yo no respondía.

Eso pensé yo durante años pero no era verdad. Si me resistía a crear vínculos emocionales con mujeres, la culpa no la tenía mi trabajo sino mi amor por Stella. Cuando ella reapareció todo dejó de importar. De la noche a la mañana, fue un chasquear de dedos mágicos que cambió todo mi universo y lo volvió azul. Stella. Mi niña. Mi ángel escapado de nuevo al cielo.

Regresé al presente a trompicones para encontrarme con Amber sentada a mi lado, tan cerca que me sobresaltó.

—Will... —susurró con voz incandescente.

Estaba agotado, seco de llorar, molido por tanto sufrimiento. Sentí necesidad, unas ganas terribles de dejarme llevar. Calor humano, una caricia que me curase las grietas del corazón. Permití que el aliento de Amber, cálido y afrutado, se me colara dentro. Entrecerré los ojos y no me moví. Ella colocó una mano sobre mi hombro y de ahí viajó a la base de mi mandíbula. Su caricia fue un roce sutil con la punta de los dedos, como quien roza una herida queriendo curarla. Me tensé en un movimiento reflejo y hasta retrocedí unos centímetros pero Amber volvió a intentarlo y esta vez me mantuve quieto. Me concentré en el tacto. Quería cerrar los ojos, volver a abrirlos y que ella estuviese allí. Ella. No una desconocida por muy hermosa que fuese.

—Deja que te ayude. Necesitas...

Agarré su muñeca, abrí los ojos de golpe, conseguí asustarla.

—¿Qué necesito?

—Relajarte. Olvidar.

Joder. No olvidaría mientras viviera. No iba a intentarlo siquiera.

Pero la boca de Amber buscó y encontró la mía, y no me resistí al beso. La presión de sus labios sobre los míos fue suave al principio, tímida y dulce mientras exploraba. ¿Conoces ese instante justo antes de perder la cordura? Ese. Ahí me encontré, embrutecido por el calor del deseo, concentrado tan solo en el hecho cierto de una presencia femenina que me anhelaba. Y todas las partes de mí estaban tan rotas... Enseguida mis brazos hambrientos corrieron a apresar su talle, la atraje con brusquedad, la pegué a mi cuerpo y me dejé invadir por la sensación erótica de la cercanía, el placer de la fiebre creciente burbujeándome dentro de las venas, mientras mi conciencia chillaba el nombre de Stella. Amber se retorció para mirarme y me perdí en sus ojos del color de su nombre. No quedaba ni chispa de hostilidad en ellos, ni siquiera parecía la misma mujer que conocí el primer día, la dura portadora de un arma letal que trataba a sus hombres como a una piara de obedientes ovejas. Latía en ellos una vulnerabilidad adorable, un ruego silencioso de protección y de amor.

El caso es que yo a aquellas alturas ya no creía en el amor si no se llamaba Stella y reía hablando de pintura, lo siento.

Mi parte irracional, sin embargo, apartó las justificaciones de un patadón. El ser humano tiene sus necesidades, al fin y al cabo. Sé que no es excusa pero... Mientras mis ojos se llenaban de lágrimas, tiré de Amber y tomé las riendas. Volví a devorarle la boca, a acariciarle el cuello, disfruté sintiendo cómo se erizaba su piel bajo mi tacto, la animé a sentarse a

horcajadas sobre mi cadera aunque no llegó a hacerlo. Jadeó arqueando la espalda. Estábamos muy cerca de cruzar la línea.

El golpe de la tapadera sobre la cacerola desde la cocina, me desconcertó. Fue como cortar una sesión de hipnotismo que me tenía atrapado. Hasta sentí frío, un frío terrible y culpable recorriéndome la espalda, helándome el rostro.

Me aparté de Amber como si abrasara. Sus grandes ojos dorados pestañearon atónitos.

—¿Ocurre algo?

—No puedo, lo siento.

Se rehízo con sorprendente rapidez. Congeló su sonrisa y sus pupilas perdieron el brillo, pero se puso en pie, se atusó las rastas y regresó a los fogones como si nada hubiese ocurrido.

*Mejor, mucho mejor*, me dije mientras acomodaba mi inconveniente erección dentro de los pantalones.

—Creo que la pasta se ha pasado —se quejó con un leve deje de humor. Decidí seguirle la corriente.

—¿Me permites que te invite a comer?

—Ese no era el plan y menos a estas horas. Ni siquiera soy capaz de preparar un almuerzo decente, menudo desastre como anfitriona. —Otra sonrisa volvió a iluminar su cara y me sentí aliviado.

—Habrà ocasión más adelante —la animé. Abandoné el sofá y me puse el anorak que acababa de quitarme—. Puedes ir ensayando.

—Qué maravilla, un machote comprensivo de los que escasean.

Regresaba a su postura arrogante, sarcástica y un poco lejana. Bien. Todo aquello había sido un resbalón, un amago de error por ambas partes.

—Tú eliges el sitio, yo invito. ¿Nos vamos?



## **Un puñado de monedas**

*¿Dónde estás ahora? Otro sueño.*

*El monstruo corre salvaje dentro de mí.*

***Faded (Alan Walker)***

## **Stella**

A pesar de las botas, la planta de los pies se me congeló de inmediato. Hice bien en aceptar la sudadera de la chica. Me arrebujé en ella sin poder apartar de mi mente su mirada infantil llena de terror y resignación al mismo tiempo. ¿Quién iba a castigarla? ¿Qué le harían? Y ¿qué tenía que ver conmigo el ritual al que había hecho referencia? Me latían las sienes, casi como late un corazón. Me cubrí las rastras con la capucha, sabía que lo mejor era avanzar sin detenerme, no mirar atrás, ocultarme hasta recuperar las fuerzas, protegerme de todo y de todos, y sin embargo había algo que no admitía demora. WILL.

Anduve muchas horas, no sé cuántas. No sé en qué dirección. Pero buscaba oficinas de banco. Una en concreto. Preguntando llegué a una zona de la ciudad que las coleccionaba todas, en hilera a lo largo de la calle, y por

fin me detuve en la puerta de la sucursal de mi banco americano. Me armé de valor y empujé la puerta para entrar, disimulando el hambre, el frío y mi excéntrica apariencia, que gracias a la capacidad de Londres para absorber todo tipo de tendencias radicales en el vestir, pasaba desapercibida. Fui directa a la ventanilla, a esperar mi cola como una persona normal que acaba de abandonar su apartamento.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Querría un reintegro en efectivo. Contra mi cuenta, por favor.

—¿Sería tan amable de mostrarme su identificación?

—No la traigo conmigo, lo siento. Pero puedo darle los dígitos, todos, me los sé de memoria. Debe aparecer mi foto.

Esa fue la primera vez que el empleado del banco me miró mal. Atravesado. Por encima de sus gafitas. Lo apacigué un tanto con mi sonrisa más dulce.

—Caballero..., me he peleado con mi novio y he salido corriendo de su casa —expliqué con descarada coquetería—. Soy un poco vehemente, ni siquiera he cogido el bolso. Pero podrá comprobar la firma.

—Deme la relación de números.

Obedecí antes de que cambiase de opinión. Estiró un segundo los labios en un amago de sonrisa y volvió a teclear con fuerza y los ojos fijos en la pantalla.

—Disculpe... señorita.

—¿Hay algún problema? —pregunté con naturalidad. Dentro del pecho, el aire se me agotaba.

—En realidad, sí. Esta cuenta... bueno, esta cuenta ha sido cancelada por... por fallecimiento de su titular.

Pese a la piedra que se alojó en mi garganta, traté de parecer divertida en lugar de asombrada.

—¿Eso es posible?

—Bueno, es lo que me indica el sistema —repitió. Asentí con un cabeceo.

—Seguramente mi memoria no es tan infalible como pretendo. Me habré equivocado en algún número, está claro que no estoy muerta. Siento haberle robado su tiempo, gracias.

—¡Señorita!

Huí de allí a todo gas. Lo que necesitaba que era dinero, me lo negaban, no iba a quedarme más de lo preciso, no le daría la oportunidad de hacer

preguntas incómodas, ni de fijar mi cara en su mente. No podía fiarme de nadie.

Volví al frío húmedo de las aceras sin nada con lo que defenderme. La intentona del banco había sido un disparo al aire, por si colaba. Aún no tenía demasiado claro lo que ocurrió entre la noche en La Cripta, cuando Anna se me abalanzó con aquel sable y el instante de mi renacimiento en las catacumbas del subsuelo de Londres. La historia que había escuchado de labios de la pelirroja, toda aquella repulsiva sarta de datos acerca de ángeles y demonios enfrentados en la tierra... ¿era cierta? Y que Will y yo éramos los únicos humanos normales del grupo de amigos ¿eso también? ¿Desde cuándo? Y lo peor de todo. Si había estado muerta, muerta de verdad y ahora caminaba y respiraba... ¿en qué clase de monstruo me habían convertido?

Unos metros más adelante, en un escalón de piedra, se sentaba un mendigo ciego. Con un cartel que anunciaba pomposo “*tengo doce nietos a mi cargo*”, un par de cajas de cartón y un sombrero delante, donde algún que otro transeúnte dejaba caer unas libras. Repté con disimulo hasta acercarme, me agaché frente al gorro viejo que recibía sus donativos y avergonzándome de mí misma, fingí echar una moneda cuando lo que en realidad hacía era robarle al pobre desgraciado un puñado de ellas. Mis mejillas, hirviendo y teñidas por el rubor de la tensión, pasaron de pronto al blanco, cuando los dedos sarmentosos del viejo se cerraron en torno a mi muñeca y de un tirón, me apartaron de mi objetivo. Las cuencas vacías rodeadas de arrugas me reprocharon mi deleznable conducta. Sin articular una sola palabra.

Me eché a temblar. Con violencia.

—Por favor... —balbuceé entre lágrimas.

No llegué a decir nada más. Fue el tono, fue el llanto, fue la terrible energía, la desesperación que seguramente emanaban mis poros, los que me salvaron. La presión aflojó progresiva hasta liberarme. El anciano asintió despacio y me dejó ir, creo que con sus bendiciones.

Me incorporé con las monedas encerradas en la palma y escapé de allí corriendo.



## **Llamada desde el mas allá**

*Descalzos sobre la hierba.*

*Escuchando nuestra canción favorita.*

***Perfect (Ed Sheeran)***

### **Will**

Al bajarnos del metro no di demasiada importancia a la zona. Estaba jodido, agotado y el hígado me daba pinchazos si respiraba. Trafalgar Square, pleno centro. Entre las brumas del día invernal, distinguí la figura de un anciano sentado en el suelo con unas cajas y un sombrero viejo pidiendo limosna. Siempre me han encogido el corazón las personas mayores solas, parias al margen de la sociedad normalizada. Me agaché y dejé en el sombrero un billete de cinco libras.

—Qué generoso —se mofó Ámber—. No te vayas a creer lo de los doce nietos a su cargo, parece un chiste.

No había leído el cartel siquiera. Me robó una sonrisa. Desde luego que doce bocas no dependían de su recolecta, no era tan ingenuo.

—No todos los americanos somos idiotas —gruñí.

—Tranquilo, vaquero. —Con absoluta normalidad me agarró del brazo —. Crucemos por aquí.

Seguimos caminando un rato. Igual la irlandesa pensaba mostrarme el itinerario típico de los turistas. Tenía tanta hambre que ya ni sentía el dolor de estómago, estaba como adormecido y simplemente dispuesto a dejarme arrastrar, hasta que reparé en el rótulo en la fachada del pub donde nos dirigíamos.

La Cripta.

Hostia puta. ¿Era una broma?

Los buenos policías andan atentos a los detalles y Amber lo era. Enseguida percibió mi volantazo de humor.

—¿Ocurre algo? ¿Tienes algo contra el café y los buenos sándwiches?

Apreté las mandíbulas hasta que me dolieron los dientes. Tragué saliva sin apartar las pupilas de la entrada a la cafetería. Aparentemente normal.

—No, vamos.

—¿Qué esperabas? ¿Hamburguesas grasientas?

—Borra esa sonrisita irónica de tu cara, Amber, no irás a presumir de que los ingleses coméis sano.

—Supongo que hay de todo. Pero me has pedido un buen sitio y este es uno de mis favoritos.

Crucé el umbral fingiendo una naturalidad que no sentía. Mi intuición, mi maldita y despierta intuición sobrenatural, me gritaba en los tímpanos y veía alarmas rojas girando por todas partes. Elegimos una mesa junto a los ventanales que daban a la calle y Amber se sumió en un concienzudo estudio de la carta mientras yo me dedicaba a sentirme... incómodo. Ambos simulábamos con bastante dignidad que nuestro roce físico al borde del precipicio, jamás tuvo lugar.

—Deja de mover el culo en el asiento —me regañó sin dejar de leer—, me estás poniendo nerviosa.

—Puede que no esté del todo recuperado. Puede que haya salido demasiado pronto del hospital. Me siento... no sé, me siento raro.

Entonces sí levantó el rostro con una especie de luz de triunfo iluminándola por entero.

—¿Estás reconociendo que has metido la pata? ¡Venga ya, detective Bass! ¿Eso está pasando?

—Deja la orquesta de celebración para otro momento. Me gusta ser discreto con mis situaciones especiales.



Amber rió mi sátira al tiempo que intercambiaba una rapidísima mirada con el camarero, que sin embargo no se acercó. Decidí darle una oportunidad a mi olfato, centrarme más en lo que me rodeaba sin que ello me impidiera seguir pareciendo un *güiri* estúpido.

—Hemos marcado una tregua en nuestro horrible comienzo —arrancó Amber con una radiante sonrisa— y sin que sirva de precedente, porque no soy una persona dada a familiaridades, eso me complace.

—Ha sonado muy victoriano. —Le devolví la sonrisa porque pensé que era lo que esperaba. No me equivoqué.

—De una forma u otra, la cultura, el ambiente influye. Somos británicos, qué le vamos a hacer, algo dados al circunloquio y al exceso. ¿Tú ya no vivías en Manhattan los últimos tres años, verdad?

Creo que Amber se arrepintió de su pregunta antes incluso de soltarla. Pero ya era tarde. Arqueeé las cejas.

—¿Has estado investigándome?

No respondió. Al menos, no al momento. Recogió la cartulina con la carta de cafés y la manoseó un poco.

—¿Café o el nunca bien ponderado té inglés en todas sus variedades?

Con un dedo estirado aparté la carta.

—Amber, te he preguntado si te dedicas a rebuscar basura en mi pasado.

—¿Basura? De acuerdo, lo admito, he cotilleado un poco. Aunque vivir en Boston no es ninguna vergüenza, al menos, a mí no me lo parece. ¿Por qué te marchaste?

—Mi padre era policía y lo destinaron cuando yo contaba con diecisiete años. Me vino de perlas porque todos los de mi instituto eran una panda de estirados con los que no congeniaba. Fin de la historia. ¿Esperabas algo macabro?

—La verdad, no sé lo que esperaba. Llegas dándotela de tipo importante y me imponen tu presencia en una investigación que me pertenece y en la que no parezco avanzar un puto milímetro. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

—¿Recibirte con los brazos abiertos?

—Y una mierda, te creerás que me chupo el dedo.

Solté una carcajada. Creo que me asustó el sonido de mi propia risa, falta de costumbre.

—Entonces también sabes que llevé el caso de La Cripta en Manhattan —afirmé rotundo. Amber se tomó un segundo antes de responder.

—Sí, también lo sé. Esperaba que me lo contases tú.

—¿Por eso me has traído a este pub? ¿Para presionarme?

La chica policía se escabulló con sagacidad llamando la atención de la camarera tras la barra. Nos atendió una tercera que parecía directamente sacada del reparto de Pippi Calzaslargas.

—Café y unos sándwiches surtidos. Para mi compañero, mejor una infusión suave —ordenó sin consultarme. Me pareció bien que cuidase de mis heridas físicas. En aquel momento, en mi interior, de nuevo se removían unos recuerdos nada agradables.



## Un segundo de... ¿ paz?

*Cuando estábamos a salvo.*

*De vuelta ahí, cuando estábamos a salvo.*

***Safe (Daya)***

**Stella**

Dentro de una cabina de teléfono, me permití destensarme. Retiré la capucha que cubría mi pelo. Tiritaba, tenía más frío del que era capaz de soportar, mis pies entumecidos, llenos de llagas, lanzaban dolorosos latidos y el estómago vacío rugía con fiereza. Más tarde buscaría alguna iglesia o uno de esos centros donde los *sintecho* pueden pernoctar y reciben una taza de caldo caliente. Más tarde decidiría qué hacer, cómo salir de allí. Antes había algo importante. Algo que no podía dejar de intentar.

Sujeté el auricular entre la cabeza y el hombro para introducir las monedas en la ranura y sujetarme una mano con la otra y pese al temblor, poder marcar. El único número que había memorizado en mi vida, el único que no olvidaría jamás.

Dejé que los tonos sonaran. Dos veces, tres. Jadeando de impaciencia.

Hasta que finalmente descolgaron.

**Will**

—Will Bass al habla.

—Will... Soy... yo.

Pero se cortó.

**Stella**

Era él. Esa voz suya, grave, acariciadora, sexy, el sonido que me volvía completamente loca.

Ni diez segundos. Las monedas robadas no me habían dado ni para una frase completa. Era poco dinero, lo sabía, Will estaba al otro lado del mundo, pero llegué a oír su voz. Me buscaría, él localizaría la llamada, seguro, solo tenía que esperar. Will me amaba, no me abandonaría a mi suerte, me buscaría.

**Will**

La sangre se me congeló en las venas. Se paró mi pulso. Dejé de respirar. Se me secó la boca. Era ella, era su voz. Stella. Pero Stella estaba muerta. El aire intentaba abrirse paso en mi pecho como un jadeo entrecortado, lo que había sobre la mesa, la gente de la cafetería, se convirtieron en bultos deformes cuando las lágrimas anegaron mis ojos y lo borraron todo.

—¿Quién es? ¿Qué te pasa?

Amber empezó a preocuparse. Creyó que iba a darme un ataque de recaída de un momento a otro. En serio, yo también lo creí.

—Oye ¿te encuentras bien? ¡Will, joder, estás asustándome!

Fui de repente consciente de donde estaba. Levanté con ímpetu la cara.

—¿Puedes localizarme una llamada?

—¿Localizar...?

—Quiero saber de dónde proviene la llamada que acabo de recibir —me impacienté.

—¿Puedes contarme...?

—No. —Me puse en pie empujando lejos la silla. Saqué un billete de veinte libras y lo dejé caer junto a las tazas sin tocar. Amber no tardó en seguirme.

—De acuerdo, de acuerdo, buscaremos desde dónde se ha hecho la jodida llamada, pero tranquilízate.

—No quiero tranquilizarme. Vamos a Scotland Yard.

Ella sacudió la cabeza para asentir. Cogió al vuelo un par de sandwiches y corrió a la puerta. Yo ya caminaba calle arriba, frenético como un condenado a muerte.

## Stella

Empecé a no sentir el cuerpo. Los pies eran, hacía horas, miembros fantasmas colgando de mis tobillos. Apenas si había podido articular el nombre de Will, el violento entrechocar de mis dientes, mis manos ateridas

que ya no sujetaban nada.

*“Él vendrá. Es policía, mandará alguien a buscarme”*, me dije.

Me lo repetí cien veces.

Acurrucada en una esquina de la cabina telefónica, resbalé hasta sentarme en el suelo, los pies morados fuera de las botas, envueltos en el bajo de la sudadera, tratando de no dormirme, de no perder el conocimiento.

*“Will me ama, mandará a buscarme, sé que lo hará y yo lo esperaré . Estaré aquí esperando aunque me cueste la vida. Con mi último aliento abriré los ojos para saber de él. Will, mi amor, estoy aquí, he vuelto”*.

El hilo de voz que se me escapaba de entre los labios, acarició cada letra al formar su nombre. Solo cuatro, plenas de significado. El hombre de mi vida, mi amor, mi amor verdadero al que encontré demasiado tarde.

*“No me dejes sola... Por favor, por favor... Eres todo cuanto tengo”*

Entonces todo se volvió borroso y negro.



## **Mi plan nocturno**

*Tú eras la sombra de mi luz*

*¿lo sentiste?*

*Otra estrella que se desvanece.*

***Faded (Alan Walker)***

**Nina**

Aprovechando que todos dormían, me hundí en las entrañas de aquel castillo inmenso. Mirándolo desde fuera nadie sospecharía su interior siniestro. Nada más poner un pie fuera de la buhardilla sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Se parecía demasiado al interior de La Cripta. En cualquiera de aquellos rincones oscuros podía acechar la muerte. Que no me esperaran no me ponía a salvo. Dentro de las botas, afiancé las plantas de los pies al suelo, respiré hondo y acaricié la empuñadura de mi cuchillo colgado del cinto. Me infundí una falsa seguridad que necesitaba como el oxígeno. Al menos había dejado de temblar. El pasillo interminable se tragaba mis pasos, la cautela latía en cada decisión, no iba a lanzarme de cabeza al suicidio pero tenía

asumida la posibilidad de morir.

Sí. Podía no salir viva de aquella historia.

Jamás lo comenté con Martin, ni siquiera lo insinué, habría sido devastador para ambos. Pero cerrar los ojos y fingir que Rice y Anna se desvanecerían como por encanto dándonos la oportunidad de ser felices... eso, eso Nina Gautier no podía creerlo.

Ante mí se abría un corredor alfombrado, ancho, flanqueado de puertas a la derecha y una balaustrada de piedra a la izquierda que comunicaba con las fauces de la escalera. No quedaba más alternativa que explorar hasta toparme con mi objetivo. Comprobé el reloj de pulsera. Aún tenía cuatro horas completas antes de que amaneciera, suponiendo que la población del castillo fuese madrugadora. Contuve el aliento mientras empujaba con suavidad la primera puerta, que se deslizó sedosa sobre sus goznes. Nada salvo muebles caros y una cama vacía. Lo mismo en el siguiente. Y en el tercero y en el cuarto. Empecé a preguntarme si colarme en el castillo había sido una equivocación, un riesgo innecesario. Rice y Anna no tenían por qué estar allí. Pero cambié de opinión en cuanto sobre la almohada de la quinta cama, una melena pelirroja disparó mi pulso.

Ella.

Repté de puntillas dejando abierta la puerta para poder escapar a toda prisa de ser necesario. Observé en silencio, con los músculos tensos y las mandíbulas apretadas. Anna. La causante de todo dormía como una niña sin remordimientos de conciencia. Con una leve sonrisa curvando sus labios y una respiración pausada y rítmica. Empuñé el cuchillo sin dejar de mirarla. Sería rápido. Silencioso pero sangriento. Después me escabulliría en busca de Rice, el más fuerte, el más letal...

Por eso debía acabar con él antes. Con Rice fuera de juego, cargarme a Anna sería pan comido. Ya tenía localizada su habitación, era cuestión de prorrogar la agonía unos minutos más. Seguir el orden más lógico implicaba salir de allí y seguir la búsqueda. Caminé de espaldas. Despacio. Con el arma lista y el objetivo en el punto de mira. Cuando llegué a la puerta, volví al pasillo dejándola cerrada como la encontré, y lo intenté con la siguiente. De repente, me estimulaba la idea del éxito. Si Anna estaba, estaría Rice, iba a encontrarlo. Ahora los minutos se deslizaban veloces.

Necesité otras dos intentonas pero mis esfuerzos tuvieron recompensa. El imponente cuerpo de Rice bajo las sábanas era bien visible desde la puerta. Su pelo rubio sobre la almohada, el torso desnudo al descubierto. Todo su ser



palpitaba como un imán clamando por mi venganza. Él y ella. Ambos se merecían la muerte e iban a tener suerte porque sería rápida e indolora, mientras dormían, la clase de muerte que todos anhelamos. Rice había sido responsable de la tortura y el sufrimiento de muchos inocentes en La Cripta. Me había usado, me había mentado, dándole carta blanca a Valeria nos había condenado a todos. La afilada punta de mi cuchillo apuntó directa a su pecho mientras mis dos manos se cerraban en torno a la empuñadura.

*Adiós, Wind. No nos veremos en tu infierno ni en el mío.*

Separó los párpados y supe que estaba perdida. Inesperado. Olfateó mi presencia como el vil depredador que era. Tuvo tiempo de mirarme a los ojos y sonreír cínico, antes de rodar sobre el colchón y apartarse. El golpe que debió partir en dos su corazón se estrelló inútil contra la cama y rasgó la sábana.

—Sabía que volverías a mí —me dijo desde el otro lado.

—Vengo a matarte, lobo —mascullé rectificando mi posición. Rice soltó un amago de carcajada.

—Sé sincera, no puedes vivir sin mí, admítelo.

El muy asqueroso seguía sonriendo con la boca torcida. Tan atractivo como siempre, en eso no había cambiado. Sus ojos azul zafiro clavados en mí, condicionando mi alerta. Recorrí el borde de la cama hasta quedar frente a frente. Estaba agachado, esperando. Y yo no podía atacar en aquellas condiciones, él debía mover ficha primero.

—Ese picapleitos inútil que babea por ti, no sabe darte lo que necesitas. Tú eres puro fuego, pequeña. Te van cosas que un angelito debilucho es incapaz de ofrecerte.

No le daría el placer de responder a sus provocaciones.

—¿Ya te has dado cuenta? —insistió socarrón.

“*Deja de burlarte de mí, maldito cabrón*”, mascullé entre dientes.

—Sal de ahí, bicho repugnante —ordené a continuación.

Rice me observó desde abajo, de los pies a la cabeza, inmóvil en la esquina entre la cama y la pared. Acucillado como una fiera lista para saltar. Yo no tenía por dónde colarme. El cuchillo empezó a tiritar en mi mano.

—Solo estoy esperando que aceptes tu destino y vengas, muñeca. Acércate, vamos, no seas tímida.

—He dicho que salgas del puto agujero para que pueda partirte el alma.

—¿Con ese cuchillito? —se burló tratando de minar mi confianza. Tampoco tenía que esforzarse demasiado. El nudo que se me había formado en la garganta amenazaba con asfixiarme. Los abusos a los que Rice me había sometido durante mi estancia en La Cripta aún pesaban.

—Con este mismo. Capaz de hacer justicia y herirte de muerte...

—Como tú en mí, mi vida.

¿Perdón?

¿Dónde había ido a parar su sarcasmo? ¿Por qué de repente la voz de Rice era sensual y envolvente? ¿Por qué sus pupilas se dilataban y los rasgos en su rostro se suavizaban mirándome?

Un, dos... Y estaba de pie. Muy cerca. Sacándome dos cabezas, como de costumbre. Su mano fue rápida al desarmarme. Certera pero sin violencia, sin brusquedad. Maldije. Calculé mentalmente el tiempo que me quedaba de vida. Perecería a merced de mi propio cuchillo. Qué patético, estúpida.

—Nina... Mi amor...

Me estrechó contra su cuerpo. Sostenía el arma, sí, pero apuntaba al suelo y su brazo libre ceñía mi cintura cerrando un abrazo amoroso que no me esperaba. Su aliento primero, sus labios y su lengua a continuación, recorrieron mi cuello hasta la zona de la oreja.

—No soportaba la idea de marcharme sin ti.

Traté de dar un paso atrás sin conseguirlo. Su cepo me atrapaba con fuerza.

—No voy a ir contigo a ninguna parte, no sueñes —rugí bajito. No necesitaba llamar la atención de más ocupantes del castillo, ni compañía indeseada en aquella habitación.

—Qué sensación tenerte de nuevo.

Su lengua exigente dejó un rastro húmedo en torno a mi mandíbula, buscó mi boca y al no encontrarla, me mordió en la comisura. Sus dientes se hundieron con furia en mi carne y la sangre brotó libre. Contuve el dolor y las lágrimas para no gritar. Me lo tragué todo mientras levantaba la rodilla dispuesta a reventarle los huevos de una patada. Por fortuna di en diana y Rice me soltó retorciéndose con un gemido gutural que me puso la carne de gallina. Corrí desesperada hacia la puerta. No era justo, llevaba semanas entrenando para cuando llegase el momento de enfrentarme a él, para superarlo con mi técnica, no para fallar y quedar en ridículo solo por sorprenderme con un puñado de palabritas melosas que no esperaba.

—No voy a permitirle quedarse contigo. Si no es conmigo, no será con nadie. Te mataré y luego lo despellejaré a él. Lentamente. Gritando tu nombre. Ven aquí.

—Eres repulsivo.

—No pensabas eso cuando te follaba durante horas, zorra. Antes lo aceptabas todo ¿te acuerdas? Todo sin tener que insistirte mucho.

—¡Cierra el pico!

Rice se tambaleaba pero avanzaba en mi dirección con los brazos extendidos. Tan intimidante... A mi espalda, la puerta permanecía cerrada y abrirla y lanzarme al pasillo implicaba un riesgo inasumible. El tiempo se me escurría entre los dedos, el sol continuaba su avance y mi patético plan se había trinchado nada más empezar. Pronto los demás despertarían y yo... Estaría acabada.

—Ven conmigo —repitió de nuevo, ya casi a mi lado otra vez. Miré la ventana a muchos metros. Como pudiera, tenía que llegar hasta allí, abrirla y saltar a alguna parte, lejos de su alcance. Y si era al vacío, al vacío me lanzaría. Porque Rice no me perdonaría la vida—. No voy a hacerte daño, nena, lo sabes muy bien.

—No, no lo sé.

—Confía en mí.

—Salvaste a Anna después de... después de que ella...

—Nos desharemos de Anna y seguiremos juntos. Tú y yo. Ella no significa nada, Anna no es nadie, Anna sobra. Tú eres la que me importa, es a ti a quien deseo. Tú... tú. Siempre fuiste la primera en mi orden de prioridades.

No me reí porque no era apropiado. La primera en su orden de prioridades. Bien. Sonaba muy profesional. Como los ingredientes de una receta. En un reflejo genético, ancestral, mis ojos buscaron una vía de escape. Mierda. ¿Por dónde? Rice se atravesaba en mi trayectoria como una montaña enorme imposible de escalar. Un par de zancadas más y me atrapó de nuevo. Lancé a la desesperada mi mejor golpe, el previo al gancho letal que Orio me había enseñado. Tenía tazón mi maestro, me faltaba confianza en mí misma, tenía demasiados monstruos en mi interior y el miedo que provocaban me atenazaba. Rice encajó parte del ataque y su metro ochenta y cinco cimbrió a punto de caer. Milagrosamente mantuvo la verticalidad y su puño salió despedido contra mi cabeza.

Lo vi todo rojo, difuso. El dolor, indescriptible. Cerró los brazos

alrededor, me envolvió entera y me arrastró hacia la cama. Intenté patearlo pero no pude. Apenas conseguía respirar, la presión cerraba mis costillas sin permitir que el aire entrara.

—Suéltame... Me haces daño.

Me arrojó contra el colchón y para no darme tiempo a huir, se tiró encima. Todo su peso aplastándome. Me inmovilizó las muñecas y las colocó por encima de mi cabeza. Sus pies se enroscaron en torno a mis tobillos, tiró y separó mis piernas. De inmediato noté su erección clavada contra mi pubis. Su lengua volvió a cruzarme la cara.

—Eres mía, Nina, hagas lo que hagas, pienses lo que pienses, vayas donde vayas, estés donde estés, siempre me has pertenecido en cuerpo y alma.

—Eso nunca.

—Lo que tu boca niega lo gritan tus ojos. —De un asalto me desgarró los pantalones. Se me nubló la vista.

—Muy poético, Rice. No te pega.

Se mordió el labio inferior, carcomido de deseo. Conocía a aquel hombre, su comportamiento ante el sexo, su incontinencia, su ansia. Su crueldad a veces. Y conocía su miembro abriéndose paso entre mis piernas. Me había penetrado incontables veces, me había tratado como a su esclava y ahora... de nuevo lo intentaba.

Forcejeé bajo su cuerpo, medio asfixiada. La sangre latía potente en mis sienes, la escasa visión cedida por la oscuridad del cuarto, se difuminaba y poco a poco se perdía. Mi mente solo fue capaz de forjar una idea clara: prefería morir de la más horrenda forma, que ser violada por Rice Wind. La sensación de que todo se acababa me caló hasta dentro.

Entonces distinguí la sombra moviéndose por encima de nosotros, por encima de la espalda curvada de mi atacante.



## Una nueva pista que seguir

*Cuando las colinas se convierten en agujeros,  
yo los lleno con oro.*

*Las rocas pesadas no temen al mal tiempo.*

***Empire (Of monsters and men)***

### Will

En el *súmmum* de la sofisticación, Scotland Yard contaba, cómo no, con todo un equipo de especialistas informáticos y en comunicación audiovisual, capaces de interceptar medio segundo de llamada en cualquier punto del planeta, bajo los océanos.

—Dadme un par de horas —pidió el agente mirando mi móvil en su mano.

—Que sea una, sé que puedes —recorté contundente. El joven informático compuso una mueca de exasperación.

—Hora y media. No se trata de lo que tarde, también tengo trabajo urgente esperando. Lo intento ¿de acuerdo?

Nos quedamos solos Amber y yo, sentados ante su mesa desordenada, confusos y consternados. Cada cual por sus razones.

—Oye, pienso ayudarte, no lo dudes pero me temo que tendrás que darme algo más de información.

Mantuve mi abrupto silencio y la uve marcada en el entrecejo.

—Ellos no tienen por qué saberlo, yo sí —insistió—. Soy tu compañera, estamos juntos en esto.

—“Esto” es el caso del destripador. Mi llamada es personal, no tiene nada que ver con el asunto.

O sí. Ni siquiera tenía sentido.

—Vamos, Will, joder, te tiraste en plancha para librarme de la trayectoria de una bala, eres un buen tío, te debo mucho. ¡Qué coño, te debo todo! Estoy aquí hoy respirando gracias a ti, quiero ayudarte ¡déjame hacerlo!

Apreté los dedos en torno al borde de la mesa. Las venas se marcaron a punto de estallar.

—¿Tiene que ver con la chica con la que me confundiste?

Todo mi cuerpo se sacudió en un tremendo espasmo.

—¿De qué hablas?

—Debiste verte la cara al descolgar el teléfono. La misma mueca descompuesta que cuando me viste por primera vez. Sea lo que sea, para ti es vital. Quieres hablar, está claro, lo necesitas.

—Con los años he aprendido a lamerme las heridas solo, no me van las confesiones ni la terapia de grupo —solté áspero.

—Te lo pido por favor, no me mantengas al margen, no hagas que me sienta inútil y frustrada...

—Si te dijera de qué va la historia me tomarías por loco —ladré—. Yo mismo estoy a punto de perder la cabeza.

—Ponme a prueba.

Miré a un lado y otro. Decenas de policías entregados a sus tareas rozándose al pasar.

—Aquí no. Vamos a algún sitio más tranquilo.

—Tomaremos un café en la sala de interrogatorios. Espera, avisaré a Steve por si localiza la llamada antes de la hora y media prevista.

Se levantó y me dio la espalda. Yo me puse en pie también.

—Amber.

—Dime.

—Gracias.

La sala de interrogatorios tenía cuatro paredes pintadas de rosa que me apeteció arañar hasta dejar a la vista el ladrillo. Como un demente encarcelado al que hubieran soltado las hebillas de la camisa de fuerza. Amber se me quedó mirando tras mi relato, las dos manos crispadas alrededor de su vaso de café.

—Sabes que eso que me cuentas no puede ser real.

¿Tenía idea de la fuerza destructiva de lo que me estaba diciendo?

—Lo sé.

—Esa chica... murió.

—En mis putos brazos.

Me rompí de nuevo. Puede que no fuera la primera vez pero algo había cambiado, había dejado de importarme que un agente de policía me viese llorar como un niño. Que una mujer me viese desmoronarme.

Amber me concedió unos segundos. Cuando pensó que me había tranquilizado volvió a la carga.

—Si estuviste allí, sabrás que es imposible que se trate de ella. La persona que llamó... ¿llegó a decir su nombre?

—¡Era su voz, Amber, créeme, conozco bien la voz de Stella, llevo enamorado de ella toda mi vida!

Creo que la frase, surgida de lo más hondo de mis entrañas, la golpeó como un puño. Acusó el impacto con un furioso parpadeo.

—No olvides que estás sometido a mucha presión, has podido confundirte.

Lancé una mirada colérica que se estrelló contra sus ojos de oro.

—No me hagas pasar por loco —gruñí—, no lo aguanto.

—¿Acaso no me confundiste a mí en su día?

De acuerdo. Aquello me dejó momentáneamente sin argumentos.

—Apuesto a que esa chica preciosa era blanca.

Dejé caer la cabeza sobre el pecho, sin fuerzas, rendido ante la evidencia de que mis alucinaciones se abrían paso a codazos pero no llegarían muy lejos.

—Rubia. —Hice una pausa para volver a respirar—. Como un pequeño sol brillante.

Amber arqueó las cejas en un claro *“ya lo decía yo. Has perdido la cabeza, tío”*. Suspiré vencido. Noté los suaves dedos morenos de Amber corretear sobre los míos. Levanté la cara y me encontré con sus pupilas brillando de un modo extraño.

—Will...

En ese instante me di cuenta de que algo a lo que jamás sabría poner nombre, nos unía. Por encima de nuestros cargos como agentes del orden, por encima de los asesinatos del destripador, por encima de las sectas que pudieran esconderse en el subsuelo de Londres. Al margen de los besos furtivos. Amber, una irlandesa cascarrabias a la que acababa de conocer. ¿Qué demonios era? La zona de piel en contacto con su mano empezó a arder con violencia. Yo mismo, ella, empezamos a temblar.

—Disculpe, inspectora O'Brien...

Amber retiró el brazo a toda prisa y sonrió condescendiente al *friki* informático con las gafas más exageradas que he visto en mi vida. Yo carraspeé azorado, recuperé el control y me rocé con disimulo la palma.

—¿Has localizado la llamada?

—Fue hecha desde una cabina, un teléfono público en la calle Carnaby. Amber giró y me observó por encima del hombro.

—¿La dirección te dice algo?

Yo ya estaba en pie y me colaba dentro de mi anorak a la velocidad del rayo.

—En absoluto. Voy para allá.

—Te acompaño. Gracias, Steve. Has sido rápido, como de costumbre.

Si alguna vez soñé con ver a Stella vestida de luminoso blanco, un ángel que espera bajo la lluvia, sus ojos enormes gritando amor tal y como la recordaba de Manhattan, es que era aún más necio de lo que me temía. Me obligué a aceptar que la había abrazado mientras su corazón dejaba de latir, pude sentirlo mimetizado con mi propio pecho, segundo a segundo, cada vez más lento, más débil, más lejano. Que no dejé de mirarla mientras la perdía. Que si de algo estaba seguro, era de que Stella me había dejado para no volver y sin embargo... aquella breve llamada fantasmal había removido todo un río de emociones imposibles. Esas imágenes que tanto necesitaba olvidar, las de la noche en La Sala de La Cripta, ahora se atropellaban en mi mente y me trastornaban el juicio.

La detestable cabina en la jodida calle Carnaby existía. Alguien había usado aquel teléfono para marcar mi número haciéndose pasar por Stella para desquiciarme. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Por qué yo? Al margen de la caja roja con



un aparato comunicador apolillado dentro, la calle estaba plagada de gente corriente yendo y viniendo en suave caudal. Nadie esperaba al desgraciado de Will Bass.

Amber leyó la desolación en mi mueca.

—Lo siento mucho.

Apreté las mandíbulas.

—No hay nada que sentir.

—Imagino que saber que era imposible no te impidió albergar cierta esperanza.

—Hace mucho que la esperanza se me congeló en las manos, no me queda nada.

—Will, deja que te ayude.

Giré sobre mis talones dispuesto a descargar mi frustración contra ella. No soportaba seguir mirando aquella cabina vacía y saber que el halo de mi agonía continuaba hacia el infinito, sin freno.

—¿Cómo se supone que vas a ayudarme?

Se estiró hasta casi ponerse a mi altura. Amber no era baja pero su cabeza apenas me llegaba al hombro. Me hizo señas para que me inclinase y depositó un suave beso en mis labios. Nada que ver con los salvajes mordiscos que nos habíamos regalado en su apartamento cuando perdimos el control. Esta caricia era nueva, distinta, prometedora. Me la quedé mirando con los ojos muy abiertos. Sentí ganas de llorar.

—Estando —susurró animándome con una sonrisa.

—Yo... la quería. La quería más que a mi vida. —Se me quebró la voz. Me mordí los labios tratando de contener las lágrimas.

—Y se fue, lo sé, es horrible.

—Me la arrebataron. —Tomé aire, hinché los pulmones y levanté la cara al cielo. Empezaba a caer una llovizna nerviosa, picuda y tenue que casi no mojaba—. Y juro por Dios que si encuentro a quien lo hizo... Si me la topo de frente, le partiré en dos el cuello con mis propias manos. Lo juro por mi puta vida.

—Y yo te ayudaré a vengarte —afirmó resuelta.

El peso de su promesa me arrancó de mi mundo de imágenes retorcidas. Amber era sorprendentemente hermosa. Su piel canela resplandecía bajo la luz de las farolas. Sus ojos tenían el color del pelo de Stella.

—Pensé que me reprocharías mis ansias de venganza.

—Es lo que haría cualquier persona normal.

—Exacto —corroboré sin apartar de ella la vista.

—Yo no soy una persona normal, Will Bass, no tardarás en darte cuenta de que no me parezco en absoluto a ese rebaño aburrido y manso de ahí afuera, que mira el atardecer sin atreverse a coger el sol.

No sé qué me ocurrió en aquel instante, si fui yo o mi impotencia, mi furia o mi desesperación. El caso es que la pegué a mi cuerpo como si fuésemos los dos últimos humanos en un planeta exterminado. Mis dedos recorrieron el nacimiento de su pelo, el óvalo de su rostro, sus labios. Mis manos fueron violentas, mi toque, duro como mis pensamientos. Pero la vi cerrar los ojos y gemir bajito, entregándose a lo inevitable, a lo que ambos deseábamos a nivel carnal y todo se recondujo a una inusitada dulzura. Probablemente en el caso de Amber fuese mera atracción física, o el atractivo de la novedad, el poli recién llegado. Para mí, era sed, desahogo, pura necesidad.

De lo más profundo de mí brotó un jadeo ronco. Enredé las manos en su cuello y la apreté más, olvidando que nos encontrábamos en plena calle y que la gente caminaba pasando a nuestro lado con sonrisas de envidia. El deseo se abrió paso a empujones, anhelaba su piel, sus curvas desnudas bajo mi peso, el roce de la calidez y la seda. No buscaba amor, en ningún momento lo quise. Solo quería sexo. Mi cuerpo y mi mente se rebelaban contra mi corazón roto y exigían un buen polvo que sacudiera las telarañas y colocase las cosas en su lugar.

—Vamos a tu apartamento —pedí en un susurro.

Ella no respondió. Se limitó a cogerme de la mano y con una sonrisa iluminándole la cara, echó a andar.



## **¿A salvo?**

*Puedo decir que puedo cambiar el mundo*

*Pero si tu me dejas,*

*puedo crear otro para nosotros.*

***Renaissance (Paolo Buonvino & Skin)***

## **Stella**

Entre neblinas, espectros y fantasmas. Así discurría mi existencia de las últimas horas, muchas ya. Entre sonidos velados acerté a distinguir dos agentes de policía y un par de camilleros que me alzaban en vilo y me metían en una ambulancia, hablando estresados sobre hipotermias y otras cosas que no entendí. Un pinchazo en el brazo. Ausencia de fuerzas ni para quejarme. Luego volví a perderme en la oscuridad.

Al despertar, mis miembros entumecidos habían recuperado la

temperatura perdida y el color. Estaba en una cama blanca que olía a limpio, con una vía atravesando mi mano. Agotada. Medio muerta. Aturdida. En una habitación con pinta de hospital. A salvo. De repente, todo volvió en tromba a mi memoria. ¡Will! ¡Will, la llamada! ¡La cabina! ¡Me había marchado! ¡No estaba allí para esperarlo! ¡Si Will enviaba a alguien no me encontraría!

Con un jadeo agónico, me incorporé y traté de arrancarme el suero de la vena. No podía permanecer allí tan tranquila, desperdiciando un tiempo valioso. La enfermera me cazó cuando estaba a punto de lograrlo.

—¿Qué hace, muchacha? ¿Se ha vuelto loca? ¡Deje quieta esa vía ahora mismo!

—Tengo que marcharme...

—Vuelva a la cama si no quiere que llame a seguridad. —Forcejeamos. Ganó ella. Yo estaba tan débil como un pajarito recién salido del cascarón.

—No lo entiende... ¡Tengo que salir de aquí! ¡Me está esperando! ¡Will...!

—Ese Will suyo vendrá a verla al hospital, no se preocupe. —Me acunó mientras volvía a arroparme. Su tono, entre maternal y burlón, fue como una bofetada.

—¡Él no sabe dónde estoy! ¡No lo sabe! —chillé histérica. Volví a saltar fuera de la cama con una visión de túnel hacia la puerta de salida— ¡Aquí no podrá encontrarme!

La enfermera se cansó de hacer de freno.

—¡Celador! ¡Celador, acuda!

Para qué complicarse la vida. Ella cumplía su turno de trabajo lo mejor posible y yo solo era una americana chalada, vagabunda, que ni siquiera recordaba cómo había llegado a Londres. Un tipo enorme vestido de verde irrumpió en el cuarto y ella le ordenó que preparase un sedante.

Iban a dejarme fuera de combate, no podría impedirlo, me alejarían de Will y a partir de ahí... sería imposible localizarlo.

Noté la aguja adentrarse en mi piel, cruzar el músculo, vomitar su contenido en mi sangre y las pocas fuerzas que guardaba para forjar mi milagro... me abandonaron.

El gigante vestido de verde aún sostenía en la mano la jeringuilla que me había amansado hasta el desvanecimiento, cuando marcó un largo número

de teléfono. Muy largo.

—Señor, es ella, está aquí, ingresada. Por lo visto, un policía la recogió en la calle, desnutrida y a punto de morir de frío.

Una pausa que mostraba contrariedad. A los poderosos nunca les complacen sus planes desviados.

—¿Alguien sabe de quién se trata?

—Desde luego que no. Carece de documentación, está aturdida, confusa y asustada. La han tomado por lo que es, una extranjera chiflada que ha perdido la memoria, una indigente, nada de lo que diga tiene la menor credibilidad. A lo sumo la tendrán aquí un par de días, en cuanto consiga mantenerse en pie la echarán a la calle, no tiene seguro médico ni fondos con los que pagar la asistencia sanitaria.

—Olvídate de ella entonces, por ahora es inofensiva, ya nos encargaremos más adelante. Hay que buscar otro portador y rápido, se nos echa el tiempo encima. Si llega el final del año nuevo, el portal se abre y no estamos listos, será el fin de nuestra era. El fin. No hay segundas oportunidades para la guerra oscura.



## **No sé si ese lugar existe**

*Lo veo, lo sentimos.*

*Mientras aún somos jóvenes y valientes,*

*suelta la luz.*

***Darkside (Alan Walker)***

### **Martin**

Las horas que seguían pasando sin apiadarse de mi locura, también arrastraban consigo mi valentía. Un barrido cruel, sin misericordia. Si continuaba sin noticias de Nina, nadie podría impedir que perdiese la razón. Aferrado a su ropa de dormir, la que más intensamente custodiaba su aroma, tan pronto la amaba como la odiaba. ¿Acaso no imaginaba por lo que estaba pasando? ¿Cómo podía olvidarse así de mí? Si estaba viva, ¿por qué no me llamaba? Una señal, la que fuera, desde cualquier parte, incluso sin desvelarme su paradero, me conformaba con poco, con casi nada. Oír su voz, que estaba bien. Saber que había un futuro ahí para los dos porque ella seguía respirando. Terminé hablando solo, haciéndome compañía a mí mismo para

limar la desesperación que crecía inabarcable.

Saqué del bolsillo una libretita donde iba apuntando la más nimia de las ideas. Como un sabueso policía, si se me ocurría algo que pudiese orientarme, lo anotaba volando. Y en la página en blanco, había una sola palabra. Mamá.

Ya la había interrogado antes sin ninguna fortuna, pero no me daría por vencido, lo intentaría otra vez. Montgomery y su gente no osaban molestar a la señora Forrester, mientras que yo la tenía al alcance de la mano. Quizá iba siendo hora de tomar en serio las riendas y dar mis propios pasos, forzar las cosas.

A quien no esperaba encontrarme en el amplio recibidor del Monte Sinaí, era a mi padre. Absorto, con la mirada perdida en un horizonte muy lejano. Seguía siendo un hombre atractivo y bien conservado, pero parecía envejecido y triste, parte del explosivo vigor que lo caracterizaba estaba apagado. Siempre vivió profundamente enamorado de mi madre, el trance estaba resultando duro, verla así, sin reaccionar, lo mataba poco a poco. Lo distinguí entre la gente por su altura y su abundante pelo canoso. Él a mí no, hasta que lo estreché entre mis brazos.

—Hijo... No sabía que vendrías hoy a ver a mamá...

Patinaba sobre las palabras, sin detenerse a vocalizarlas del todo.

—Vengo siempre que puedo.

*Mucho menos de lo que debería*, pensé. Mal hijo. Y menos últimamente, con la desaparición de Nina entre manos. Mis padres apenas sabían de ella, tan solo que salía con alguien con sospechosa frecuencia. Estarían esperando a que terminase, como todas mis relaciones amorosas previas. La verdad es que los habría presentado con sumo gusto pero mi chica no era de las que disfrutaban con las reuniones familiares y las formalidades. Cada vez que lo insinué se negó en redondo.

Entonces, los ojos de mi padre ascendieron implorantes desde el suelo.

—Trata de hacerla entrar en razón, te lo pido por favor. He venido mil veces a recogerla, no quiere volver a casa, no sé qué le ve a este lugar deprimente.

Miré alrededor.

—Este hospital, incluso si nos referimos al pabellón de psiquiatría,

equivale a un hotel de cinco estrellas, papá, la cuidan bien, se siente acompañada...

—Paparruchas —se rebeló masajeándose el puente de la nariz—, como en el hogar en ninguna parte. Allí tiene todo lo que puede desear, sus cosas, servicio, su familia...

—Estoy convencido de que permanecer aquí le añade cierta dosis de seguridad, sabes lo afectada que está por el asunto de La Cripta.

Mi padre me calló con un gesto abrupto de la mano.

—Ni lo menciones. Y menos en su presencia. Trato de almacenarlo en algún lugar lejano donde a ella no pueda afectarla.

*No sé si ese lugar de verdad existe, pensé.*

—No hablar de ello no lo hará desaparecer, te lo aseguro. Es fuerte, la subestimas.

Su mano se posó en mi brazo y me apretó con afecto y firmeza.

—Déjalo estar. Tú déjalo estar. Y si puedes convencerla de que vuelva a la normalidad, que regrese conmigo... Voy a cuidarla como solo alguien que la quiere mucho puede hacerlo.

Mi mano estrechó la suya. Sonreí.

—Haré todo lo posible.

—Bajo un rato a la cafetería, os dejo solos y enseguida nos vemos.

Asentí y maldije por dentro. Eso significaba que no disponía de demasiado tiempo, el que mi padre tardara en volver. No iba a agradecerle pillarme hablando acerca del “tema”. Y yo tenía que intentarlo, sonsacar algo de información a mi madre, algún dato que me condujera en alguna dirección. Estaba angustiado, demente, quería agarrarme a algo aunque ese algo fuese un clavo ardiendo.

Encontré a mi madre, como casi siempre, sentada ante la ventana oteando el exterior. Volando alto. Muy muy lejos. No había nada que ver, eran las cuatro y ya no quedaba luz, las calles se ennegrecían con el paso de los minutos y el invierno, por costumbre, se lo llevaba todo. La observé desde la entrada sin despegar los labios. Mi madre era una mujer bella. No se limitaba a la elegancia, sus rasgos eran equilibrados y hermosos. La recordaba de niño y de adolescente, vestida para las fiestas a las que asistía con mi padre, rutilante como una estrella del celuloide. Costaba asimilar su imagen vinculada a los crímenes de La Cripta. ¿Cuántos incautos habían sido atraídos hasta la fatal cita gracias a sus señuelos? Pensé en Tom, mi compañero de bufete, en su espantosa muerte. ¿Había descubierto el club por



casualidad, fruto de sus vicios, o había tenido mi madre algo que ver empujándolo al primer contacto? Era probable que ya jamás lo supiera.

Creo que olió mi perfume. Nada como las madres para reconocer a un hijo sin ni siquiera girarse.

—Martin, ayer vino a verme tu amigo William.

Asentí sin contradecirla. Era incierto, claro, Will llevaba días en Londres, pero seguramente habría pasado por allí a charlar tratando de abrir jirones de luz en su desesperación, igual que yo en aquel momento. No podía culparlo. Me aproximé hasta la ventana y la besé en la frente. Sus ojos claros me sonrieron con dulzura.

—Sí, mamá. Me comentó que te encontraba muy guapa.

—Es tan amable, y tan caballero...

Otro signo inequívoco de su mundo de fantasía. ¿Will un caballero? ¿Con quién demonios lo confundía?

—Te aprecia mucho. —Decidí forzar las cosas—. Y lo está pasando mal. La chica con la que salía...

No pasé de ahí. Mi madre palideció en el acto y con los labios entreabiertos aspiró aire.

—Fue culpa mía.

—No, mamá, no te culpes.

—¿Cómo no voy a hacerlo? Tendría que estar ciega o más ida de lo que estoy para no verlo. También soy responsable del asesinato de esa chica. — Bajó la voz y acercó su cabeza a la mía, en plan confidente—. Papá quitó de en medio todos los periódicos pero me las arreglé para enterarme.

—Te utilizaron, fuiste su instrumento como lo fueron otras muchas personas, mamá. De verdad, no le des más vueltas, lo pasado, pasado está, no podemos cambiarlo.

—Pero sí arrepentirnos. Yo solo quería... —se quebró su voz. Le cogí las manos, las acaricié con la yema de los dedos.

—Encontrar a tu hijo, lo sé.

—Qué débil... qué cobarde... qué poco inteligente.

—Qué humana —completé—. Cualquiera en tus circunstancias habría hecho lo mismo. Exactamente lo mismo.

—No sabía lo que ocurría allí dentro, espero habérselo explicado bien a William. No habría imaginado... No. Nunca.

—Mamá, por favor.... Déjalo estar. ¿No piensas volver a casa? Tienes a papá loco de impaciencia.

Necesitó unos segundos para asimilar el cambio de rumbo de nuestra conversación. Finalmente sonrió con cierto esfuerzo.

—Sé que piensa que estoy siendo egoísta, que mantenerme aquí me inspira cierta calma o peor aún, que he dejado de quererlo. Nada es cierto. Martin... Temo que regresen. Que vengan a por mí y que tu padre pague por mis culpas. Aquí aislada soy diana fácil. Si quieren vengarse, que lo hagan, pero no permitiré que se lo lleven a él por delante, no al amor de mi vida.

Un escalofrío me sacudió la espalda. Hablaba igual que Nina, pensaba como ella. ¿Era un gen protector femenino más allá de la simple naturaleza? Mi mujer había huido lejos para protegerme, exponiéndose en soledad para que la ira demoníaca de la Orden la alcanzase solo a ella. Lo mismo que pretendía mi madre.

—Sé que no soy importante, que seguramente ya se habrán olvidado de mí pero...

—Regresa a casa —aconsejé con lentitud—. Con papá, vuelve a tu vida, trata de olvidar. Nadie sabe lo que buscan ni lo que ocurrirá a continuación. Ni siquiera puedo garantizarte que os libraré de todo mal, ahora entiendo mis limitaciones. Pero el tiempo que nos quede, a vosotros, a mí, vivámoslo con intensidad junto a la gente a la que amamos.

Mi madre sonrió de nuevo. El color había vuelto a florecer en sus mejillas y sus manos heladas, poco a poco, se caldeaban.

—¿Podrías darme algún nombre? ¿Alguien que conozcas o hayas oído mencionar relacionado con la causa?

Hizo memoria. Finalmente alcanzó el hilo de sus pensamientos con un suspiro.

—Están por todas partes. Infiltrados como espías.

—¿Alguien en particular? —insistí con dulzura para no alterarla.

—Una persona importante, sí... Coincidimos en una recepción de la embajada inglesa. Demostró mucho interés en conocerme, no a papá, a mí. Y yo no soy nadie. Así que mi ego ridículo de mujer madura me susurró al oído que lo movían mis evidentes encantos. —Culminó la frase con una risita burlona.

—Mamá, eres preciosa, déjate de bobadas. ¿Recuerdas su nombre?

Mi madre giró los ojos de nuevo hacia la ventana. Una mirada perdida y triste, la suya.

—Era un Lord inglés. Lord Sirius Malcom. Invirtió su buen tiempo dándonos conversación y aprovechó para quedarse a solas conmigo cuando

papá se ausentó unos minutos. Entonces todo en él cambió, su mirada se hizo más brillante y enigmática. Me preguntó si me gustaban los cuervos —giró hacia mí sus ojos húmedos— ¡Oh, Martin! Tuve miedo, en ese momento supe que iba a adentrarse en un tema de conversación por el que hubiese dado mi vida de madre.

—¿Qué te insinuó? —La apremié después de que se quedase otro rato perdida en sus pensamientos. Stefan, siempre recuperar a Stefan, la misión pendiente en su cabeza. Lo odiaba.

—Que me uniera a la causa. Que me uniera como elemento activo, no como simple colaboradora. Pero entonces papá volvió y Lord Malcom se metamorfoseó de nuevo. El inglés diplomático y galante que hablaba de política con delicadeza. Se despidió de nosotros y no volví a verlo. Después de eso creo que pasé meses esperando que pasara algo, una señal. Nada.

—¿Vive en la ciudad?

—Es el propietario de un castillo en el interior del estado. Ni se te ocurra...

—No te preocupes —la tranquilicé con una sonrisa. Pellizqué su mejilla con ternura—, era simple curiosidad. ¿Harás feliz a tu marido? ¿Volverás a casa? Quiero veros juntos, no nos obligues a visitarte en un hospital, mamá, no estás enferma.

Ella dejó caer la cabeza sobre el pecho con un suave gruñido.

—Deja que me lo piense, Martin, dame tiempo.

Dos horas más tarde, me entrevistaba con Montgomery delante de una hamburguesa de media libra a la que no hice el menor caso. Hacía muchos días que mi estómago se negaba a aceptar comida. Estaba a cada instante más ansioso y de ahí saqué las fuerzas para convencer a un poco motivado policía, para que interrogase a Lord Malcom.

—¿Tiene idea de quién me está hablando? Mire, señor Forrester...

—Martin, por favor —rectifiqué. Él asintió con un cabeceo.

—Bien, Martin, como quiera, me cuesta trabajo. Verá... en ciertas vías debo andarme con pies de plomo. Para usted será normal, está acostumbrado a codearse con esa gente pero entiéndame a mí, no puedo molestar a un aristócrata extranjero sin un motivo de peso, me juego la placa si a ese tipo le

da por quejarse a las alturas ¿lo entiende?

—Perfectamente —respondí escueto, devanándome los sesos en busca de alternativas.

—Hágase cargo, solo le pido eso. Quiero ayudarlo pero solo porque usted sospeche que ese Lord *comosellame* pueda tener algo que ver en la desaparición de su novia...

—No es eso, puede tener relación con los crímenes de La Cripta, puede ser uno de los peces gordos que se quedaron fuera de la redada.

Montgomery se mordió el carrillo desde dentro. Dudaba. Eso me beneficiaba.

—Puede solicitar audiencia y comentarle... bueno, que buscan a una chica desaparecida y que la última vez fue vista alrededor de su propiedad, que si le suena la cara, no sé. Muéstrole una foto, observe sus reacciones, quizá le diga algo.

—Es complicado...

Maldito policía, se seguía resistiendo.

—Pero no imposible. Inténtelo. Con tacto. El caso de La Cripta no está cerrado.

Montgomery enarcó las cejas. Entendí lo que quería decir. “Prácticamente sí”. Demasiados personajes importantes implicados en un asunto tan sórdido. Muchos *alguienes* en muchas partes de Manhattan debían estar deseando que se echara tierra y olvido encima. Grandes toneladas de ambas.

—De acuerdo. No le prometo nada, ya sabe cómo son estas cosas pero... me pasaré a verlo.

Respiré aliviado. No era gran cosa pero suponía un paso. Gustosamente habría ido yo mismo, pero no tenía autoridad de la que servirme. Tenía cerebro.



## **Desenlace y giro**

*Caer en el lado oscuro, caer en el lado oscuro,*

*suelta la luz*

***Darkside (Alan walker)***

### **Nina**

Quizá todo ocurriera demasiado rápido. Quizá aún no había en el dormitorio luz suficiente. Quizá el movimiento de la sombra se volvió invisible y yo volví a centrarme en el rostro de Rice, en su gesto de repulsivo placer por salirse con la suya. Todo se crispó de pronto acompañando un gemido, largo, cadencioso. Un rugido de muerte. Su cuerpo sufrió un espasmo, luego otro y otro. Mi piel se cubrió de gotas de sangre salpicada, los ojos se le abrieron al límite, su última mirada fue para mí.

—Nina...

Después, silencio y muerte. Mi puñal clavado con saña tres veces en su espalda. Rice rígido, cubriéndome con su peso muerto y alguien que desde la oscuridad, me ayudaba a apartarlo para que volviera a respirar. Mi pecho subiendo y bajando en un jadeo ruidoso, los miembros entumecidos, la cara

mojada con algo viscoso y caliente. Me deslicé sobre las sábanas húmedas y salté a agazaparme en el rincón, tratando de escudriñar la silueta entre tinieblas.

—Me debes una, hermana.

Esa voz... esa maldita y jodida voz...

Me puse en pie de un salto. Anna seguía envuelta en sombras pero su mano lanzó el cuchillo manchado con la sangre de Rice sobre la cama, sobre su cuerpo inerte. Activé la musculatura pese al dolor y al agotamiento. Salvo que trajera una pistola cargada, con ella sí podría.

—Era un mal tipo, se lo merecía —prosiguió refiriéndose a Wind—  
¡Sal de ahí, no voy a hacerte nada!

—Yo a ti, sí.

—Venga, Nina, acabo de salvarte la vida.

Esta vez fui yo la que de un salto se plantó en mitad de la habitación después de pulsar el interruptor de la luz. Me había tomado un respiro, las fuerzas parecían haber vuelto y con ellas, toda mi resolución. El haz luminoso chocó de lleno contra la cabellera roja de Anna. Estaba igual que aquella noche en La Cripta, cuando nos condenó a todos a muerte. Vestida con un camisón y cierta dejadez en la postura. Muy relajada. Demasiado después de haber matado.

Nos retamos de frente.

—Le estás cogiendo el gusto a las armas blancas —la acusé. Estiré los dedos de las manos y luego los flexioné. Todos crujieron.

—Ese cerdo iba a violarte. Llevaba días obsesionado contigo, con vengarse, hablando y hablando sin parar.

—¿Y por eso lo has matado? Te vino bien cuando consiguió sacarte de aquel agujero la noche que mataste a Stella.

Anna se encogió de hombros.

—¿Te digo la verdad? Me arrepiento de lo que hice. No tenía nada en contra de esa chica, pobrecilla, pero necesitaba una maniobra de distracción.

Mis ojos volaron a la cama, concretamente al cuchillo. Demasiado lejos. Tendría que defenderme con los puños y las patadas que tan bien se me daban. La impaciencia me hormigueaba en la boca del estómago.

—¿Qué pretendías? ¿Ganarte la confianza de Wind y de Valeria?

—¿Para qué? De Wind, ni siquiera sabía que existiera. ¿Aún no lo entiendes?

Me limité a perforarla con la mirada, los párpados entreabiertos, el

corazón latiendo a toda máquina.

—Buscaba salvar a Martin. Sé que no te agrada escucharlo, pero para mí su bienestar es vital, no importa que él no me ame, a su manera me ha dado mucho, aunque en el aspecto romántico me haya despreciado toda la vida, sigue siendo importante.

Torcí la cara para estudiar el más mínimo de sus movimientos. Mentía. Estaba segura de que mentía.

—Embustera.

La vi vibrar. Sus ojos, de repente, se llenaron de lágrimas.

—Puedes creer lo que te dé la gana, estás en tu derecho, yo en tu lugar tendría las mismas dudas, pero digo la verdad. Algo en tu interior te dice que digo la verdad. Quise que Valeria y Rice creyeran que estaba de su parte, sí, sacrifiqué a Stella como prueba de lealtad... No sé si hice bien o mal, en ese momento en aquella mazmorra..., en aquellas circunstancias no podía pensar. ¡Joder! ¡No supe hacerlo mejor, soy una simple secretaria! Enamorada — remató tras una pausa.

Mi interior empezó a arder. ¿En serio a aquellas alturas me vendía su inocencia? Quería retorcerle el cuello, oír crujir sus huesos, sentir cómo el último hálito de vida escapaba de ella, pero entre mis dedos. Y lo que era peor... quería disfrutarlo. Lo necesitaba. Se lo debía a Will. A Martin. A mí misma.

—Detrás de esa cara ingenua solo escondes el mal —desgrané con las mandíbulas apretadas—. Por lo visto ya has olvidado que también mataste a mi familia ¡a toda mi familia! Quemaste nuestra casa y me convenciste de que era culpable. Estando en La Cripta te vanagloriaste de ello..

—¡Era solo una niña!

Fue un grito tan contenido como desgarrado y yo tuve la sensación de llevar meses conteniendo el aliento y de que ahora, con solo estirar la mano, colocaría las cosas en su sitio y podría respirar al fin.

—¡Eras un maldito monstruo! ¡Lo sigues siendo!

Di mi última sentencia a la vez que saltaba sobre ella y la tumbaba de un patadón. Anna trastabilló y cayó de bruces al suelo en absoluto silencio.

—Si nos descubren aquí, con él muerto, nos matarán. A las dos — silabeó mirándome desde abajo.

—No si os encuentran muertos —recalqué alargando la primera ese.

Y antes de que pudiera pensar siquiera en levantarse, volví a patearle el costado. Anna se contrajo, encogida sobre sí misma y apretó los dientes para

no chillar. Me agaché y la cogí por el cuello. Estaba fuera de mí, jadeando de excitación, sudorosa y con la piel hirviendo.

—Alguien debió acabar contigo hace mucho.

—Sé dónde tienen el cuerpo de Stella —logró decir con mucha dificultad. Mis manos ya rodeaban su cuello y apretaban lo suficiente como para hacer su respiración dificultosa.

Pero sus palabras frenaron mi morbosos entusiasmo. Aflojé la presión. Noté su sangre bombear de nuevo a ritmo casi normal, bajo mis yemas.

—¿Qué has dicho?

—Que puedo llevaros hasta ella. Sé cómo hacerlo.

No supe qué responder. Jadeé perdida por completo.

—No imaginas para lo que se la han llevado, van a condenarla para toda la eternidad.

La miré con desprecio. Así y todo, su sentencia de muerte acababa de aplazarse.

—¿Negociando con la víctima de tu crueldad, Anna? ¿Comerciendo hasta el final?

—Harán algo horrible con ella si no lo impedimos, algo espantoso, lo sé, lo oí todo —gorgoteó a la desesperada.

¡Oh, mierda! Se me pasaron tantas cosas por la cabeza en ese momento, que ya era mía, que no iba a escapar sin castigo, que podía ser luego, que Martin tendría algo que decir en aquella *vendetta*... No sé. El caso es que solté su cuello. Fue como volver sobre mis pasos, reírme de mis intenciones y perder mucho tiempo, claro. Mi sed de venganza tendría que esperar a mejor ocasión. Me conformé con abofetearla. Eso sí, con toda la ira que me cabía en el alma. Anna cayó de rodillas al suelo y mientras yo la atravesaba con una mirada llena de confuso odio y ella arrastraba sus pupilas hacia un rincón, las dos oímos una puerta cerrarse. O abrirse.

Entonces sí se cruzaron nuestros ojos. El miedo que latía en ambas rebotó por las paredes, escalando. Contuvimos la respiración mientras pasaban los minutos conscientes de que cualquier cosa podía suceder. ¿Me delataría? Con solo que gritase acudirían los habitantes de la mansión a acabar con la intrusa, o sea, yo. Pero Anna sentía pavor, fui capaz de notarlo en su piel súbitamente pálida, en su vello erizado. Pero nadie se abalanzó sobre nosotras más que el sepulcral silencio de la noche.

—No querrás estar aquí si nos descubren —susurró al borde de las lágrimas—. Tenemos que irnos. Deprisa.





## **Encuentros o desencuentros**

*¿Por qué aparecen de repente los pájaros*

*siempre que estás cerca?*

***Close to you (Carpenters)***

### **Will**

En mis treinta y dos años de vida había follado hasta hartarme pero solo me enamoré una vez. Metía duro en el cuerpo a cuerpo y me desahogaba, como tantos hombres. Una masturbación en compañía sin sentir nada por la persona que compartía mi cama. Había oído a mis compañeros en comisaría expresar una cierta simpatía, un agradecimiento por la chica en cuestión, después del tema. Yo era demasiado borde, no sentía esas cosas, solo unas incontenibles ganas de salir corriendo de mi propio apartamento.

Entonces ella volvió a mi vida. Con su risa ligera como el viento.

Yo pensaba que el amor era estar poseído por los demonios, meter la cabeza en un circo absurdo que te maneja a su antojo, pero con Stella fue dulce e inolvidable. Fue desdoblarse y crecer, ser más yo, ser más ella, mucho más nosotros.

Era hora de olvidar todo eso si quería tratar a Amber como se merecía. No iba a prometerle un futuro desde luego, nada más lejos de mi intención, no me nacía. Solo una intensa atracción física aderezada con un vínculo sensorial que no sabía explicar. Quizá el mejor mensaje para pasar página. Pese a mis alucinaciones y mis deseos, Stella no regresaría. Jamás.

Y yo era un paria al que no le preocupaba demasiado en qué rincón del mundo establecer su guarida. Pero sí qué labios besar. Los de Amber eran tersos y amables.

Por segunda vez desembarcamos en su apartamento, sospechosamente parecido a mi tugurio de Brooklyn. En algún punto, aquella policía valiente y yo, compartíamos costumbres, errores y visión. Dos almas gemelas separadas al nacer, cómodas dentro de su desastre y su pizca de oscuridad. Como en la más tórrida escena de película, nos arrancamos la ropa a mordiscos antes ya de cerrar la puerta de entrada, que finalmente encajó por mi cuenta de un puntapié. Sin despegar las bocas ni para respirar. Mordiéndonos con furia los labios, jadeando ruidosos sin importarnos los vecinos.

Agarré su muslo izquierdo y la obligué a rodearme la cadera. Como buena chica práctica, Amber no calzaba tacones y tuve que sujetarla en vilo para mantener la altura. Ya solo llevaba puesta la ropa interior y mis dedos se deslizaron sin permiso por debajo del suave algodón blanco, buscando sus pliegues húmedos. Noté cómo se encogía al rozarla. Introduje los dedos en el sedoso canal. Los curvé ligeramente hacia arriba hasta tocar el punto G. Amber echó atrás la cabeza con un largo gemido.

—¡Joder!

Yo hervía, mi sangre abrasaba bajo una piel candente por culpa de la excitación. Mi miembro tan duro que dolía. Aún estábamos en el diminuto recibidor de su apartamento. No sería complicado orientarse, aquello tenía pinta de coincidir con la distribución del mío. Con Amber en volandas crucé el salón conectado con la cocina y me abrí paso hacia el dormitorio. En lugar de ponerla en la cama, como ella supondría, me la llevé al baño y la solté, de pie junto a los lavabos con su lengua entre mis dientes.

Desde los hombros, la obligué a girar y a inclinarse sobre el gran espejo. No habíamos encendido la luz, no era necesaria, me guiaba el ligero resplandor amarillo procedente del pasillo. Sin pedírselo siquiera, Amber separó las piernas.

Me agaché y la tomé desde atrás con la boca. Las manos rodeando sus muslos, mi lengua torturando su clítoris desde abajo y detrás. Sus gemidos

pronto se convirtieron en gritos de intenso placer. A tientas abrió un cajón y sacó un puñado de preservativos que quedaron esparcidos por la piedra de la encimera.

—Will... joder, Will... ¡Sigue!

No pensaba parar hasta que se corriera. Su vulva resbalaba entre mis dientes, su humedad se mezclaba con mi saliva. Tuve que masajearme un poco los testículos para soportar la espera. No solo la postura era erótica. Su trasero redondo bien a la vista, la flor rosada de su sexo abierto para mí, los sensuales sonidos brotados del fondo de su garganta. Todo se combinaba en un regalo perfecto. El alarido de su orgasmo me sorprendió deseando más.

Me puse en pie sin darle tiempo a recuperarse y ya protegido, mi miembro se hizo dueño de su vagina palpitante. Su piel se erizó de nuevo, cálida a mi tacto. Empujé varias veces, no aguantaría mucho más y tampoco quería entregarme de espaldas. La quería de frente, cara a cara en el brutal cuerpo a cuerpo. Salí de sus entrañas, acallé sus protestas con un beso y girándola, la senté en la encimera del lavabo. Hasta entonces había mantenido cerrados los ojos, enredados los dedos en sus largas rastas, imaginando cosas que no eran más que fantasmas. De acuerdo, puede que Amber no se lo mereciera, pero a ratos perdía el control de mi propio deseo. Meforcé a mirarla. Ella era real, una mujer de carne y hueso que me lo ofrecía todo. Volví a penetrarla mientras retiraba su melena trenzada a un lado y atacaba su cuello. Procuré acomodar mi clímax al suyo, guiándome por las reacciones de su cuerpo y... en el momento en que se corrió, sus ojos explotaron con un destello peculiar que me sacudió entero. No pareció humano.

Me tensé de la cabeza a los pies. ¿Dónde había visto yo una mirada así? ¿Dónde?

Cuando nos cansamos de jugar, regresamos al salón a montar nuestro campamento. Amber, desnuda por completo, tapada con una camisola blanca que le llegaba a la mitad del muslo, caminó lánguida hasta un mueblecito desvencijado que sostenía vasos vueltos del revés y unas cuantas botellas.

—¿Una copa?

Decidí ser respetuoso con los preliminares de la fase dos. Sé que para las mujeres es importante y en la fase uno nos los habíamos saltado a la

torera.

—Whisky. Solo con hielo.

—Me parece que voy a copiarte. Es una buena idea después de este... sobresaliente.

Creo que me sonrojé un poco. Llevaba los vaqueros medio abrochados y el torso descubierto. Amber deslizó las yemas de los dedos a lo largo de mi esternón hasta mi ombligo. Me entregó el vaso servido, lo hizo chocar con el cristal del suyo, se mojó los labios y se perdió en el dormitorio. Oí correr el agua. Estaba llenando la bañera. Buena idea.

De pronto el sonido del agua se amortiguó y supe que había cerrado la puerta del baño. Solté la copa y me incorporé de un salto. Disponía de unos cuantos minutos contados para registrar cuanto pudiera. ¿Que por qué hice algo tan despreciable? Ni puta idea, seguí un impulso. Empecé por el primer aparador a mi derecha, el más cercano, y abrí puertas y cajones tratando de registrar el contenido como un computador, sin revolver demasiado, que la inspección no se notara. Encontré un montón de viejos expedientes policiales que seguramente no deberían estar allí si no eran copias. Me obligué a recordar que Amber era jefaza y que de cuando en cuando, podía hacer lo que le viniera en gusto. Había cajas llenas de fotos impresas en las que no pude detenerme. Cables, cargadores, móviles antiguos. Novelas muy gastadas. Me encantaban los libros manoseados, disfrutados, vividos. Ni rastro de revistas de moda típicamente femeninas. Solo alguna especializada en armas de fuego y balística.

No fui más allá de ese primer mueble. Cuando Amber reapareció, yo volvía a dormir medio tumbado en el sofá.

—Creo que pediré unas pizzas. —Se inclinó sobre mí con una rodilla apoyada entre mis piernas y con la mano libre acarició mi pecho. Se detuvo en mis pezones y los pellizcó traviesa—. Por si nos da por repetir.

—Mejor no salir de casa esta noche —apoyé la moción.

—Me alegro de que por una vez no discutamos.

—No discutimos —reí mientras nos besábamos.

—Cuando se trata de trabajo, siempre. ¿Pepperoni? —preguntó con el teléfono ya en la mano.

—Tengo un problema en lo que a pizza se refiere —admití en voz baja —, me gustan todas.

A diferencia de lo que ocurre en Nueva York, el repartidor de pizzas apenas tardó veinte minutos y el olor de la masa caliente inundó hasta la última esquina del pequeño apartamento. La calefacción iba a todo gas y aún así, nos hizo falta una manta de pelo sobre las piernas enredadas. Estábamos sentados de frente, con las espaldas apoyadas en cada uno de los brazos del sofá.

—Los últimos acontecimientos me han permitido llegar a una conclusión, señor Bass —manifestó ahuecando la voz. Contuve la risa.

—Sorpréndeme.

—Su mundo necesitaba de mi alegría.

Me encogí de hombros. Nada galante pero muy sincero. Aceptación pero sin comprometerme.

—Todo es posible.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Que sea facilito —bromeé.

—¿Sigues con esa idea extraña... de bajar a los túneles?

Le agradecí haberse molestado en elegir el término “extraño”, cualquiera en su lugar la habría tachado de “absurda”. Los ingleses son muy suyos.

Suspiré hondo y me tragué los restos de pizza que aún masticaba.

—Desde luego. Y quiero investigar un poco ciertas cosas que me temo, estoy retrasando. Mis planes cuando llegué a Londres no te incluían, en ningún caso.

Ámber alzó las manos en un gesto simpático.

—No me culpes, esto es cosa de dos.

—Cierto, es cosa de dos.

—¿Te arrepientes?

—No en este momento —admití poniéndome mucho más serio. Ella me dirigió una mirada interrogante.

—Estamos demasiado cerca de lo que ha pasado. Quizá mañana...

—Dejemos que llegue mañana, démosle tiempo a las cosas. Yo... Amber, yo estoy jodido, lo sabes.

Sus manos rodearon las mías y el apretón fue más afectuoso que sexual.

—Me haces sentir cómodo, te lo agradezco, eres todo naturalidad. No lo habría jurado cuando te conocí, parecías un puto dóberman rabioso.

—Es mi fachada de trabajo, para hacerme respetar, tengo un puñado de hombres que solo entienden el látigo.

Sonreí para no seguir avanzando en una conversación que apenas me convenía. Amber era fuerte, resistente, podía leerlo en su mirada franca y directa. Nunca sería una dama victoriana en apuros. Nunca.

—Quiero que sepas que esto no te compromete a nada, que no pienso agobiarte.

Chica lista. A los hombres, si no quieres que salgan huyendo, no se les presiona.

—Te lo agradezco, dejemos que las cosas fluyan. Por nada del mundo querría ofenderte pero ni siquiera sé a ciencia cierta cuánto me quedaré en Inglaterra.

Pareció aceptarlo sin objeciones, solo un ligero parpadeo.

—Tienes semanas para cambiar de opinión.

—Verás, hay algo que creo que aún no te he contado. La auténtica razón por la que vine desde Estados Unidos. La chica con la que salía, mi novia...

—Stella —la nombró sin titubear.

—Robaron su cuerpo de la morgue. Después de todo lo ocurrido, ni siquiera le han permitido descansar en paz.

—¿La gente de La Cripta?

—¿Quién más podría ser? —Sacudí abrumado la cabeza— Lo que desconozco es el motivo. El jodido y seguramente terrible motivo.

—Y ¿por qué Londres?

—Los indicios y mi intuición apuntaban aquí. Esas chicas muertas, la barbarie en las heridas... Todo muy del estilo de esta gente. Uno de los dirigentes logró escapar ileso y es londinense. Además, durante un registro encontré unos mapas del subsuelo de esta ciudad. Todo encajaba, digamos que muestran cierta preferencia por lo tétrico y lo subterráneo, no imagino un lugar mejor. Ahora ya no estoy seguro de nada. —Me revolví nervioso el pelo—. Sobre todo ¿cómo encontrarlos?

Amber se puso en pie. La piel bronceada de sus piernas brilló a la luz de las velas.

—Si crees que bajar te llevará a alguna parte, bajaremos. Incluso si solo nos vale para que recuperes el equilibrio. No hace falta que te diga que encontrar su cuerpo en Londres se parece mucho a buscar una aguja en un pajar.

Asentí con un cabeceo. Los dedos de Amber pasaron veloces por mi cuero cabelludo, dejando el rastro de un cosquilleo.

—Te apetece un baño ¿verdad?

—No te diré que no.

Se movió del sitio para preparar las cosas. Al volver, estiró una mano reclamando la mía y opté por imitarla y seguirla. Mis ánimos habían vuelto a derrumbarse con solo recordar el nombre de Stella. Iba a ser francamente difícil que Amber me soportara más allá de un par de encuentros.

Ni siquiera yo estaba seguro de querer repetir.

El baño era pequeño pero lo había llenado de velas. En un alarde de ingeniería en reparto de espacio, disponía de ducha y al fondo, una bañera antigua de esas de patas en forma de garra.

—Los invitados primero —invitó ella con una amplia sonrisa—. Está deliciosa. Perfumada y caliente.

—Como tú.

Amber me apuntó con un dedo y tono de advertencia.

—Cuidado con esas bromas, Bass, no querrás que me enamore.

Yo acababa de zambullirme en el líquido aromático. Mis músculos respondieron al instante con un espasmo de placer, para a continuación, soltarse.

—Estás guapo ahí metido —dijo apoyada contra el marco de la puerta—. En realidad, estás guapo en casi cualquier parte.

—Venga ¿vienes?

—¿Cabemos?

—Tú sabrás, eres la propietaria. No sufras, te hago un hueco.

—Enseguida vuelvo.

Salió corriendo, tardó algo más de la cuenta, y cuando regresó traía mi móvil entre las manos. No me hizo demasiada gracia verla toqueteando los botones. Soy así, un poco posesivo y raro. Fruncí el ceño, sobre todo cuando me enfocó.

—Vamos, quita esa cara, gruñón, solo quiero sacarte una foto.

—No me gustan las fotos.

—Es con tu móvil, si te desagrada, la borras. Si te hace feliz, estaré encantada de que me la reenvíes.

—No me... —empecé a repetir. Su risa bulliciosa me hizo callar.

—Una sola, una, lo prometo. No deberías ser tan atractivo, detective...

Dio un paso atrás, chocó con el canto de la puerta y sus brazos describieron un giro inexplicable. Yo, que me preparaba para regalar la mejor de mis sonrisas falsas al objetivo, contemplé espantado cómo mi teléfono saltaba por los aires y desaparecía en el fondo del váter. Quise gritar

“¡Sácalo, sácalo!” pero Amber se aturrulló sin conseguir hacer nada útil, en los preciosos segundos que yo tardé en saltar fuera de la bañera y ponerlo todo perdido.

—¡Oh, joder, joder! ¿Cómo ha pasado? ¡Qué torpe soy...!  
No era cierto. Ámber era cualquier cosa menos torpe.





## **Niebla**

*Temerle a la diversión, temerle al amor,*

*Ya nada me importa por siempre.*

***Venice Bitch (Lana del Rey)***

## **Stella**

Los primeros dos días estuve demasiado débil como para retener en la memoria el rostro del médico, siempre el mismo, que me visitaba y se interesaba por mi estado. Era joven y sensible, siempre traía una espléndida sonrisa para compartirla con la mendiga que no recordaba su nombre, y una flor silvestre que dejaba en un vasito con agua. Por supuesto, yo me miraba al espejo y sabía quién era, pero no me fiaba ni de mi sombra. Bajo techo, sin frío y con el estómago lleno pero exagerando los síntomas de mi malestar, me regalé el lujo de un respiro para repasar las piezas de mi pasado y encajarlas. Recordé cada horrible detalle de la noche en que Anna me engañó para que entrase en La Cripta, el modo espantoso en que encontré a Martin y a Nina, encadenados en aquella mazmorra. El sable con el que Anna me hirió en el cuello, la sensación insoportable de dolor, y después de eso... la negrura

absoluta. La nada. Hasta que desperté sobre aquella losa, entumecida y helada, con el cerebro vacío, aplastado por el miedo. Y de repente, ya no estaba en Manhattan, alguien se había ocupado de trasladar mi yo inconsciente a través del océano. ¿Quién? ¿Para qué? La niña del pelo blanco me habló de un ritual, de la inconveniencia de haber despertado antes de tiempo. ¿Despertado?

Seguramente estaba en peligro. Por la causa que fuese, por algo que aún no acertaba a entender, era una idiota con una diana en la frente, que en lugar de cuidarse como debía, iba desmayándose por las calles. Sola, hambrienta y totalmente vulnerable. Eso tenía que corregirlo.

También mi falta de conocimiento respecto a lo que había pasado. La idea de no entender mi despertar, me obsesionaba.

Si mis heridas no habían sido lo bastante graves como para causarme la muerte, no entendía cómo Will me había abandonado en La Cripta. Y si como suponía no lo había hecho ¿qué diablos había ocurrido entre aquella noche y mi resurrección a tanta distancia? ¿Cómo había viajado y por qué Will no estaba conmigo?

Me acomodé en la dura silla para inclinarme mejor sobre la ventana. Todo lo que podía ver más allá de los cristales, era niebla espesa y gris flotando. No podía engañarme, me carcomía el miedo, me sentía desamparada y no se me ocurría cómo volver a Estados Unidos. La frase del empleado del banco tamborileaba en mis sienes. Tarjeta anulada por fallecimiento del titular.

Fallecimiento del titular. Fallecimiento...

—¿Se encuentra mejor hoy?

La voz suave y masculina llegó por la espalda, atrajo mi atención y me giré para mirar. Era ese médico de nuevo. Joven, rubio y sonriente, vestido con pantalón vaquero y camiseta con distintivos flúor bajo la bata blanca, con el fonendo colgado del cuello y las manos dentro de los bolsillos. El pelo largo recogido en una coleta. Seguramente, con toda su amabilidad, llegaba para echarme a la calle. No iban a darme cama y alimento de por vida.

—Sí, gracias. Todavía... bueno, muy aturdida.

Llegó a mi altura, tomó mi brazo lánguido y pulsó mi muñeca al tiempo que hacía cálculos con su reloj de pulsera. Me dio la impresión de que temblaba un poco y que se acaloraba.

*¡Que mono!*

—Sé que no soy su médico de cabecera, solo el facultativo del servicio

de emergencias que la recogió en la calle, pero ¿ha conseguido recordar algo?

—No mucho. Lo siento.

—No tiene que sentirlo. —Volvió a sonreír al mirarme a los ojos y liberarme el brazo. Apuntó a la silla por si quería sentarme de nuevo.

Lo hice porque mi instinto de supervivencia me aconsejaba mostrarme débil. Del mismo modo que había exagerado mi pretendida amnesia. Exceptuando el intervalo entre el ataque de Anna y mi despertar, el resto lo recordaba a la perfección. Pero algo me empujó a mentir fingiendo que una mente enferma había bloqueado hasta mi nombre. Y en el momento en que sentí el asiento bajo mi cuerpo, antes de aflojar la tensión de los músculos, una explosión de luz me cegó como un dardo eléctrico y punzante.

Y lo vi. Vi cosas.

Era yo, desvanecida en el suelo de piedra de La Sala de sacrificios en La Cripta. Los ojos cerrados, lánguida e inerte, mi piel mortalmente blanca, la herida a nivel del cuello, abierta y sangrante, demasiado terrible como para describirla. Will me sostenía entre sus brazos y aullaba a las alturas roto de dolor con los ojos anegados en lágrimas. Un reflejo demasiado veloz para ser terrenal, me permitió cazar el movimiento de huida de Anna y de aquel hombre alto y rubio cuya identidad desconocía, pero que por lo visto también se entretenía torturando prisioneros. A mis amigos. Dejé de atenderlos porque la desesperación de Will latía tan intensa que eclipsaba el resto. Pude sentir en mi propia piel helada el tacto de su corazón hecho añicos. Oí decir a Martin que estaba muerta, que me habían matado... Y luego todo se esfumó del mismo modo en que había llegado. A la escena la sustituyó la negrura y por un microsegundo tuve la sensación de que el aire que aspiraba no me llegaba a los pulmones.

Jadeé ante la atenta mirada del doctor, que me ofreció agua de una jarrita de cristal. Bebí más por ganar tiempo que porque lo necesitase.

—Dígame ¿saldré de este estado? —pregunté al cabo de un rato.

—Bueno, es difícil adivinarlo. Aún quedan algunas pruebas por hacer pero puede estar tranquila, las que se han hecho han dado resultados muy positivos, no hay daños neurológicos que deban preocuparnos y es probable que todo se deba a una situación de shock de la que puede salir en cualquier momento.

—¿Y si eso... no pasa?

Su sonrisa era dulce y tranquilizadora. Nada que ver con la de Will justo antes de besarme, torcida y canalla. ¡Dios, cómo lo echaba de menos!

—No nos pongamos en lo peor, eso no le ayudará.

—Debería darle las gracias, sé cuantas veces me ha visitado y si lo está pensando, no me diga que trata por igual a todos sus pacientes.

Meneó la cabeza en un gesto cercano.

—De acuerdo, no lo haré.

Vaya, el doctorcito se revelaba, una auténtica sorpresa.

—Se preocupa mucho por mí, doctor...

El vikingo hundió los ojos en el suelo de vinilo, sonrojado como una cereza madura.

—Hardy. Liam Hardy. Pero puede llamarme Liam.

—Yo en cambio, no sé cómo debería llamarme —mentí temiendo que mi nariz creciera hasta tocar la puerta.

—¿Qué nombre le gusta?

—No me llames de usted, por favor. Además de anónima harás que me sienta vieja. Recuerda que no sé mi edad, puedo traumatizarme para el resto de mi vida.

Los dos reímos de buen grado.

—De acuerdo, de tú entonces ¿qué nombre te gusta?

—No sé...

—No lo pienses demasiado. Di el primero que se te venga a la memoria.

—Aroa. Supongo.

No rebusqué demasiado, la verdad, era el nombre de mi madre. Y me gustaba, en eso no mentía.

—Precioso. Aroa. Precioso como tú.

Se ensanchó mi sonrisa.

—Eso no ha sonado muy profesional.

Enrojeció con violencia.

—No ha sido mi intención...

—¿Ofenderme? Tranquilo, no me has ofendido. He debido olvidar las palabras que ofenden. —Esto último lo pronuncié con un innegable deje de amargura.

—Oye, Aroa, escucha. Sé que ahora mismo todo parece horrible...

Ocurrió por segunda vez. En el mismo instante en que Liam silabeaba su frase, los volúmenes de la habitación del hospital se desfiguraron entre brumas y todo se volvió Manhattan de noche, con luces giratorias rojas y azules que soltaban tenebrosos destellos contra la nieve acumulada en las aceras. La actividad era frenética. Había policías corriendo por todas partes,

enfermeros y médicos de urgencia intercambiando datos estresados. Un cuerpo abandonado en una camilla que acabaron metiendo en una bolsa de plástico oscuro. Los envoltorios de la morgue, la mortaja adelantada. La vestimenta de los muertos. Y no me cupo duda, la que iba en la bolsa era yo. Me lo gritó mi instinto, la convicción, y el insoportable sufrimiento de Will conteniendo las lágrimas con las mandíbulas apretadas y las uñas clavadas en las palmas de las manos, que me llegaba en oleadas.

La escena desapareció de delante de mis ojos. En un parpadeo.

Suspiré profundo.

—¿Horrible? Te quedas muy corto, doctor Hardy. —Me abracé fuerte y miré de nuevo al exterior por la ventana—. Es un abismo monstruoso al que te asomas, casi segura de que te engullirá sin dejar ni rastro. Y saber que si caes... bueno, nadie bajará a recogerte.

Se inclinó hacia mí. Noté su sombra crecer sobre mi cabeza y tuve ganas de echarme a llorar.

—Yo... bajaría.

—No recuerdo gran cosa del pasado pero sí que por lo general, los médicos no son tan galantes.

—No estoy comportándome de un modo precisamente ético —reconoció abochornado—, pero pronto te darán el alta y me gustaría conocer tus planes. ¿Qué harás? ¿A dónde irás?

—No tengo un céntimo en el bolsillo, me temo que no iré muy lejos.

—Puedo prestarte lo que necesites, eso no es problema.

Levanté los ojos hacia su cara y parpadeé. Era muy guapo.

—Me sentiría fatal aceptando.

—Es solo un préstamo, ya me lo devolverás más adelante.

Una idea cruzó mi mente veloz como un rayo. Me sequé la cara con el revés de la mano. Una lágrima díscola había escapado de su prisión y resbalaba mejilla abajo.

—¿Tienes un teléfono?

—No aquí, están prohibidos dentro del hospital, pero sí, claro.

—En mitad de toda esta nebulosa... —me masajé las sienes—, solo recuerdo un número. Espero que sirva de algo.

Liam me trajo su móvil casi a escondidas y llamé a Will hasta desgastar

las teclas. Dejé al menos cinco mensajes de voz en su buzón. Le supliqué que devolviese la llamada a ese número, que era urgente, que lo amaba igual que siempre. Pero no ocurrió nada. Will no tenía la menor intención de salvarme. No aparecería. ¿Qué le había hecho? ¿Qué había pasado tan grave como para apartarlo de mí? Necesitaba otra visión, ver más. ¿Qué me ocurrió después de muerta? ¿Y por qué había resucitado? ¿Era humana? Si al menos pudiera despejar las brumas de mi cerebro embotado...



## **Casos cerrados**

*Y cuando estoy triste...*

*El sueño ya nunca vendrá.*

***Sleep for the weak (Lost Frequencies)***

### **Martin**

Estaba mentalmente deshecho. Al borde de perder para siempre la esperanza de volver a ver a Nina con vida. ¿Era posible haberla perdido de nuevo? ¿Toda mi vida esperándola y nada más encontrarla se esfumaba de aquella forma espantosa? ¿Tan poco había durado nuestra historia de cuento de hadas? Esa de la que ella hablaba cuando desnuda, con las piernas enredadas entre las mías, en la cama después de amarnos, la dejaba divagar por entre las brumas de su pasado. Nunca la presioné para que me contase, pero me mataban las ganas de saber de ella, su infancia en el orfanato, de su relación con Laurie, de su afición a robar, de sus sueños por cumplir. De cómo y cuándo llegó al Anastasia y más tarde a La Cripta. Quería que me confesara por propia iniciativa que jamás fue de nadie más que mía, pese a que muchas manos extrañas hubieran acariciado la piel de su cuerpo perfecto.

Yo quería tantas cosas que probablemente Nina jamás me diera...

Pero en ocasiones contadas, con la calma que llega después de hacer el amor, ella dejaba salir a la niña asustada que aún guardaba en su interior. Soñaba en voz alta y me confundía con una sensibilidad que me resultaba ajena. Y es que mi mujer era muchas cosas al mismo tiempo. Nina era más en todos los sentidos.

Empujado por esa melancolía que me devoraba con rapidez, quedé con Montgomery en la hamburguesería donde Will y yo probamos nuestras primeras birras de adolescentes. Nada más cruzar el umbral, una tromba de recuerdos ñoños se me cayó encima. Como una manta cálida capaz de amortiguar las tremendas punzadas de mi corazón al latir. La perdía, cada segundo que pasaba, la perdía. Y no podía soportarlo.

Nos acomodamos sin cruzar una palabra. Las carnes del policía le impedían moverse con soltura y nada más apoyar el trasero pidió una jarra de cerveza. Lo vi desanimado, poco dispuesto a hablar. Ya antes de que cruzara los dedos y me dirigiese una larga y lánguida mirada, supe que no traía buenas noticias.

—Ha sido... complicado.

Enarqué las cejas.

—Los ricos siempre lo son —murmuré posando la mirada en el tablero multicolor de la mesa.

—Y usted que lo diga. Tuve que recurrir a mi peor arsenal de mentiras para lograr que el tal Lord nos recibiese. No se me da bien mentir, eso lo dejo para ustedes, los abogados.

Debí ofenderme pero la verdad, no me quedaban fuerzas suficientes. Me limité a torcer la boca.

—Haría bien en no generalizar. Es muy probable que se equivoque por recurrir al tópico.

—Bueno, sí, lo que usted diga. —De un trago hizo desaparecer media pinta de cerveza. Yo aún me debatía entre beber o no, haciendo girar la taza caliente entre las manos—. El caso es que un Lord es un Lord por mucha policía metropolitana que le plante cara.

—¿Y bien? ¿Reconoció a Nina?

—Lo cierto es que sí, no lo negó. Dice que la conocía de un club de alterne muy exclusivo del que era cliente puntual —me lanzó una rápida mirada de reproche y enseguida retiró las pupilas hacia otra dirección— pero que hacía meses que no la veía.



Apreté un puño.

—Me apuesto la vida a que miente.

—Eso no puedo garantizárselo. Es un tipo calmado, con un control sobre sí mismo tan jodido que te pone de los nervios. Nos hizo pasar a una biblioteca grande como las salas de la pública, se sentó en uno de esos sofás de piel ingleses tan incómodos y desde allí se dedicó a enloquecernos con una mirada como un taladro. No me gusta ese albino, Forrester, no me gusta nada.

—En eso estamos de acuerdo, al menos. Está relacionado con La Cripta, lo sé, puede que a alta escala, y está libre. Huele mal de lejos.

—El caso es que cuando le mostré la foto de Anna Dalton .... entonces su reacción sí que fue llamativa. Los ojos literalmente le echaron chispas.

Pestañeeé sorprendido.

—¿En serio?

—Aunque negó conocerla.

—Eso es más extraño aún.

Montgomery se concentró en apurar la cerveza y pedir otra. Yo le di un par de giros a la carta de platos y la dejé donde estaba. Mi café se enfriaba a toda velocidad y aún no lo había probado.

—El caso es que esa chica está en busca y captura por asesinato — retomó el capitán—, y si el tal Lord inglés la conoce de algo o la está encubriendo, me lo llevaré por delante le pese a quien le pese, de modo que voy a plantear un servicio de vigilancia, algo discreto, no se haga ilusiones, pero le seguiremos los pasos al aristócrata y a todo el que entre o salga de su castillo porque Anna Dalton .... Sí forma parte del caso oficial.

—Un caso que sus superiores están a punto de cerrar.

Montgomery cabeceó apesadumbrado.

—No voy a mentirle, es cierto. Alguien por ahí anda como loco por echarle el cerrojo al asunto.

—¿Qué pasará si pone sobre la mesa la carta de Lord Malcom? Un personaje de semejante alcurnia implicado... ¿Los motivaría a seguir o justo lo contrario?

—Depende de si el caballero tiene en Nueva York más amigos o enemigos. Puede ser que se acelere el archivo de la investigación, eso nunca se sabe. —Levantó los ojos cansados y me miró con franqueza—. Por eso mantendré la vigilancia activa unos días antes de informar de modo oficial.

Tenía que agradecersele. Mi amigo Will tenía compañeros fieles, bien por él.



## **Solo yo puedo encontrarla**

*Conozco tus ojos bajo el sol de la mañana,  
siento tu caricia bajo la lluvia torrencial*

*How deep is your love (Bee Gees)*

### **Martin**

Un nuevo atardecer que se marchitaba conforme la luz del sol se extinguía. Y mi casa vacía llamándola a gritos, acrecentando el agujero que llevaba en el pecho. De pronto, el sonido de unas llaves al chocar y el de la cerradura girando, me trasladaron de universo. Solo dos personas tenían llave del ático. Una era la señora de la limpieza y hacía unas tres horas que se había marchado. La otra...

La otra era Nina.

Salté catapultado del asiento con el corazón bombeando a toda máquina. La mirada ansiosa fija en la entrada. Verla aparecer fue como ver el cielo, joder. Con todas sus estrellas.

—¡Ven aquí! —Corrí en su dirección, la atraje y la pegué a mi cuerpo. Sediento de su olor, hambriento de todo lo que por cuatro días se me había

negado: su presencia— ¿Dónde te habías metido? Debería matarte.

Ni siquiera la dejé hablar. La rodeé con los brazos. Una mano voló a su nuca, sintiendo el tacto de su pelo suave. Quería tocarla por todas partes, besarla, cerciorarme de que era real, quería hacer muchas cosas al mismo tiempo pero solo acerté a mecerla despacio y apretar los párpados para que no saltaran las lágrimas. No podía creer que estuviese allí.

Tampoco lo que vi a continuación. El cuerpo se me puso rígido de un violento tirón. Mis ojos se abrieron horrorizados, mirando por encima del hombro de Nina. Mi cerebro fluctuó despacio entre la incredulidad y la conmoción y el lugar que debían ocupar las ideas se llenó de pánico. Me aparté apenas. Temblando de indignación, demasiado aturdido y asustado como para moverme. Sí, asustado. Porque la visión allí plantada sacó de la tumba un sinfín de monstruos.

—Martin...

—¿Qué hace ella aquí? —rugí sin poderme contener. Era Anna, la maldita Anna observando nuestro reencuentro desde el umbral de la puerta, con aspecto desaliñado, vestida con una especie de camisón largo y una bata, agotada, pálida, retorciéndose las manos al borde del llanto— ¿Qué haces tú aquí? —repetí iracundo.

Me costó un esfuerzo enorme moverme, respirar, pensar, pero di un amenazador paso adelante. Nina se apresuró a capturar mi brazo y frenarme.

—Ha venido conmigo. No te alteres.

Anna permaneció petrificada. Tal cual. Y yo deseé estrangularla en el acto.

—¿Que no me altere? ¿Estás loca? ¿De dónde ha salido? ¿De dónde demonios la has sacado?

—Tenemos que hablar —prosiguió mi novia en tono contenido.

—¡Desde luego que tenemos que hablar!

En lo referente a Anna, la asesina, yo estaba cerrado a todo tipo de razones. Mis pupilas, fijas en ella, literalmente, ardían. Querría haberla carbonizado de haber tenido ese poder. El rostro se me descompuso en una mueca de incrédulo dolor.

—Debería estar muerta. Ella, no Stella, no tuvo ni una pizca de piedad con quien no le había hecho nada, es una maldita y jodida demente... Tú me abandonaste para buscarla... ¿Y ahora apareces aquí, en nuestra casa, con ella?

—Martin, Anna conoce el paradero del cuerpo de Stella —trató de

tranquilizarme en vano.

Me aparté de las dos como de las brasas al rojo vivo. Mis dedos desapareciendo nerviosos por entre mi pelo. Preguntándome si Anna era en realidad todo lo inofensiva que aparentaba o si aquella noche se saldaría con otra trágica muerte. No sabía que esperar de ella, era como si no la conociese. Y por unos minutos, tampoco supe qué esperar de Nina.

—Martin... —empezó a balbucear Anna. Con un dedo estirado la mandé callar. Obedeció de inmediato.

—¡Calla! No tienes derecho a hablar, no tienes derecho a nada, solo a pagar por lo que hiciste. Voy a llamar a la policía.

Hice ademán de coger el móvil pero de nuevo Nina se interpuso en mi camino. Sus grandes ojos verdes suplicantes, me contaban muchas cosas. Cosas que yo estaba demasiado ciego como para entender.

—Escucha, no te precipites, por favor, no lo hagas. Si no damos con el cuerpo de Stella algo espantoso va a ocurrir, tenemos que impedirlo.

Volví a observar la cara demudada de la pelirroja. Anna, la dulce Anna. Un ser inocente y frágil que jamás tuvo nada que ver con la arpía que descubrí en La Sala de sacrificios de La Cripta. Con los párpados entrecerrados recorrí los metros que me separaban de ella, la rodeé, la empujé hacia la mitad del salón, y de un puntapié encajé la puerta.

—Quemó tu casa, mató a tu familia, te culpó cuando solo eras una niña y te hizo desgraciada de por vida ¿no te basta?

—Me bastan muchas cosas, Martin, pero no es el momento. Stella ha sido elegida como receptora para la encarnación de Lucifer ¿lo entiendes? Han trasladado su cuerpo a Londres y han comenzado los rituales. Despertará, Martin, y cuando lo haga ya no será nunca la misma, será la peor amenaza viva para la humanidad, el principio del fin.

—¿Y nosotros vamos a evitarlo?

—¡Intentémoslo al menos! —se desesperó— ¡Se lo debemos! ¡A ella, a Will, al planeta en general!

Resoplé con fiereza. Mordiéndome los labios, mirando al suelo, buscando respuestas donde no estaban. Furioso, casi enajenado.

—De acuerdo, iremos tú y yo a buscarla, y de esta se hará cargo la policía.

Escruté los rasgos delicados de la que fue mi amiga. Latía en ellos algo parecido a la resignación. Conmigo presente, Anna se transformaba en una auténtica sumisa. Eso sí, no iba a ser tan necio como para olvidar sus

amenazas de aquella noche antes de desaparecer.

—Solo yo puedo encontrarla —se atrevió a interrumpir. La fulminé con una mirada.

—La necesitamos —corroboró Nina. Aspiré aire hasta colmar mis pulmones.

—Y una mierda la necesitamos. No la hemos necesitado en nuestra vida.

—Esta vez sí, no te equivoques.

De un par de zancadas me coloqué delante de ella. Esforzándome porque la energía hostil que emanaba de cada poro de mi cuerpo la alcanzase, repartiendo su efecto letal. Anna hundió abatida los ojos en la alfombra.

—¿Qué sabes tú que los demás ignoremos? —grité al límite de mi paciencia.

—Todo. Lo sé todo. Rice me lo contó. Y lo que no quiso contarme lo oí cuando hablaba con Lord Malcom.

Lord Sirius Malcom. Así que no me había equivocado. Él los había estado ocultando en su castillo todo este maldito tiempo. Jodido inglés podrido.

—¿Dónde está Rice?

—Muerto. —Fue Nina la que respondió. Parpadeé sorprendido—. Anna lo mató antes de que él acabara conmigo.

Bufé contrariado. Por lo visto sí había mucho que aclarar. Mucho. Aunque mi visión se redujera a oscuridad, confusión y peligro. Pero no estaba dispuesto a que fuese allí, con el enemigo de testigo. Agarré sin miramiento a Anna por un brazo y tiré de ella llevándomela por un pasillo hasta la habitación al fondo. Curioso. La única que protestó durante todo el trayecto fue Nina.

—¿A dónde narices vas?

—A asegurarme de que no le hace daño a nadie. No me fío de ella.

—¿Te crees que yo sí?

—La has traído a nuestra casa. Debería atarte a ti también, loca.

Empujé a Anna dentro de la habitación vacía, tiré de la puerta y cerré con dos vueltas de llave. A continuación, la dejé caer en el bolsillo de mi pantalón.

—Ni se te ocurra respirar, Anna, te lo juro, no me pongas a prueba, que no respondo.

Di media vuelta y regresé al salón. Necesitaba una copa con urgencia.

Necesitaba un beso de Nina. Un beso de verdad, de los de antes. Necesitaba volver a apoyar los pies en la tierra, invadido como estaba, por aquella mareante sensación de ingravidez. Sin despegar los labios me serví un whisky doble, preparé otro para mi chica, se lo entregué y me derrumbé sobre la piel suave del sofá. ¿Estaba intentando aparentar calma? ¿Distancia? ¿Una frialdad que no sentía? Menudo imbécil confuso y aterrado.

—Cuéntamelo todo desde el principio. Hostias, no sabes lo que me has hecho pasar.

Nina olvidó la copa en la mesita. Corrió hasta mí y se me arrodilló delante. Todas mis intenciones por incorporarla fueron en vano.

—Lo sé, y lo siento, mi amor, lo siento. No sabía cómo hacerlo de otra forma. Tenía que protegernos, yo...

—¡No! ¡Maldita sea! —me puse en pie de un salto— ¡Yo! ¡Era yo el que debía protegerte! ¡Yo! Y te marchaste sin decir nada, cuatro días sin poder localizarte, devanándome los sesos, haciendo apuestas sobre si estabas viva o muerta.

—No sé qué más decirte, mi intención nunca fue hacerte sufrir...

Perdí los nervios.

—¡Son peligrosos, Nina, son el mal!

—¿Crees que no lo sé? Los conozco mejor que tú, sé perfectamente de lo que son capaces.

—¿Y aún así fuiste a buscarlos? Derecha al suicidio, te importaron una mierda mis sentimientos, joder. ¡No contaste conmigo! ¡En ningún momento!

—¡No quiero que te hagan daño! Era así como debía hacerlo.

—No debías nada. Fue así cómo decidiste hacerlo, porque tú, Nina, tú vuelas en libertad sin dedicarle atención a nadie alrededor. Haces y deshaces a tu santa voluntad ¡eres una puta kamikaze! He tenido en jaque a la policía de Manhattan buscándote por todas partes, he interrogado a mi madre, he vagado por las calles de la ciudad destripando cada jodido rincón...

Caminé en círculos sin parar mientras chillaba. Me alejé de ella porque verla sin tenerla me estaba quemando. Mi mente bombeando miedo, presa de vertiginosos pensamientos que apenas me permitían respirar. A retazos iba percatándome de sus magulladuras, de su melena revuelta, de la mueca agotada en su preciosa cara. Y no quise imaginar siquiera todo por lo que habría tenido que pasar.

—Tienes que escucharme —rogó más serena.

—No sé si quiero hacerlo.

—Acabas de pedirme que te lo cuente todo.

—Aparecer con Anna de la mano cambia mucho las cosas, Nina, no sé si quiero saber... —repetí con las mandíbulas apretadas.

—Tendrás que morderte la lengua y oírme. Luego decides si quieres seguir adelante o pasas.

La miré brusco por encima del hombro.

—¿Me estás sugiriendo que pase de ti?

—Depende. No estás siendo muy razonable.

—No se te ocurra retarme a estas alturas, Nina...

Esta vez necesité menos de dos pasos. En un suspiro la tenía entre mis brazos y mi boca devoraba con ansia la suya. Desesperación no era la palabra, aún no habían inventado letras para componer lo que sentía. Dejé que su aroma impregnase mis sentidos mientras recorría el temblor de sus labios helados. Así tendría que ser siempre, pensé. Ella era mi medicina, mi bálsamo calmante. Enseguida empecé a sentirme mucho mejor.

—Estuve a punto de morir a manos de Rice —confesó con voz trémula.

—Ese hijo de puta, grandísimo hijo de... animal...

—Anna me salvó la vida. Lo atravesó sin vacilar por la espalda.

Aún pegado a su cara, arqueé las cejas. Parte de mí no salía de su asombro.

—Muy noble. Típico en ella.

—Martin, por favor. Rice hubiese podido acabar con las dos de un manotazo. No tenía la menor oportunidad, si no llega a ser por Anna...

—No me digas que por eso le perdonaste la vida. ¿Por eso has cometido la locura de traerla aquí?

—No. Con ella pude haber puesto las cosas en su lugar, pero me habló de Stella, de su cuerpo profanado, de lo que tienen planeado. Es espantoso.

—Anna no merece otra cosa que la perpetua.

—O la muerte. Lo sé.

—No nos corresponde a nosotros ese juicio.

Tuve la sensación de que los ojos de Nina se burlaban de mi sentencia. Que se tomaría la justicia por su mano cuando y como le viniese en gana sin que yo pudiera ni soñar evitarlo. Se separó de mí unos pasos.

—Will tiene que saberlo, están en Londres, hay que buscarla antes de que sea demasiado tarde.

—¿Quién dice que ya no lo es?—aferré sus hombros delgados— Está muerta, Nina, eso no podemos cambiarlo.

—Se levantará de su tumba —silabeó como poseída—. Pensaremos que es una persona normal, nadie convencerá a Will si se la encuentra, de que no es la chica de la que se enamoró. Pero será Satán. Dispuesto a acabar con todos nosotros. ¡Y lo hará! ¡Le bastará chasquear los dedos! ¡No es un cuento, Martin, es lo que va a ocurrir!

—A menos que nosotros carguemos con esa chiflada que acabo de encerrar y localicemos su guarida, interrumpamos sus rituales de resurrección, sean los que sean, y salvemos el cuerpo de Stella. ¿Me olvido de algo?

Creo que a esas alturas, mi yo racional aullaba despavorido. Nina se aproximó con paso lento, levantó las manos y las enredó en torno a mi cuello. Su piel, cálida y sedosa me regaló un segundo de respiro. Giré la cara y al vuelo besé sus nudillos.

—Asume lo que eres, cariño, asume tu naturaleza.

—Y la tuya.

—Yo aún no tengo claro lo que soy.

—Todo esto parece una jodida película de ciencia—ficción —gemí refugiado contra su cuello.

—Lo comprobaste, sabes que no eres un ser corriente. Entiendo que para una mente racional como la tuya sea difícil de tolerar pero...

—¿Difícil? Es una interminable pesadilla.

Sus labios encontraron mi boca sin dificultad. En el acto, todos mis temores huyeron y la rigidez que mantenía tenso mi cuerpo se volvió maleable. Sus manos recorrieron mis costados, a cada paso con más ansia. Fluyó el deseo. Empezábamos a comunicar con ese lenguaje común que tan bien conocíamos. Fue al abrazarla por segunda vez, cuando respiré y fui consciente de que llevaba cuatro días conteniendo el aliento. Que me había hecho tanta falta, que la ira, el miedo y el resentimiento contra ella por huir, habían empequeñecido hasta casi desaparecer. Que podrían brotar en cualquier momento ahora. Libres. Destructivos. Pero no necesitaba esas emociones, solo a ella. Sufrí tal descarga de adrenalina que estuve a punto de romper a llorar. De puro alivio aunque aún furioso.

Fuimos desprendiéndonos de la ropa. Despacio al principio, con urgencia después. El pasado, la angustia, todo lo que me apretaba dentro, de repente, al tocarla, se difuminaba y desaparecía. Esa sensación de perder por completo la noción del momento, refugiarse solo en lo sensitivo, en los gemidos y en la piel. Esa misma llegó, llamó a mi puerta y me arrastró sin



remedio. Dios, quería gritarle cuánto había sufrido, que su decisión me había desgarrado el alma hasta hacerla sangrar. Pero preferí ocultar mi debilidad, no quise enturbiar un instante mágico que enseguida viró a erótico y prometía curar muchas heridas.

Porque Nina es así. Se expresa a través del sexo. Ese lenguaje lo domina a la perfección.

—Perdóname, cariño —volvió a susurrarme al oído. Su aliento aleteando me erizó el vello de todo el cuerpo. Luego me besó suavemente detrás de la oreja.

Mis manos se cruzaron con las suyas en torno a nuestros costados. Palpando hasta poseer. Y cuando estuvimos desnudos, nos tumbamos en el suelo sobre la alfombra, ella de espaldas, llamándome con sus llameantes ojos verdes, un imán al que no sabía resistirme. Cuando la penetré, despacio pero sin demasiados previos, su jadeo se elevó por encima de nuestras cabezas, alto y claro. El contacto visual más adictivo que nunca porque nuestras pupilas hablaban al margen de nuestras lenguas, entretenidas en otros menesteres mucho más placenteros. Nina se retorció bajo mi peso después del segundo orgasmo. Yo aún aguantaba, duro como una piedra, embelesado con su imagen y sus mejillas arboladas.

—¡Síííí! —gritó sin el menor escrúpulo.

Recordé que Anna seguía encerrada en el cuarto, a solo un puñado de paredes de allí. Sellé sus labios con mi boca y dulcemente, la mandé callar.

—Baja la voz, no hace falta que nos oigan en el otro extremo de Manhattan.

Nina arqueó una ceja. Con ella no valen los trucos, lo adivina todo, hasta la más oculta de tus intenciones. Sacudió la cabeza apuntando al pasillo al fondo del cual, se encontraba el enemigo.

—Bueno, tú y yo sabemos que merece el peor de los castigos. Y mientras no podamos darle otro... este hace bastante daño. Hagamos que lamente no poder atravesar esa puerta.



## **La última oportunidad perdida**

*Déjame sufrir todo por ti.*

*Haz esta visión por completo nueva.*

***Renaissance (Paolo Buonvino & Skin)***

### **Will**

Creo que me abalancé sobre aquel váter como si me fuera la vida en ello, a hundir la mano hasta el codo y rescatar el móvil. Si os soy sincero, el puñetero teléfono me importaba una mierda, pero en cada punto de mi cerebro martilleaba el recuerdo de la llamada con la voz de Stella. Alucinación o no, aquel era el único número y modo de localizarme y la sola idea de verlo perecer en un pozo mojado, me ponía la carne de gallina.

Cuando lo saqué, completamente empapado, Amber aún miraba el lugar del accidente con ojos vidriosos y sin reaccionar. Se cubrió la boca con las manos.

—Lo siento, lo siento un millón de veces, qué estúpida, no sé cómo ha podido pasar.

Quise quitarle hierro al asunto, decirle que daba igual y todo eso,

tranquilizarla.... Pero mis labios solo supieron apretarse en una línea cerrada y hostil que puso a Amber muy nerviosa.

—Te compraré otro. Si se ha jodido, te compraré uno nuevo...

—Hay que secarlo.

—...Hoy mismo.

—¿Tienes un secador, de esos del pelo?

En lugar de responder se puso a abrir y cerrar cajones como una posesa. La situación era realmente estrafalaria, conmigo empapado y completamente desnudo en mitad del baño, sosteniendo un móvil que parecía más bien un escurridizo pez. Ya antes de hacerle a la desesperada las maniobras de reanimación, yo sabía que sería inútil. Y lo lamentaba tanto, tanto. Stella. Con aquella cajita de chips diminutos volaba la esperanza de oírla de nuevo, si es que lo que había ocurrido era real y no fruto de mi imaginación desquiciada. Apreté el móvil ya seco entre mis dedos deseando hacer retroceder el tiempo.

—Maldita sea...

—Lo siento. Imagino que tendrías... datos importantes ahí dentro. Todo el mundo los tiene.

—Los datos son lo de menos —farfullé ciego de ira.

Agité el brazo por encima de mi cabeza, después de pulsar frenético todos los botones. Muerto. Del todo.

—¡JOD—DER!!

De reojo me percaté de que Amber se empequeñecía prensada por la culpa.

Intentó tocarme. Sus dedos delgados sobrevolaron mi cabeza y yo me aparté brusco. La verdad, no quería pagarla con ella, no lo había hecho con mala intención, estas mierdas... son cosas que pasan. Ella no era responsable de mis comederos de coco ni de que mi mente, mi cuerpo entero, no aceptaran la marcha de Stella. Giré en su dirección y le agarré la mano en un gesto amistoso que por fin aflojó su ceño y la hizo sonreír.

Pero no a mí.

—De verdad que lo siento —susurró mirándome fijamente a los ojos—. Solo quería sacarte una foto... Menudo fiasco, lo preparé todo con tanta ilusión... Iba a ser nuestra noche especial pero... lo he estropeado todo.

Esbocé una tímida sonrisa torcida y tiré de ella.

—Ven aquí.

La abracé notando cómo el aire escapaba a trompicones de sus

pulmones y se refugiaba en mi pecho. Como un pequeño animal jadeando entre mis brazos. Apenas recordaba a la persona que había conocido días atrás, la leona intimidante, la fiera policía al frente de la sangrienta investigación que me trajo hasta Londres. Amber había girado 180 grados para mostrar y regalarme esa parte delicada, femenina y vulnerable que todo ser humano esconde. Especialmente yo. Solo Stella logró que la destapara.

Mi mano acarició su pelo en un gesto mecánico, mientras mi memoria volaba de nuevo muy lejos de allí. Era extraño, estar y no estar, todo al mismo tiempo. Pretendía amarla para olvidarme de todo lo que dolía, para emborronar el nombre de Stella, el recuerdo de su risa, todo lo que en tan poco tiempo me había dado. Del tesoro de haberla recuperado. Del hombre que fui por unas semanas, a su lado. Me forzaba a sentir algo imposible.

Will Bass, el hombre amargado, lo sabía bien. Era inútil engañarse.

Así y todo, salté por encima del convencimiento y la estreché tratando de transmitir calidez.

—Perdóname, quiero que me perdones —musitó con los labios pegados a mi piel.

—Vamos a olvidarlo.

—Olvidar no es perdonar— refunfuñó.

—Juegos de palabras a estas horas, no, nena. Te lo pido por lo que más quieras.

—Pero tu móvil...

—Se ha jodido. Punto y final. Tendré que comprar otro.

La verdad, quise sonar distendido, pero ni de lejos. Estaba tan rabioso que solo liarme a puñetazos contra las paredes me habría calmado.

Y en estas circunstancias tan especiales, cuando Amber alzó los ojos y me miró con un delicioso ruego atrapado en sus pupilas, hice lo que casi todo macho humano habría hecho en mi lugar. Acabar lo que habíamos empezado.

Di un par de vueltas, asfixiado, por las sábanas del lecho de Amber. Ella dormía profundo a mi lado, con una respiración suave, apenas audible. Clavé la mirada en el techo. Debía de ser tarde, joder, no tenía a mano mi móvil para comprobar la hora. El silencio pesaba. Era el silencio que precede a un estruendo enorme, a la tormenta que todo lo rompe. Porque yo no iba a enamorarme de ella, ahora lo sabía bien, y cuanto antes se lo demostrara,

mejor para todos; no era mi intención hacerla sufrir.

Saqué las piernas fuera de la cama y con los codos apoyados en las rodillas, dejé que pasaran los minutos. Si no estaba preparado para “la conversación” con mayúsculas, la que aclararía nuestra inestable relación de a dos, el mejor método para voltear las cartas sobre el tapete, era actuar. De modo que me levanté despacio procurando no despertarla, busqué prenda a prenda mi ropa, me vestí y cerrando la puerta de su apartamento a mis espaldas, saludé la calle con el malhumor de siempre.



## **Disipar las brumas**

*Me siento usada pero todavía te echo de menos,*

*y no puedo ver el final de esto.*

***Hate you Love you (Olivia O'Brien)***

### **Amber**

Probablemente Will imaginaba que yo dormía. Que su abandono me había pasado inadvertido, que el beso helado que recorrió mi piel al marcharse él, no era importante. El zumbido de la puerta al cerrarse me partió en dos el corazón. Ahí iba nuestra historia, acabada antes de empezar. Malditas promesas de amor hechas a mí misma, fantaseando en mi cabeza. Por él me habría permitido olvidar quién era, mi misión en esta vida. Conscientemente había arrinconado la certeza de que a Amber, en el amor, no se le había perdido nada. Había bajado el puente levadizo de mi castillo para que él traspasara los umbrales galopando en su arrogante caballo. Me había dejado envolver por el velo tenue de los sueños imposibles.

Me senté de un salto en el colchón aún caliente, impregnado con su magnífico olor. Mi sexo aún suyo. Mis pechos excitados al revivir cada

mordisco. Sus gemidos de hombre en celo resonando en mi cuello, junto al oído. Prendí un pitillo y me dejé caer perezosa y frustrada contra el cabecero, al tiempo que expulsaba un chorro de humo directo a las alturas. Mierda.

Me había deshecho del móvil. Y con ello, del riesgo de que ella volviera a llamar. ¿Qué cojones? ¿Estaba viva? ¿No me había contado Will que la vio morir con sus propios ojos? ¿Qué coño... significaba todo aquello? ¿Y si era algún gracioso queriendo jugar? No ¿a santo de qué? Tenía que preguntar, informarme, me había mantenido demasiado tiempo al margen de todo, atontada por la narcosis que emanaba de Will Bass. Si la amenaza llamada Stella era real, ahora, de momento, sin móvil donde localizarlo, íbamos a ver cómo se las arreglaba. Sin embargo...

Quedaba lo peor. Quedaba su alma, su esencia, ligada a él de un modo tan brutal que desconocía la forma de deslindarlos. Deseaba a Will con todo mi ser desde que le puse la vista encima, no fue progresivo, no pidió permiso, fue violento, enloquecedor. Me emborrachó, no me dio tregua. Fue un latigazo directo al centro de mis sentidos, que lo dominó todo. Éramos almas gemelas, Will y yo estábamos predestinados, podía verlo. Puede que él se sintiera unido a otra pero esa otra era pasado, una bruma espesa que ya no existía y que yo me encargaría de disipar.

Dejé las cálidas sábanas y me enfrenté a mi imagen en el espejo. Una chica mestiza, con la piel color canela y el cabello claro trenzado en rastas. Siempre habían sido mi seña de identidad, ahora las detestaba con todo el alma. Retorcí en el puño un puñado de mechones y mis ojos buscaron las tijeras. Me detuve con ellas en el aire en el último momento.

—No te engañes, Amber, no tienes ninguna posibilidad con él. Cuando se entere de lo tuyo te odiará.

Sonreí con la boca torcida. La chica del espejo me devolvió una mueca de perplejidad.

¿Y quién se lo iba a decir?



## **Bajo el número de la bestia**

*Olvidada... olvidada*

*Tan perdida... Olvidada*

***Faded (Alan Walker)***

### **Will**

Las cuatro paredes blancas de mi habitación de hotel empezaban a parecerme un refugio. Joder, más que eso, empezaban a tufar a hogar. Ese retiro tan necesario en el que me escondía cuando ya no podía soportarlo.

Camino de Westminster Borough, me detuve a comprar un móvil nuevo. Práctico y barato, nada excepcional. Fiel a mí mismo por una vez. E inmediatamente me sentí mejor, más auténtico, que ya empezaba a perderme. Antes de tumbarme en la cama, había enviado varios mails, uno a Martin, otro a Montgomery, pidiéndoles sus números de móvil que en su día no se me ocurrió memorizar, maldito sea el exceso de confianza que depositamos en estos cacharros, y dándoles el mío nuevo, británico de momento.

En tres minutos contados, el artefacto vibró en mis manos, sobresaltándome con un sonido del todo desconocido.



Raro. Era Martin.

—Will ¿va todo bien?

—Sí, solo me he quedado sin teléfono. Un accidente. Tengo este nuevo...

—Oye, debí llamarte antes, Nina ha aparecido —me atropelló con impaciencia.

Dejé ir un bufido de alivio. Una punta de pica menos de la que guardarse. En el fondo de mi consciencia siempre supe que esa chica superviviente brotaría resurgiendo de sus cenizas, estuviera donde estuviese.

—Me alegro, no sabes lo que me alegro, te lo juro.

—¿Y tú? ¿Alguna novedad? ¿Has conseguido averiguar...?

—Nada.

Cerré los ojos y apreté los párpados deseando fundirme con la niebla de la calle. Me sentía sucio y culpable. Responsable de perder el tiempo retozando con una chica preciosa en lugar de centrarme en investigar. Miserable porque cabía la posibilidad de romperle el corazón y me importaba, joder, me importaba. Mutilado como hombre por no poder retirar de mi mente el recuerdo de una Stella que jamás regresaría.

La voz templada de Martin interrumpió mi maraña de pensamientos oscuros.

—Oye, en un par de días salimos de viaje.

Latía una tensión extraña en sus cuerdas vocales. Conozco bien a mi amigo, algo se cocía. Algo espeso y desagradable, podía intuirlo.

—¿Hacia dónde?

—Londres.

Me quedé atónito. ¿Londres?

—¿Aquí? ¿Venís aquí?

—En cuanto consigamos... arreglar unos... bueno, unos papeles pendientes.

Poco podía figurarme yo en ese momento a qué se refería.

—¿Por qué? ¿Para qué? No he logrado avanzar.

—Igual podríamos ayudarte, no sé, en alguna dirección.

Con cada palabra, Martin me confundía más. No me lo estaba creyendo demasiado, la verdad.

—Pero la gente de La Cripta sigue moviéndose en Manhattan, hay que vigilarlos. En cualquier momento podría levantarse la liebre.

—No será una ausencia muy larga, solo un puñado de días.

—Martin... —aspiré aire hasta llenar los pulmones— ¿me estás diciendo que piensas cruzar el charco solo para darte una vuelta?

—Tenemos que hablar —sentenció con voz grave.

—Estamos hablando —silabeé

—Hay cosas que debes saber y para las que debes estar preparado.

Una peculiar efervescencia casi eléctrica, me recorrió el vientre de abajo arriba.

—Oye, no me estás tranquilizando precisamente. ¿Ha pasado algo...?

—Prefiero contarte cara a cara.

—¿Vienes solo?

—No —respondió escueto.

Bufé colérico. La serenidad no es, que se diga, la mayor de mis virtudes.

—Oye, tío, será mejor que empieces a explicarte un poco más abiertamente, no creerás que voy a morderme los codos hasta que aparezcas por la puerta.

—Tengo que colgar, Will, te llamaré en cuanto pueda. Y estate tranquilo, te localizo en cuanto lleguemos a Heathrow.

—¡Martin!

Bip bip bip.

—Maldita sea. Pequeño cabronazo, siempre has sido igual.

Quedaba esperar. Andaba dándole vueltas a lo insufrible de la perspectiva, cuando sonó de nuevo. Descolgué ansioso y sin mirar.

—¿Martin?

Silencio.

—¿Martin, eres tú? ¿Me oyes?

Más silencio, un silencio al otro lado de la línea que me heló la sangre. Luego, el sonido de la línea cortada y mis pasos retomados, picando la acera. La llamada desde el infierno. El aviso para que no siguiera indagando. Mi mente dibujó sombras grotescas, monstruos terribles. La distancia a recorrer fijó en mi cerebro una idea un poco absurda: tenía que disculparme con Amber.

No lo hice de inmediato. Llegué al hotel, me desparramé sobre el colchón, puse la tele y le bajé el volumen lo suficiente como para que no molestase. Desperdiicé un montón de horas antes de saltar y rebuscar en lo

más oculto de mi equipaje hasta dar con los planos del subsuelo de Londres. Los repasé, los memoricé hasta la locura, quemé neuronas y no llegué a ninguna parte. Eran un ciento de rayas sin sentido en todas direcciones. Túneles, criptas antiguas, estaciones de metro abandonadas... qué sé yo. Ciudades completas bajo las alcantarillas. Y en el epicentro, demonios enloquecidos luchando por resucitar a su amo.

Un puto desvarió hasta para un poli que lo ha visto todo. Y yo era demasiado joven como para haber visto muchas cosas.

Resultaba sorprendente que a poco que me concentrara, cerrando los ojos, visualizara el número de Amber con solo una duda en el dígito final. Marqué a regañadientes. Era algo que debía pero que no quería hacer. Respondió una anciana irritada que me mandó a freír espárragos en cuanto pregunté por Amber. De acuerdo, no terminaba en 667 sino en 666, siempre lo había sabido pero deseé equivocarme porque mis obsesiones crecían hasta convertirse en aberraciones y alrededor todo se volvía demoníaco. Volví a presionar las teclas con un intenso escalofrío, hasta que oí su voz.

Bajo el número de la bestia.



## **Arrojada a la vida**

*Tratando de ser más fuerte para ti...*

*Helada, reina del hielo*

***Venice Bitch (Lana del rey)***

### **Stella**

Hay quien asegura que después de muerto eres capaz de ver lo que ocurre en la habitación como si realmente siguieras allí. Solo que tu cuerpo es uno más de los volúmenes a los que te enfrentas, algo inerte que no puede moverse mientras tú flotas pegada al techo mirándolo todo, viendo llorar a tus seres queridos, gente que entra y que sale, hablando de ti sin que puedas gritarles “¡Eh, estoy aquí! ¡Os estoy escuchando! ¿Es que no me veis?”

Eso mismo me pasó aquella noche.

No era tonta del todo, contaba las horas que me quedaban de respiro, protegida por la quietud del hospital. La dirección estaba a punto de largarme de un puntapié a la calle, llevaba días fingiendo desvanecimientos si veía aproximarse a un facultativo con pinta de tramitador de altas. Hasta me había tirado al suelo y simulado un ataque con convulsiones que nunca sufrí. Todo

con tal de que no me arrojase al frío de las aceras. Pero pasaban las jornadas y yo me encontraba descansada, físicamente más repuesta, mejor no tentar a la suerte.

Decidí dormir la noche como si fuese la última, cargando las pilas de mi energía vital, decidida a reemprender cuando tocase, una vida que me habían robado y que no sabía cómo recomponer. Tenía los ojos cerrados, el sueño me había vencido, mi respiración era pausada y rítmica. Estaba profundamente dormida y sin embargo... por algún motivo inexplicable y prodigioso, podía ver cuanto ocurría alrededor. Un pijama verde de sanitario y un hombre alto y robusto embutido en él, se acercaba a mi cama armado con una jeringuilla. Quizá no llevase el andar resuelto de los enfermeros que veía a diario, pero eso no era algo especialmente llamativo, cada cual camina del modo en que le parece y el turno de noche es muy traicionero, algunos desarrollan sus tareas en estado de duermevela, mi padre siempre lo comentaba. De detuvo a mi costado, su pulgar pulsó un par de veces el émbolo y las gotitas ámbar salpicaron las sábanas. Supuse que eran más medicamentos, ya me habían suministrado muchos. Pero la sombra que se deslizó sigilosa a su espalda, esa sí acaparó toda mi atención. Alguien cuyo rostro se mantuvo en las sombras, reptando como un felino detrás del sanitario, que con un movimiento veloz de sus brazos rodeó el cuello del enfermero y lo envolvió una y otra vez con lo que a todas luces era un cable de acero. La jeringuilla cayó al suelo, sus dedos se crisparon como garfios torcidos, la cara congestionada, las uñas pegadas al cable tratando de zafarse de su mortal cepo, el cuerpo entero rígido luchando por su vida y el agresor invisible, conservando la calma y apretando. Un poco más, un poco más. Un gorgoteo sordo y el peso muerto de un cuerpo desplomándose.

Lo vi todo. Y no desde mi posición natural tumbada sobre la cama, no, desde un lateral, como si realmente me hubiese levantado y desde allí, escondida, espiese movimientos ajenos. ¿Quién había asesinado al enfermero en mi propio cuarto con total impunidad? ¿Cuál era la identidad del misterioso criminal? ¿Venía a por mí? ¿Había despachado primero a aquel pobre infeliz que solo hacía su trabajo para tener vía libre y liquidarme? ¿Pertenecía al grupo de... La Cripta? Mi ser etéreo, el que no existía en el rincón, empezó a temblar de puro miedo. La Stella dormida no se enteraba de nada, era carne de cañón, ahí, desamparada y dispuesta a recibir la estocada venenosa que acabaría con su vida. Y no había nada que yo pudiera hacer para impedirlo, no tenía fuerzas, no era sólida, era lo más parecido a un

fantasma en lo que podía pensar. Había llegado al final del camino sin ni siquiera empezarlo. Dejé caer la cabeza derrotada, rendida al destino y, entonces lo vi agacharse y aferrar los tobillos del enfermero muerto, arrastrarlo hasta la cama vecina que seguía vacía, retirar las sabanetas y sin demasiada dificultad, acomodarlo y cubrirlo como si se tratase de un interno a punto de ser trasladado. Mis ojos de espectro no me permitían vislumbrar sus formas, sus rasgos, solo que era un hombre, alto y moreno, vestido de blanco con zuecos de hospital. Evidente, si quería perpetrar su crimen y pasar inadvertido. Pasó por mi lado empujando la camilla, abrió sin titubeos la puerta que comunicaba con el pasillo y olvidándose por completo de mi presencia, se dispuso a salir. Antes de hacerlo se detuvo en seco y reculó.

*“Ya está” me dije. “Es mi turno, se acabó”.*

Pero volví a equivocarme. Era el turno de la jeringuilla olvidada sobre el linóleo. El desconocido la tomó con cuidado, separó la aguja, la dobló e inutilizó pisándola con determinación, y acto seguido se guardó ambos objetos en el bolsillo. Regresó a la camilla, empujó con un suspiro casi inaudible y tras la puerta blanca, desapareció. Yo seguía sin poder moverme pero había visto sus manos varoniles de largos dedos con total y absoluta claridad.

Al amanecer y abrir los ojos, no lograba recordar si lo había soñado. Probablemente. Estaba desorientada y algo sobrecogida, consciente de pronto de lo precario de mi situación, de lo sola que estaba y del hecho de no saber a qué me enfrentaba. Tenía que salir de Londres, había huido de los túneles escapando de algún tipo de ritual macabro y no estaba segura de que no me siguieran para darme muerte. Era lo lógico ¿no? Para que no hablase aunque nada supiera. Pero ¿a dónde dirigirme? De algún modo y por razones que se escapaban a la lógica, la esperanza de que Will acudiera al rescate había pasado a un segundo plano, como si realmente no fuese a ocurrir nunca. Necesitaba saber. Más visiones, más memoria, lo que fuera. Era vital comprender por qué el hombre al que amaba y que decía amarme, me había abandonado. ¿Me había convertido en un monstruo? ¿Había hecho algo atroz? ¿Él continuaba vivo? Eran tantas preguntas retumbando a la vez entre las paredes de mi cráneo, que me provocaban náuseas. La certeza de que si

Will ya no me amaba, yo no volvería a tener nada parecido con otro hombre.

—Señorita, me alegro de comprobar que se encuentra en perfecto estado.

La monótona voz del médico me trajo de vuelta. Parpadeé sorprendida e hice lo posible por prestarle atención. Estaba allí, sonriente, varado junto a mi colchón, sujetando el temido portafolios que seguramente contenía mi orden de alta.

—Gracias, doctor. Gracias por todo.

—¿Sigue sin recordar?

Me limité a cabecear. Él volvió a sonreír con discreción.

—El doctor Hardy me ha comentado que cree llamarse Aroa. ¿Cierto?

—Me suena ese nombre —musité sin querer comprometerme.

—¿Algún apellido?

—Cavill. Puede.

—Bien, dejémoslo así, no tenemos otra cosa con la que trabajar. Según las pruebas está usted en perfecto estado de salud. Llegó desnutrida y con una acusada hipotermia, pero ha respondido adecuadamente al tratamiento y los cuidados. En mi opinión, no hay razones para temer una recaída. Seguramente los recuerdos volverán poco a poco. No tiene usted el aspecto de alguien que lleve tiempo viviendo en la calle. ¿Sería tan amable de firmar aquí?

No pude negarme. Sabía que estaba aceptando el exilio, el infortunio y el riesgo pero no me quedaba otra. Con pulso ingenuo estampé un garabato que no significaba nada y con unas estudiadas palabras de despedida, demasiado amables para ir dirigidas a una indigente indocumentada, el doctor se retiró. En mi taquilla encontré un chándal limpio y grueso, unas buenas botas de mi talla, un anorak y guantes que me protegerían del invierno británico. No había que ser muy lista para adivinar quién era el responsable del detalle. Resignada a seguir adelante, fuera como fuese, me vestí y salí a la calle.

Allí me lo encontré. Esperando en la misma puerta, apoyado contra la fachada del edificio, como un universitario enamorado con estrellitas en los ojos.

—¿Aroa?

—¿Doctor Hardy?

—Liam —me corrigió.

—Liam—sonreí .

—Te invito a desayunar. Un buen desayuno inglés.

—¿Estabas agazapado esperando?

—Algo así. Hablé con el médico de planta esta mañana temprano.

—Ha debido de ser muy temprano —silabeé molesta—. Se ha dado buena prisa en venir a echarme.

—Te aseguro que ha sido complicado mantenerte a cubierto tantos días.

Agaché avergonzada la cabeza. Tenía razón, los sistemas sanitarios no se caracterizan por su caridad, si no dispones de seguro, público o privado, nadie te garantiza más allá de los cuidados mínimos para evitar que te desangres en el recibidor del hospital. Unos puntos de sutura y un empujón que vuelve a ponerte en mitad de la calzada. A tu suerte. A mí me habían cuidado y alimentado durante casi seis días. Demasiado. Hasta yo podía entenderlo. Y era probable que él y sus esfuerzos por protegerme estuvieran detrás de aquella colección de favores.

—Tienes razón, doctor, soy una autentica desagradecida.

—Tienes miedo y estás sola, que no es lo mismo.

Aquel hombre parecía leer a mi través, sin obstáculos. Era incapaz de cerrar mi mente a su invasión. Mis tripas rugieron rompiendo el encanto de una conversación que empezaba a ponerse demasiado seria.

—Acepto esa invitación, de mil amores.

—Para empezar, tengo novedades, acerca de mí.

—¿En serio? ¿Qué has recordado?

—No son gran cosa, te lo advierto. —Agaché la cabeza y escondí los ojos, súbitamente azorada.

—Vamos, cualquier pequeño avance es una gran noticia —me animó— ¿no crees? Vamos, cuéntamelo.

—Sé pintar, Liam, soy pintora. Tengo el convencimiento de haber creado en el pasado cuadros hermosos plagados de mensajes.

—¡Eso es... fabuloso!

Diría que se alegraba de verdad. Me había conducido a un pub acogedor, bebíamos té aromático y capuchinos y yo había decidido desgranar trozos de mi verdad con cuentagotas. Él no se merecía la sarta de mentiras en la que me había convertido.



—También sabemos que eres americana —agregó con aquella enorme sonrisa que lo iluminaba todo—, no lo olvides.

Alcé una ceja en un evidente gesto de coquetería que me alertó hasta a mí.

—¿Lo soy?

—No podrías negarlo, tu acento te delata.

—No es gran cosa —protesté—, América es muy grande y muchos extranjeros emigran allí a diario. Es una tierra llena de oportunidades.

—El caso es que al menos llevas allí años, el tuyo es un deje bien arraigado. Pero no estás en tu país ¿sabes cómo llegaste aquí?

—Esa es la mayor de mis incógnitas —confesé apasionada, feliz de poder ser sincera de nuevo—. Algo así no se olvida de la noche a la mañana, un viaje de tantas horas... —Mi mirada se perdió en ninguna parte. El tacto de los dedos de Liam se enredó entre los míos en un apretón afable.

—No te agobies, será poco a poco.

—Justo eso me dijo el médico que me dio el alta esta mañana —repuse sin fuerzas—, ese señor tan... inglés y tan interesado en perderme de vista. —Bufé—. Es todo... demasiado complicado. Demasiado para una pobre chica como yo.

Sutil y lentamente, evitando mirar, retiré la mano del cerco de la caricia de Liam. No lograba sentirme a gusto con la cercanía de ningún hombre y me temía que esa sensación aún tardaría mucho en llegar.

—Esta situación en la que me hallo hoy, podría responder a mil causas. ¿Y si dejé la seguridad de mi casa para seguir a un novio loco que luego me abandonó sin remordimientos?

—¿Qué tienes pensado?

—Llenarme el estómago de cosas ricas —repliqué guiñando un ojo.

En ese momento, el recuerdo de las gotas amarillas cayendo de la jeringuilla, manchando las sábanas de mi cama en el hospital, cruzó mi mente a toda velocidad. No era la memoria de un sueño, no lo era, era la nítida visión de aquella misma mañana al abandonar la habitación, al vestirme, las había visto, las sábanas manchadas, con la misma claridad con la que veía a Liam ahora. Se me secó la garganta. Él no pareció percatarse de mi intensa turbación.

—Me refiero a después, digamos a corto plazo.

—No sé... —balbuceé. Mis pupilas sin dueño resbalaron hasta posarse en sus manos. En sus dedos. Largos y varoniles. Unas manos que ya había

visto antes. Contuve el aliento. Debía estar volviéndome loca.

—¿Volver a América?

Eso lo tenía claro. No vacilé en mi respuesta.

—No puedo volver como si nada hubiese pasado, tengo que entender, averiguar cómo he viajado, las razones de que esté aquí, hacerme fuerte. Hoy por hoy estoy al final de la cadena alimentaria, doctor Liam.

—En serio, podría prestarte algo de dinero.

Compuse una mueca de horror. Él soltó una breve carcajada.

—¡Solo un préstamo, te lo dije! Ya me lo devolverías cuando pudieses.

—No sería justo, no me conoces de nada. Preferiría que me ofrecieras...

—pensé a toda velocidad—, un trabajo.

—¿De pintora?

—No, claro, de pintora no.

—No sabemos qué otra cosa sabes hacer.

—¿Limpiar, fregar, servir té...? No creo que sea demasiado complicado. Y puedo pintar... retratos en la calle.

Con disimulo volví a mirar aquellas manos. Cada vez estaba más convencida de que retazos de una absurda pesadilla se enmarañaban en mi cerebro, confundiéndome. Una parte muy visible del cuerpo de alguien por quien sentía cierta cercanía y agradecimiento, las manos de Liam, se mezclaban con mis terrores más primitivos, el miedo a morir. La Cripta, la persecución, el asesinato. Habían dado muerte al inocente que me atendía en el hospital, un mensaje claro de que yo sería la siguiente.

Pero no podía ser él. No el atractivo doctor Hardy.



## **Interludio**

*Debajo del cielo tan negro como diamantes*

*Nos estamos quedando sin tiempo*

***Darkside (Alan Walker)***

## **Nina**

Apaciguar a Martin resultó una tarea peor y más ardua de lo que me figuré en un principio. Mis caricias conseguían calmarlo... a ratos. No eran tretas engañosas, lo juro por encima del bien y del mal. Amaba a ese hombre y con cada entrega, con cada beso, solo pretendía contagiarle una pizca de esperanza. Porque pese al futuro incierto y negro que se dibujaba, no tan lejos como habríamos deseado, mi alma inmortal se empeñaba en adivinar felicidad, paz y supervivencia. Nos lo merecíamos. Y en ocasiones llegué a creer que lo lograba, que Martin sonreía al mirarme y sus ojos claros se llenaban de sosiego y de amor. Luego el huracán surgía de nuevo y yo dejaba de entender de dónde brotaba tanta rabia.

Tras nuestro encendido reencuentro, ambos nos habíamos pasado la noche en vela, fingiendo dormir pero con los cinco sentidos concentrados en

los ruidos de la habitación del fondo. Por si Anna intentaba huir. Por si intentaba algo, lo que fuera. No éramos estúpidos, ninguno se fiaba de ella, por descontado. Es posible que la bruja estuviese tan exhausta como yo y cayera como un fardo. No movió un meñique hasta que bien entrado el amanecer le dio por aporrear la puerta con los puños exigiendo ir al baño.

Martin sacó las piernas fuera de la cama con los ojos aun cerrados. Moviéndose con la torpeza propia de las neuronas enredadas. De rodillas a su espalda, posé una mano abierta en su hombro.

—No, deja, iré yo.

Me acarició superficialmente los nudillos. Un gesto mecánico y terminó poniéndose en pie.

—Mejor vamos los dos.

—No va a pillarme desprevenida.

—A mí tampoco, te lo aseguro.

Inspeccionó el baño anexo al dormitorio de invitados que habíamos adoptado como celda, retiró todo objeto que interpretó como peligroso, e hicimos guardia en el pasillo mientras Anna se aseaba. Rígidos, mudos y con los brazos cruzados sobre el pecho. Mirando la puerta cerrada con desconfianza. Mirándonos mal.

—Voy a traerle algo de ropa interior limpia —sugerí para romper el hielo.

—No creo que le sirva —rugió Martin con voz rota.

—Ya. Bueno, tendré que bajar a comprarle algo. Y si vamos a viajar... necesitaré ropa y zapatos, lo imprescindible.

—Iré yo. Quiero buscar alguna que otra cosa que nos será muy necesaria.

Iba a replicar pero el chasquido en la cerradura me alertó de que Anna salía y preferí cerrar la boca. Sumisa y callada, se metió en la habitación sin que se lo ordenásemos.

—Te prepararé algo de comer —alcancé a decir mientras Martin giraba con fuerza la llave.

—Mejor se lo racionamos, si puedo elegir, prefiero asegurarme de que no esté muy fuerte.

—Un café y un poco de pan con mantequilla, negrero, ningún banquete —respondí entendiéndolo en el fondo.

Dirigí mis pasos hacia la cocina sintiendo el calor de Martin pisar mis talones. Lo conozco bien, estaba furioso, luchando consigo mismo para

controlarlo. Preferí discutir con la cafetera y callarme mis disculpas.

—Aún no concibo que llegases con ella.

—Lo hice por Will. Por Stella. Ya sabes por qué lo hice —rematé con hostilidad—. No entiendo por qué tiene que afectarte tanto. ¿Habrías preferido que la asesinara y te trajese su cabeza en una bandeja de plata?

—No, desde luego que no.

O lo que es lo mismo en idioma macho alfa, *“no sé qué narices quiero. Quiero seguir enfadado, remando entre chutes de adrenalina porque es lo que pega, cualquier cosa absurda, antes de dar mi brazo a torcer”*.

—¿Te apetece un café?

Dio media vuelta y caminó despacio hacia nuestro dormitorio.

—Lo tomaré en la calle. Cuanto antes salga, antes volveré. No me tranquiliza en absoluto dejarte sola con ella aquí.

—Te recuerdo que le has dado cuatro giros a la llave.

—No basta. Anna es peligrosa.

—Yo también —masqué ofendida—. Con solo no haber ido primero a por Rice en lugar de a por ella ...

Martin se detuvo y me dedicó una sonrisa triste y perdida por encima del hombro. Fui consciente de que todavía estaba en shock con mi fuga y mi vuelta acompañada. Que debía respetar sus dudas y concederle tiempo. El que hiciera falta.

—No te tortures —me dijo—. Gracias a eso que tú llamas fallo, podemos contarlo.

—Dirás “puedes”. Soy yo la que sigue viva.

—No, Nina. He dicho “podemos”. Porque si a ti te pasara algo... yo no te sobreviviría.

De eso hacía unas dos horas y el dulce rastro de ternura de sus palabras, aún acariciaba mi piel. Anna solo aceptó el café y un poco de agua. Se había sumido en una suerte de estado catatónico o depresivo que me hizo dudar de si viajar hasta Londres cargando con ella, serviría para algo. Al ir a recoger la bandeja de su desayuno, aunque la obediencia digamos que no anida en mi naturaleza, seguí las instrucciones de Martin y me mantuve en el umbral, a salvo, apoyada en el quicio de la puerta.

—Empújala con el pie —le ordené manteniendo las distancias.

Lo hizo. Sin rechistar. Sus ojos azules miraban opacos.

—¿Te... apetece ducharte?

Negó con la cabeza. Reptó hasta el colchón que le habíamos organizado en el suelo y se dejó caer en el borde con las manos escondidas bajo el trasero. Abatida y rota.

—¿Te encuentras bien?

—Quiero que esto acabe. Lo antes posible.

—No será sencillo.

—Eso lo tengo asumido —balbuceó.

—Me refiero a escapar. No será fácil convencer a Martin de que te deje ir cuando esto acabe.

—Si acaba.

—Sí. Si acaba —repetí en un eco.

—Tenemos un trato. Tú y yo tenemos un acuerdo —replicó con algo más de energía. Me mordí el labio inferior y asentí.

—Hay gente implicada fuera de ese trato. ¿Sabes cuál será la reacción de Will cuando... te vea?

Anna hundió la cabeza en el esternón. Desde mi posición en línea de meta, pude ver cómo temblaba.

—La imagino.

—No, no creo que llegues a imaginarla, Anna, porque tú mataste a su mujer. Tú, alguien que no ha amado nunca.

Creo que sus ojos llegaron a mí antes que su cabeza. Fueron dos saetas brillando de fiebre, despegando del suelo donde estaban clavados, para taladrarme. Anticipé su movimiento antes de que lo iniciara. Supe que saltaría y se abalanzaría contra mí, de modo que propiné una patada a la bandeja, salté por encima y cerré la puerta con todas mis fuerzas. Mientras aseguraba la cerradura con dedos entrenados, la firme madera recibió sus puños desde dentro.

—¡Yo sí he amado! ¡Más de lo que podrás imaginar jamás! ¡Más de lo que tú serás capaz de llegar a amar, viva o muerta! ¿Me oyes? ¡Porque todo lo que hice lo hice por amor! ¡Por amor, Nina, maldita seas!

Estaba a salvo. No tenía nada que temer y sin embargo me encogí. Pegada a la pared que me separaba de ella y de sus gritos, dejé que mi espalda resbalase hasta quedar sentada en el suelo. Luego, tiritando, abracé mis rodillas, escondí la cara y lloré.

Martin no volvió de la calle con las manos vacías. Apareció hermoso y despeinado, con el cuello del abrigo de cachemira subido y las mejillas encendidas por las prisas y el estrés que le ocasionaba la situación. Martin era racional, meticulado y pasional, cuadriculado a veces. Estaba acostumbrado a resolver, sí, pero acorde con la ley. Yo era la rebelde sin causa que burlaba las reglas para sobrevivir. No podíamos ser más distintos. Me miró largamente antes de soltar las bolsas que traía en las manos y despojarse del abrigo. Yo estaba en la cocina peleando con una olla de agua hirviendo empeñada en no ayudarme en mi intentona de cocinar. Creo que leyó la desesperación en mi cara. Se acercó a rodearme con sus largos brazos y besó mis sienes.

—¿Todo bien?

—Bajo control.

—¿Se sigue portando? —Estrechó con suavidad el lazo. Me estremecí.

—Por mucho que nos asombre, así es. Parece arrepentida, poco a poco entra en una especie de limbo... no sé, Martin, no sé si finge.

—No te fíes, prohibido bajar la guardia.

Dio un paso atrás y todo mi cuerpo acusó el abandono con un escalofrío. Tras la experiencia en el castillo de Lord Malcom solo me sentía segura a su lado. Demencial, lo admito.

—He traído algo de ropa. Me temo que tendrás que darme el relevo en esto de las compras y ocuparte del resto, no llego mucho más allá de la ropa interior exótica, algo que jamás compraré para... Anna.

Suspiramos al unísono.

—Te cuesta decir su nombre.

—Me costará de por vida. Me costará asumir que ese monstruo sin conciencia que tengo encerrado al fondo de pasillo es la misma chica dulce y complaciente con la que estuve diecisiete años estudiando, trabajando, viviendo.

Torcí la boca en una mueca desagradable.

—¿Complaciente?

Diría que Martin se ruborizó antes de morderse los labios.

—No estuve muy acertado a la hora de elegir adjetivo. Lo siento.

Para rebajar el nivel de tensión, me puse a revolver el interior de las bolsas.

—¿Qué has comprado?

—Un par de vaqueros, tres jerséis de lana gruesa, un anorak y... esto.

Concentré toda mi atención en un diminuto aparato que Martin me mostraba. Digamos que no soy demasiado sagaz con la tecnología.

—¿Y eso es...?

—Una cámara de vigilancia que pienso instalar en su cuarto mientras esté en el baño.

Me quedé estupefacta.

—¡Te has vuelto un *voyeur*! ¿Echas de menos las tentaciones de La Cripta?

—Por favor, cielo... Esto no tiene ninguna gracia. No pienso pasar por alto ni el menor de sus movimientos.

Me acerqué a él, lo rodeé mimosa y con los brazos encarcelé su cintura. Dejé caer la mejilla en su espalda dura y poderosa.

—Está encerrada, deberías destensarse.

—No voy a destensarme hasta que pongamos los pies en Londres, la arrastre de los pelos hasta las criptas y demos con el cuerpo de Stella. Si descubro que es una trampa tendrán que atarme para convencerme de que espere a la policía.

Tragué saliva. Martin aún creía a ciegas en la justicia humana contra los crímenes de Anna. Preferí callar a enzarzarme en una discusión agria que no nos conduciría a ninguna parte.

—La cuestión es ¿cómo vamos a sacarla de Estados Unidos?—preguntó en un susurro.

—Está claro, con documentación falsa.

—¿Y cómo...?

—Conozco gente que nos la preparará gustosa. Para los tres, así no dejaremos rastro. Podemos elegir el nombre que más nos guste.

—¿Cuánto...?

—Varios miles de dólares.

—No me refería al precio, el dinero no me importa. ¿Cuántos días tardan?

—Supongo que no más de un par de ellos, necesitaré unas fotos. Paciencia, cariño, paciencia.

Nos fundimos en un interminable abrazo que fue como lluvia en el desierto.

—No es justo —se lamentó a media voz—. Deberíamos estar cenando juntos en algún lugar bonito. Tú estarías preciosa, con un vestido de seda verde como tus iris. Sonarían violines de fondo y brindaríamos con champán



diseñando el itinerario de nuestro próximo crucero. Te haría el amor cada noche sin temor a que fuese la última, a que algún loco desequilibrado que se cree Dios aparezca a probarnos cuan cruel puede ser la existencia.

—Martin... Lo siento. Siento todo esto, que por seguirme hayas tenido acceso a una información que ignorabas y que no trajo más que infelicidad. Cree que si pudiese dar marcha atrás y borrarlo todo...

—No digas tonterías. Tenerte es lo principal. No reniego de ningún paso andado, lo firmaría aquí y ahora, repetirlo, segundo a segundo. Anna estaba tan cerca... y yo tan lejos de entender el horror que se avecinaba...

—Es curioso. Hoy... por un momento... —sacudí la cara—, sentí una vieja conexión con ella. Fue como cuando éramos crías y jugábamos corriendo por la calle. Como cuando adoptamos un cachorro de gato hambriento y lo bautizamos Nian porque era el nombre de las dos.

Martin se distanció unos palmos mirándome horrorizado.

—No digas eso. No lo digas ni en broma. Anna es y siempre será, nuestra peor enemiga



## **Aclaremos las cosas**

*Y con la lluvia*

*Llega un río que corre salvaje y*

*Crearé un imperio para ti*

***Empire (Of monsters and men)***

## **Will**

Acordamos vernos en un pub. Los ingleses y su vida completa, de mañana a noche, dentro de los pubs. Creí que debía excusarme por un comportamiento que no podía perdonarse. Me estaba portando con Amber como un auténtico cerdo y, el que la mayoría de los tíos asumieran así de libremente sus aventuras sexuales con semidesconocidas, no tranquilizaba mi conciencia. Necesitaba con urgencia recuperar la normalidad, soltar cuatro o cinco frases inspiradas que me hicieran parecer mejor persona, sentir que no estaba jodiéndola todo el tiempo, que podíamos volver a colaborar en la investigación que me había traído hasta Londres. Liarme con ella había sido lo peor, típico de un tipo que piensa con la entrepierna. Ese no era yo. Al

menos, no la mayor parte del tiempo.

Pero quince minutos después de la hora fijada, Amber aún no había aparecido. Mi vergüenza fue enorme, inmensa como para cubrirme de pies a cabeza. Me merecía el plantón, que no quisiera saber nada de mí. Y si Amber me cerraba las puertas de Scotland Yard, meter las narices en las diligencias policiales se haría cuesta arriba.

Pero no. Tampoco era eso. No eran interés y conveniencia todo lo que me movía hacia ella. Amber era... especial, dulce y áspera a un tiempo, sensible y poderosa. Valiente, decidida. Era mucho de lo que admiraba en una mujer. Pero no era Stella.

Dejé un billete de cinco libras arrugado sobre la barra y cogí la puerta dispuesto a perderme. Aún no había girado la esquina de la calle cuando la escuché llamarme a lo lejos. Antes de volverme me lo pensé tres veces.

—¿Ya te ibas? ¿Tan pronto?

No respondí de inmediato.

—¿Qué haces? ¿Tratas de hacerte el interesante? —insistió.

Metí las manos en los bolsillos para mantener el control.

—No. Simplemente llegaste tarde.

—Pudiste esperarme, el tráfico es demencial a estas horas... Bueno, no pensé que un mero retraso tuviese tanta importancia.

—Cuando vas a llegar tarde, una llamada al móvil es de buena educación. Básica, inglesa —recalqué mordaz.

—Me citaste desde el hotel, no tienes móvil. Y si te compraste uno nuevo, aún no has tenido la delicadeza de pasarme el número —se mofó un poco más dueña de la situación.

Cierto. Tocado y hundido.

—¿Nunca has llegado tarde a ningún sitio, señor Perfecto?

—No cuando me importa mucho. Si algo me importa, llego media hora antes.

Me costó escuchar mis propias palabras. ¿A dónde demonios quería ir a parar? ¿Por qué le reprochaba todas aquellas cosas? Sonaba como si me ofendiera su dejadez. Era estúpido, injusto, era de locos.

—A lo mejor no eres tan irresistible como te piensas.

—A lo mejor —repetí duro—. Pero quiero que sepas que yo espero diez minutos. Ni uno más.

Amber puso los brazos en jarras y me miró confusa.

—¿De qué va esto? ¿Arrogante de nuevo, como el primer día?

¿Volvemos al cero?

Manoteé en el aire, justo delante de su cara.

—Mejor será que lo dejemos, no tiene mucho sentido. Quería explicarte, quedar...

—Quedar bien, claro —apuntó con desencanto. No podía quitarle la razón, la tenía toda.

—Quedar como amigos. He vuelto a meter la pata... supongo.

Di media vuelta. Huir era buena idea. Quizá hasta largarme de Londres. Mis pasos giraban en círculo sin avanzar en ninguna dirección. Todo aquello era una mierda de marca mayor y yo, el primer imbécil de la historia. Hacer el ridículo, pringarme hasta las cejas, no iba a devolverme el amor que perdí.

Noté cómo los dedos de Amber se cerraban en torno a mi brazo y tiraban. No quise detenerme. Ella insistió con más fuerza. No pudo frenarme, pero al menos hizo que la mirase. Sus ojos fueron como un taladro de diamante a los que no pude resistirme. Me quedé enganchado, el suyo era un lazo al que no sabía oponerme.

Cuando quise darme cuenta, la estaba besando.

—Escúpelo ya.

Le di dos vueltas a la jarra de cerveza helada con los viejos mapas de los túneles quemándome en el bolsillo de la chaqueta.

—¿El qué?

—Toda tu rabia, estás furioso, no sé si conmigo o contigo pero escúpelo ya, por el bien de todos.

De un manotazo me desordené el pelo.

—Estoy haciendo muy mal las cosas, no he venido a Londres a buscar emociones ni a empezar una relación, lo siento, he venido siguiendo un rastro, a rescatar el cuerpo de Stella y a descubrir si las muertes de esas chicas están relacionadas con los ritos que se celebraban en La Cripta. ¿Y sabes lo que he conseguido?

—Meterte en un lío de cojones... supongo. Vale, enredarte conmigo.

Bajó los ojos avergonzada y por enésima vez me sentí tremendamente culpable.

—Nada. No he avanzado un solo centímetro, joder. De repente he perdido el olfato, estoy ciego, sordo y sin rumbo. Si voy a seguir malgastando

el tiempo será mejor que regrese a los Estados Unidos.

—No quiero que te vayas, de verdad que no quiero. —Volvió a rogarme pero esta vez, sin atreverse a establecer contacto físico—. Me haces falta, tampoco sé cómo salir de este atolladero.

Me la quedé mirando queriendo saber si se refería a la investigación o a nosotros. No llegué a preguntárselo. Abrir la boca y dejar salir la primera frase habría implicado muchas cosas que deseaba blindar. Sentía algo por Amber, una conexión que no quería sentir y no era solo cuestión de traicionar mi amor por Stella. Era puro afán de supervivencia.

Una vez había amado y las consecuencias fueron la destrucción absoluta, el vacío más negro. No pensaba abrir mi corazón de nuevo, flaquear para volver a romperme y menos tan pronto. Además... Estaba esa voz... Esa voz dulce y angustiada tras la línea del teléfono, una voz como un hilo gritando mi nombre. ¿Tan loco estaba? Mi cuerpo quería entregarse, claro que quería, Amber me tentaba con cada movimiento. Eran mi corazón y mi conciencia los que no deseaban ceder a ese desahogo, porque era una válvula de escape a mi insoportable presión, solo eso. Y Amber merecía mucho más.

Nuestros ojos vagaron un rato por las paredes y por el techo, buscando dónde posarse y parecer espontáneos. Las jarras giraron nerviosas sobre los gastados tableros de las mesas. No sabíamos qué decir ni cómo romper aquel hielo que se engrosaba por momentos.

—Yo... No estoy cómodo —reconocí al fin en voz muy baja.

—No me digas. —Arqueó las cejas sarcástica.

Muy incómodo, mucho. Conmigo mismo y con mis emociones, con la confusión que me aturdí, algo que jamás me había pasado. En lo tocante a mujeres, la clarividencia fue siempre la clave. Sabía que no estaba enamorado, me gustaban pero no había amor, eso estaba claro. Y cuando lo hubo, lo dije, lo expresé con todo mi cuerpo, con las manos, con la mirada, con los cinco sentidos. Lo de Amber... no tenía explicación. Funcionaba como si un elemento sobrenatural con el que no contaba tirase de mí hacia ella, obligándome a batallar contra unos sentimientos que me venían grandes por inconvenientes. No se trataba tanto de sentir o no, sino de no querer sentirlo.

Suspiré hondo. Ella hizo otro tanto mezclándolo con un gruñido.

—Detective... Lo veo agobiado.

—En serio que no estoy para burlas.

—Puedo esperar, ya sabes... a que estés del humor correcto para un

revolcón. Soy una chica paciente.

La miré inquisitivo. Quería que supiera que no me engañaba con su falsa pose de mujer libertina falta de interés. Su energía gritaba necesidad, vínculo, todo lo que yo en la vida podría darle.

—Ni siquiera sé qué haré con mi día mañana.

—Por eso mismo no deberías tomarte esto tan en serio. ¿De verdad no puedes relajarte y simplemente dejar que pase?

No, no podía.

—Mira, admito que me gustas. Me gustas mucho.

Ella se recostó interesada contra el respaldo de madera de su asiento.

—¡Vaya, gracias! Una grieta en la pétreo pared del iceberg.

Me mojé los labios resecos. Empezaba a entender el recurso de Amber al sarcasmo para disfrazar la frustración y los nervios.

—También admito que he propiciado un acercamiento de lo más inconveniente.

Amber levantó una mano y yo agradecí en el alma la interrupción. Callé de inmediato.

—Hablamos de un revolcón terapéutico, no de una promesa firme de matrimonio.

¿Por qué sería que no me terminaba de tragar su serenidad? Su boca sonreía, sus frases eran amables, pero el brillo de sus ojos latía como laten la rabia y el despecho.— Podría... podría engancharme —musité con la boca pequeña.

—Ya. De la noche a la mañana. Por amor del cielo, no soy tan seductora.

—Lo eres, Amber, una chica muy especial.

Por la expresión de su cara no se diría que estuviera complacida. Normalmente me cuesta entender a las mujeres, pero debo admitir que aquella ocasión fue de las peores que recuerdo.

—Esos elogios ya los he oído otras veces, ahórrame los detalles porque sé que nunca llegan a ninguna parte. Me consta que estás jodido, que tienes abiertas las heridas, que la querías muchísimo.... No soy estúpida del todo, Will, puedo imaginar cómo te sientes.

Mantuve cerrada la boca. Preferible la postura más cobarde del mundo, a abrir la veda de las palabras inadecuadas.

—Yo solo quiero descubrir qué pasó, si su cuerpo está o no aquí, en Londres.

—Vaya, eso es nuevo. ¿Expatriaron el cadáver?

Me molestó que no recordase los detalles. Lo sé, injusto, pero me sublevó.

—No. Te dije que lo robaron de la morgue.

A partir de ahí se nos abrió una pausa como las fauces de un monstruo mitológico, que se lo tragó todo. Y a mí, el remordimiento me mojó la boca como una mala saliva. El regusto amargo del que siempre escapas. Al final, sin pedir disculpas, Amber tomó las riendas de la conversación moribunda.

—Si acepté verte fue por algo más que por una estúpida disculpa caballeresca —arrancó con un carraspeo—. En realidad, ha aparecido otro cuerpo.

Me tensé y me puse en pie olvidando que tenía delante una recia mesa de madera.

—¡Vamos!

Ella hizo un gesto vago con la mano.

—Tranquilo, vaquero, ya lo han retirado. Está en el depósito. Más de lo mismo.

Volví a sentarme incapaz de disfrazar mi decepción.

—¿La escena del crimen?

—Nada significativo, como siempre. Seguramente no fue donde la mataron. Demasiado limpio para la carnicería que llevaba encima la pobre chica.

Le dirigí una mirada de hondo reproche.

—No me avisaste.

—Te lo cuento ahora.

Acerqué mi cabeza a la suya por encima de la mesa.

—Ahora es tarde, has impedido que asistiera al levantamiento del cadáver. ¿Dónde diablos está la colaboración de la que tanto presumíamos?

Amber tragó saliva con dificultad. Esquivó mi mirada clavando la suya en sus manos morenas.

—De acuerdo, lo admito, estaba dolida contigo. Dolida, furiosa, enfadada... Tienes razón, nuestra pequeña aventura romántica está afectando a nuestra profesionalidad. Y no podemos dejar que pase.

Me miró directamente a los ojos con una intensidad absorbente. Tan profunda y tan distinta que me dio miedo. Fue como si un dementor me aspirase el alma y me descubriera preguntándome quién era en realidad Amber O'Brien detrás de su fachada distante.

—Necesitas saber ¿verdad?

—Lo necesito —afirmé convencido.

—Sonará ridículo, pero empiezo a entenderte.

—De acuerdo, olvidémonos de mí, déjame al margen por un minuto.

Esta investigación es una auténtica basura, una mancha en tu expediente, Amber, no avanzáis, no estáis sacando nada en claro ¡ni siquiera estáis investigando!

Ella se retorció ofendida en su silla.

—Claro que lo hacemos ¿tú qué sabes? Ni que pasaras conmigo las veinticuatro horas del día. Tú no sabes de lo que es capaz mi gente, ni de cómo se están dejando la piel en los callejones tratando de...

Noté cierta acritud en esa frase hecha que sonó a reproche. Bajé discreto los ojos.

—No, claro que no, pero ha aparecido otra chica muerta, no hemos sido capaces de evitarlo.

—Estabas al margen, Bass, recuerda, tú mismo lo has dicho. Solo te permito participar por cortesía profesional y porque... bueno, porque eres un tío valiente que arriesgó su vida para salvar la mía —se colorearon sus mejillas—, pero no te emociones.

—Amber, no aplicáis el menor método en este caso.

—Ni en ninguno, si de mí depende. Oye, no esperes mirarme y ver la típica inglesita medio neurótica, obsesionada por el orden y el método, esa no soy yo. Me metí a policía porque tengo olfato y cuando lo sigo, si me mantengo atenta a mis propias señales y doy rienda suelta al instinto, un escalofrío, una idea súbita que se cruza como un rayo... resuelvo casos. No he llegado joven a donde estoy por casualidad.

—También yo soy este tipo de sabueso, puedo entenderte, te lo aseguro. Y somos los mejores. Es solo que este asunto me trae de cabeza y me siento tan... inútil.

—Tu enfoque está distorsionado, Will, perdona que te lo diga. Demasiada implicación emocional, me temo.

Lo pronunció con sequedad y volvió a ocuparse de su cerveza. Entonces lo vi claro. Fue como un fogonazo molesto delante de los ojos.

—No escarbas porque ya sabes quién lo hizo ¿verdad?

Arqueó las cejas con sorpresa y la jarra suspendida en el aire.

—Tú ya sabes quiénes son los responsables de estos crímenes —volví a sentenciar. Sus labios se apretaron en una fina línea—. La gente de los



túneles.

Desvió rápido la mirada. Sus pestañas aletearon nerviosas queriendo escapar. Atrapé su antebrazo y clavé los dedos en su carne tibia. Sus ojos ámbar soltaron un destello y me atravesaron.

—Lo sabes —repetí.

—Son peligrosos, Will —susurró dolida—, no podemos contra ellos. Es una misión que nos supera. No enfrentaré a mi gente a una muerte segura, no lo haré.

—¿Sabes lo que son? ¡No son hombres! ¡Son demonios! —siseé mirando alrededor por si nos espiaban. Amber echó atrás el cuerpo hasta apoyar la espalda en la pared.

—Por favor, estamos en el siglo XXI.

No le permití huir. El garfio de mis dedos se hizo brutal, violento.

—¡A ellos les da lo mismo!

—Solo son fanáticos locos tratando de vivir su sueño grotesco, resucitar a Lucifer, menuda estupidez. El problema es que son muchos y muy salvajes. O encontramos a los cabecillas y acabamos con ellos, o nos exterminan. Frente a una organización como la suya, no somos más que hormigas.

—Voy a bajar a esos túneles —repetí con la mayor determinación. Amber me dirigió una mirada preocupada.

—Lo haremos, pero yo te diré cuando.

—Estoy perdiendo demasiado tiempo, Amber ¿es que no lo entiendes?

—Te entiendo, pero yo conozco esos laberintos y conozco esta ciudad. Tienes que prometerme que me esperarás, que no intentarás nada estúpido y suicida por tu cuenta. ¡Prométemelo!

Me resistí un par de minutos durante los cuales, la chica morena no dejó de observarme con ansiedad. Tuve la tentación de alargar la mano y posarla sobre su pelo. Habría sido tan sencillo cerrar los ojos, dejar los dedos correr por aquellas apretadas trenzas e imaginar... Pero no. Me contuve todas las veces que quise hacerlo, porque Amber era ella misma y no merecía pasar por sustituta de nadie solo para apagar el fuego que me ardía en las entrañas.

—Prométemelo —repitió ansiosa.

—Te lo prometo. Esperaré a que des carta blanca, pero te lo advierto. Mi paciencia se limita a un par de días. Organiza lo que tengas que organizar o el primer movimiento, lo haré solo.

Acompañé a Amber hasta su portal, donde nos despedimos con una torpeza propia de quinceañeros inexpertos que no saben bien dónde besarse. Después de haber conducido por todas sus curvas, de haber lamido su piel de extremo a extremo, de haber penetrado su vientre entre sudor y jadeos, ahora no sabíamos si dirigir los labios a las mejillas o a la boca. De nuevo me refugié en mi ratonera esperando noticias de Martin. Los nervios me devoraban la boca del estómago, salí a dar una vuelta, a tomarme algún whisky en un garito escondido, vagabundeeé por el barrio hasta que de nuevo anocheció. Envié tres mensajes que no obtuvieron respuesta. Era demasiado pronto y yo demasiado impaciente.

Hasta que me topé con un cartel publicitario pegado en un muro, que en otras circunstancias me habría pasado por completo desapercibido.



## Un breve mensaje

*Cuando dijiste “estoy hecha un desastre”*

*respondí bajo mi respiración:*

*esta noche estás... perfecta.*

***Perfect (Ed Sheeran)***

## Will

Toda mi vida, desde que perdí la inocencia, he sido un descreído. Y me vanagloriaba de ello, de no ser víctima de creencias que no tienen apoyo real, de supersticiones que otros creen a pies juntillas y mi mente solo consideraba estupideces. Aún así, por encima de todo el peso de mi vergüenza, me encontré golpeando la aldaba de una puerta antigua del barrio de Mayfair tras la cual, según todos los indicios y los carteles pegados en los muros, se escondía una vidente de gran renombre.

Una pitonisa. Una charlatana. Probablemente una estafadora sin escrúpulos. Y yo venía envuelto en desesperación, derecho al suicidio.

La puerta se abrió sola sin el menor sonido. Nadie me esperaba tras la

gruesa madera, solo un recibidor victoriano cargado de maderas nobles oscuras. Me negué a dar un paso. Lo cierto es que me petrifiqué en el umbral como si avanzar supusiera internarse en la ultratumba de la que nadie jamás vuelve. Estaba pensando en dar media vuelta y largarme, cuando una silueta de mujer se dibujó ante mis ojos.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

Tenía la voz rasgada de una cortesana renacentista. Iba vestida de plumetti blanco con un traje largo hasta los pies. Mangas de farol y cuello alto de volantes. Era joven, hermosa, y me miraba con curiosidad. De repente me sentí de lo más absurdo. No por lo que aquella empleada o secretaria pudiese pensar de mí, al fin y al cabo era un cliente en potencia y eso significaba libras frescas. Era por las razones que me habían impulsado a romper todas mis reglas de cordura.

—¿A quién busca, caballero? —insistió con prudente amabilidad. Detecté, sin embargo, una nota de impaciencia en su tono.

—A Madame Sorella.

Sonrió de medio lado.

—Pase, se lo ruego. Ahí fuera hace mucho frío. —Me dio la espalda y desfiló corredor adelante. Parecía no pisar el suelo—. ¿Una taza de té?

—No es necesario, gracias. La verdad es que puede...

—Madame Sorella estará con usted en unos minutos —me interrumpió mostrándome unos incómodos sofás de terciopelo carmesí donde hice lo posible por sentarme—. Doy por hecho que no tiene cita.

—La verdad es que no, es de una grosería inaceptable. Mire ¿sabe qué? —me incorporé de un salto—. Creo que lo mejor es que vuelva otro día. Sí, pediré hora y...

Su mano, blanca y esbelta, se apoyó en mi hombro, tan firme como si fuese hormigón. Empujó hacia abajo y me obligó a tomar contacto con el sillón.

—No se preocupe. Sé detectar un caso urgente con solo verlo.

Dejó en el aire la ofensiva sentencia y desapareció por una puerta a la derecha. El silencio de aquella mansión era sepulcral, intimidante, e instintivamente, me llevé la mano a la sobaquera donde descansaba mi arma. Seguía siendo poli, por encima de todas las cosas. Me pregunté de pasada qué habría pensado Amber de saber que me encontraba allí.

—Pase, señor Bass.

Joder. Era la misma voz de antes y yo no recordaba haberle dicho mi

nombre. O quizá sí, estaba un poco confuso, como si al respirar el aire viciado de aquella casona, un narcótico de perfume inofensivo y dulzón se me colase dentro y me trastornara. Tuve ganas de salir corriendo.

Pero en lugar de hacer lo que mi cerebro lógico me gritaba, seguí la estela de su llamada y me interné en la biblioteca donde ardía un majestuoso fuego de chimenea. La misma chica vestida de blanco, aguardaba sentada ante una pequeña mesa de palisandro, jugueteando con una baraja de cartas.

—Puede sentarse.

—¿Madame...?

—Soy yo, como habrá deducido.

—¿Usted es Madame Sorella?

Se dignó a despegar un segundo los ojos de la baraja.

—En efecto.

—Disculpe el atrevimiento, pero está usted sola y recibe en su casa a un extraño...

—¿Quién le ha dicho que estoy sola? —Soltó una breve carcajada que me heló la sangre—. No lo estoy, en absoluto. Cuénteme qué le atormenta. Y para que cese ese ruido infame que tiene tras la frente, le aclaro que no, nunca llegó a decirme cómo se llama. Pobres serían mis poderes si no fuese capaz de averiguar un dato tan nimio.

Tragué saliva. Acababa de convencerme... de lo que fuese.

—Madame Sorella. Hay una persona... una mujer...

—Su amante —me guió con templanza.

—Ella... ella sufrió un terrible accidente ¿sabe? No hace mucho, en Estados Unidos. Murió.

Sorella enarcó una ceja con sorpresa. Las cartas seguían resbalando entre sus afilados dedos.

—Continúe.

—El caso... —bufé y me mesé el cabello con ambas manos, enterrando las uñas en el cuero cabelludo. Los fragmentos en los que un día me rompí, se ensuciaron con las cenizas de unos recuerdos que aún dolían mucho. Demasiado—, es que hace un día... unas horas, no sé... recibí una llamada de teléfono. Era ella. Sé que no puede ser, pero juro que escuché su voz tan clara como la veo a usted ahora.

Se abrió una pausa pesada e incómoda. Me sentí ridículo.

—Debo de estar volviéndome loco.

—No ¿por qué?

Iba a forzarme a contarlo de nuevo. Mis silencios llenos de fantasmas se rebelaron en masa.

—Murió entre mis brazos. Le aseguro que si alguien en este jodido planeta sabe que Stella murió, ese desgraciado ser, soy yo.

Sorella suspiró, apartó las cartas a un lado, me miró por última vez con una mezcla entre compasión y aburrimiento y luego cerró los ojos despacio. En un puñado de segundos, sus manos se habían crispado alrededor del borde de la mesa y sus nudillos estaban blancos de tanto apretar. Su frágil cuerpo se convulsionaba con tanta violencia que estuve a punto de saltar sobre ella para detener el temblor. Pero yo mismo no era capaz de moverme. Mi sistema nervioso en paro, mis músculos sin reacción. Todo empeoró, cuando con una voz que no era la suya, la vidente suplicó un clarísimo.

—Ayúdame.

La conmoción se apoderó de mí. Se me secó la garganta, se detuvo mi corazón. Sonaba igual que ella. Durante un puñado de segundos, solo pude oír mi respiración entrecortada.

—¿Dónde estás? —gemí— ¡Dime dónde estás!

—Esta chica..., su chica...

—¿Pero qué puedo hacer? ¡Dígame qué puedo hacer! —grité al final, absolutamente fuera de control.

—Se encuentra en una situación horrible. Espantosa.— De nuevo era Sorella quien hablaba. Aún con los ojos cerrados, todavía sus dedos como garfios alrededor del borde de la mesa—. Tiene que ayudarla.

Gracias por insistir en lo obvio. Tuve ganas de estrangularla pero en lugar de eso, estampé la mano abierta contra el tablero. La baraja completa voló por los aires y cayó al suelo en un suave planeo.

—¡Quiero hacerlo! ¡Sí, quiero hacerlo! Pero ¿cómo? ¿Cómo?

—Está fuera de su alcance. Primero debe encontrar el modo de reunirse con ella.

Más metas inalcanzables. Más indicaciones oscuras. No podía hacerlo, no podía aunque fuese lo que más deseaba en el mundo. Noté que las palmas de las manos se empapaban con sudor.

—¿Dónde está? ¿Dónde? Ayúdame, se lo ruego. Por lo que más quiera, le pagaré lo que me pida pero ayúdame.

Sorella abrió sus grandes ojos y me miró sin verme.

—Ella... ¡No puedo! Apenas logro enfocarla, es como si se desvaneciese, su alma se esfuma igual que el humo.

—¿Está viva?

—No podría afirmarlo.

—¡No me ha dicho nada! —acusé con un alarido, incorporándome de un tirón violento— ¡Joder! ¡No me ha dicho nada!

—Le he dicho lo que ella ha permitido que le diga —replicó súbitamente seria—. Ahora, haga el favor de marcharse. No le queda nada más que hacer en mi casa.

—¡Tiene que darme algo! —insistí luchando por contener la desesperación— Una pista, una dirección, un nombre... Deme una dirección. Dígame si la trajeron a Londres. ¿Dónde está? ¡Dígamelo! —troné.

—No lo sé —silabeó poniéndose en pie y caminando lánguida hacia el recibidor—. Y créame, me gustaría saberlo.

Tras mi explosión de furia dejé caer la cabeza. Derrota en mayúsculas y letras de neón. Mi mentón golpeó el esternón. Opté por seguirla. No iba a ganar nada amenazando a una mujer que estaba al margen de casi todo.

—Ya me voy, no se asuste. Disculpe el espectáculo y dígame qué le debo.

—Nada, señor Bass. No tiene que pagarme nada.

Le di la espalda abochornado por el circo que acababa de montar, tan impropio de mi frialdad y mis nervios controlados, pero aún tenso y temblando. Cerré mis manos en dos puños apretados, dispuesto a irme.

—Señor Bass...

—Dígame. —Preferí no volverme a mirarla.

—No deje de intentarlo.

La puerta de la calle ya estaba abierta y fuera, un cielo plomizo y viscoso había engullido los últimos rayos del sol. Noté la angustia retorcerse alrededor de mi espina dorsal como una serpiente venenosa. ¿Qué había hecho? Ahora estaba mucho peor que antes. El ilustre barrio de Mayfair en penumbras se tragó mis rincones más oscuros. En cuanto la puerta de Sorella se cerró a mi espalda, sin pararme a pensar si la hora era o no respetuosa y adecuada, marqué el número de Amber.



## **Sorprendentes revelaciones**

*y en el momento en que te alejas de mí, deambulando,  
quiero sentirte entre mis brazos de nuevo.*

***How deep is your love (Bee Gees)***

### **Nina**

El vuelo transoceánico en plan agentes del FBI camuflados escoltando a una peligrosa asesina, queriendo parecer un trío normal, fue espeluznante. A Martin la tensión se le notaba a la legua. La mía podía mascarse. Solo Anna se mantenía impertérrita, oscura e inexpresiva, sin permitirnos acceder a sus pensamientos, pero obedeciendo. Callada, sumisa, sin poner en entredicho ninguna instrucción. No sabía si creérmela. Yo trataba de adelantarme a sus intenciones, adivinándolas, malpensando, haciendo cábalas acerca de su plan de huir en cuanto pusiéramos un pie en los túneles del subsuelo de Londres. Podía o no saber dónde guardaban el cuerpo de Stella. Quizá no fuese más que un farol con el que animarnos, ganando así tiempo y una ínfima posibilidad de escape. Y digo ínfima, porque con independencia de la loable opinión de Martin, empeñado en acudir a la policía para hacer justicia con los



métodos tradicionales, yo ya había tomado una decisión y no daría marcha atrás. Acabaría con Anna con mis propias manos.

Y si Martin me abandonaba tras eso, asumiría las consecuencias. Porque lo que estaba escrito no debía ser alterado y para combatir al monstruo... debes convertirte en el monstruo.

La azafata nos sirvió café e infusiones. Era una inglesita estirada que se quedó medio bizca nada más ver a Martin. Le clavé unos ojos amenazadores de fiera salvaje en defensa de su territorio, que palidecieron en comparación con el odio que vertió Anna en su mirada. Sí. Aquella estúpida a la que habíamos encerrado en el último asiento, junto a la ventana, seguía deseando a mi hombre, comportándose como su dueña frente a cualquier aspirante a rival. La azafata, seguramente mucho más intimidada por ella que por mí, entregó las tazas a toda prisa y huyó pasillo adelante.

—Falta poco para aterrizar —susurró Martin a mi oído. Trencé los dedos de mi mano con los suyos. Su calor me reconfortó de inmediato. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza contra el respaldo.

—Lo estoy deseando.

Quería dormir, unos minutos al menos, recuperarme del espantoso agotamiento que me aplastaba, porque en realidad, los acontecimientos de los últimos días en Manhattan habían tensado mis fuerzas al límite de la demencia. El capitán Montgomery se presentó de improviso en nuestra casa (qué increíble, yo, siendo como era, refiriéndome al ático de Martin como “nuestra casa”, las locuras que comete el amor) para recordarnos con sutil ponzoña, que habíamos olvidado comunicarle mi reaparición. Nadie me había secuestrado, tampoco asesinado. Estaba de vuelta, sana y salva pero después de hacerlo corretear por toda la isla escudriñando rincones y callejones en mi busca, no tuvimos el detalle de ponerlo al corriente de las novedades. No podía decir que no tuviera su parte de razón.

Saludó con amabilidad, aceptó las muchas disculpas de Martin y un capuchino. Pero sentado en el sofá de piel, sus ojitos de halcón adiestrado no se apartaban de mí. Tuve que inventar a toda prisa una excusa creíble que justificara mi desaparición, que apenas si se mantenía en pie.

—De modo que al final de todo, después de casi matar de un disgusto a su novio... ¿su marcha se debió a una mera pataleta romántica?

—Dicho así suena estúpido e infantil —desvié la mirada hacia el suelo—, pero sí, yo no habría expresado mejor. A veces, tras una discusión, las parejas necesitan espacio.

—El señor Forrester no mencionó ninguna discusión. Y la nota que usted dejó, disculpe, pero tampoco iba por ese camino.

Mierda. La nota. Mi momento de debilidad romántica.

—Bueno, porque hay datos que usted desconoce —fingí sonrojarme. Martin contenía a duras penas sus ganas de intervenir—, circunstancias íntimas que tendrá a bien permitirme no desvelar...

Montgomery sofocó un hondo suspiro. Era evidente que me tenía por una canalla mentirosa pero su amistad con Will pesaba demasiado.

—Acláreme cuál era su relación con el club de La Cripta, señorita Gautier.

—Ninguna —respondí con toda la firmeza que pude reunir.

—¿Ninguna? ¿Está segura?

—Completamente. Ninguna, ya se lo he dicho.

Montgomery arqueó una ceja para mostrar sorpresa. Más bien sospecha. Su gesto me incitó a continuar.

—Por aquel entonces yo trabajaba de bailarina en algunos clubs y no lo niego, quisieron reclutarme.

—¿Debo entender que se negó?

—Lo hice, no me dieron buena espina —mentí con fervor—. Visto lo visto, no me equivocaba.

—Si jamás tuvo contacto con ellos ¿por qué cree que su novio temía que fuesen culpables de su secuestro?

Martin se removió incómodo en su asiento justo antes de ponerse en pie como impulsado por un resorte.

—¿Eso no debería preguntármelo a mí?

El policía le dedicó a mi chico una veloz mirada de soslayo.

—Se lo pregunto a ella. Dígame, señorita Gautier ¿por qué pensaría el señor Forrester que la gente de La Cripta andaba detrás de su desaparición?

No dudé.

—Porque no son gente que gestione los rechazos con elegancia, capitán, tenga por seguro de que después de mi negativa, me pusieron en la lista negra. Martin y yo lo sabíamos. Aparte de esa.... Incidencia, no he tenido mayores enemigos en toda mi vida.

—Una chica dócil —siseó sin creerse una palabra.

—Una chica realmente social que va a lo suyo y se mantiene al margen de casi todo —lo corregí con sorna.

—¿Le suena el nombre de Lord Malcom?

—Puede que alguna vez, en algún periódico. Es uno de esos tipos excéntricos insoportablemente ricos ¿no?

—¿Alguna vez se vieron o tuvo contacto con él o con su hijo?

A Martin lo devoraba la impaciencia, de modo que se metió por medio con tono exasperado. Yo lo frené con un gesto de la mano. Por fin una pregunta a la que podía responder con sinceridad.

—No conocemos al hijo de Lord Malcom, capitán.

Montgomery se rascó nervioso el bigote, cambiando de pie su respetable peso. Llevaba diez minutos en la puerta haciendo como que se marchaba.

—Me temo que sí lo conoce, señorita Gaultier, y bastante bien. Se hacía llamar Rice Wind y regentaba La Cripta.

La sorpresa nos bloqueó a los dos. Martin y yo cruzamos a toda velocidad una mirada de angustia. Con él aprendí lo que es sentirse íntimamente sincronizada con otro ser, nos comunicábamos sin necesidad de palabras. Respecto a Montgomery, solo acerté a balbucear un par de “*noes*” que no se mantenían en pie. El capitán de la policía de Manhattan entrecerró los ojos como si mis embustes le explotasen en la cara y no pudiera soportar ni uno más.

—Este interrogatorio no está resultando nada cómodo tampoco para mí, señorita Gautier, puedo asegurárselo. Cuando levantaba noche y día las esquinas de las alfombras buscándola —su mirada acusatoria se desvió hacia Martin un instante—, mostré su fotografía a Lord Malcom y dijo reconocerla. De La Cripta. Veo que es un dato que su novio olvidó mencionarle. Ahora que está al tanto de lo que sí sé, voy a repetirle la pregunta. ¿Prestó servicios en el club de La Cripta?

Hundí el rostro contra el pecho, muy avergonzada, en serio. Aquel pobre hombre no se merecía el trato que le estábamos dando.

—Le anticipo que no hace falta que me detalle el contenido de sus funciones.

Mantuve mi agrio silencio.

—Puede que me sobre algún kilo y no sea demasiado joven, pero no soy ningún estúpido —añadió cortante.

Cierto. Lo estábamos infravalorando solo por su aspecto bonachón y cercano.

—Es verdad. Trabajé allí. Bailando. Pero no tengo nada que ver con los asesinatos, se lo juro...

—Lo sé, Nina, lo sé —me interrumpió con suavidad—. De lo contrario, el jefe Bass no se habría tomado tantas molestias ocultando su relación con el negocio. Creo en su integridad por encima de todas las cosas. En la del jefe —recalcó por si me había hecho ilusiones—. No obstante, por su bien y por el de la investigación, que sigue abierta, si sabe algo que pueda ayudar, dígamelo.

—No sé nada, capitán, le doy mi palabra —musité pensando en qué ocurriría si la mujer que teníamos prisionera en el cuarto al final del pasillo decidía ponerse a gritar.

—En estos días que ha estado... digamos perdida ¿no ha visto nada, no ha contactado con nadie?

—No conseguí mi propósito, lo siento. Puede no creerme, pero salí de aquí con una intención que, buena o mala, se me derritió en las manos.

Después de la charla, yo aún noqueada por la revelación de la inesperada identidad de Rice, Montgomery me había sugerido que lo acompañase a Comisaría a responder unas preguntas acerca de su muerte. Le repetí tres veces que no podía ayudarle y harto de mantenerse al margen, Martin se había investido la toga de abogado defensor, esgrimido un sinfín de artículos y leyes, y logrado que el pobre capitán abandonase el ático con el rabo entre las piernas, sin probar mis vínculos con La Cripta y sus especiales prácticas. Sin embargo, mi instinto me gritaba que lo sabía, que ni de lejos había conseguido engañarlo. Aunque no levantaría un dedo en mi contra. Yo no había matado a nadie. Todavía.

Mis oídos acusaron el descenso. Nuestro avión se aproximaba a destino. Londres y su siniestro submundo oculto bajo el asfalto y los adoquines de sus calles viejas, nos esperaba. ¿Cómo se tomaría Will la presencia de Anna? ¿Conseguiríamos encontrar el cuerpo de Stella y darle cristiana sepultura? ¿Lograría yo ajusticiar a mi modo al demonio que se sentaba a mi izquierda? ¿Mataría con ello el amor de Martin por mí? Era muy posible. Pero correría el riesgo, no me quedaba otra.



## **Bajar a las entrañas de la tierra**

*Sueños en jeans y cuero.*

*El sueño de mi vida, soy dulce por ti.*

***Venice Bitch (Lana de Rey)***

### **Amber**

Will se presentó en mi apartamento completamente enloquecido. La lluvia traicionera de Londres le había sorprendido en el camino y llegó empapado. Y cuando digo mojado, digo deseable, el pelo oscuro revuelto, los ojos brillantes y decididos, el rostro salpicado de gotitas como diamantes. Pese a no ser para nada una romántica, siempre soñé que así llegaban los chicos guapos enamorados a casa de sus Julietas, desencajados, ardiendo de deseo. Pero la frustración que leía cada vez en los ojos de Will tenía nombre de mujer y no era el mío. Abrí la puerta y en lugar de dejarme arrastrar por el sentimiento de derrota, pensé en lanzarme a sus brazos, arrastrarlo a mi cama sin permitirle siquiera articular palabra. Yo no le era del todo indiferente, Will luchaba contra sí mismo y contra la tentación de mi presencia, podía verlo.

Pero no me besó. No me estrechó entre sus brazos ni su calor se fundió con el mío. Pasó de largo como una exhalación llevándose consigo hacia el salón, la estela de humo de mi cigarrillo.

—Buenas noches, yo también me alegro de verlo, detective —gruñí de repentino mal humor. Así y todo, me apresuré a apagar el cigarro para no fastidiarlo más y me adentré en mis dominios, donde él ya se había sentado—. ¿Quieres beber algo? ¿Un vaso de agua? ¿Cicuta? ¿Qué diablos te ha pasado?

—No vas a creerlo —masculló con los codos sobre las rodillas, la cabeza gacha y los ojos clavados en la alfombra—. No vas a creerlo. Ni siquiera yo lo creo.

Después de que a trompicones relatase su excéntrica experiencia con una tal Madame Sorella, vidente famosa, incapaz de soltar una opinión hasta haberla meditado, fui a la cocina y serví dos copas de vino. Puse la de Will en la mesita auxiliar y con el contenido de la mía, me mojé los labios. ¿Quién lo habría dicho? El hombre de hielo, el vigoroso macho, el escéptico entre los escépticos, consultando a una pitonisa.

Por fin fui capaz de dar forma a las ideas que se enredaban en mi cerebro.

—No lo entiendo, Will, lo siento, no acabo de entender qué has sacado en claro de esa visita absurda. Una mujer que no conoces y que se gana la vida leyendo el futuro de cuatro incautos ricachones en sus cartas, te suelta un par de frases y... ¿pierdes la cabeza?

Analiqué su expresión, su cara de póker. Dicho así en frío sonaba tan jodidamente ridículo... Pero daba igual. A él le daba igual. Algo dentro le gritaba que la verdad de lo que estaba ocurriendo vivía ahí fuera esperando que él siguiera su olfato entrenado y lo descubriese. Tanto si la voz que le trajo esa llamada era la real de Stella, como si era la de alguien haciéndose pasar por ella, torturándolo por algún extraño motivo que yo aún no acertaba a discernir, Will no se daría por vencido. Porque la amaba. Por encima del poder de la muerte, la amaba. Y contra ese recuerdo fantasma yo no tenía ninguna oportunidad.

—Oí su voz, Amber. No estoy loco. Tuve dudas, lo admito, pero era su voz, la reconocería en cualquier parte. Y ahora... ahora esa mujer ¡la ha

visto!

La ira me burbujeó por dentro, justo en la boca del estómago.

—¡No la ha visto! ¡No te dijo que la viera! ¿De dónde sacas esa idea horrible?

—Me pidió ayuda con una voz que no era la suya, si hubieses estado allí entenderías...

—¡No hay nada que entender! Te ha engañado o simplemente te ha vendido lo que querías escuchar... ella...

—¡Ella ni siquiera me pidió dinero! —me cortó con ímpetu—. Sabía mi nombre, sabía lo que buscaba.

—Pero no te dijo que estuviese viva ¡no te lo dijo!

—Tampoco que estuviera muerta.

Cerré los ojos y apreté los párpados incapaz de seguir adelante con aquello que ya se me escurría de entre las manos.

—Will, por lo que más quieras...

—De acuerdo. Por lo visto era algo que la superaba, algo que no supo o no quiso explicarme, pero en ningún momento dijo que Stella hubiese terminado. Habló de una situación espantosa, me ordenó que la ayudara.

—Por favor...

—Sé que no me crees, pero no voy a esperar más. Voy a bajar a esas galerías, contigo o sin ti. Me pediste que esperase y he obedecido. Contrariando mi sentido común, mis impulsos, te he hecho caso. Pero no voy a seguir perdiendo el tiempo, Amber, voy a bajar a esas estaciones abandonadas esta misma...

—Esta misma noche —acabé por él la frase. Will pestañeó cazado por sorpresa.

—¿Cómo?

—Que bajaremos. Que iré a tu lado tal y como te prometí. Esta noche.

Después de tanto luchar por retrasarlo al máximo, tuve que precipitarlo todo, no me quedó más remedio. Era el único modo de mostrarle a Will ciertas realidades amargas que se negaba a ver y desviar su atención de lo que no era, sino un sueño imposible. Se aferraba a una quimera y aquella estúpida vidente no había hecho más que empeorar las cosas. Stella no iba a volver y yo estaba allí, a su lado, viva, palpitando, borracha de deseo. No pensaba darme por vencida. Respecto al único amor que había sentido en la vida, renunciar no era una opción.

Nunca olvidaré aquella noche de luna llena. El frío, las aceras mojadas,

gente divertida con pinta de turista, ajena al horror que se escondía bajo las vetustas calles de Londres. El tenso silencio entre Will y yo. El no atreverme a preguntar qué rondaba su mente. Su ceño fruncido, su fabuloso perfil que yo miraba de soslayo cuando me sentía a salvo. Conduje sin hablar hasta el sofisticado barrio de Balham Hill, al sur de la ciudad y guíé a Will hasta una pequeña puerta negra medio escondida al fondo de una calleja, que a todo el mundo pasaba desapercibida. Manipulé la cerradura con la eficacia que solo da la práctica y al abrirla, después de asegurarnos de que nadie más era testigo de aquello, nuestras pupilas angustiadas se toparon con una polvorienta escalera de caracol. Oscuridad inquietante.

—Ciento setenta y ocho peldaños —anuncié con voz lúgubre— ¿Podrás resistirlo?

Will no respondió de inmediato. Sacó del bolsillo una pequeña y potente linterna. La prendió y el foco en forma de cono iluminó una bajada de la que yo habría preferido huir. Decidí avanzar en vanguardia. La bofetada de aire pestilente, calcáreo, me golpeó la cara al dar los primeros pasos.

—Oye...

Giré sobre mis talones. Demasiado rápido, demasiado ansiosa.

—Dime.

Vi que se quedaba colgado un segundo de mis carnosos labios entreabiertos. Un puño me golpeó la boca del estómago en un arranque de deseo animal. De acuerdo, no era Stella, ni siquiera me parecía, pero era yo. Yo misma. Y bastaba. O debería bastar.

—Ten cuidado.

Me ajusté la pistola a la trasera de la cinturilla del pantalón vaquero y cabeceé. Quise sonar firme y decidida pero me perdí en su advertencia y solo acerté a balbucear.

—No te preocupes. Llevo toda la vida escapando de las trampas.

Así, con tan pocas frases y sin sonrisas, fue como comenzó el descenso a los infiernos. En un par de minutos, los dos empuñábamos nuestras armas.

Mi americano se limitó a seguirme y alumbrar el camino desde atrás, hasta que me detuve en un cruce de galerías, dudando. Hacía mucho que no ponía allí los pies, rehuendo cualquier pensamiento en torno a los laberintos y los horrores que escondían sus rincones. Noté que Will se movía muy cerca, a mi espalda.

—¿Sabes dónde estamos? —me susurró al oído. No pude evitar que un escalofrío me recorriese de arriba abajo.



—Más o menos.

—¿Y a dónde vamos?

Bufé y lo miré por encima del hombro.

—Un poco de paciencia. Nos estamos metiendo en la boca del lobo, eso lo sabes ¿verdad?

Will se mordió la lengua.

—Venimos solos en plan suicida. Si nos topamos con ellos no tendremos la menor oportunidad. Creo que eso ya lo he repetido mil veces y si no lo he verbalizado, seguro que llevo días pensándolo.

—Amber, no tienes por qué correr riesgos. Déjalo aquí, seguiré por mi cuenta.

—¿Solo? Ni lo sueñes.

—Te hablo en serio. Esto es una locura, lo entiendo, pero es mi locura. Tú no tienes por qué...

Perdí el control. Me abalancé a sus brazos, me refugié en su pecho antes de que él se abriera para acogerme, rodeé su cuello y lo besé. Fue un beso eterno, a tientas, desesperado. Una búsqueda en la que comprometí todo mi ser. Will me respondió a medias, con cierto entusiasmo al principio, reacio después. Hasta desató mis manos para liberarse.

—Amber, por favor, no es el momento.

—¿Y si esta noche morimos? ¿Y si no salimos vivos de estas malditas galerías? ¿Y si ellos...?

Su mano ascendió, sus largos dedos rozaron la línea de mi mandíbula. El camino que los míos recorrieron desde el puente de su nariz, desde su frente a su pecho, fue el paso capaz de encender el deseo envolviéndolo en ternura. Su boca buscó la mía, ahora sí, y sus labios depositaron una leve caricia que me estremeció por entero.

—Mi pequeña policia gruñona. Eres valiente y chalada.

—Muy chalada.

—Si no salimos de esta, quiero que sepas que desearía haberte conocido en otra época, otro momento en el que no estar roto y ser capaz de dártelo todo.

Con un dedo estirado sellé su amarga frase.

—Ese momento del que hablas llegará. Estará ahí para nosotros, será real, lo viviremos.

—Tengo una misión...

—Una misión suicida, lo sé. Y yo soy la kamikaze que va a compartirla

de buen grado. Pero si tenemos éxito... —me distancié un tanto. Su calidez empezaba a afectar seriamente a mi capacidad de raciocinio y la necesitaba entera—. Bueno, ya hablaremos cuando eso ocurra.

Reanudamos la caminata. Después de la escalera, los techos eran bajos, agobiantes para alguien tan alto como Will. Fue un alivio que después de elegir el corredor de la izquierda, desembocásemos en un túnel mucho más despejado. A esas alturas, yo ya iba rastreando el aire, atenta a cualquier sonido que revelase presencia viva alrededor. El miedo empezaba a encogerme el estómago.

Entonces pasó. Escuché los susurros que me volvieron loca, dejé de pensar y actué. Yo también tenía una misión que iba más allá del amor por un hombre. Empujé fuerte a Will y simplemente lo vi caer.



## **Rebeldes**

*Muchos bostezos al amanecer*

*Aquí a mi vista... el sueño nunca vendrá.*

***Sleep for the weak (Lost Frequencies)***

## **Will**

Amber no era tan fuerte, pero el empujón me pilló desprevenido concentrado en las tinieblas. Trastabillé y caí de bruces perdiendo la linterna en el caos en que se convirtieron mis piernas y mis brazos, porque después del suelo plano, la superficie se convertía en una resbaladiza rampa que me engulló en cuestión de segundos. Rodé sobre mí mismo durante un tiempo que pareció eterno. Mi ropa se enganchó a un sinfín de salientes, se hizo jirones, se desprendió lejos de mi cuerpo como la hojarasca de los parques de Londres arrastrada por la ventisca. Me quedé casi desnudo de cintura para arriba mientras daba volteretas y me golpeaba por todas partes. Entre gemidos y brutales choques, llegué a mi destino. Una sala enorme de altos techos y paredes desconchadas, que al principio no conseguí enfocar y que a juzgar por los metros recorridos en pendiente, debía andar por las puertas del

infierno.

—De modo que aquí lo tenemos —oí entre pitidos.

—El visitante.

—El humano curioso.

—Esto será divertido.

Joder. Amber. ¿Dónde estaba? Me llevé la mano libre a la sien. La otra apretaba la culata de mi pistola, con un ligero temblor fruto de la conmoción. Tardaría poco en recuperarme pero quizá esos ínfimos segundos me costaran la vida. Los bultos que me rodeaban empezaron a perfilarse, intimidantes, cada vez más cerca. Con forma humana y largas túnicas con capucha. Fue como retroceder en el tiempo hasta un monasterio de la Edad Media.

—¡En pie! —me ordenaron. Como no fui capaz de cumplir la orden, dos pares de brazos robustos tiraron de mí sin demasiados miramientos y me obligaron a incorporarme. Tuve la impresión de ser un muñeco de trapo doblado sobre sí mismo.

—¿Quién eres?

—¿Cómo te llamas?

—¿A qué has venido?

Las preguntas se atropellaban todas al mismo tiempo. Oía retazos de una mezclados con otras. Tenía la lengua pastosa, la garganta áspera y la voz se empeñaba en no brotar. Igual que el efecto de un narcótico. Al menos, nadie me desarmó. Debían de ser muchos y muy peligrosos. Desde luego que iban a pasar el rato conmigo, como leones contra un gato. Y lo íbamos a poner todo perdido.

—¡En pie, he dicho!

—Tratadlo con respeto. —Una voz poderosa se irguió por encima de todas las demás. Grave y autoritaria—. Es un soldado.

Conseguí mantener la verticalidad, lo justo para estirar mi columna, mirar al lejano techo y soltar un alarido de fiera enjaulada. No moriría sin pelear. Pero me preocupaba ella.

—¿Dónde está...?

—¿Te refieres a la chica?

Concentré todas mis capacidades en el mismo punto: el hombre que hablaba, el que sonaba a mando. Los demás se abrieron como el Mar Rojo al paso de Moisés y su túnica y su rostro oscurecido por la capucha, avanzaron inexorables hasta mí.

—¿Dónde está? —jadeé recuperando en parte el resuello.

—Yo de ti, pensaría que tengo cosas peores de las que ocuparme —me aconsejó uno de los encapuchados en tono de mofa.

Giré rápido sobre mis talones y lo encañoné sin contemplaciones. Los chasquidos de los seguros de otras diez pistolas sonaron al unísono. A poco que se les antojase, iban a coserme a tiros.

—¿Qué habéis hecho con ella?

—Ella está bien —me aseguró el jefe.

—Quiero verla —exigí sin dejar de apuntar a la cabeza del encapuchado.

—Te he dicho que...

—¡Quiero verla! —grité.

De detrás de la imponente silueta del que daba las órdenes, surgió el cuerpo menudo y frágil de la sorprendente Amber. Sentí una inenarrable sensación de alivio.

—Estoy aquí, Will. No me han hecho nada ni me lo harán.

Relajé los brazos, aparté el cañón del arma de la cabeza del habitante de los túneles, y me fijé mejor en los detalles de la escena que me rodeaba. La mano de Amber desaparecía dentro de la del jefe del clan. Ella no parecía tener ningún miedo, de hecho, tenía la expresión plácida de quien se siente en casa. Y cuando de nuevo habló, lo que dijo me heló la sangre.

—Bienvenido a mi hogar.

No creáis, tardé mis buenos minutos en digerir lo que acababa de oír. ¿Amber parte de la población subterránea? ¿Parte de la secta demoníaca? No, ella era policía, agente del orden, una buena chica, nada que ver con los crímenes... Eso, o me había tendido una burda trampa donde yo había caído con todo el equipo.

Las neblinas de mi cerebro se despejaron por arte de magia. Me erguí de un salto con el torso desnudo lleno de polvo pegado al sudor.

—¿Qué significa esto? —masqué con una rabia imposible de domar.

—Necesitabas respuestas y mi padre va a dártelas. Todas.

La cosa viraba de monstruosa a peor.

—¿Tu... padre?

El hombre alto autoritario soltó la mano de Amber con una palmadita cariñosa y, dio dos pasos hacia adelante.

—Relájese, detective, no necesitará esa pistola.

—Deje que me forme mis propios juicios, gracias —repliqué con aspereza, incapaz de apartar mis pupilas dilatadas del rostro de la mulata.

—Acompáñeme a un lugar más tranquilo. Aquí no estamos seguros.

Quise soltar una carcajada. Si ellos no estaban seguros en su propio hábitat ¿qué se podía decir de mí, su prisionero? Probablemente que no volvería a ver jamás la luz del sol. Me estaba bien empleado por temerario y absurdo. ¿Qué esperaba encontrar allí abajo?

Aterrizaron mis sentidos y el hombre alto extendía una mano en mi dirección, indicándome que lo siguiera. Sus acólitos me flanquearon como las filas de un ordenado ejército. Amber se colocó a mi costado y me animó a avanzar.

—Después de esto, ya nada será lo mismo —susurró cerca de mi cuello.

—No sé por qué no me atrevo a ponerlo en duda —mascullé antes de poner en marcha los pies.

A regañadientes y sin fiarme un pelo, permití que me acomodaran en otra sala con pinta de biblioteca antigua. Era un milagro que todo aquello existiera tan solo a unos metros en vertical de la bulliciosa urbe, donde los inocentes humanos iban y venían pensando en compras y teatros. El hombre alto se retiró la capucha y mostró su rostro mientras Amber servía unas copas de whisky en vasos de cristal tallado. Ya anciano, tenía los ojos del color del oro como su hija y una inesperada sonrisa amable. Se sentó en el sillón frente a mí.

—Ya tenía ganas de conocerlo. Mi hija no suele bajar a menudo a visitarme, tampoco es dada a contarme sus intimidades. Usted ha debido tocarle la fibra muy adentro.

—Papá, por favor —lo regañó Amber azorada.

—Imagino que ahora se encuentra usted algo desubicado, detective.

—Desubicado no es la palabra.

—No somos lo que usted cree.

—¿Forman parte de la Orden?

—Sí y no.

Solté una risita irónica. Amber acababa de entregarme una sudadera y mi vaso, a su padre el suyo, y ella bebía a morro una cerveza irlandesa. Todo

muy surrealista y bastante increíble.

—¡Vaya! ¡Hora de los acertijos! —me burlé.

—Usted busca el cuerpo de una chica robado en Estados Unidos ¿cierto?

Asentí con un cabeceo, sin ganas de charla. Si quería darme información, que me la diera, seguramente me matarían luego. Pero conversación no iba a darle.

—Mi padre y su gente forman parte de la sección rebelde de la Orden —intervino Amber con voz trémula—. Se mueven en la clandestinidad en contra de los intereses principales.

—Más bien mantenemos nuestros objetivos en la sombra para que no se malogren. De cara a la jerarquía, nos diluimos en el grupo tratando de no llamar la atención.

—¿Y eso significa...? —les urgí displicente.

—Que no tenemos la menor intención de favorecer la vuelta de la Mano Maestra.

Pestañee aturdido.

—¿Van a boicotear a su propia gente?

—La desesperación conduce a la locura, señor Bass, y ellos están desesperados. Si no consiguen traer de vuelta a su ama, tendrán que regresar al inframundo con las orejas gachas. Nosotros no queremos traer aquí ese reino, un universo de tinieblas donde los sentidos se embotan y deja de percibirse nada bello. Aquí somos felices, no buscamos conquistar nada. Ojalá fuésemos simples humanos. No lo somos, pero podemos intentar vivir como ustedes.

Boqueé como un pez fuera del agua. Mis ojos cansados de luchar por mantenerse abiertos, se desviaron hacia Amber que parecía resplandecer en el ambiente enrarecido de los túneles.

—¿Tú.... también?

Asintió despacio.

—No puedo creerlo. Me has estado engañando todo este tiempo.

—Te he estado protegiendo. Primero quise conocerte, saber qué buscabas, averiguar si representabas o no un peligro para nosotros.

—Por el amor de lo sagrado, Amber, soy un simple policía sin pretensiones.

—Bueno, yo no diría tanto —interrumpió su padre—. Usted busca a la portadora, detective.

—¿La portadora? ¿Stella es la portadora? —Un terrible escalofrío me recorrió la columna cuando lo dije.

—Me temo que sí. Usted busca el cuerpo de Stella Trumann, hermana de leche del elegido, Stefan Forrester. Desaparecida después de muerta. Solo hay que sumar dos y dos.

—¿Pero es que no lo saben a ciencia cierta?

—Sabemos que los rituales de preparación del cuerpo han dado comienzo pero no sabemos dónde, ni en qué consisten, nunca hemos estado lo suficientemente cerca de la jerarquía como para merecer tanta confianza.

Me desesperé y agoté de un solo trago el contenido del vaso. Luego lo solté en la mesa con un golpe que podría haberlo hecho pedazos.

—¿La están usando para un ritual?

—El ritual, detective, el ritual definitivo, el que permitirá que nuestra señora se encarne en un cuerpo humano y reine y lidere la lucha contra ángeles y humanos. Su mujer... ya no es más su mujer, es la guarida de Lucifer, olvídela.

—He dicho que no.

—Hágame caso.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de vosotros? —Miré una vez más, dolido, a Amber— ¿De ti?

—Bajó al subsuelo, nos ha visto y sigue vivo, eso debería significar algo. Si hemos venido hasta aquí es para vivir como humanos, para ser como ustedes al máximo posible. De querer sentirnos demonios nos habríamos quedado en el inframundo ¿no cree?

—Que tenga sentido, cosa que no le discuto, no implica que sea verdad —me obcequé.

—Entiendo sus dudas.

—No, no las entiende. Los de su especie no asesinaron a alguien a quien amaba.

Mi interlocutor arqueó las cejas presa de un visible espasmo.

—¿Llegó a preguntarle a Amber por su madre? Que la rabia no le ciegue, joven Will, que no le arranque los ojos.

Me mordí los labios confuso. Ciertamente, había muchas cosas que ignoraba, otras que daba por hecho y que seguramente contendrían tantos errores como letras. No estaba en posesión de la verdad absoluta y tendría que vivir y decidir el próximo paso con ello.

—No ambicionamos poderes ultraterrenos, señor Bass —retomó el



padre de Amber—, la fuerza desorbitada, la resistencia a las enfermedades, nada de eso nos asegura la felicidad. Y créame, Lucifer tampoco quiere conquistar este planeta insignificante, ni erradicar a los humanos que para ella, ni existen. Lo que codicia no es la tierra sino el Paraíso, volver allí de donde fue exiliada. Pero algunos de los grandes que la rodean, la han convencido de que acabar con los ángeles que pueblan la tercera dimensión, sería provocación suficiente para los de arriba.

—No sería imposible volver a convencerla de que no merece la pena desgastarse en una guerra que no conduce a ninguna parte —completó Amber.

Alucinaba escuchando a aquellos dos hablar de Satán como del compañero de oficina. Y que hablasen en femenino. Tragué saliva.

—Hay que encontrar y destruir el contenedor. Descubrir dónde la esconden y exterminarla. No tendrán tiempo de consagrar otro, hay que iniciar la búsqueda ya.

La frase y el propósito que encerraba, me puso tenso como un arco.

—Encontrarla sí. Interrumpir el ritual también. Pero destruirla, eso ni lo sueño.

—Hay que cerrar el círculo, es necesario.

—He dicho que ni lo sueño.

—¿Qué más le da? Ella ya está muerta.

Cerré los ojos fuerte para impedir que sus palabras calaran mi conciencia. Pero lo hicieron. Y pasaron de arriba abajo rasgando todo lo que encontraron a su paso.

—Desde luego no permitiré que despierte siendo un monstruo. Voy a interrumpir ese ritual donde quiera que lo estén celebrando.

—Pero no puedes —me rogó Amber con los ojos húmedos—, no puedes hacerlo a medias.

—Sí puedo. Y tú vas a ayudarme. De camino apoyamos la causa de tu gente. Sin ritual no hay portadora, sin portadora no hay triunfo. Ayúdame o mantente al margen pero no trates de pararme. Voy a buscarla, a rescatar su cuerpo y a enterrarla como ella habría querido, para que descanse en paz de una vez por todas.

—Señor Bass... Es preciso que entienda que la interrupción del ritual trae necesariamente aparejada la destrucción del cuerpo.

Ignoré las indicaciones del hombre alto y giré embravecido hacia Amber.

—¿Esto es lo que querías que supiera? ¿Para eso me has traído aquí abajo?

—¡Te he traído para que dejes de aferrarte al humo! Para que enfrentes la verdad, para que te decidas a enterrarla para siempre, sí, pero en tu corazón y en tu alma. ¡Déjala ir, Will, déjala ir, porque no volverá!

Volví a gritarle a las paredes como un lobo herido de muerte. Apretando los puños, clavándome las uñas en las palmas hasta hacerlas sangrar. Empujado por la desesperación que provoca el amor verdadero.

—¿Puedo marcharme? —rugí entre dientes sin mirar a nadie en concreto.

—Desde luego —accedió el hombre alto con mesura—. Pero ¿va a ayudarnos? Seguramente no. Y no queda mucho tiempo.

—Tengo que pensarlo.

No mentí. Seguiría pensándolo mientras recorría los tenebrosos corredores de vuelta, escapando de la sombra de mis terrores, mientras ascendía peldaño a peldaño la desvencijada escalera de caracol, mientras pateaba la calle seguido de cerca por una Amber inusualmente muda y concienzuda. Mientras miraba de reojo la luna y me preguntaba qué sería de mi vida, ahora que el conocimiento me había arrebatado la venda de los ojos. Mientras giraba una esquina y cambiaba de calle, cruzándome de espaldas con ¡Stella! la mujer de mi vida, la que ocupaba mis sueños y pesadillas... sin verla. Acompañada de un médico joven que la miraba con demasiado interés, al que gustoso le habría partido la cara.

—¿Vas a seguirme todo el camino? —gruñí sintiendo repiquetear a mi espalda los pasos de Amber.

—Hasta tu hotel, sí —respondió ella sin ofenderse.

—Quiero estar solo.

—Quieres regodearte en tu desgracia y no te lo voy a permitir.

—Te lo advierto, Amber, tengo por costumbre decepcionar a la gente y esta noche no es precisamente la noche de mis talentos.

—Me da exactamente lo mismo. Iré contigo quieras o no, y entrarás en razón te guste o lo odies. Necesitas a mi padre y a su gente, tú solo en la vida encontrarás el cuerpo, son kilómetros de túneles en laberinto.

—Que puedo recorrer palmo a palmo ¡tengo un mapa! —rugí

deteniéndome en seco y girando bruscamente a enfrentarla. Amber, empujada por la inercia, chocó y rebotó contra mi pecho.

—¿Y cuánto crees que tardarías? ¡No tienes tiempo! Ya los has oído, no hay tiempo. El portal se abrirá el último día de año nuevo, eso es.... ¡Ya mismo!

Empezó a dolerme la cabeza. Se superponían en mi cerebro cosas que no conseguía computar, todas girando en torno a lo imposible.

—¿Portal? ¿Año nuevo? ¿De qué hablas?

—El año del gallo de fuego, el año nuevo chino. Acaba el quince de febrero, es el día en que se abrirá el portal, únicamente por dos horas.

—Tu padre no ha mencionado nada de eso.

—Me temo que dadas las circunstancias, se ha visto obligado a hacerte un resumen breve y se ha dejado muchos detalles en el tintero. Por favor, Will, no intentes esto solo.

Caminábamos por una calle céntrica y húmeda, con esa lluvia lastimera y constante tan propia de Londres, sobre nuestras cabezas. Pero de repente, tras un trueno apocalíptico que puso a temblar los muros, la cortina de agua cayó espesa e inclemente. Sin que Amber lo esperase, la atrapé por los hombros y la arrastré a la oscuridad de un soportal como una pareja enamorada que busca las sombras para dar rienda suelta a sus pasiones. No era solo guarecernos de la lluvia. Yo de algún modo, era lo que necesitaba, soltar la válvula que contenía toda mi frustración y liberarme. Solo quería no hacerme preguntas.

—Eres una de ellos, me la has estado jugando todo este tiempo ¿tan fácilmente crees que voy a confiar en ti?

—Ya te expliqué que primero debía sondearte, Will, no es tan sencillo ¡nada es tan sencillo, créeme!

—No te has ganado esa confianza.

—Lo sé, te entiendo.

—¡No, joder! ¡Nadie lo entiende! Tejéis una maraña de engaños y os pensáis por encima del bien y del mal, jugáis con nuestros sentimientos y todo ¡todo! se dirige a conseguir vuestros fines, lo demás no importa. El corazón roto de un hombre, el recuerdo de la mujer que le devolvió la fe en la vida, el hecho de que ella no pueda descansar en paz... ¡No podrá, nunca! La estamos condenando a vagar como una alma en pena hasta el final de los tiempos...

Me rompí en mil pedazos. No era la primera vez pero fue la peor, la más

salvaje y despiadada para conmigo mismo. Abrumado por la fuerza de mis propios sollozos, caí de rodillas a los pies de Amber y me tapé la cara con las manos. Dejé ir un alarido de animal moribundo mientras el dolor inenarrable que me azotaba, iba filtrándose por todos mis poros, alejándose con la tormenta. Amber se arrodilló a mi lado, abrió los brazos para rodearme y mi frente terminó apoyada en su pecho sin interrumpir el llanto. Sus dedos serpentearon por entre mi pelo mientras me acunaba y repetía mi nombre en susurros.

—Todo pasará —musitó despacio—, el horror pasará, la guerra pasará... Abre tu corazón, Will.

Tardé mucho en poder tragar y pronunciar alguna frase coherente.

—Va a resultarme condenadamente difícil.

—No tienes ningún motivo para avergonzarte, amaste de verdad como pocos logran hacerlo y ahora tienes el resto de tu vida para aprender y reinventarte.

Sentí una punzada a la altura del pecho. Algún rincón de mis abrumadas entrañas deseó que aquello fuese cierto.

—Cuando hablas, haces que suene... posible.

—Lo es. Tiempo al tiempo. Mientras tanto, deja que sea yo quien te ame.

Escuchar promesas románticas hizo que mi interior saltase como al mordisco de una cobra. Cuando los ojos de Amber perdían su arrogancia y me miraban suplicantes, me daba cuenta de que no tenía nada que ofrecerle. Prefería a la altiva inspectora irlandesa eternamente cabreada y distante. Me hacía sentir en zona segura, el punto en el que debimos quedarnos. Yo jamás fui la alegría de la huerta pero la pérdida de Stella me había convertido en una contradicción, una lucha entre la natural ansia de vivir de un hombre joven, y el anhelo de muerte de un desesperado. Me alejé unos centímetros de aquella hermosa mujer que buscaba en mí lo que no quería darle. El Will Bass que yo era ahora, sostenía una apariencia de normalidad que le costaba mucho, solo para encubrir la falta de sentido de su existencia.

—Eso es... extraordinariamente halagador, pero no te equivoques.

Amber no protestó. Ni se revolvió ofendida. Tampoco se arrojó a mis brazos. Se limitó a mirar fijamente dentro de mí y a sonreír.



## Planes torcidos

Malcom no se molestó en ocultar su disgusto. Él, un hombre acostumbrado a mandar, a tener al resto del universo conocido a sus pies cumpliendo sus deseos. Un ser que se encabritaba cuando se desviaban las cosas. Y ahora se habían torcido. Mucho. Tanto que a pesar de su experiencia de años, no lograba prever las consecuencias. Apretó dientes y puños, percibió el calor de su sangre hirviendo, la rabia abriéndose paso a cuchilladas. No había llegado a donde estaba, sacrificando tantas cosas que moriría antes de mencionar, para perderlo todo. Giró lentamente sobre sus talones y enfrentó a los tres hombres que temblaban bajo su imponente presencia, con una frialdad aún más amenazadora.

—¿Cómo ha ocurrido? —siseó casi en voz baja, sin mirar a nadie en particular.

—Nadie lo sabe, Milord —fue la balbuceante respuesta del más osado. Los ojos helados del albino se clavaron en su frente y el hombre vio acercarse a caballo la hora de su muerte.

—La virgen que custodiaba el cuerpo ha sido convenientemente castigada —se apresuró a informar otro.

Malcom no mostró el menor signo de emoción.

—Imagino que la interrogasteis a fondo antes de partirle en dos el corazón.

—Por descontado, Milord.

—Durante dos días.

Al inglés empezó a exasperarle que uno de aquellos tres imbéciles buenos para nada callase y que los otros dos se repartieran las respuestas. Pero solo un leve aleteo de sus manos bajo la capa dio muestra de

impaciencia. Los fulminó con una mirada ardiente como un río de lava.

—¿Y?

—Juró por su vida que el ritual se siguió con escrupuloso cuidado, que el cuerpo despertó sin esperarlo y que salió huyendo.

Malcom avanzó unos pasos y para terror del trío, se detuvo frente al hombre que permanecía callado.

—¿Tú no tienes nada que añadir?

—No, Milord. Lo que han expresado mis compañeros...

Nadie vio la hoja brillar en el aire antes de cortarle la tráquea. Fue un movimiento tan veloz, tan imprevisible y certero, que solo el gorgoteo de la muerte atrapada en la garganta abierta, narró que uno de los tres acababa de ser eliminado. Por inservible. El ajusticiado resbaló hasta el suelo y se estrelló como un fardo. Las manos de Malcom volvieron a camuflarse bajo su capa.

—¿Sabéis cómo murió la elegida? —Una voz emergió al fondo, de entre las sombras. Una voz sinuosa y aterciopelada de mujer, que hizo que todos incluido Lord Malcom, se tensaran. El único de los dos interrogados con valor para responder, tardó mucho en lograrlo y su voz temblaba como un papel al viento.

—Al parecer, uno de los nuestros la asesinó en La Cripta de Manhattan, señora.

Malcom soltó un gruñido violento que puso el vello de punta a sus subordinados.

—Exacto. No debimos escogerla, fue un enorme error. Otro más de los muchos que venimos cometiendo. ¿Acaso nadie en La Orden conoce las sagradas reglas sobre la vuelta de los no muertos? ¿Nadie las conoce?

El silencio se hizo sepulcral. Peligroso.

—Los humanos objeto de muerte violenta no vengada, regresan para resarcirse porque sus almas inmortales no encuentran la paz.

Malcom observó por encima del hombro a la dueña de la voz, una hermosísima mujer de largos cabellos negros vestida de púrpura, súbitamente sumada al grupo. Sonrió quedo pese a su espantoso mal humor. Siempre era un agradable presente tener cerca a la letal Mattisa.

—Y esto es lo que ha ocurrido —completó suavizando el tono—. Se nos acaba el plazo y no disponemos de portador, cometemos un fallo tras otro. —Malcom saludó con una leve inclinación de cabeza y ella se dirigió a los dos hombres asustados—. Salid de aquí antes de que me arrepienta y

esperad órdenes.

—Sí, Señora. —Ambos huyeron abandonando la estancia con las caras blancas como la cal y el paso rápido.

Malcom caminó hasta el enorme sofá de terciopelo desde donde Mattisa lo observaba curiosa, con los ojos entornados. Prefería no saber qué le rondaba la mente. Puede que se preguntara qué haría el servidor del Gran Maestro para salir del atolladero. El final del año nuevo se acercaba, el gallo de fuego se extinguía y acababan de quedarse sin portador tras un revés que nadie habría podido prever.

—Ese último error fuiste tú quien lo cometió —acusó a media voz. Malcom volvió a estremecerse.

Para sus reuniones más funcionales, el Lord usaba la sala de mapas de un viejo búnker de la segunda guerra mundial. Con orden expresa de no retirar nada, de conservar la esencia de lo que aquel espacio fue y significó, las decisiones vitales que se tomaron y que condujeron a la victoria, lo que muchos calificaban de basura y trastos viejos cubiertos de polvo, él lo traducía como vientos de triunfo, retazos de un pasado que podía volver a repetirse. Y lo que La Orden perseguía era vencer, imponer su reino de poder y magnificencia, sometiendo a los inferiores en cumplimiento de un destino que ya estaba escrito. Completó la decoración con fastuosos sillones y algunas piezas principescas dignas del mejor palacio.

—En otro orden de cosas, bienvenido a Londres, Sir —retomó Mattisa como si no acabara de ofenderlo—, lamento lo de tu hijo, de veras que lo lamento.

La cabeza de Malcom vibró de forma evidente. Como titila el cráter de un volcán justo antes de erupcionar.

—Me comeré el corazón de la mujer que lo hizo.

—¿La conoces?

—Lo suficiente como para buscarla y hacer que lo pague.

—Me hago cargo, sin embargo... lo primero es lo primero.

—No me des lecciones, Mattisa, era mi hijo —mascó con una mezcla de devastación y odio—. El único que me quedaba.

—Y lo entiendo.

—¡No! Te aseguro que no lo entiendes.

Ella pareció aceptar sus razones de buen grado y se entretuvo jugueteando con los tules de su vestido.

—De acuerdo, es probable que esté a años luz de sentir lo que debes

estar sintiendo tú, pero tienes una enorme responsabilidad para con La Orden. ¿Lo sabe ya el Gran Maestro? El asunto de la portadora huida... ¿lo sabe?

—No es necesario ponerlo al tanto de todos y cada uno de los detalles. El ritual se malogró y con él, el cuerpo. Punto y final. ¿De qué serviría malgastar fuerzas buscándola por Londres? Ya no nos sirve. Y ya está muerta.

—Me pregunto cuánto tardará él en personarse.

—Sigue en Manhattan, preparando a la gente de allí. Tendrán que estar listos cuando se abra el portal.

—Esto vamos a pagarlo todos —musitó ella con su seductora cadencia—, de un modo u otro, lo pagaremos. Si se cierra el círculo sin que la Mano Maestra haya retornado...

—Tampoco hace falta que me cuentes lo que ya sé —masculló él entre dientes—, me cripa los nervios. Estas equivocaciones pueden costarnoslo todo. Todo. Por esa razón se apartó a Paul Stefan Forrester de su familia biológica y se le educó desde niño, para que llegado el momento todo encajase. Él sabía que su misión trascendía su mísera vida de mortal y lo había aceptado como el gran honor que era. Entendió que llegado el momento debía morir por voluntad propia y cumplió sin rechistar.

—¿Y qué me dices de los rumores?

—Simples tonterías, maledicencias de profanos.

—Se comentaba que se suicidó por despecho. Amor, Sir, no cumplimiento del deber.

Malcom apartó sus quejas con un vaivén de la mano. No quería escucharla.

—Todo iba en la dirección correcta pero su cuerpo no se sacó de Manhattan. Sus absurdos padres adoptivos retrasaron el traslado y esa demora rompió los lazos sagrados. Stefan debió venir directamente a Londres, ser custodiado para dar inicio al ritual enseguida y ahora, en lugar de estar aquí preguntándonos qué hacer, dirigiríamos nuestras miradas esperanzadas al día quince de febrero, sin temor, sabiendo que nuestro triunfo está cerca. En lugar de eso, no tenemos nada. Nada que ofrecer a nuestra Señora. Carecemos de recursos para culminar lo que empezamos.

Malcom y Mattisa agacharon avergonzados las cabezas. El fracaso los manchaba a todos por igual. Pero fue ella la que se recuperó primero.

—Queda una posibilidad.

Él tomó aire.



—Lo sé. La que siempre debimos considerar como segunda opción tras el descarte de Paul Stefan, pero esa chica...

—La Mano Maestra la marcó en su día, es ella, es perfecta, siempre lo fue.

Malcom bajó los párpados y negó con firmeza.

—No, no lo es en absoluto. Es un ángel.

—Un ángel caído.

—¿Quién lo asegura? Un ángel, al fin y al cabo. Y ahora, gracias a unas inconvenientes revelaciones, ella lo sabe. Nina Gautier no es el alma sumisa que nuestra Señora necesita.

La blanca mano de Mattisa voló hasta trenzarse con los dedos de Malcom.

—Siempre podemos purificarla. No disponemos de nada más, el tiempo se agota.

No obtuvo respuesta. El silencio dentro de la enorme sala se volvió insoportable.

—Malcom... es con ella o nada. Vamos a perdernos en la intentona.

El inglés se puso en pie. Recorrió inquieto el espacio como si al borde de cada pared se abriese un precipicio con las fauces de un dragón esperando abiertas. Invirtió muchos minutos meditando sus posibilidades, evaluando los riesgos que podrían conducirlos al Apocalipsis. No tendrían una segunda oportunidad, el Portal no se abriría de nuevo, siglos de estudios y dedicación para descifrar los mantras que harían óptimo al portador y permitirían la apertura del portal durante solo dos horas. Ciento veinte malditos minutos desdibujados en toda una eternidad.

—Me asombra tu calma —insistió ella—, es... meritoria.

—Si dejas que el histerismo se apodere de nosotros ¿de qué modo avanzaremos? No creas que no barajo esa baza desde hace tiempo. Antes de abandonar Manhattan di orden expresa de localizarla. A ella, a Martin Forrester, pero han desaparecido de la faz de la tierra sin dejar ni rastro. Nadie sabe de ellos, nadie los ha visto, no aparecen en los listados de viajeros de ningún avión...

—No somos de los que se dan por vencidos.

Finalmente Malcom chasqueó la lengua y se decidió a mirarla.

—Tienes razón. Es eso o nada.

—Ya no disponemos de tiempo para consagrar otro cuerpo pero ella... ella de alguna forma, ya está consagrada.

El hondo suspiro de Malcom fue doloroso y se estrelló contra la áspera piedra de las paredes.

—Da tú también orden de captura sobre la chica tatuada. Reparte fotografías entre tu gente, que la busquen por todas partes. La quiero en el búnker sana y salva, cuanto antes.



## **Mi otro yo**

*El eterno silencio del mar.*

*Estoy respirando viva.*

*¿Dónde estás ahora?*

***Faded (Alan Walker)***

## **Stella**

Nunca me vi haciendo demasiadas cosas al margen de cultivar mi talento. Pintar, pintar..., mi acomodada familia se ocupó de que “necesidad” no fuese un vocablo vivo en mi realidad. Pero desde luego, jamás me imaginé lavando platos en una cafetería ni durmiendo en un refugio para gente sin hogar. El destino se había retorcido de forma extraña sobre sí mismo y por primera vez en mis treinta y dos años, podía afirmar que no tenía ni idea de qué me depararía el siguiente paso. Ni siquiera si lo daría yo misma, o alguna otra fuerza sobrenatural se tomaría la molestia de decidir por mí.

Una vez mas, Liam se portó como un auténtico gentleman inglés. Después de insinuar veladamente que podía alojarme en su casa cuantos días

quisiera, sugerencia que yo corté de raíz con firmeza antes de que prosperara, me acompañó a comprar algo de ropa con un pequeño préstamo que le devolvería trabajando, desde luego. Más tarde, ya con varias bolsas de prendas colgando del brazo, lo seguí hasta una preciosa cafetería cerca de Victoria Gardens con la excusa de tomar un tentempié. Lo cierto fue que quería presentarme al propietario, su amigo, y buscarme una ocupación con la que ganarme la vida.

¿Cuántos siglos iba a tener que vivir para pagarle a Liam todos sus favores?

Permitir aquella constante aproximación, dejar que la intimidad creciera entre nosotros, era de algún modo como serle infiel a Will o a lo que sentíamos, pero envuelta como estaba en una pesadilla, lo único claro es que debía esconderme, pasar desapercibida hasta que averiguase qué ocurría, y que no me vendría mal contar con un hombro en el que apoyarme. Por eso dije que sí.

El dueño del establecimiento, un hombre alto y robusto, de aspecto bonachón y bigote enorme, sonrió escondiendo los ojos tras un millar de arruguitas, mirándome con curiosidad las manos.

—Así que quieres empezar a trabajar aquí conmigo.

—Solo si es posible, Henry —se apresuró a aclarar Liam.

—De lo que sea, señor —añadí yo.

—Esas manos han fregado poco, me temo.

Apreté los labios sintiéndome una inútil por un instante. Me repuse sacando fuerzas y ánimo de algún lugar secreto en el fondo de mi alma. Un rincón que ni siquiera sabía que existiera.

—Le aseguro que no se me caerán los anillos.

—Bien, tengo cientos de tazas por limpiar, una buena vajilla que necesita estropajo y mimo. ¿Quieres probar?

—Por supuesto —acepté poniéndome en pie de un salto.

Liam me imitó con un suave carraspeo.

—Yo mejor me marchó, es preferible que os deje solos y... tengo una paciente de la que ocuparme. Aroa, si necesitas algo...

—No te preocupes, estaré bien.

Fue pronunciar esas palabras y verme transportada a un pasillo lúgubre y helado, con escasa iluminación y pestilente humedad, y la sensación de un miedo atroz que serpenteando por mis piernas, se aferraba a la base de mi espina dorsal. A los lejos, el murmullo de unos cánticos que bien podían ser

rezos. Mis pies avanzaron desnudos sobre la piedra fría, titubeantes pero sin pausa, hasta alcanzar un recodo desde el que era visible una estancia abovedada y enorme, con un altar de piedra en el centro y el cuerpo de una mujer rubia tumbada encima. La rodeaban doce chicas vestidas con túnica, que con el cabello suelto, ojos cerrados, cabeza alzada mirando al techo y manos con las palmas extendidas hacia arriba, como esperando la caída de los dones prometidos, entonaban extraños mantras. No me costó demasiado reconocerme en los rasgos de la mujer inerte. Era yo. Yo en el mismo lugar en el que desperté. Y vi cómo de la nada brotaban unas lenguas de fuego suspendidas en el aire, que me rodearon bailoteando como seres vivos, inclinándose hasta rozarme para a continuación, volver a estirarse hacia las alturas. Todo teñido de una magia maligna, de la certeza de que después de todo aquello, yo estaba maldita. No podía ser de otra manera. Un nudo denso se me formó en la garganta y las lágrimas acudieron a mis ojos en tropel.

Henry soltó una risotada que me arrancó del limbo espeso en el que acababa de sumergirme.

—Ve tranquilo, muchacho, la cuidaré como si fuera de la familia. Y tú, chiquilla, no te emociones, no es más que un trabajo humilde con un salario de risa, habrá tiempo de mejorar.

Me echó un brazo gigantesco por los hombros y el palmoteo animoso de una mano como una raqueta de tenis, me hizo trastabillar. Sonreí con timidez aún aturdida por el súbito cambio de estado, y lo seguí en silencio camino de la barra, mientras giraba la cabeza y me despedía de Liam con un gesto por encima del hombro. Por señas me dijo que si necesitaba algo, lo llamase.

Las horas corrieron endemoniadas y yo no hice otra cosa más que fregar una pieza de porcelana tras otra, sin levantar la cabeza de un punto fijo en el fregadero, sintiéndome miserable y vencida, no por la calidad de la labor que desempeñaba, ni mucho menos, sino por el terror que me inspiraban mis visiones y el desamparo en el que me sumía la ausencia de Will. La falta de noticias. Ansiaba una imagen mental, una al menos, que arrojase luz sobre él, su paradero, la causa de su abandono, lo sucedido tras mi... ¿muerte?

Me estremecí al pensarlo, se aflojaron mis manos y una taza resbaló hasta la pila. Conseguí atraparla con un veloz reflejo antes de que se hiciera añicos y en ese instante, noté fija en mí la mirada de Henry. La cafetería

bullía llena de clientes, muchos turistas embelesados con las pinturas de las paredes en las que apenas había reparado y la vajilla de fina porcelana.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó el hombretón con tono afable. Le sonreí con esfuerzo. El dolor que me apretaba dentro no me dejaba respirar.

—Sí, Henry, gracias, muchas gracias. Me ha salvado usted la vida.

—No seas exagerada, muchacha, me he limitado a darte un trabajo que muchos rechazarían. Hace años que la única opción de emplear gente se reduce a los orientales. No tengo nada contra ellos, desde luego, pero ¡no sé hablar chino! Lo intenté, fui incapaz de hilar una sola frase. Así que me hace ilusión contar con ayuda europea, alguien con quien tener cosas en común... ya sabes.

—Soy americana —revelé arrepintiéndome en el acto. Henry parpadeó cogido por sorpresa.

—Bueno, da lo mismo, eres rubia y bonita. Y tu sonrisa ilumina la triste tarde londinense. Llegarás a ser una buena camarera, yo te enseñaré.

—El fregadero está bien —musité retraída.

—Pero no es tu sitio, lo veo a la legua. Liam es un buen chico, ayudó a mi hija enferma, hizo lo imposible por salvarle la vida, se ocupó de Emma día y noche aunque apenas podíamos pagarle. No pudo ser. —Se limpió con el revés de la mano la lágrima díscola que amenazaba con caer—. Ahora tendría más o menos tu edad.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—El doctor Hardy es uno de esos pocos médicos verdaderamente vocacionales, entregado, muy valioso. Procura cuidarlo.

Decidí no aclararle demasiado el extraño y sobre todo reciente vínculo que nos unía a Liam y a mí. Si quería creer que éramos pareja, no sería yo quien cambiara sus ideas. Debía centrarme en desarrollar mi jornada, dormir en el refugio, acudir de nuevo a la cafetería por la mañana, recibir mi salario a fin de mes para poder devolverle a Liam su préstamo y entretanto, decidir qué camino tomar a continuación. Si el siguiente paso era volver a Estados Unidos, serían muchos los platos a fregar antes de poder reunir el dinero necesario para comprar un billete. Y si en América yo era una chica muerta ¿qué esperaba encontrar? ¿Qué destino habría tenido mi apartamento, mis pertenencias, los nutridos fondos que tenía en el banco? Era una mujer rica antes de... de aquello. Ahora ni siquiera era. Carecía de identidad, de familia, de posesiones, mis conocidos me habrían llorado, no podía presentarme por

las buenas delante de nadie ¿cómo iba a explicar que mi muerte había sido un error? ¿Cuánta resistencia encontraría? Por fortuna existía el cotejo de huellas, las pruebas de ADN y otros mil métodos para demostrar que yo era Stella Trumann pero ¿a qué precio?

Will. Con él a mi lado, el temor se esfumaba y me veía capaz de enfrentarme a lo que fuera. Tenía que encontrarlo y pedirle cuantas explicaciones hicieran falta.

Dieron las ocho de un invierno cerrado en Londres y repentinamente consciente de lo agotada que estaba, me despojé del delantal y di por terminada la jornada, mientras los últimos clientes remolones dejaban resbalar sus risas en el umbral, sin acabar de irse. Henry revoloteaba por toda la sala recogiendo servicios abandonados en las mesas, doblando manteles y apagando velas con soplidos de dragón. Se le veía enamorado de su negocio, su dedicación era total y podía entender que Liam me hubiese llevado precisamente allí, un lugar tan discreto y hogareño.

—Hasta mañana, señor —me despedí ya junto a la puerta. Henry alzó vivo la cabeza.

—¿Dónde duermes?

—En el refugio de la Parroquia de Saint Paul.

Lo vi dudar, apretando los labios hasta formar una fina línea.

—No se preocupe, estaré bien —mentí ya muerta de frío antes de lanzarme a una calle sombría y mojada que no tenía nada de acogedora.

Liam me esperaba en la acera, la espalda apoyada contra la pared, según su costumbre. Su pelo largo y más claro de lo que lo recordaba, desordenado; barba de tres días, los ojos brillantes y una hermosa sonrisa de bienvenida prendida en los labios.

—¡Doctor! —fingí sobresaltarme. Estaba tan cansada que nada habría podido hacerme saltar— ¿Otra vez aquí?

—No tengo nada mejor que hacer —rió—, eres mi mejor buena obra del día. ¿Qué tal?

Miró mis manos enrojecidas y arrugadas y yo corrí a esconderlas en los bolsillos del gabán.

—Bien, más que bien, genial. Henry es un buen hombre. No sabes lo agradecida que te estoy por haberme procurado este trabajo. Yo...

—Te he comprado algo.

Levantó un brazo del que colgaba una bolsa enorme y su expresión era la de un niño antes de abrir los regalos de navidad. No pude evitar que me contagiara aquella especie de burbujeo. Arqueeé las cejas.

—¿De qué se trata?

—¿No quieres descubrirlo por ti misma?

—¿Aquí en mitad de la calle?

—No puedo esperar, vamos, ábrelo.

Dios. Apenas me respondían los músculos agarrotados de los brazos pero no quise desairarlo. Me hice con la bolsa y al atisbar en su interior, la noche se iluminó por completo y las gélidas temperaturas se suavizaron. Pinturas. Oleos y pinceles. Un par de botellitas de disolvente. Un par de lienzos pequeños. Todo muy básico y nada caro. Pero me dejó sin aliento.

—Oh, Liam...

—Dime que te hace ilusión. Dímelo.

—Claro... es... es... —Me eché a llorar sin poderme contener. Aquellas pocas cosas eran tan yo, recordaban otros tiempos mejores de paz, felicidad y despreocupación. A nuestras espaldas, Henry apagaba las luces de la cafetería y se resistía a salir, seguramente para darnos intimidad. Me invadió un temblor de nostalgia contra el que era imposible luchar. La necesidad de un abrazo de alguien querido, calidez, amparo.

—¿Te gusta?

—Claro que sí. Puedo pintar en la calle, hacer retratos a los turistas. — Me sequé una lágrima de emoción que corría mejilla abajo. El pulgar de Liam capturó otra cerca de mi comisura—. Sacaré unas monedas, podré devolvete...

Su dedo corrió a cruzarse sobre mis labios obligándome a callar.

—Shhhhh, Aroa, te lo ruego.

El instante se volvía más y más íntimo, empecé a sentirme incómoda. Carraspeé para aclararme la garganta y las ideas.

—Solo que en el refugio me podrían robar el material, no me apetece tener que dormir con un ojo abierto. Llévate a casa y cuando encuentre dónde vivir...

—Insisto, vente a mi apartamento, hay una habitación de sobra.

—No —corté sus ilusiones con firmeza. Las pupilas de Liam relucían como estrellas cada vez que aventuraba aquella posibilidad ante la que yo no cedería. No podía deberle más de lo que ya le debía. Ir poco a poco. Ese era



el modo.

Se abrió una pausa de silencio densa y complicada que interrumpió la sombra del gran Henry cernida sobre nosotros.

—Hay un cuartito al fondo, junto a la trastienda. Puedes guardar ahí tus cosas —ofreció un poco abochornado—. Incluso puedo traerte un camastro...

Liam me miró esperanzado. Yo me mordí los labios nerviosa.

—Di que sí —rogó mi médico—, estarás mejor, más segura que en el refugio. No puedo imaginarte allí sola, entre tanto indeseable...

—Si piensas que todos los que acuden a la caridad son buena gente, te equivocas, muchacha —lo apalancó Henry sacudiendo la cabeza.

Jadeé indecisa mirándolos de hito en hito.

—Aquí no encontrarás lujos pero estarás a salvo, entre amigos. No te lo pienses demasiado, me marchó, llevo despierto desde las cinco de la mañana.

—De acuerdo —musité con tal debilidad que ni yo misma me escuché.

Pero los demás debieron saltar de contento, porque la manaza de Henry se me estampó en la espalda dándome la bienvenida, y estuvo a punto de tumbarme de bruces contra el suelo.

—¡Has hecho bien, muchacha! Auguro que pronto dejarás la pila de lavar, pienso convertirte en una muy buena camarera.



## **Las primeras horas del peor día**

*No esperemos que la verdad venga y nos ciegue*

*Solo creamos sus mentiras.*

***Darkside (Alan Walker)***

### **Will**

Joder, joder, joder. Eso no podía estar pasando.

Ahora solo recuerdo que esa noche corrí desesperado atravesando la espesura de los jardines Grosvenor, deseando que el fango del suelo embarrado me tragase para nunca más respirar. Y que la pesadilla dio comienzo temprano por la mañana. Fueron las primeras horas de un día horrible.

No me avergüenza confesar que me rindió el agotamiento y que la pérdida de consciencia me sorprendió sollozando en brazos de Amber. Con bastante trabajo, tambaleándome y haciendo eses bajo la fuerte lluvia, como si regresáramos de la peor borrachera, logramos alcanzar mi hotel, superada en parte la pavorosa experiencia de los túneles. El recepcionista nos obsequió una mirada despectiva de cejas arqueadas donde se leía “turistas de

mierda...” y aunque repetí al menos seis veces que no era necesario que se quedara, Amber insistió en acompañarme. Preparó dos tazas de té y soportó estoica mi llanto, mi mal humor, mis accesos de ira y finalmente, mi muerte. Quedé desparramado sobre el colchón como un beodo cualquiera, ebrio de dolor. Ella observó mi inquieto sueño desde una butaca en el rincón.

El sonido irritante de mi móvil nos sobresaltó a los dos.

Era Martin. Me llamaba desde el aeropuerto pero no parecía él. Su voz extrañamente constreñida, ansiosa. La mía, chirriante y forzada, a través de una garganta seca y una lengua pastosa que se negaba a articular.

—Debemos vernos.

—Claro que nos veremos, joder, Martin —casi me carcajeé— ¿a qué viene eso?

—Hay cosas... cosas que tendrás que entender.

Me sentí súbitamente cruzado por un ramalazo de rabia. Mi mejor amigo me estaba ocultando cosas y a juzgar por la gravedad de su tono, datos de envidia que claramente tenían que ver conmigo.

—¿Qué coño ha pasado?

—Te necesito frío.

—¿Qué narices no me estás contando?

—En un par de horas, Will. En Grosvenor Square.

—¿Por qué en la calle? Estoy hasta arriba de parques y plazas, ahí fuera hace un frío del carajo y en lugar de...

—En un par de horas, Will. Cuídate.

Y colgó. El muy cerdo colgó dejándome con la palabra en la boca, el ceño fruncido y una incertidumbre que me hacía tiritar.

—¿Es tu amigo? —quiso saber Amber. Asentí con la cabeza y la mente puesta en otra parte—. Será mejor que me vaya, querréis charlar tranquilamente.

—Hay algo que no cuadra. Algo...

—En cualquier caso, necesitareis intimidad. Vas a darme el galardón a la pesada del año.

Reparé en su presencia en aquel momento y me giré a encararla con la mejor de mis sonrisas. Envuelto en una mezcla infinita de bochorno, orgullo apaleado y cierto alivio. Una amalgama difícil de explicar. Cosas que no entendía y que llegaban siempre en presencia de Amber.

—No, en absoluto, al contrario. Te agradezco que estuvieras aquí anoche, toda la noche, en realidad, dispuesta a recoger mis pedazos. No

muchas mujeres...

—¿Están dispuestas a ver al hombre que aman desmoronarse por culpa de otra mujer? —se adelantó temeraria. Parpadeé sorprendido. Eso era ir muy lejos demasiado pronto. Así y todo, traté de tomarlo a broma.

—No corras, Amber, no corras.

Con un profundo suspiro, se levantó de la butaca que le había servido de cama, se estiró como una gacela que se despereza y agarró su gabán mariner.

—He decidido dejar de fumar y de engañarme a mí misma. No callaré lo que siento, sería absurdo, tú ya lo sabes. Esperaré lo que haga falta.

—No puedo prometerte nada, lo sabes —silabeé entre dientes.

—De acuerdo. Lo que haga falta. Y si eso implica siempre, esperaré siempre. —Me miró fijamente a los ojos, sonriendo. Tuve la impresión de que su adoración me cobijaba como una tierna manta—. Mereces mucho la pena, Will Bass.

—Me sobreestimas —sonreí tímido.

Ella dejó una caricia como un suave aleteo de dedos en mi mandíbula.

—Permite que elabore mis propios juicios. Suerte con tu amigo y... llámame después.

La condición de Martin, citarnos en mitad de los jardines Grosvenor, me tenía bastante perplejo. Curioso y alterado a un tiempo. Algo grave ocurría, podía olerlo sin dificultad. Pero ¿de qué se trataba? Tomé asiento en un banco de piedra donde no tardaría en congelárseme el trasero, resignado a esperar y a entretenerme jugueteando con las ardillas que corrían alrededor de mis tobillos. Cuando lo divisé a lo lejos, me puse en pie de un salto. Su andar elegante de siempre, pero venía solo. Avancé en su dirección apretando el paso conforme sus rasgos se hacían más nítidos. Nos fundimos en un fraternal y apretado abrazo.

—Hermano...

—¿Y Nina? ¿No ha venido?

Martin levantó las palmas de las manos en son de paz.

—Sí. Pero antes de que la veas quiero que me prometas que vas a conservar la calma.

Di un paso atrás, desconcertado.

—¿A qué te refieres?

—Promételo —insistió rotundo—. Júrame que veas lo que veas no perderás la cabeza.

Juré. Lo hice porque no sabía a qué se refería. Porque era mi amigo y confiaba en él. Porque estábamos en un parque brumoso medio a oscuras a pesar de estar a medio día y me moría por saber. Las fuertes manos de Martin apresaron mis hombros con un apretón de ánimo.

—Recuerda lo que has jurado.

Cuando la silueta de Nina se dibujó ante mis ojos, la repasé tratando de descubrir eso tan terrible acerca de lo que Martin acababa de advertirme. Pero no era Nina. Era el ser abominable que la acompañaba. Un estremecimiento de cólera se arremolinó como una serpiente viva en mi nuca y me recorrió, de arriba abajo, un escalofrío. El grito se atragantó en mi garganta. La locura trastocó mi mente y me aceleró el corazón. La sangre se puso a hervir y me calentó la piel. Dejé de respirar, jadeaba. Mis manos volaron por instinto a mi sobaquera, a mi pistola y antes de darme cuenta, la empuñaba con el seguro quitado, apuntando a Anna.

También tenía delante a Martin. Interponiéndose entre el cañón, mi bala y la justicia.

—¡Quita de en medio! —escupí por completo fuera de mí y de cualquier control. Martin mostró de nuevo las palmas de sus manos abiertas, el gesto contraído.

—Baja esa pistola, Will. Tienes que escucharla.

¿Cómo? Estaba tan aturdido por la ira que no podía pensar. En lugar de palabras oía zumbidos sordos y mis ojos dejaron de ver el rostro neutro de Anna para volver a aquella noche en La Cripta. El sable, Stella, la sangre, un gemido leve casi imperceptible, la pérdida eterna, mi amor roto.

—Martin —gorgoteé áspero.

—Dime.

—Sujétame. Sujétame o te juro que no respondo.

Mi amigo me rodeó con lentitud, apoyó la mano en mi antebrazo y sin violentarme, ejerció la presión necesaria para que mi automática volviese a apuntar al suelo. La piedra que me apretaba el pecho se solidificó.

—¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido traerla contigo?

—Nos ayudará a encontrar a Stella.

Toda mi cara se contrajo en un gesto de asco.

—¿Eso te ha dicho? —Miré alternativamente a Martin y a Nina. Los

semblantes serios. Silenciosos, expectantes. La cosa no iba en broma, por lo visto— ¿Y la habéis creído?

—No tenemos mucho que perder.

—¿Y después...? —inquirí sin separar de ella mis pupilas hambrientas.

—La policía hará su trabajo.

—Después me dejareis marchar —intervino Anna con voz firme—. Desapareceré y no volveréis a verme. Jamás.

—Eso no te lo crees ni tú, zorra —vomitó hastiado.

Nina dio un paso adelante y se colocó cerca de mi costado.

—Will, Martin tuvo la misma reacción que tú al verla pero la necesitamos, de veras la necesitamos si queremos recuperar el cuerpo de Stella.

—Dejadme que repare parte del mal que hice —pareció suplicar la pelirroja. La miré con un odio imposible de calificar.

—¿Cómo te atreves a pedirnos eso? Tú eres el mal, hija de Satanás ¡tú!

De pronto todo era rojo fuego y mi arma no sé donde la había metido. Solo sé que mis dos manos rodeaban el cuello de Anna apretando con fuerza al tiempo que notaba cómo las lágrimas me inundaban los ojos. Cuando volví a ser consciente del frío y la penumbra, Martin tiraba de mi y de mis dedos agarrotados, con la ayuda de Nina. El rostro de Anna, que no se resistía, estaba casi azul.

—¡Muérete! ¡Muérete, muérete, jodida perra! —siseé como un reptil venenoso.

Una vez me separaron de ella, busque el tronco de un árbol cercano y descargué toda mi frustración a puñetazos feroces, que me desgarraron los nudillos y me hicieron sangrar. Martin me apartó de un empujón y yo rompí a llorar con un aullido de animal salvaje que se despide de la vida. Giré hacia Martin con los puños apretados, lívido de rabia.

—¿Por qué? ¿Por qué habéis tenido que traerla?

—Porque tú tenías razón. Stella merece descansar en paz.

Ahí fue cuando escapé de mi realidad, corriendo por aquel parque a ciegas, hasta que mi amigo me encontró acurrucado bajo un árbol y me trajo de vuelta.

La recepcionista de día no iba a tomarse demasiado bien la reunión de

los cuatro, con semblantes tenebrosos y alta tensión flotando alrededor, en mi pulcra habitación, de modo que terminamos curando las heridas en un pub lúgubre y ruidoso, con el aire enrarecido por el humo, donde era sencillo pasar desapercibidos. Éramos nosotros, nuestras culpas, nuestras cuentas pendientes. Era yo, que no acababa de creerme que tuviese allí delante a la asesina de mi mujer y su sangre aún no corriera por mis brazos, brotando de su corazón palpitante entre mis dedos. Quería arrancárselo del pecho. Lo ansiaba con tal fervor que mientras Martin me ponía al corriente de la muerte de Rice y de otras cuantas cuestiones que me importaban muy poco, mis rodillas saltaban convulsas al ritmo de mis pies, contra el suelo.

—A falta de su hermano, ella fue la elegida para sustituir a Stefan en el ritual y convertirse en portadora, el cuerpo para que Lucifer se encarne.

Me froté la cara, los ojos con la mano abierta, la deslicé hasta mi mentón y suspiré. Jodida panda de chiflados... Otra vez aquel arrebatado de rabia intensa que me desgarraba las entrañas como una zarpa monstruosa. La realidad me aplastó en cuanto abrí de nuevo los ojos. La tenía allí, sentada enfrente y no podía matarla como habría querido. Había razones, las de Martin, las de Nina, la lógica, las mías... pero actuaban solo como ruido de fondo cuando lo cierto era que de momento, Anna sostenía la sartén por el mango y yo por la parte que abrasaba. La miré fijamente con algo que iba mucho más allá del aborrecimiento y la desconfianza.

—Tengo la pistola sobre las rodillas y un dedo en el gatillo. Atrévete a respirar más de la cuenta y te dejo seca aquí mismo —le advertí con un rugido. Todos los componentes de la mesa menos Anna, se removieron inquietos—. Están en las criptas, en los túneles bajo el suelo de Londres —agregué mareando la jarra de cerveza con la mano libre y un montón de vueltas.

—Ahí se esconden —confirmó la maldita ramera con un hilillo de voz que pretendía sonar inocente.

—¿La tienen con ellos?

—No os quepa duda. Hay un ritual de salmos e invocaciones, es constante y diario, el cuerpo portador queda al cuidado de una docena de vírgenes que lo velan y rezan sus cánticos.

—¿Rezan? —repetí burlón— Rezan, dice, me cago en la puta...

Anna no respondió a mi abierta provocación. Tragó saliva, entrelazó sus finos dedos y prosiguió.

—Una vez el cuerpo esté preparado, se trasladarán de nuevo a

Manhattan.

—¿Por qué?! —preguntamos todos a coro.

—Allí está el portal que se abre a la otra dimensión, por allí llegará la Mano Maestra a apropiarse de nuestro mundo.

Me puse en pie de un salto, ciego de indignación.

—No es tuyo, zorra, no es tuyo. Es nuestro. Tú eres una de ellos, deberías estar ardiendo en las fogatas de ese infierno vuestro tan alabado.

Martin me tranquilizó y mirando preocupado alrededor por si llamábamos demasiado la atención, me obligó a sentarme de nuevo. Pero aquel sitio, como el parque, como las calles, bullía de gente ocupada sumida en sus preocupaciones, o de turistas ensimismados con la belleza de los edificios, los jardines y la cerveza. No éramos importantes para nadie. Para nadie en absoluto y entre las manos, teníamos la clave de una guerra que lo arrasaría todo.

—¿Dónde? ¿Dónde está ese portal? —la atosigó Martin.

—¿En Manhattan? ¿Dónde? —lo secundé con impaciencia.

Ella negó cabizbaja.

—¿No lo sé!

—¿Cómo que no lo sabes?

—Nunca lo dijeron en mi presencia, no lo oí todo.

Aspiré aire un poco fuerte. El suelo quemaba.

—No, al parecer solo lo que nos conviene escuchar para mantenerte con vida.

—Si no lo sabes, entonces no nos sirves —despreció Nina pidiendo otra ronda de cervezas. La expresión de Anna se crispó insolente.

—Sí, claro que os valgo ¿cómo vais a encontrar la sala del Ritual entonces?

—Tú tampoco conoces los túneles, nunca has estado allí, joder, acabas de aterrizar en Londres —me exasperé. Me giré a mirar a los demás. Una mirada devastada y terrible—. Está mintiendo ¿es que no lo veis? Esta mujer miente más que parpadea.

—No lo sabemos, Will —interrumpió Martin con esa voz grave y pesada con la que dictaba sentencias—, ella afirma que sí, no lo sabremos hasta que lo intentemos. ¿Acaso no quieres arriesgarte a que sea cierto?

Me golpeé fuerte la frente con la palma abierta.

—¿Claro que quiero, joder! Daría mi vida cien veces, mil, porque fuera cierto.



—Rice me lo contó todo y también gracias a él conozco las contraseñas que nos franquearán el paso —aseguró Anna con fervor. La miré de reojo.

—Y una vez dentro ¿qué? ¿Cuántos de ellos viven en esos laberintos? —Desvié los ojos hacia Martin—. Hay cientos de estaciones de metro abandonadas, es un puto nido de pirañas, una trampa mortal de la que no saldremos vivos si esta se va de la lengua ¿lo entendéis?

Silencio. Ominoso y terrible. ¿Me captaban, o era la realidad demasiado brutal y negra como para aceptarla?

Mierda, ninguno de nosotros estaba hecho a prueba de dudas.

Dejamos el pub con miedo a llamar demasiado la atención y callejamos sin rumbo por las zonas menos pobladas de un centro que ya era de por sí, bullicioso. Necesité un buen rato para ordenar una serie disparatada de ideas que saltaban, unas sobre otras sin dejarse ver.

—Vamos, amigo —Martin me palmeó la espalda—, vamos a averiguarlo.

—Iré solo —anuncié grave—. Bueno, con ella —silabeé con repulsión señalando a Anna.

Martin soltó una exclamación, casi una risa.

—Si por un instante has creído que vamos a dejar que te enfrentes a esa gente a pecho descubierto es que no estás en tus cabales.

Tomé aire.

—Lo presentaré así de crudo: no tengo nada por lo que vivir, no me importa una mierda si intentando esto me clavan una estaca en el corazón. Vosotros os tenéis el uno al otro, todo por delante, la chequera de la existencia en blanco ¿entendéis? Y no consentiré que lo pongáis en riesgo para cubrirme.

—Will... —trató de decir Martin. Lo corté con un gesto seco.

—Así que os quedaréis quietecitos y a buen recaudo y yo me sentiré mejor, más tranquilo y más libre para que lo que tenga que ocurrir, ocurra.

Fue la primera vez que vi a Anna encenderse. Desde dentro, como la cabeza de una antorcha. La sangre inundó sus mejillas y sus ojos despidieron chispas de cólera.

—¿Estáis locos? Tú, William Bass ¿lo estás? Ellos —señaló a Nina y a Martin— no van a ninguna parte salvo con nosotros, porque tú y yo solos,

únicamente conseguiremos que nos maten de la peor manera.

El simple sonido de su voz me resultaba insoportable. Volví a desenfundar el arma y pasando por alto que alguien pudiera verme y pensar que no se trataba de una broma, apreté con la boca del cañón en mitad de su frente. Sin embargo, lejos de intimidarla, se removió como si quisiera responder a mi brutalidad con violencia.

—¡Dispara! ¡Joder, no te lo pienses más! ¡Si lo estás deseando!

—Desde el momento mismo en que te he visto aparecer —juré entre dientes.

—Pues suelta una bala y no volverás a ver el cuerpo de Stella. Mátame y ella se quedará para los restos vagando en el limbo gracias a ti y a tu orgullo herido.

—Will, por favor... —susurró Nina mordiéndose los labios.

Tragué con trabajo la espesa bola atravesada en la garganta. Lentamente coloqué el seguro y bajé el arma. Luego, me dije. Más tarde, cuando las cosas estuviesen en su lugar, habría tiempo para la venganza. No pensé en la justicia ni un solo instante.

—Basta ya, calmaos los dos —intervino Martin interponiéndose. Con un movimiento instintivo, Anna se refugió a su espalda, demasiado pegada a su cuerpo.

—Esto es una mala idea —advertí devolviendo la pistola a la cartuchera.

—Haremos lo que tú quieras que hagamos, Will. Nuestra intención siempre ha sido ayudar —agregó Martin conciliador.

—Os quiero a salvo. Dispuestos a seguir investigando si yo no regreso. Trataré de rescatar su cuerpo de esos túneles, cerraré por fin los círculos y si no lo consigo, al menos descansaré. En paz o no, pero con ella.

—Maldita sea, no entiendes nada —gruñó Anna con aspereza—. Si la traen de nuevo a la vida no será para descansar en paz. ¿No lo adivinas, detective? Habrá un monstruo suelto en las calles y me temo que tú mismo tendrás que matarla.

Había tanta verdad en su frase envenenada que cerré los ojos y por enésima vez deseé un final. Una ráfaga de aire helado envolvió mi nuca al tiempo que mi pecho ardía. Pero me obligué a no responderle.

Acabamos todos sentados como colegiales, en un banco dedicado a la memoria de la desconocida “señora Lloyd”. Como cuando estábamos en el instituto y éramos amigos.

—De acuerdo, lo haremos —suspiré—. En cuanto a ti... —la observé largamente, con desgana—, sabes que cuando todo esto acabe te mataré ¿verdad?

Me contestó un destello malvado directo desde sus ojos que interpreté como un “*eso será si puedes*”. Apoyé las manos sobre mis rodillas, y con los músculos de todo el cuerpo entumecidos, me preparé para irme.

—Ahora, si me disculpáis, necesito un rato a solas y un café cargado, me temo que la noche se prevé larga. Ya conocéis el nombre y la dirección de mi hotel. Allí nos vemos. A la diablesa... mejor sedadla, dormiréis más tranquilos.

Así me marché. Con aquella sensación opresiva contra la nuca, el peso del tormento, la vergüenza y la impaciencia. Huí para lamerme a solas las heridas. Para pasar la noche, una vez más, completamente en vela.



## **Elegir un beso**

*¡Ilumínate!*

*Un imperio para ti, un imperio para dos.*

***Empire (Of monsters and men)***

## **Stella**

Hay emociones imposibles de describir. Ocurre cuando algo vital que ves o presientes, entra en ti arrasando con todo cuanto eres y conoces, separando tus pies del suelo, barriendo de abajo arriba tu concepto de la realidad misma. Después de mi primera noche en el cuartito de la trastienda, el horizonte profesional de la nueva Stella, la chica perdida que en nada recordaba a la rica heredera americana, huérfana de padre y madre después de perder a su hermano en un final suicida que escandalizó a las capas más nobles de la alta sociedad neoyorquina, viraba en seco hacia las bandejas, los servicios de té y los clientes acomodados en sus mesas. De momento, mis manos continuaban sumergidas en agua y jabón, frota que te frota, platos y cucharillas. La música ambiente del local había conseguido serenarme, Adele desgranaba su “*Set fire to the rain*” y el vozarrón de Henry atendiendo turistas hambrientos, se

confundía con sus tarareos. Aquellos loables intentos suyos por afinar, me arrancaron una sonrisa. Pero en el mínimo instante en que separé los ojos de la pila para mirar a aquel buen hombre que era mi jefe, literalmente se me paró el corazón.

Creí morir cuando lo vi aparecer en la puerta de la cafetería. Will. Mi Will. Su envergadura bajo un gabán marineró usado mil veces, las manos escondidas en los bolsillos, el andar apresurado, el pelo oscuro revuelto, sexy hasta lo insoportable, el ceño fruncido en esa expresión huraña tan suya, tan amada... Se me secó la garganta y los ojos se me llenaron de lágrimas dulces. Parpadeé temiendo confundirme. No podía ser cierto, Will no estaba en Londres sino lejos, muy lejos, más allá del Océano. Pero volví a mirar y me convencí de que mis pupilas no mentían. Contuve el aliento temerosa de verlo desaparecer como la alucinación que seguramente era, si respiraba. Pero no. Transcurrió un segundo, otro más en el que las cosas se volvieron humo, enloqueció mi latido, tras un parpadeo se separaron mis pestañas, y él continuaba a pocos metros, eligiendo al azar una mesa donde se dejó caer abrumado y pálido, haciéndole una seña distraída a Henry.

Era él. Allí, tan cerca. Y yo... simplemente no podía creerlo.

Respirar el mismo aire que él empezó a resultarme imposible. Más que aspirar jadeaba, incapaz de alejar mi visión vidriosa de su figura, sentado de perfil, sin reparar en mí. Intercambió un par de frases con mi jefe y al quedarse solo, desvió la mirada hacia donde provenía la música. El suyo era un gesto de profundo dolor, como si la letra de aquella canción que muchas veces escuchamos juntos, le rompiera en dos el alma. Una punzada me atravesó el vientre, como una llamada ancestral y salvaje al deseo. Un arrebato. Un gran amor. Mi todo. Eso era Will para mí.

Necesitaba tocarlo cuanto antes. Mis movimientos se tornaron lentos. Casi torpes. Me obligué a sacar las manos del agua y a secarlas. Pero fue trabajoso, todo costaba mucho más de lo normal, como si mi cerebro se hubiese desconectado de repente, entretenido en recibir el tropel de recuerdos que me habían mantenido fuerte hasta entonces: su pelo sedoso resbalando entre mis dedos, sus ojos brillantes peinándome en su cama, sus orgasmos deshaciéndose dentro de mí, sus gruñidos siseando “te quiero”, su risa escasa y valiosa, nuestro jersey compartido, el frío de un invierno en Nueva York, los rincones de su apartamento y del mío, todo lo que habíamos sembrado con nuestro amor.

¿Qué podía decirle? ¡No te asustes! ¿¡Estoy viva!?! ¿Cuéntame qué ha

ocurrido? ¿Por qué me abandonaste? ¿Cuál es la causa de que no estemos juntos? ¿Quién me trajo a Londres? ¿Fuiste tú?

*“Dios, Will... cuánto he necesitado fundirme en tus abrazos”*

Di un paso vacilante en su dirección. Saldría del rincón en penumbras que me cobijaba, a exponerme en mitad del local sin decir nada, solo estudiar su reacción y perderme en ella. Elegir un beso, el gran beso especial del reencuentro. Ya habría tiempo para explicaciones, ahora solo quería volver a tenerlo, volver a sentirme suya.

Henry le sirvió un capuchino bien colmado y me observó interrogante. Aún me mantenía a espaldas de Will pero allí de pie, paralizada, con los ojos como platos, el rostro helado y el gesto descompuesto, debía de dar mucha risa. Mi hombre se bebía las penas con el café y en solo unos cuantos segundos yo podría...

La puerta de la cafetería se abrió de par en par con un alegre tintineo y una chica mulata, espigada y preciosa, peinada como yo, entró radiante. Una de esas mujeres que parecen llevar su propio sol privado sobre la cabeza. No titubeó, fue directamente hacia la mesa de Will y sin pedir permiso, se sentó sonriendo después de acariciarle el pelo. Aquel simple gesto me petrificó y actuó como detonante para que en mi mente desfilaran atropelladas y enmarañadas, unas escenas que hubiera dado la vida por no presenciar. Will, mi Will enredado con ella en el suelo, Will desnudo en una bañera, Will mordiéndole la boca con pasión. Will amándola. A ella, a esa desconocida, no a mí. De repente, el miedo a perderlo para siempre me heló la sangre. Se me escapó un gemido, me apoyé contra la pared para no caerme, el suelo de la cafetería se movía y yo a su compás. Me tapé la cara con las manos, los ojos, los oídos, sin lograr detener la avalancha de visiones. No podía respirar. Lo que percibía con los sentidos, la complicidad entre ellos, su conversación, se me clavaba en el pecho tan hondo que iba a sangrar. Era la primera vez desde mi extraño regreso en que realmente quise estar muerta. Un lacerante segundo en el que ese desasosiego que me siseaba como una culebra que algo iba mal, que se hacía con todo y lo dominaba en cuanto yo bajaba la guardia, se hizo carne y me partió por la mitad.

—¿Te encuentras bien?

La pregunta de Henry me sobresaltó. Sacudí la cabeza con torpeza retrocediendo hasta esconderme tras el mostrador y las lámparas de lágrimas de cristal. Las imágenes en mi mente se esfumaron deprisa.

—Lo siento, Henry, me he mareado —musité con la voz quebrada.

—Muchacha, estas blanca como la cal, entra ahí detrás y tumbate un rato, te llevaré un vaso de agua.

Quise huir pero no me respondían las piernas, mis pupilas se negaban a separarse de su espalda y un frío intenso y terrible se agarró a mi cuerpo y me retorció con crueldad.

—¿En serio no necesitas nada? —insistió mi jefe observándome con preocupación.

Soy incapaz de explicar lo que me dolió verlo en poder de otra. Nada imaginable podía aligerar la tristeza de enfrentarme a aquello. Corrí a la trastienda antes de que un impulso loco o febril me lanzase en brazos de Will a pesar de la evidencia. *Ahí tienes tus respuestas, pequeña estúpida*, sus razones, mis dudas, la cruda realidad. Él ya no me quería, había pasado página con otra chica, otra que ocupó mi lugar y se convirtió en su amante, otra lo bastante seductora como para inducirlo a olvidarme, a no buscarme. El abandono, el adiós, la muerte. Lo demás poco importaba. Manhattan, Londres, el fin del mundo.

*¿Por qué estás aquí, Will?*

Me dejé caer sobre el colchón de mi cuartito, devastada, rota en pedazos, herida de una forma tal que jamás curaría. Me encogí en un ovillo apretado y me dejé llevar por la desesperación hasta que oí entrar de nuevo a Henry.

—Me estás preocupando, chiquilla, parece que hayas visto a un fantasma.

Me sequé las lágrimas con la manga y puse todo mi empeño y las pocas fuerzas que tenía, en fingir, incorporarme y regalarle un esbozo de sonrisa tan de mentira que dio pena.

—Pierde cuidado, estoy bien, de verdad, enseguida salgo.

Me demoré cuanto pude, ensayé mentalmente la forma en que me plegaría sobre mi pila de platos sucios y ocultaría mis rastas bajo alguna gorra. No podía verme porque si me miraba y aun así se iba... yo... No sobreviviría.

Debió jugarme una mala broma el destino, porque cuando fui capaz de asomarme al salón, Will y su nueva chica se habían marchado.



## **Dame tu ayuda**

*Solo quiero sentir tus besos contra mis labios*

*Y ahora... todo este tiempo pasa*

***Hate you, Love you (Olivia O'Brien)***

### **Amber**

Empezaba a darme cuenta de que en lo tocante a Will Bass, a cada paso me conformaba con menos. No puedo expresar con palabras el entusiasmo que me provocó que Will acudiese a mí cuando una intensa turbación lo golpeó duro. La llegada de sus amigos americanos pijos no había sido como él esperaba, estaba claro, porque pese a su mutismo y ausencia de explicaciones, lo encontré hundido como nunca. Sus increíbles ojos rasgados, rodeados de círculos negros como pozos. Sin brillo. Sin vida. Me citó en aquella cafetería medio escondida, coqueta y atiborrada de turistas locos de excitación brindando con té inglés. Al llegar, mi mano voló sola a su pelo denso y mis dedos, sin pedir permiso, se colaron por entre sus mechones. Como si de verdad fuese mío, como si nos amásemos desde siempre.

—No ha ido bien ¿verdad?



—Menuda mierda —masculló. Y volvió a esconder su mirada huidiza entre las losetas del suelo.

—Tranquilo. Acábate ese café e iremos a algún sitio donde podamos hablar. —Me senté dispuesta a concederle todo el tiempo que necesitara, que parecía ser mucho.

—Aquí podemos hablar.

—Me refiero a allí donde puedas gritar y desahogarte si es preciso.

Me miró completamente roto.

—¿Tengo pinta de necesitar aullarle a la luna?

Arqueeé las cejas con sorpresa.

—No me hagas preguntas incómodas de las que no quieres saber la respuesta.

De un solo movimiento se echó el café al colete y se puso en pie. Lo imité al instante.

—¿Listo?

—Después de esto, jamás volveré a estar listo, me temo.

Su tono fue tan trágico que quise limar asperezas con una broma.

—Pesimista... No ha podido ser tan terrible.

Cuarenta minutos más tarde, en la quietud de mi apartamento, no pensaba lo mismo.

—¿En serio me dices que has tenido frente a frente a la tipa que asesinó a tu chica? —Will asintió despacio—. Joder. Necesito una copa.

—Que sean dos —oí a mis espaldas camino de la vieja cómoda que hacía las veces de mueble bar.

—Iba a servírtela aunque no me la pidieras. Hay tragos en la vida que no pueden soportarse sobrios.

Me dejé llevar por el ruido del licor cayendo contra el cristal, como una pequeña catarata. Luego volví a él y le entregué uno de los vasos.

—¿Qué vas a hacer?

—Permitirle demostrarme que no miente —respondió sombrío—. ¿Qué otra opción cabe?

Me froté las sienes, superada por el súbito cambio de rumbo de las cosas. Hasta ese momento, yo era la que controlaba la bajada a los túneles. Mi padre y su gente, la presunta búsqueda del cuerpo de Stella. Ahora,

irrupcía una americana a la que Will deseaba ver muerta, que lo volvía todo del revés.

—No puedes fiarte de ella.

Will soltó una carcajada amarga que rebotó por las paredes como una pelota de goma.

—¿Crees que me fío? Pienso matarla con mis propias manos cuando todo termine. Solo tengo que...

—¿Qué? —lo azucé al ver que frenaba.

—Intentarlo.

Tomé aire y cambié de sitio. Antes había estado sentada en una butaca pequeña, mirándolo de frente. Me mudé a su lado en el sofá, lo tenía tan cerca que me traspasaba su calor. También su inhumano dolor. Controlé a duras penas la necesidad de abrazarlo, no había nada sexual en mi ansia, era más, era preocupación, amor, compasión y consuelo. Con timidez, posé la mano en su antebrazo y lo sentí vibrar. Me mordí los labios. Desde mi lista de Spotify, Lost Frecuencias desgranaba su *“Sleep for the weak”* y todo el ambiente se cargó sin querer de una irresistible sensualidad.

—Will, no caeré en tópicos, tampoco creo ser capaz de sorprenderte con una deducción ingeniosa. Todo esto es difícil, quizá imposible de asumir. Es lacerante. Pero también es un escalón que debes subir. A su debido tiempo —añadí para impedir que interrumpiera—. Tienes que permitir que la gente de mi padre te ayude.

—¿La gente de tu padre no son tu gente? Vamos, Amber ¿sigues jugando?

Me resistí a romper el contacto piel a piel. Era débil e inofensivo pero era un principio. Mantuve los dedos firmes, enroscados en torno a su antebrazo, cerca del codo.

—No bajo a los túneles por decisión propia. Soy policía por decisión propia. No participo de sus intrigas por decisión propia. Hago lo que puedo para que mi vida sea aburrida, ordinaria y normal.

—No te engañes, tú no eres un ser normal.

—Lo soy, Will, dentro de mi naturaleza lo soy, porque quiero serlo. Y aunque prefieras desconfiar de todo y pensar que mentimos, el movimiento de resistencia que capitanea mi padre es tan verdad, como que tú y yo ahora compartimos aire. No queremos que nada cambie, ni dominar el mundo, ni destruirlos. No queremos que nadie salga herido. Nuestra meta es que ellos desaparezcan de la faz de la tierra, hundidos en su ciénaga para toda la

eternidad. Ellos sobran, no los humanos. Esta realidad os pertenece, no tenemos derecho a violentarla. Hemos vivido en paz durante siglos y algunos no tenemos intención de cambiar eso.

Will dejó escapar el aire de los pulmones. Afiancé el punto de contacto y lo transformé en caricia. Sonreí y fingiendo un deje maternal que no sentía ni de lejos, me enredé en su pelo. En momentos como ese, una desea manejar esos poderes que la gente debe imaginar que tenemos. Seducirlo, hipnotizarlo, robarle la voluntad, borrar a besos el recuerdo de Stella. Me exponía al rechazo una vez más, pero el tiempo no jugaba a mi favor, aquel hombre me interesaba y estaba dispuesta a intentarlo cuantas veces hiciera falta. Convencerlo de que se quedara en Londres y me amase. Algún día.

—Por favor... Si vas a dejar que esa Anna te pruebe que lo que afirma es verdad ¿por qué no me concedes a mí la misma oportunidad?

—Bajaremos mañana —anunció después de pensárselo unos segundos—. No quiero demorarlo más.

—Mi padre y la vieja guardia te darán cobertura. Desde las sombras, desde los búnkeres, desde los túneles más oscuros, pero accede a que te vigilen e intervengan si fuera necesario.

Cabeceó. Incliné la cabeza hacia su cuello y deposité un beso húmedo sobre su piel caliente. Un pequeño regalo que no rehusó. Así que avancé osada un paso más. Rectifiqué mi postura y de rodillas frente a él, casi a horcajadas, metí los dedos por entre los botones de su camisa. La fuerte mano de Will detuvo la mía.

Frustrada, fruncí el ceño.

—Limítate a ser un hombre, detective. No me ames si no puedes... aún. Todo llegará si tiene que llegar y en su momento. No quiero promesas ni un universo encerrado en una bola de cristal, me basta con tu boca y con que estés presente. Ahora. Entero. Para mí.

La presión de su garra se suavizó un tanto. Proseguí mi exploración correteando por encima de su piel que se erizó bajo mis yemas. Su mirada perdida vagó un segundo antes de posarse en mí.

—Por favor, Amber... no le pongamos nombre a los fantasmas, tú no me quieres —susurró ronco.

Por segunda vez hundí los labios en el hueco de su cuello, bajo su oreja y lamí. Sus pezones se endurecieron bajo la ropa y el bulto de su entrepierna saltó con vida propia. Lo imaginé suave, caliente, como ya lo conocía, acomodado sobre mi lengua. Y salivé de puro deseo.

—Porque aún no ha amanecido. Deja que asome el sol.



## **Lo que no quiero ver**

*Vienes a mí con la brisa de verano,  
me mantienes caliente con tu amor, entonces  
suavemente te vas.*

***How deep is your love (Bee Gees)***

## **Stella**

Las visiones se sucedían rápido, no podía pararlas. Me marearon, superpuestas unas contra otras como fotogramas acelerados. Como puñaladas más bien, porque cada una hería más profundo que la anterior. No tenía modo de distinguir si lo que veía era real o solo una alucinación, si las escenas correspondían a un tiempo pasado, al futuro incierto o a aquel mismo presente. Si los besos y las caricias que Will y aquella chica morena se prodigaban eran veraces. Para mí lo eran. El salón de un apartamento pequeño, la misma ropa con la que los vi en la cafetería cayendo al suelo en desorden, la fiebre del deseo ardiendo en sus pupilas, en las de ambos. Jadeos, el aliento en forma de vaho, los labios enredados, la desnudez. Todo

lo que era mío ahora otra me lo robaba. Sentí que me moría, que me apagaba a borbotones, que me quedaba sin razones para vivir, que quedarme en Londres o escapar daba lo mismo. Que todo había terminado consumido por las llamas de un fuego ajeno y cruel. ¿Quién era ella? ¿Cuándo y cómo se habían conocido? ¿Lo cercó aprovechando mi ausencia? ¿Jugó a consolarlo? ¿Así se le acercó? Los hombres rendidos son vulnerables y el corazón de Will era tierno como el de un niño, poca gente lo sabía, ni él mismo hasta que me conoció y decidió abrirlo.

Mis dedos crispados se cerraron sobre la tela mil veces lavada de la almohada. Apreté fuerte los párpados, rezando porque el tormento se interrumpiera. Que cesaran las imágenes, no quería verlos más, aquel poder sobrenatural con el que había vuelto a la vida, mi capacidad para visualizar lo que ocurría en lugares donde no me encontraba físicamente, un talento al que hasta entonces no había concedido demasiados méritos, iba a acabar conmigo.

Después de que la mesa de Will se quedase vacía, hice lo imposible por recomponerme y atender mi trabajo en la cafetería. La intención, que mis cuitas personales que desde luego no pensaba desvelarle al bueno de Henry, se interpusieran lo mínimo en el normal funcionamiento de su negocio. Me tragué el dolor, la rabia y las lágrimas y lavé platos a una velocidad endemoniada. Si momentáneamente acababa, corría a la sala a recoger servicios y vajilla sucios, cargando la bandeja al límite de a lo que una novata inexperta como yo, podía atreverse. Desde su rincón junto a la caja registradora, Henry observaba mi frenética actividad con semblante preocupado.

Me sentí mal, la presión del pecho y el malestar me empujaba a confesarme. Podía decir “acabo de ver a mi novio con otra chica”, sencillo, sin mayor detalle, mi jefe entendería que estuviese destrozada ¿cómo no iba a entenderlo? Haría la vista gorda con mis errores durante un par de días, unos consejos paternos bienintencionados y vuelta a la normalidad. Pero no lo hice. No despegué los labios ni respondí a sus preguntas más que con suaves sonrisas y evasivas, y una idea fija en la mente. Que acabase mi turno, que la cafetería cerrara al público y poder derrumbarme sobre mi camita a llorar sin diques mi pena.

Me dormí muy tarde y muy agotada. Convencida de que los próximos amaneceres ya no serían comparables a nada conocido.



## **Lo que de verdad deseo**

*Estas aguas poco profundas  
nunca encontraron lo que yo necesitaba.*

*Estoy dejando llegar  
una inmersión más profunda.*

***Faded (Alan Walker)***

### **Anna**

¿La verdad? No tenía ni la más remota idea de dónde se celebraba el sagrado ritual de preparación. Todo había sido un ardid para ganar tiempo. Siguiendo mi atropellado plan, me mostré sumisa, dócil y colaborativa. Di mi palabra de que los conduciría hasta el cuerpo de Stella Trumann, pero yo no tengo palabra y si la tengo, vale menos que nada. La dignidad con la que nací se perdió al enamorarme de Martin Forrester con dieciséis años y perder el alma.

El diseño de los túneles, sus entradas y recovecos, los conocía. Los había memorizado desde niña con obsesiva machaconería como si algo me

avisara de que retener aquellos datos de los que tanto hablaban a hurtadillas mis padres, me salvaría un día la vida.

Pues bien, ese día al parecer había llegado.

Solo recé a las tinieblas para que el tiempo se hubiese detenido allí abajo y que el esquema de laberintos grabado en mi memoria, no hubiese cambiado. Oí cosas, sí, pero no porque Rice me las confiase sino porque en sueños murmuraba frases que yo cazaba y atesoraba intuyendo su importancia. Mencionaba La Sala, la gran Sala, que supuse en La Cripta. Luego entendí que era La Gran Sala del Ritual, en Londres, la zona sagrada de la consagración. Ahí debían de tener los restos de la pintora elegida para encarnar a Lucifer, la Mano Maestra que nos gobernaría a todos. Un gran honor del que ella jamás sería consciente. Pequeña pija estúpida...

Confiaba en que una vez allí abajo, nos topáramos con la Orden y quizá nos hicieran prisioneros. Confiaba en mi capacidad de persuasión para salir bien parada salvándole la vida a la única persona que me importaba por encima del cielo y del infierno: Martin. Los demás podían pudrirse poco a poco y alimentar con sus huesos las tierras fangosas de los pantanos. Especialmente ELLA.

Improvisar es siempre un juego divertido.





## **En mi hora más oscura**

*In my reign, in my darkest hour*

*Dream away tonight, I still feel you in my bed*

**For the weak (Lost Frequencies)**

### **Stella**

El primer día, fui un espectro que se desliza por entre los vivos. Nada más que eso. Deseando y temiendo a un tiempo que la noche llegara, porque me quedaría sola con mis monstruos a los que era ya incapaz de domar. Cada vez que entornaba los ojos los veía besándose, tocándose con ese ansia de los amantes insatisfechos. Y el puñal del dolor y el resentimiento se retorció un poco más profundo en mis heridas abiertas.

Henry observó, y diría que sufrió, sin preguntar, pasando por encima de mis ojos hinchados, mi nariz goteante y mis gimoteos, con expresión compungida.

—Sabes que vivo arriba, muchacha, si me necesitas...

—Ya, Henry, tranquilo —dije entre sorbos sin querer mirarlo.

—No tienes más que llamarme.

Al día siguiente, hice lo que se esperaba de una empleada diligente, me dediqué a tirar de mí como de un peso muerto que se arrastra sin ganas de respirar. No levanté los ojos de la pila, no pronuncié más que algún esporádico y lacónico “*gracias*” y aguanté el escozor de unos ojos que solo querían llorar hasta secarse. Mirar de reojo hacia la puerta, de continuo, por si Will aparecía otra vez, se convirtió en un tic obsesivo. Pero no ocurrió.

Esa noche volví a sufrir una alucinación. Will no había vuelto por la cafetería pero sí a mis visiones, estaba inclinado sobre mí, amándome, me miraba con unos ojos brillantes rebosantes de amor. Sus grandes manos me acariciaban y todo fue tan real y tan nítido, que allí en mi cama estrecha de la trastienda, tuve el orgasmo más increíble que recuerdo. Después, convencida de que los deseos que jamás se harían realidad solo me visitaban para hacerme sufrir, de que Will ya estaba enamorado de otra, lloré hasta que amaneció.

El tercer día decidí sacudirme las penas y aunque resultó imposible olvidar, al menos mis suspiros fueron más humanos y mis pies se aferraron con fuerza a las tablas de madera gastada del suelo.

A las ocho de la tarde me sorprendí a mí misma golpeando con los nudillos en la puerta del apartamento de Liam. Con una tarta de zanahoria en la mano, receta de mi abuela, que había cocinado en el horno de la cafetería, con permiso de Henry. Creo que casi le alivió la noticia de que iba a visitar a Liam, pensaría que me vendría bien algo de ánimos y un hombro fuerte sobre el que llorar. Pero tras mi segunda llamada, la puerta se abrió apenas una rendija, por la que a duras penas conseguía ver a mi amigo el médico.

—¡Aroa! No... no te esperaba.

Arqueé las cejas y sonreí a medias. No era el recibimiento que esperaba, la verdad.

—¿Cómo es que has venido? ¿Pasa algo?

Levanté un poco los brazos y apunté a la tarta cubierta con una campana de plástico transparente.

—Pasa que ya es hora de sacudirme los frenos y empezar por agradecerte todo lo que has hecho por mí. Que no tenga recuerdos no significa que haya perdido las buenas maneras.

—Oh, bueno... vale. —Sonrió forzado, muy forzado, pero no se apartó un milímetro de la puerta. La situación empezaba a ser francamente incómoda.

—¿Estás... ocupado?

—No exactamente.

—¿Acompañado?

Se mordió el labio inferior. Decidí que era hora de dejar de hacerme la tonta. Acababa de perder a mi amor irremplazable, eso sí que me dolía, no iba a quedarme allí aguantando nuevos desplantes por parte de un hombre a quien apenas conocía. Eso sí, sonreí ocultando el intenso malestar que acababa de invadirme, porque me quedaba sin el único amigo de mi edad que tenía en Londres.

—Ya veo, he llegado en mal momento. —Estiré las manos y le ofrecí el regalo—. La he hecho para ti, podéis comérosela tú y tu... tu amiga o novia o lo que quiera que escondas ahí dentro. Volveré otro día.

—Oye, Aroa...

—No pasa nada, en serio, sé cuando no soy bienvenida.

Seguía sin moverse, sin franquear la entrada, y yo empezaba a ser ridícula.

—¿No vas a aceptarla? De acuerdo. —Me agaché y dejé la tarta sobre el suelo. Oí una especie de gruñido que acabó siendo suspiro.

—Está bien, pasa.

Me incorporé y la puerta estaba abierta del todo para mí. Liam llevaba unos vaqueros viejos y una camiseta gris de algodón que dejaba a la vista sus fabulosos bíceps y el inicio de un pecho trabajado y varonil. Sin peinar, descalzo y con un aire mucho más desenfadado y travieso que la imagen de médico estresado que yo guardaba de él. Y en cuestión de segundos, su silueta se desvaneció en el aire y el nuevo Liam estaba arrodillado en el suelo, maniatado con las manos a la espalda, mirándome con angustia. Fue apenas un parpadeo que desapareció enseguida.

—No es necesario —me atrincheré con firmeza—. Es culpa mía, debí avisar antes de venir a importunar. Yo...

—Aroa, he dicho que pases.

Su orden rotunda me sobresaltó. No sonó a permiso, ni a amabilidad, sonó a haber cambiado de opinión de golpe sobre muchas cosas. Sonó a hacerme partícipe de un secreto a partir de aquel instante. Así lo presentí.

Y así fue.

Seguí sus pasos por un apartamento inusitadamente cálido. Fuera ya era noche cerrada y allí dentro parecía lucir el sol, las lamparitas encendidas sobre los muebles, no demasiados, bañaban el ambiente de una tierna luminosidad. En el salón, tumbada en el sofá con los ojos cerrados y su

cabellera rubio platino derramada sobre los cojines, sorprendí a la chica que me ayudó a escapar de los túneles. Sus párpados se separaron casi al mismo tiempo que mis pulmones se saturaban de aire. Ella también se asustó, creo que las dos quisimos evaporarnos en el humo al vernos. En lugar de eso, nos quedamos petrificadas bajo la atenta mirada de Liam.

No podía permitir que sospechase que nos conocíamos. ¿Qué hacía ella allí? A medida que los nervios y la bocanada de calor que me había subido por la espalda y el cuello se calmaban, pude observar su aspecto desaliñado, llena de moratones y heridas, con un aparatoso vendaje sobre la garganta. Despegué los ojos de ella y miré interrogante a Liam. Por suerte, él había interpretado mi desconcierto de otro modo mucho menos peligroso.

—¿Sabes guardar un secreto?

Asentí medio muda de terror.

—No es lo que parece, se llama Sybilla y la encontré en el lecho del río, casi muerta. Lleva aquí dos días pero no he conseguido que pronuncie una sola palabra.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Lo escribió en una hoja de papel, pero se niega a darme más detalles.

—¿La han atacado?

—Eso parece. Estaba muy malherida pero responde increíblemente bien a las medicinas y los cuidados.

—¿Por qué no llamaste a la policía?

Sybilla se sentó de golpe sobre el sofá y manoteó en el aire con fiera desesperación. Liam se apresuró a tranquilizarla, sentado en el borde, susurrándole suaves palabras de consuelo.

—Calma, calma, no tienes que preocuparte, no avisaremos a nadie, calma. —Logró acostarla de nuevo y le acarició la frente y el pelo con un gesto muy paternal. Sus pupilas negras se clavaron en mí—. Por esto ¿lo entiendes ahora? Estaba semiconsciente cuando la encontré y sin embargo, se volvió loca cuando mencioné la posibilidad de pedir ayuda.

Cabeceé antes de cruzar los brazos sobre el pecho. Una sospecha que no sabía identificar flotaba a mi alrededor, tensándome.

—Ya veo. Eres una especie de Madre Teresa de Calcuta, a mí también me rescataste.

Liam observó mi expresión, desconcertado.

—No fui yo quien te encontró, la policía llegó primero.

—Pero sí quien evitó que me echaran a la calle a las dos horas de

ingresarme. Extranjera sin identidad, sin papeles, sin seguro...

Liam suspiró calentando las manitas de Sybilla entre las suyas.

—A diario veo muchas injusticias contra las que no puedo luchar. Querría, pero exceden de mi capacidad. A espaldas del sistema oficial, hago lo que puedo, no me lo reproches.

—Jamás lo haría. —Lento para no alterarla, me aproximé al sofá y me acuclillé junto a la chiquilla que seguía mis movimientos con los ojos desencajados. Le brindé una sonrisa cómplice—. Es increíble lo que son capaces de hacer algunos. ¿Quién tendría estómago para golpear así a una niña?

—Hay mucho más, intentaron degollarla, presentaba una herida feroz en el cuello y una puñalada en el costado. Por fortuna, su verdugo resultó ser poco habilidoso.

Tuve que contener el impulso que habría llevado mi mano hasta mi cicatriz, casi en el mismo sitio.

—¿Por eso no puede hablar?

—Es posible, puede que hayan resultado afectadas las cuerdas vocales, lo veré con la evolución de la herida.

—Me has puesto los pelos de punta. —Rocé su cabello albino con la punta de los dedos—. Pobre criatura. Aquí estás a salvo, no temas.

—Voy a preparar un poco de té para acompañar tu tarta, que por cierto, continua junto a la puerta de la calle —rió Liam dirigiéndose al recibidor.

—Yo me quedo aquí, haciéndole compañía.

Tenía tanto que decirle...

—Cariño ¿fueron ellos? —susurré casi a su oído— ¿Te castigaron por mi culpa?

Sus ojos enormes se llenaron de lágrimas. Asentí mordiéndome los labios para no llorar también.

—Lo siento, pequeña, lo siento tanto...

Sus deditos trémulos apretaron los míos.

—Te pondrás bien, encontraremos el modo de escapar muy lejos, donde no puedan encontrarnos, ni a ti ni a mí. —Le sequé las mejillas mojadas— Liam va a preparar té caliente y comeremos tarta ¿tienes hambre? —Negó— ¿Escribir? ¿Prefieres contarme algo? —Negó de nuevo— ¿Quieres que busque una historia bonita para leerte? Mira cuántos libros tiene el doctor en su biblioteca.

Sonrió a medias con un ligerísimo cabeceo. Le besé la frente y me puse

en pie. Junto a la mesa redonda del comedor se alzaba una estantería formidable atiborrada de volúmenes de diversa condición. Mis pupilas ávidas recorrieron los estantes hasta toparse con algo que no era precisamente un libro pero que acaparó toda mi atención. Una foto dentro de un marco, Liam con un hombre joven, algo mayor que él pero de rasgos muy similares, y un tercero, unos veintitantos, quizá treinta años mayor, con el pelo completamente blanco. El torbellino de mis indeseadas visiones llegó de nuevo barriéndolo todo.

Yo estaba muerta, de eso no me cabía ninguna duda, tumbada sobre la mesa metálica del depósito de cadáveres. Y aquel mismo hombre albino estaba a mi lado, de pie, vestido de immaculado blanco, hablando con otro. En mi imagen, no era como en la foto, en mi cabeza el albino no sonreía.

*—La Mano Maestra ya no acudirá a este cuerpo, ha sido profanado por el retraso demasiadas veces. Nunca llevó la vida ejemplar que se esperaba de él, no se quitó la vida con honorabilidad. No era digno, solo un aspirante demasiado arrogante y egoísta. Además hay otras razones. Razones inexplicables a estas alturas, teniendo en cuenta que Stefan fue elegido y educado para el sagrado momento de la Encarnación.*

*—Vos conocéis los detalles mucho más a fondo que nosotros.*

*—Prefiere preservar su sexo. Encarnarse en alguien que no la obligue a reinventarse. Absurdo.*

*—Podría entonces encarnarse en su hermana de leche.*

*El hombre que acarició mis largos mechones rubios, tenía el rostro surcado por una terrible cicatriz arrugada, resplandeciendo sobre su piel como una mancha diabólica.*

*—Por eso la hemos traído. Y siempre que su hermano de sangre muera. Stefan Forrester nunca fue la mejor opción, lo advertí, que la Mano Maestra no se reencarnaría en el hermano de un ángel, que ese simple hecho ya lo invalidaba por más que La Orden se empeñase, pero nadie quiso escucharme.*

*—Admitir errores es signo de debilidad y en estos tiempos ¿quién querría pasar por débil? Por cierto, no mencionéis esa palabra, me da escalofríos.*

Antes de poder centrar los detalles, la imagen se diluyó como una columna de niebla empujada por el viento y volví a la realidad con una brutal sacudida. El final de mi visión se había cruzado con otra más antigua, la temible Sala de sacrificios de La Cripta donde Anna me asesinó. Allí, junto a la mujer asiática que manejaba los oscuros hilos del club, recordaba haber visto al gigante rubio, el otro joven de la fotografía. ¿Stefan? ¿Se referían a mi hermano? ¿Y ese hombre albino lo había llamado Stefan Forrester? Tuve tanto miedo que el temblor me obligó a sujetarme las rodillas. Liam regresaba con una bandeja y el servicio de té listo para todos. Mi tarta ocupando el centro de la mesa. Aproveché los minutos que invirtió en preparar la taza de Sybilla y acercársela amoroso, para recuperar el ritmo del latido. Ahora su amabilidad raspaba y encendía mis alarmas.

Así y todo, me esforcé en sentarme a la mesa y sonar natural cuando comenté.

—Sales guapo en esa foto.

—Fue hace siglos —replicó sin titubear—, éramos unos chiquillos. Entonces las cosas eran... diferentes entre nosotros —Se enturbió su tono.

—¿Quiénes son? Me refiero al caballero y al chico que te acompaña.

Los ojos de Liam volaron a la estantería y soltaron un destello.

—Mi hermano Rice y mi padre.

El pánico escaló por mi espalda como una serpiente venenosa. La sangre detuvo su recorrido y mis manos lacias soltaron la taza contra la alfombra, que absorbió el impacto. El té hirviendo se derramó sobre mi ropa y Liam se apresuró a atenderme mientras los impactantes ojos de Sybilla me perseguían. Logré cruzar con ella dos o tres ojeadas de desesperación límite.

—¿Te encuentras bien? Aroa, estás muy pálida.

—No, no sé lo que me ha pasado... De repente, estoy muy mareada.... Yo... —Mi cerebro marchaba a toda velocidad buscando una excusa que me otorgara oportunidad y tiempo.

—¿Sientes náuseas?

—Sí, sí. ¿Serías tan amable de darme... un poco de agua con gas? Agua y limón natural. Es lo único que me alivia las ganas de vomitar.

—Me temo que no tengo ninguna de las dos cosas. —Se inclinó sobre mí, colocó una mano en mi frente para palpar mi temperatura y después me

tomó el pulso—. Joder, Aroa, tienes el corazón a mil por hora.

—Por favor, un poco de agua con gas... —insistí.

—Hay abajo un pequeño colmado chino abierto hasta las tantas con casi todo de lo que te puedas encaprichar. Si no te importa quedarte sola con Sybilla unos minutos...

—No, qué va. Te lo agradezco —asentí con ansia.

—Pues voy. Tardo lo mínimo, lo prometo.

Corrió a la puerta como el buen samaritano que jugaba a ser, se embutió en su grueso abrigo y tras echarme una última mirada consternada, cogió las llaves, la cartera y salió. En cuanto la puerta se cerró y pude reaccionar, salté de la silla y volé hasta Sybilla que me miraba espantada, sin entender.

—Escúchame bien, tenemos que salir de aquí, rápido. No hagas preguntas, cariño, estamos en peligro, las dos. Yo por estar viva, tú por saber cómo ocurrió.

—Pero Liam... —gorgoteó ronca. La ayudé a incorporarse.

—Liam parece bueno pero no lo es. ¡Vamos! No tenemos tiempo, va a volver enseguida.

—Mis cosas... —se resistió. Volví a tirar de su brazo, esta vez más fuerte y con menos miramiento.

—Olvídate de todo, yo tampoco llevo nada, nos las arreglaremos, vamos, Sybilla, vamos.

Entendí demasiado tarde el porqué sus ojos se agradaban mirando por encima de mi hombro. Giré y me di de bruces con un Liam enfadado y perplejo ante mi desbordante energía.

—¿Dónde se supone que vais?

Lo empujé con todas mis fuerzas mientras le gritaba a Sybilla que corriera. Agarré una de las lámparas de mesa junto al sofá y se la rompí a Liam en la cabeza antes de que pudiera recomponerse. Encajó el fuerte golpe con una sobrenatural fortaleza y cuando traté de repetir el ataque, su mano inmovilizó en el aire mi muñeca.

—¡Aroa! ¿Te has vuelto loca?

—¡Corre, Sybilla, escapa! ¡Escóndete lejos, donde él no pueda encontrarte!

No podía pedir milagros, la pobre estaba paralizada por el miedo, mirando desencajada nuestra desigual lucha y el modo cruel como yo había destrozado la base de la lámpara contra el cráneo de su salvador.

—Basta, Aroa ¡no quiero hacerte daño! —gritó Liam—. Baja eso



¡tranquilízate, joder!

En ese momento, Sybilla se decidió a abrir la puerta y yo no tuve opción de impedir que Liam corriese, le pasara por delante y la cerrase de un golpe seco.

—¿Vais a explicarme que coño pasa? ¿Qué me he perdido...?

—Me acogiste sin conocerme —le eché en cara, aún empuñando la parte viva de la lámpara, convertida en un afilado puñal.

—¡Porque me diste pena! —se exasperó él.

—Y luego a ella, a Sybilla. También sin conocerla.

Liam puso los ojos en blanco.

—La encontré moribunda en la orilla del río ¿qué querías que hiciera?

—¡Llevarla a un hospital! —le grité— ¡Cualquier cosa menos sospechosa que esconderla en tu casa y cuidarla como si ocultases algo!

—¡Lo intenté! Pero la niña tenía miedo, no quería ni oír hablar de policías o...

—¡Hablo de un hospital! ¡Un hospital!

—Los hospitales avisan a la autoridad en cuanto detectan signos de agresión, Aroa.

—Ella y yo. Las dos. ¿No es mucha casualidad?

En ese momento, Liam parpadeó confuso.

—¿Casualidad? ¿Por qué casualidad? ¿Acaso os conocéis?

Reí casi maquiavélica.

—Vamos, Liam, no finjas más, te hemos descubierto ¿quién eres? ¡Dímelo! ¿Quién, de entre todos ellos, eres?

—Te juro que no sé a dónde quieres ir a parar.

—¿Qué cargo ocupas? ¿Eres uno de los asesinos de La Cripta?

—¿La Cripta?

—¿Quieres entregarnos? ¿O matarnos tú mismo? ¿Por eso me ayudaste? ¿Por eso insististe hasta que confié en ti?

De un salto me planté junto a la mesa, arrojé al suelo el vástago torcido de la lámpara y empuñé el cuchillo dispuesto para la tarta, como si me fuese la vida en ello. Con las manos extendidas tratando de pararme, lejos de ponerse a salvo, Liam se me acercó. Ahora yo estaba más próxima a la puerta de salida que él.

—¡No des un paso más!

—Aroa, no, nada de eso, te estás equivocando.

—Ese hombre... Ese hombre que es tu padre, selló para mí un destino

horrible. Él me trajo a Londres, fue él.

—Aroa, te juro que no te conocía, no tengo ni idea de quién eres o dices ser...

—¡No mientas! —perdí los estribos— No me llamo Aroa Cavill, me llamo Stella Trumann, tu padre sabe muy bien quién soy, y tú vas a dejarnos salir ahora. Nos iremos y no vas a perseguirnos, nos dejarás marchar, nunca volveremos a vernos. ¡Te olvidarás de nosotras! Por tu bien, harás como que jamás nos hubieras conocido.

—No puedo hacer eso. —Sonó devastado.

—Te juro que no me rendiré sin luchar, puede que me mates, pero me iré defendiéndome y si puedo matarte, lo haré. Nosotras somos dos, tú solo uno, puede que seas más fuerte, pero al menos una conseguirá escapar.

—Hazme caso, te lo ruego, cálmate, suelta ese cuchillo. Sybilla no es más que una niña...

—Una niña que ha pasado por un infierno, nunca mejor dicho. ¡Quítate de la puerta! ¡Ya!

—No puedo hacer eso —repitió sereno—, porque si Sybilla se expone en la calle, durará lo que dura un parpadeo. La asesinarán, Aroa... Stella. La ejecutarán porque Sybilla debería estar muerta. No la retengo, la protejo ¿lo entiendes ahora?

La sombra de la indecisión me pasó por delante en una violenta galopada.

—¿Y conmigo? ¿Qué se supone que haces conmigo?

Desvió incómodo la mirada. Hasta diría que sus mejillas enrojecieron.

—¡Nada! ¡Me gustas! Por eso quise ayudarte, no fui del todo sincero pero tampoco cometí ningún crimen. Soy un hombre, tú una mujer, no tenías a nadie que cuidase de ti, estabas desamparada, desvalida, sin memoria...

—Y viste la oportunidad perfecta para aprovecharte.

—Veo que me engañaste, sí que recuerdas cosas de tu pasado, quién sabe si todo.

—Solo son ráfagas —lo corregí con amargura. Liam avanzó otro peligroso paso en mi dirección. Mis músculos se tensaron cuando le grité que no siguiera moviéndose.

—Mira, sentémonos y acordaremos qué hacer, en serio, no soy una amenaza, quiero ayudar, deja que os eche la mano que necesitáis. Después, si es eso lo que quieres, podéis iros. Libres. Donde quieras.

—¡No me fío de ti! —silabeé deseando que las cosas fuesen de otro

modo más sencillo, más a favor de Liam, que en el fondo me parecía un buen hombre.

—Y lo entiendo, pero dame una oportunidad, Stella. —Lo observé con frialdad sin articular palabra—. Puedes atarme si quieres. Sybilla, abre ese cajón.

Señaló el mueble de la entrada y la chica obedeció. No tuvo que revolver mucho, enseguida sacó unas bridas y me miró atónita.

—Átame. Átame fuerte.

Las manos de Liam extendidas ante mí, sus muñecas expuestas. Podía haberle rebanado las venas con una sola pasada del cuchillo. Oré en silencio para no estar errando.

—Átalo, Sybilla. Si no puedes, lo haré yo.

Pero la chiquilla nos asombró a ambos con su pericia. En un abrir y cerrar de ojos, Liam estaba arrodillado en el suelo con las manos atadas a la espalda y ella y yo lo rodeábamos, cada una en un asiento, sin soltar el cuchillo ni perder de vista el ruido que hacía al respirar.

La materialización de la escena que mi mente enferma había visto al llegar.

—¿Qué sabes de Sybilla? —lo interrogué—. No, mejor ¿qué quiere tu padre de ella?

—Que yo sepa, nada. Hace días que la dan por muerta.

—Eso no me lo creo.

—No tengo nada que ver con mi padre.

—Eso menos.

—Él forma parte de la jerarquía de la Orden. Los que controlan los rituales ancestrales.

—¿Para qué son esos rituales? ¿Hay más de uno?

—Hay muchos. Según la invocación, el deseo y la necesidad.

—Continúa —lo azucé.

—Sé que Sybilla era sacerdotisa consagrada, lo supe en cuanto vi la marca en su brazo. Primero solo pensé en una drogadicta moribunda a la que podía salvar, pero miré su piel buscando pinchazos, sus heridas, y entendí que alguien había tratado de ejecutarla. Un verdugo chapucero y una víctima con mucha suerte. Podía curarla y luego sacarla del país, la chica tendría una oportunidad de olvidar todo este horror y comenzar de nuevo.

A mi costado oí un sollozo. Era Sybilla, apoyándose en mí para no caer.

—¿Hemos entendido bien? ¿Desmontando planes a espaldas de tu

padre?

—¡Mi padre y yo no nos hablamos! Hace mucho que rompimos nuestras relaciones naturales, no quiero saber nada de él, ni de mi hermano, ni de lo que se cuece en los túneles bajo el asfalto de Londres. Sus planes, Manhattan, el mundo... Todo lo que los rodea me parece una aberración. Yo estudié para salvar vidas, no para sacrificarlas en nombre de ninguna deidad.

—Tu hermano es un asesino, igual que tu padre. ¿A ti, qué te diferencia?

—No todos los hijos de la misma semilla somos iguales.

—¿Y qué sois? Dime ¿qué sois?

La voz de Liam se quebró al responder.

—Seres de la oscuridad y las sombras, malviviendo entre humanos.



## **El tiempo deja de contar**

*Encontré un amor para mí.*

*Querida, solo lánzate de cabeza y sígueme.*

*Encontré a una chica hermosa y dulce,  
nunca pensé que fueras ese “alguien” esperándome.*

***Perfect (Ed Sheeran)***

### **Will**

Sentirse culpable pero reincidir. Sentirse sucio y volver a revolcarse en el mismo barro. Una y otra vez por culpa de los instintos más primarios, esos que encienden la sangre y hacen que la fiebre del deseo acuda y nuble el entendimiento de un hombre. Amber era hermosa, delicada y deseable pero yo amaba el recuerdo de Stella por encima de todas las cosas. No podía apartarla de mi mente aunque la parte racional, cada día más despierta, me gritase que ella ya no existía, que no iba a volver. ¿Cómo aceptarlo? ¿Cómo lograr seguir viviendo? Tratando de asumirlo, un impulso suicida se hizo con

las riendas de mi destino. Uno que no me era del todo desconocido, ya le había dado los buenos días antes, un montón de veces.

Era la ausencia de Stella que me robaba las ganas de vivir.

Suspiré y prendí un pitillo. Tras el revolcón, primitivo y pasional, de ese sexo que no se piensa ni se reflexiona, sino que se goza, la descarga de adrenalina me atontó un puñado de minutos. Me adormecí, algo que jamás me pasó tras hacerle el amor a Stella, pero enseguida salté sobre el colchón súbitamente despejado, como si volviera de una pesadilla. A mi lado, Amber dormía plácidamente con su melena de rastas derramada sobre las almohadas. Me mordí los labios, alargué una mano y con la punta de los dedos acaricié una. El mordisco del dolor directo sobre el alma, se hizo feroz. Apoyé la espalda contra el cabecero y chupé con furia. Sobre la mesita de noche, mi paquete de tabaco arrugado y tres envoltorios de condones. Joder, ni siquiera recordaba haber estado en sus entrañas. Aquello no iba a funcionar por más intención que Amber pusiera y por menos trabas que pusiera yo. Soplé el humo del cigarrillo. Las volutas escapando hacia el techo me trajeron de vuelta la voz de Stella, protestando si fumaba en su dormitorio, si fumaba en el salón, si fumaba escondido en el baño. Su risa cuando le hacía cosquillas, la facilidad asombrosa con la que dirimíamos los desencuentros. La amaba. Desde los quince años, desde que la vi la primera vez sin que ella se percatase de mi presencia en la tierra, la amaba como un condenado a muerte debe amar la vida que le arrebatan. Permití a las lágrimas caer y mojarme el pecho. No me di cuenta de que Amber estaba despierta y me miraba preocupada, hasta que su mano esbelta se enredó en el vello de mi tórax y su cuerpo entero se apretó contra mí.

—No te sientas culpable, por favor te lo pido, no te sientas culpable.

—Lo siento, Amber, sigo teniéndola muy presente.

—Y lo entiendo, no creas que no lo entiendo. Y lo respeto, eso también te lo he dicho.

—Sonará insano pero estar contigo, tocarte, besarte y mucho más disfrutarlo... Para mí sigue siendo un acto de infidelidad.

—Nos tomaremos nuestro tiempo —me aseguró. Por un instante envidié su confianza en un futuro negro y mucho más que incierto. Habría querido decirle algo bonito, una frase de esas que consiguen que los ojos de las mujeres brillen, romántico incluso, pero esa necesidad de agradarla y mi impotencia para articular, eran un bucle envenenado del que no saldría con facilidad.

Me limité a estrecharla y besar su sien en absoluto silencio. Así permanecimos abrazados hasta que mi colilla se aplastó contra el cenicero. Me removí inquieto.

—Amber... Lamento no ser el hombre que estás buscando, de verdad que lo siento.

Ella no se movió. Continuó acurrucada contra mi pecho. Su cadera ondeó hasta mi muslo.

—¿Quién dice que no lo seas?

—Amber...

—Will, no es necesario hablar ahora. En realidad, no necesito que hables en mucho tiempo. A veces tengo la sensación de que estoy forzando las cosas y no es lo que quiero.

Estuve a un tris de darle la razón. Eso es precisamente lo que hacía, tentarme, empujarme al desenfreno en mis momentos más bajos. Y no es que la culpase, no era tan mezquino como para olvidar que allí, el único animal ciego dominado por la frustración, el único que tapaba con sexo rápido un corazón desgarrado, era yo.

—Todo llegará cuando sea su momento, créeme.

Asentí en silencio. No es que estuviera de acuerdo pero no era un asunto del que me apeteciera ocuparme en aquel momento. Había otras cosas...

—Necesito ver a tu padre. Tengo un millón de preguntas rodándome la cabeza, que no supe hacerle el otro día.

Esta vez la cita no nos arrastró a las tinieblas bajo tierra, sino a un pub de Cheapside, oscuro como boca de lobo, con las paredes recubiertas de madera vieja, igual que la bodega de un barco. Para mi sorpresa, Dante O'Brien era un hombre, o al menos eso parecía, de lo más corriente. De maneras suntuosas, algo estirado para ser irlandés, nombre pomposo y tan distinto a su deslenguada y resuelta hija, que parecían la noche y el día. Llegó impecable, vestido con un traje oscuro, camisa cerrada, corbata y un maletín en la mano. Lo colocó sobre la mesa y una vez se hubo sentado, a sus pies, en el suelo.

—No me mire así. Usted es agente de policía, yo abogado.

—Vaya. El infierno llega a todas partes —recité socarrón. Dante no acusó la ofensa, se entretuvo en pedir cerveza para todos. Era un mar de

contradicciones en sí mismo pero rezumaba la suficiente autoridad como para amilanar a su hija.

Nos llevó un buen puñado de minutos recuperar la normalidad, olvidar lo que éramos y las condiciones en las que nos habíamos conocido. Lo miré de soslayo dándole un par de vueltas a mi pinta de cerveza helada.

—¿Qué va a ocurrir, Dante? —Mi mirada interrogante fue directa a sus pupilas. Que le quedara claro que al menos yo, no le tenía miedo— ¿Qué va a pasar? ¿Cuándo y cómo? ¿Dónde exactamente?

—¿Quiere participar?

—¿Dónde? ¿Cuándo? —reiteré.

Dante se llenó de aire los pulmones. Sus peculiares ojos vagaron por todo el local sin encontrar nada sólido en lo que posarse.

—El día de fin de año nuevo chino, el quince de febrero.

—Es en semana y media.

—Apenas nos queda tiempo. Y no hemos logrado encontrar la sala del Ritual.

Procuré aparcar su última frase allí donde no me rompiera en dos el cerebro y me obligase a estrangularlo. No debía olvidar que por encima de su aspecto, Dante no compartía mi naturaleza humana.

—Exactamente a las veintidós horas, en Manhattan, en una zona llamada Hellgate —remató.

Abrí desmesuradamente los ojos. De repente todo cobraba un escalofriante sentido. Los asesinatos de La Cripta, los restos de los sacrificados expuestos como trofeos en los grandes puentes de Manhattan. En todos menos en uno, el séptimo puente. Hellgate.

—No es una zona, es un puente. Las puertas del infierno —traduje consternado.

—Allí ha de abrirse el portal que traerá de vuelta a la Mano Maestra. Se encarnará en la receptora y... a partir de ahí, como todo buen Emperador, comenzará las políticas de premios y castigos. Solo tenemos una oportunidad, impedir que ese portal se abra, señor Bass. Si se abre, si lo consiguen, será el fin de muchos de nosotros. Un fin tan terrible que no soy siquiera capaz de imaginarlo.

Un violento escalofrío me recorrió la espalda dispersándose letal por las extremidades. Amber trenzó sus dedos con los míos y apretó con suavidad.

—¿Qué pretende que haga yo?

—Usted es americano y policía, tiene influencia sobre las fuerzas del



orden, debe conseguir que colaboren, que tomen precauciones, cerrar el puente, concentrar a los militares... no sé, hacer lo que se nos ocurra, todo lo posible por salvar vidas. Le aseguro que se perderán a millares.

—No puedo marcharme a Estados Unidos ¿no lo entiende? Mi novia está aquí, en alguna parte, esperando a ser el maldito receptáculo donde el mal va a encarnarse. Viva o muerta ¿piensa por un momento que voy a permitirlo?

—Usted es el que no saldrá vivo de los túneles —sentenció con gravedad.

Eso yo ya lo sabía. La mía era una misión suicida en nombre del amor, lo tenía más que asumido.

—Digamos que tengo a alguien que asegura saber dónde está localizada la sala del ritual.

Dante pestañeó sorprendido.

—¿Y la receptora?

Me costaba referirme a Stella de ese modo, así que me limité a asentir con un cabeceo seco.

—Esa persona de la que habla... ¿es de fiar?

—En absoluto. Es una de ellos, el ser más vil que he conocido en mi vida. —La comisura del labio de Dante ascendió levemente— ¿Disponen de algo mejor?

—De veras que me gustaría decir que sí.

—Entonces entraré guiado por ella.

—Puede conducirlo directo a una trampa.

Ante ese comentario tan obvio, lo que me nacía era soltar una carcajada, pero de soslayo comprobé el horror en la mirada de Amber que había permanecido sospechosamente muda durante toda la entrevista. Ladeé el cuello.

—En ese caso... moriremos ambos.

Después de soltar mi sentencia, se hizo el silencio. Ausencia de sonidos, densa e incómoda, que solo se interrumpió pasado unos minutos, con el golpeteo de los nudillos de Dante contra la madera de la mesa.

—¿Por qué tengo la impresión de que no ha venido a pedirme ayuda?

—Porque es usted un hombre sagaz y observador. ¿Le molesta que le defina como hombre?

—En absoluto. Ojalá lo fuese realmente, señor Bass. He venido a advertirle de que no voy a detenerme hasta encontrar esa maldita sala. No

quiero que piense que actúo a sus espaldas.

Entrelazó los dedos y se los quedó mirando un buen rato. Empecé a sentir ansiedad y muchas ganas de salir corriendo de allí.

—Papá... —La voz de Amber sonó inusualmente frágil.

—Hay cosas que se dan en su momento, ni antes ni después. Opino que el momento de descubrirnos como división rebelde, no ha llegado. La vieja guardia debe mantenerse alerta pero oculta.

La miré a ella casi conteniendo la risa.

—¿Te das cuenta, Amber? Este suceso de quinta columna se piensa que tiene todo el tiempo del mundo. —Miré hacia la puerta. Conversación finiquitada. Hora de irse.

—Pero le aseguro que andaremos cerca, vigilando —prosiguió Dante adivinando mis intenciones. Arqueeé las cejas.

—Será todo un desafío.

—Sinceramente, no sé qué pretende conseguir con esta especie de... hazaña heroica.

—Lo sabe muy bien, no se haga de nuevas.

—¿Salvar su alma? Señor Bass, no sea ingenuo a estas alturas.

—Ingenuo, creyente, enamorado... ¿Qué más da? Llámeme como le apetezca.

—Lo van a triturar. No conocen la piedad.

—La experiencia me ha confirmado que con un tiro bien centrado en la cabeza, también desaparecen. Igual que nosotros. Disculpe que le sea tan franco por lo que a ustedes dos respecta. Pero no sabe la cantidad de balas de guardo en la recámara.

Conociéndola, aposté a que Amber se mordía la lengua para no interrumpir; sin embargo, al final, su evidente preocupación por mi integridad física superó a su prudencia.

—Will, deberías esperar a que ellos se organicen y...

—Ellos tienen su objetivo, yo el mío, lo siento, solo voy a entrar, a localizar esa sala y a recuperar su cuerpo. Punto. Ahí acaba la historia. Y he venido por si tu padre disponía de algún dato más, algo que entendiera que debo saber —recalqué con intención.

—¿Cómo tengo que decirle que no se lo permitirán?

—Y si intervienen ustedes, los de la alianza rebelde ¿sí nos darán permiso? —ironicé—Por el amor de Dios, todo esto es tan demencial... Esa chica, independientemente de mis sentimientos, debería estar enterrada,

descansando el sueño eterno, no de mano en mano... —Se me quebró la voz y apenas noté los dedos trémulos de Amber rodeando mi muñeca y apretando, infundiéndome ánimos—. Sigán con su plan, Dante —proseguí—. Supuse que habrían adelantado algo, que podrían ayudarme, no sé qué esperaba pero ya veo... su revolución camina lenta.

—Usted no entiende. Solo tendremos una oportunidad de equivocarnos. La aniquilación no perdona errores —musitó el hombre apesadumbrado.

En ese instante, mi mirada se desvió hacia Amber. Casi nada, apenas unos segundos. Los suficientes para ver sus ojos brillando húmedos. Sentí tanta pena por ella... Me olvidé de que delante tenía a su padre y pensé lo que pude haberle dicho: que me gustaba, que me fascinaban los destellos que soltaban sus pupilas, que su pelo trenzado me hipnotizaba al bailar si ella se movía. Que sus besos eran dulces, que se merecía que la quisieran hasta la locura, que me habría gustado no estar tan herido ni tan enamorado aún para poder ofrecerle algo. Algo. Un comienzo, una esperanza. Pero callé y todo eso me lo guardé para mí.

Mis pies se apoyaron en el suelo casi sin ordenárselo.

—Avisé a los americanos, se lo ruego —repitió Dante en un murmullo.

Agité la cabeza con un movimiento seco.

—Will...

No hice caso a la llamada ansiosa de Amber.

—Will, por favor...

Me despedí de Dante con un apretón de manos seguro que de probablemente no volveríamos a vernos. En unos días yo estaría muerto. O no. Porque salí a la calle con el eco de la voz de Amber en los oídos y la sensación de que el tiempo había dejado de contar.



## **Olvida todo esto**

*Sentir cómo respira el Océano*

*y tiemblan los dientes.*

*Ver dónde se encuentran las montañas*

*sofocándome. Mientras el viento ahuyenta las olas,*

*yo cuento los días.*

***Empire (Of monsters and men)***

## **Stella**

—Y ahora que me tienes donde querías... ¿qué tal si me cuentas quién eres tú realmente?

La exigencia de Liam me pilló con la guardia baja. Desde cierto punto de vista, tenía derecho a interrogar por ese camino, al fin y al cabo yo había estado mintiéndole miserablemente todo el tiempo. Detuve en él mis ojos, de rodillas a mis pies, maniatado, sin quejarse, sin exigir que lo liberara. Yo, sin

embargo, no soltaba el cuchillo y mi postura, inclinada hacia adelante, no había dejado de ser amenazadora y hostil. Quizá fuese porque atado y todo, podía oler mi debilidad y mi miedo. De los tres en aquel apartamento, solo él parecía sereno.

—Ya te lo he dicho —susurré ronca—. Me llamo Stella Trumann.

—Eso no es más que un nombre.

—Soy americana —añadí notando un regusto amargo en la lengua al recordar que en Estados Unidos, yo era una ciudadana fallecida, inexistente.

—Eso no pasa de ser una nacionalidad. Dime quién eres, de verdad. ¿De qué conoces a mi padre? ¿Cuál es tu relación con La Orden?

Las palabras bullían en mi cabeza hechas un lío. Por un instante fui incapaz de distinguir mis visiones de la realidad, lo que sabía de lo que solo sospechaba. Pero alguien adelantó mi respuesta.

—Ella era la receptora.

La frase sonó áspera, rasposa a nuestras espaldas. Liam alzó la vista, yo me giré a mirar a Sybilla que se llevó una mano temblorosa a la garganta. Estaba claro que el esfuerzo de hablar le provocaba un agudo tormento.

—¡Por todos Los Santos! —exclamó Liam cerrando fuerte los ojos.

—¿La... receptora? —balbuceé mientras las piezas del puzle se agitaban y encajaban a toda velocidad. Se me erizó el vello de todo el cuerpo.

—Eras la elegida para encarnar a La Mano Maestra.

La temible visión de la morgue, mi cuerpo inerte y el padre de Liam decidiendo el destino de mi alma, desfiló por segunda vez en mi memoria. Datos sueltos que volvían a unirse relatándome una espeluznante historia.

—¿Y antes que yo, mi hermano Stefan?

—A eso no puedo responderte, no lo sé. Solo conozco mi misión, la nuestra, la de las doce vírgenes que te velábamos cumpliendo el ritual, entonando los salmos... Pero...

—¿Qué ocurrió? —intervino Liam— ¿Por qué estás aquí ahora?

Mala fortuna. Yo no podía dar contestación a la pregunta aunque bien que hubiese querido.

—No debiste despertar, no era el momento, pero lo hiciste —volvió a aclararnos Sybilla con los ojos llenos de lágrimas.

—Y por eso te castigaron tan cruelmente —deduje con amargura. La mirada de la chiquilla terminó en el suelo junto a las patas de la mesa.

—Entonces vosotras dos... ¡Os conocíais! —dedujo Liam atónito.

Suspiré hondo sin saber dónde posar los ojos.

—¡Dios! Hay tantas cosas que averiguar...

—¿Estás satisfecha ya? Creo que desde cierto punto de vista eres bastante más peligrosa que yo. ¿Puedes soltarme?

Miré a Liam. Seguía arrodillado, maniatado, y estaba más sexy y salvaje que nunca. Aparté lejos unos pensamientos de lo más inadecuados, dadas las circunstancias.

—Ni lo sueñes. En lo que a mí respecta, tú eres parte de ellos. Y yo necesito respuestas, necesito saber quién era en realidad mi familia, mi hermano, si mis padres estaban de verdad embrollados en toda esta podredumbre...

—¿Qué más da? ¿Están vivos?

—No—repliqué con amargura—, están todos muertos.

—Entonces ¿a quién le importa?

Sonó demasiado ácido para ser Liam, el dulce Liam, de modo que me obligué a recordarme que no era lo que parecía.

—¡A mí me importa! ¡A la hija que también estuvo muerta! Van a explicarme quién soy, por qué se suicidó mi hermano y por qué aseguran que pertenecía a los Forrester.

Leí claro en su rostro que aquel apellido no le decía nada.

—Estás loca ¿no ves que te matarán en cuanto te pongan la vista encima? No hace falta que te expongas de esa manera, si tanto las necesitas, yo buscaré las respuestas para ti.

Arqueé incrédula las cejas. Si algo tenía a aquellas alturas, eran ganas de prenderle fuego a los mismísimos infiernos.

—¿Y contentarme con la historia que me traigas, sea o no verdad? ¿Y jamás salir de dudas? No, Liam, gracias. No me fío de ti, ni de tu padre, ni de tu hermano asesino, ni de todos los que son como tú.

Liam dejó caer la cabeza en un evidente gesto de abatimiento.

—¿Cómo se supone que somos?

Blandí el cuchillo con una maestría y soltura que me dejó perpleja.

—Malvados.

—Malvado y todo, ya te salvé la vida una vez, en el hospital, cuando trataron de matarte.

La jeringuilla con su contenido amarillo. El enfermero alto vestido de verde. Las bonitas manos de Liam asesinándolo. Mi visión. ¿En realidad estaba defendiéndome? No despegué los labios, estaba demasiado confundida.

—No vas a concederme la menor oportunidad ¿verdad que no? — insistió.

—Oh, sí, claro que te la voy a dar. Cuidarás de Sybilla y la pondrás a salvo, es todo lo que te pido. Si de verdad eres tan buen hombre como aseguras, cumplirás. Prométemelo —exigí tras una breve pausa.

Liam suspiró derrotado. Asintió moviendo la cabeza.

—Te lo prometo. Pero Stella...

—No hay nada más que hablar —lo interrumpí. Me giré hacia Sybilla, la tomé por los hombros y la acaricié con ternura—. Espera al menos veinte minutos antes de desatarlo. Y si no estás segura, márchate sin hacerlo.

Luego le golpeé a Liam la cabeza con lo primero que encontré, un jarrón que se hizo añicos y le cubrió el cabello rubio de sangre. Lo vi caer al suelo como un fardo pesado, deseando en el fondo, no haberlo matado.

—Lo lamento, Liam, no te habías portado mal con nosotras.

Acomodé el cuchillo a mi espalda, sujeto con la cinturilla del pantalón y avancé hasta la puerta de salida. Pero la manita de la chiquilla me agarró la ropa con algo cercano a la desesperación, para impedir que saliera.

—No mentía cuando dije que he visto el final, sé como acaba esto. — Me incliné a besarle la frente—. Ya nada importa, pequeña, casi nada importa. Cuídate mucho, ponte a salvo y cuando estés lejos... procura olvidar todo esto y... Igual hasta llegas a ser feliz.



## **Puedo decir sí**

*Tú estás en el patio, yo enciendo el fuego*

*Y mientras, el verano se desvanece.*

*Lo que es precioso no puede durar.*

***Venice Bitch (Lana del Rey)***

## **Will**

—¿Quieres hacer el favor de dejar de huir?

Amber corría detrás de mí. Obviamente, había dejado plantado a su real padre. Frené en seco pero no me giré a encararla.

—¡Ya! ¿Quién huye?

Amber me rodeó y se me colocó delante. Sus pupilas encendidas eran todo un desafío.

—¿Por qué eres tan testarudo? ¿Cual es la razón de rechazar su ayuda? Simplemente bufé y apreté los labios.

—Te la están ofreciendo y tú... ¡No solo miras hacia otra parte, te enfrentas directamente a ellos! ¿Por qué?



—Porque tienen demasiado miedo.

Tras esa frase, fue Amber la que enmudeció. Sacudió la cabeza confusa y sus largas rastas danzaron con ella.

—Tu padre y su camarilla tienen muy buenas intenciones, no lo dudo. No quieren líos, ni resurrecciones ni llegadas de personajes ilustres. Mucho menos desean una guerra, podría jurarlo, pero no levantarán un solo dedo contra la legión oficial. Se limitarán a esconderse para no intervenir.

—¿Cómo te atreves a afirmar algo así? Llevan siglos luchando en las sombras.

—Sé leer en los ojos de la gente, Amber —resumí ronco.

—Mi padre no es simple gente.

—Su naturaleza extrahumana no lo hace diferente. En su mirada late la preocupación, demasiadas precauciones, y yo no puedo esperar.

—Lo que pretendes es un suicidio.

—Puede. Y por eso lo haré solo. Bueno, con la asesina que asegura poder encontrar la sala en esa marabunta de túneles cruzados. Pero al margen de ella, nadie más. No pienso arrastrar a quien quiero por el subsuelo de Londres buscando que os maten.

—Sabes que te opongas o no, iré contigo.

—No, no lo sé. Y no tienes por qué hacerlo.

—¿Vas a impedir que tome mis propias decisiones?

Di un paso y aferré sus hombros. Era pequeña entre mis manos, como un día lo fue Stella. Su cuerpo se agitó cuando la moví adelante y atrás.

—Escucha. Eres joven y preciosa, tienes todo el tiempo del mundo, una vida entera por delante... Y yo me siento un completo gilipollas soltando estas frases hechas, pero son verdad. No soy nadie, solo un hombre atormentado que pasó por tu vida y no pudo darte nada ¿lo entiendes, Amber? Nada de lo que mereces. No cargaré con más culpas cuando me vaya a la tumba. No permitas que te pase algo horrible y yo tenga que asumir que fui el responsable.

Por toda respuesta, ella se arrojó en mis brazos y sollozó mostrando una fragilidad impensable. Tras unos segundos de indecisión, respondí al abrazo y le acaricié el pelo. Si tan solo las cosas hubieran sido de otro modo...

—Will yo...

Chisté en un susurro para que no pronunciara las palabras que condenarían mi alma para siempre. Pero no me hizo caso.

—Te parecerá una estupidez, algo absurdo, nos conocemos desde hace

tan poco...

—Unas semanas, Amber, solo unas semanas. Recuérdalo, no soy nadie, un hombre de paso...

—¡Pero te quiero! Es lo que siento, que te quiero, que te necesito. Que llevo la mitad de mi vida esperándote.

—Amber, te lo ruego, no lo hagas más difícil.

Levantó la cara y sonrió con tristeza. Me partió en dos el corazón.

—No soy una chica acostumbrada a rogar, no voy a suplicarte que me quieras, sé que tienes comprometido tu amor, pero también sé que cuando entierres tu pasado con toda la dignidad que merece, empezarás a vivir de nuevo. Pueden pasar muchas cosas maravillosas y te las deseo todas, esté o no yo entre ellas.

La observé sin comprender del todo lo que intentaba decirme. Detecté un ramalazo de resignación en su gesto, en el tono pausado de su voz.

—Deja el tema, te lo pido por lo que más quieras. Hablar en estos términos hace que me sienta un auténtico capullo.

—Que tú no me quieras no cambia las cosas, ni lo que yo haya llegado a sentir cuando te tengo cerca. Eso es mío y de nadie más.

Sobre nuestras cabezas, la ya familiar llovizna en principio tímida, se hizo fuerte hasta convertirse en una marabunta de pequeños alfileres punzantes. Dejé que humedeciera mi pelo, nuestras ropas. Dejé que calara hasta notar escalofríos sobre la piel. Estreché el cuerpo de Amber contra el mío, la abracé fuerte, rezando por ser capaz de transmitir todo lo que mi garganta se negaba a dar.

—Entiéndelo, no te estoy rogando amor, eres libre para gestionar tus emociones del modo que quieras —prosiguió—. Y si únicamente fui un pasatiempo, déjalo estar, a mí no me importa pero...

Suspiré. Ella respetó aquellos segundos de profundo dolor con un obstinado silencio, fuertemente enganchada a mi abrazo.

—Si esto es lo que me toca, esto es lo que viviré. En serio, relájate, pero permíteme ayudarte.

Asentí despacio y me tragué un montón de lágrimas muy inoportunas. Joder, el destino en general y el mío en particular, a veces era un maldito hijo de perra.

No importa que le dijera sí a Amber. Puedo decir sí a muchas cosas y mentir siempre. Mi intención era esquivarla, distraer fechas y citas si era necesario, para no ponerla en peligro. Sabía lo testaruda que podía llegar a ser. Cuando me despedí de ella asegurando que me marchaba a mi hotel a descansar, usé internet en mi móvil para buscar ferreterías y droguerías escondidas en el vientre del barrio chino, donde adquirí un montón de porquerías. Porquerías muy útiles. Luego me encerré en mi habitación a espaldas del mundo, con una bolsa de deportes abierta en mitad del suelo, hasta que Martin se comunicó con una llamada.

—Bueno ¿cuándo?

—¿Qué más os da cuándo? Solo necesito... La necesito a ella. —Me resistí a mencionar su nombre, que me resultaba repulsivo.

—Creo que no.

—¿Disculpa?

—Quiero decir que Nina ha sido especialmente persuasiva, y no me hagas entrar en detalles, para convencerme de que también bajamos.

—¡¡Hostias!! —bufé con exasperación.

¿Por qué se empeñaba todo el mundo en dificultarme las cosas? Tan solo quería protegerlos.



## **Soledad interior**

*Te odio, te amo, me odio por quererte.*

*La amas a ella, la necesitas.*

*Y yo nunca seré ella.*

***Hate you, Love you (Olivia O'Brien)***

## **Amber**

Esa fue otra noche perdida. Fumando, sin dormir. Horas eternas amontonándose unas sobre otras mientras el miedo dibujaba espirales en mis entrañas y se adueñaba de todo.

Una cosa es que yo le confesara a Will que no me importaba su indiferencia, que podía vivir sin que su amor me correspondiera, y otra muy distinta, lo que de verdad sentía mi pobre corazón apaleado.

Seguía tan confusa como el primer día, cuando reparé en lo que sentía. Algo por él. Algo fuerte. Un sentimiento al que no supe poner nombre y que definitivamente, no debería haber permitido. Pero a aquellas alturas, ya sabía que tratar de dominar mis ansias era poco menos que imposible. Por Will, un

recién llegado del otro lado del océano, mi universo se había detenido en un choque brusco. Por él y por su causa, descuidaba mi trabajo como inspectora de policía, mi oficio, que no solo era mi tapadera en el mundo real, sino mi vida misma. Me gustaba lo que hacía, mis intereses estaban bien lejos de los túneles, de las salas ocultas en el subsuelo de Londres y de la que un día fue mi gente. Ser policía me ayudaba a mantener los pies pegados a la tierra, a olvidar lo que era en realidad.

Todo mi comportamiento respecto a Will, de principio a fin, era un despropósito ridículo. Pero el sonido de mi nombre entre sus labios me pellizcaba el estómago, su mirada azul resultaba demasiado tentadora, el calor que emanaba de su piel antes de hacer el amor... Sus manos.

Bufé. Se me daba bien aquello de auto torturarme. Aún podía mejorar mis marcas. Dejé el sofá y la manta en la que estaba enredada, prendí un pitillo de los que me había jurado tirar y busqué a conciencia un tema en mis listas de selección musical. En un segundo, la voz rasgada de Olivia O'Brien desgranaba las rotundas frases de su "*I hate you, I love you*" que tan bien casaban con mi historia. Iban a matarlo. Will no sabía a lo que se enfrentaba y si pensaba que localizaría el cuerpo de Stella y saldría de los túneles con ella sin más... estaba loco. Mucho más loco de lo que parecía. El cuerpo de la portadora no estaría falto de custodia ahora que los salmos de la consagración habrían terminado. Pronto trasladarían el cuerpo a Manhattan, Will escaparía tras ellos y yo lo perdería para siempre. No es que alimentase muchas esperanzas, poco a poco había aprendido a descifrar el lenguaje de sus ojos y esas pupilas hermosas me hablaban de deseo, de puro instinto animal, pero no de amor. El amor afloraba cuando la mencionaba a ella, cuando lo invadían los recuerdos del pasado. Afortunada Stella ¡qué capacidad de provocar emociones tuvo!

Suspiré, apoyé el hombro en el cristal de mi ventana y dejándome mecer por las notas de la canción, di una larga calada a mi cigarro.

*Me siento utilizada*

*Y aún así, sigo echándote de menos*

*No consigo ver el final de esto*

*Solo quiero sentir tus besos contra mis labios*

—Te deseo tanto, Will... Todo el día, a todas horas...

*Te odio, te amo,  
Me odio por quererte  
La amas a ella, la necesitas  
Y yo nunca seré ella.*

Jugué a inventarme una realidad paralela en la que Will no pudiese respirar si no era conmigo a su lado. Me serví dos dedos de whisky en un vaso chato y encendí otro cigarro. Me acomodé entre los cojines y fantaseé con que eran sus brazos, cálidos y deseables. Evoqué el recuerdo de sus dedos largos sobre mi nuca dirigiendo nuestros besos, el brillo de sus pupilas cuando el deseo las encendía. Diseñé un universo feliz, a nuestra medida, donde ella no existiese. En mi estómago, el nudo de emociones que Will provocaba, se retorció incómodo.

Iba a arriesgar mi vida y no me importaba. A sabiendas de que él no me daría nada. El sacrificio. Por fin una emoción plenamente humana dirigía mi destino. ¿Acaso no era eso lo que siempre había soñado? Ser humana, sentir hasta el tuétano de los huesos, llorar, sufrir, derretirme de placer. Bien, pues ahí lo tenía, mi premio, mi castigo, el amor humano en toda su cruel dimensión. La del desamor.



## **La confianza ganada**

*Créelo, lo veo, sé que puedes sentirlo*

*No hay secreto que valga la pena.*

***Darkside (Alan Walker)***

Las entrañas de Dante sufrían la efervescencia de la ansiedad. Dentro, muy hondo donde nada ni nadie podía aliviarla. Era consciente del peligro que corrían él y su gente en caso de que los descubriesen. Se las había arreglado con bastante habilidad y tiempo, para ganarse algo de confianza por parte del todopoderoso Lord Malcom. Manteniéndose servil pero en las sombras, siempre agazapado en el segundo plano que lo hacía invisible, esperando la oportunidad para que uno de los Servidores de la Mano girase hacia él sus ojos y lo señalara. Ocurrió, Dante era uno de los seleccionados para la comitiva que se trasladaría a Manhattan en el año nuevo, que tras el prodigio de la encarnación, abriría la nueva era. Lucifer hecha carne. Y estaba decidido a aprovechar la única oportunidad que se le presentaría, sacrificando su vida y la de muchos de los suyos, pero impidiendo que las sombras cubrieran la tierra para toda la eternidad.

Tenía que despedirse de su hija, el tiempo acuciaba, la fecha estaba próxima. Si no lograban encontrar la sala de la Consagración, y hasta ahora todos los intentos habían sido en vano, no tendría más remedio que viajar cruzando el Atlántico con los seres que más odiaba. Y una vez allí se lo

jugaría todo a una carta. Sin vuelta de hoja ni segundas oportunidades.

Pero de repente, todo dio un vuelco. La fortuna y alguien importante lo hicieron partícipe de noticias inesperadas que Dante, sencillamente, no podía creer.

### **Un día antes.**

Mientras comisionaba a su gente para que barrieran palmo a palmo los túneles hasta encontrar la Sala, algo estaban pasando por alto, él se convirtió siempre que pudo, en la sombra del Lord. Unas veces abiertamente, otras de forma clandestina pero siempre, apurando las oportunidades. De este modo, lo sorprendió hablando con Mattisa. Una conversación que al parecer, estaban muy interesados en mantener en secreto y que implicaba un brutal cambio en la estrategia y los planes, si lo que Dante había cazado era medianamente cierto. Tenía que confirmarlo.

Ignoraba cuál sería el destino de todo aquello por lo que llevaban siglos luchando sin descanso. Primero, hacía milenios, persiguiendo y destapando a los alquimistas concedores de los Rituales de la Consagración y la Encarnación, los dos secretos mejor guardados de la historia de la humanidad, cuyas fórmulas cuasimágicas reposaban en vetustos volúmenes de la biblioteca secreta del Vaticano. Sí, la Iglesia humana se había cuidado de retirar de la circulación el método que traería de vuelta al Anticristo. Después, comprobando que las informaciones obtenidas con asesinatos y torturas, no eran falsas. La mayoría de ellas lo eran, pues sus guardianes estaban dispuestos a dejarse arrancar vivos la piel, antes que revelar sus verdades. Más tarde, decidiendo quién, dentro de la comunidad demoníaca, debía o no acceder a dicho conocimiento sagrado. Seleccionar a los receptores... una intentona fallida cada quinientos años. Y esta era la última.

Lucifer, el ángel más bello, luz de luz, no estaba tan interesada en la Encarnación como para seguir haciendo el ridículo ante quien lo logró a la primera. Algo le decía que los ángeles y El Grande entre ellos, se mofaban de sus fracasos. Otra tentativa rota, no estaría exenta de castigos. La Mano



Maestra sería fulminante y terrible, mandos como el Gran Maestro o Lord Malcom, verían peligrar sus cabezas. Tenía que averiguar como fuera, qué pensaban hacer a continuación, cuál sería el siguiente paso desesperado.

La oportunidad se dio en la puerta misma del edificio de los Juzgados de Marylebond. Desde que Malcom fuera nombrado Juez honorario de la Corte Suprema, pasaba por allí a menudo, a cumplimentar actos oficiales, discursos y fotografías sin ningún sentido. Se cruzaron en la escalinata de acceso, se sonrieron leve y discretamente y, Dante alargó la mano.

—Mi Lord...

Malcom frunció el ceño. Fuera de los túneles, no era amigo de los tratamientos ceremoniosos que pudieran comprometer su anonimato. Aún así, aceptó el saludo del abogado con una leve inclinación de cabeza.

—Solo Malcom —recalcó entre dientes.

—Lo siento, señor, tengo que reconocer que estoy nervioso. Se acerca el momento y no conozco aún los planes para cuando lleguemos a Manhattan. Su insolencia sorprendió mucho al Lord.

—Se te informará en su momento.

—Sé que ya lo he dicho en varias ocasiones, señor, no quiero resultar tedioso, pero le agradezco el enorme honor de contar conmigo para...

Malcom inició la despedida con un gesto de aburrimiento que alertó a Dante. Debía cambiar de estrategia, envolverlo, retenerlo.

—Es suficiente, abogado. Me consta su inmensa alegría.

El tono era tan irónico como áspero. Rehuía la mirada, parecía deseoso de escapar. Dante decidió arriesgarse. Tenía que sacar provecho de la desesperación del Lord.

—¿Ocurre algo, señor?

—No, supongo que también estoy nervioso. —Sus comisuras se curvaron un segundo en un intento de sonrisa que no llegó a cuajar.

—¿Ha surgido algún inconveniente?

Los ojos del albino se entrecerraron peligrosamente.

—¿Por qué preguntas eso?

Dante repasó un lado y otro de la calle y tragó saliva.

—¿Puedo sincerarme?

—Estoy esperando a que lo hagas, especialmente después de tu insinuación.

—Y mi tono de sospecha —completó Dante envalentonado.

Malcom se aclaró la garganta.

—Busquemos un sitio más discreto.

Fingiendo ser un par de colegas, se acomodaron en una cafetería junto al viejo hospital samaritano abandonado.

—Tu dirás. —Malcom se miró distraídamente la punta de los dedos.

—Verá, señor, les oí.

—¿Nos oíste? ¿A quién?

—A usted y a Mattisa. Sé que el receptor se ha malogrado.

Malcom palideció y la rabia de no poder ajusticiar al espía allí mismo, lo carcomió un segundo. Mordió con fuerza su labio inferior y controló la ira.

—Una forma suave de exponerlo.

—¿Qué se supone que vamos a hacer?

El obstinado silencio del Lord dio a Dante la medida de su desconfianza. Tenía que conseguir que lo creyera, que de nuevo lo mirase con los ojos que lo llevaron a seleccionarlo para ir a Manhattan.

—Señor, nadie más que yo está comprometido con la causa, quiero ayudar, quiero...

—Buscar otra solución —lo interrumpió sin preámbulos—. Lo estamos intentando.

—Se nos acaba el tiempo.

Dante se esforzó por usar el plural, incluirse en los planes y formar parte de la historia. Malcom continuaba mudo. El único gesto que hizo su cara, fue un tic agudo que contrajo el músculo de su mandíbula.

—Estoy con usted, señor, ya lo sabe. ¿Hay algo que pueda hacer?

Tampoco obtuvo respuesta. Su pulso inició un lento acelerero.

—Mi hija es inspectora de policía en la metropolitana. Siempre se ha mantenido al margen de nuestros asuntos, pero hará lo que haga falta si yo se lo pido. Deseo la vuelta de La Mano Maestra como el que más —insistió, rogando por que Malcom picara el anzuelo y le abriese su alma negra.

—De acuerdo —aspiró aire—. Hay otra persona. Alguien que La Mano Maestra ya tocó una vez y no precisaría de Consagración siquiera.

Dante simuló explotar de dicha, cuando lo cierto es que el estómago acababa de revolvérsele en un espasmo.

—¡Es maravilloso! ¡Solucionaría nuestros problemas! ¿De quién se trata?

Una lenta mirada de Malcom barrió toda la cafetería atestada de funcionarios y letrados estresados. Luego sacó del bolsillo una fotografía y la colocó encima de la mesa, tapándola en parte con la mano.

—Es una americana corriente, se llama Nina Gautier. Trabajó en La Cripta antes del cierre y aún no sabemos cómo se salvó de las redadas. La Mano la visitó siendo una niña.

Dante observó a la joven de la fotografía. Era hermosa y exótica, larga melena oscura, rasgados ojos verdes y tatuajes en toda la zona derecha del cuerpo. La instantánea había sido tomada durante su trabajo de bailarina y la escueta vestimenta no dejaba mucho a la imaginación.

—¿Está dispuesta a colaborar? Espero que entienda el inconmensurable honor que...

—Ese es el problema. No la localizamos. Llevo meses buscándola indirectamente. Mantiene una relación con Martin Forrester, hermano de sangre del primer elegido y ser de luz —concretó con mucho esfuerzo y repulsión.

—¿Un ángel?

El rostro de Malcom se contrajo de disgusto mientras Dante guardaba respetuoso silencio.

—El enemigo. Creo que hubo un tiempo en que ella pretendió cederlo en sacrificio para la causa, mi hijo me puso al tanto. —Se ensombreció su tono al mencionar al hijo fallecido—. No sé si antes o después de enamorarse de ese malnacido y echarlo todo a perder. Desde que organicé el traslado de la receptora a Londres, lo busco para eliminarlo, pero se escabullen, es como si ambos jamás hubieran existido.

—¿Él también es americano?

—Sí, todos ellos. Y amigos desde jóvenes de la receptora, incluido un detective de la policía especialmente molesto, que salía con ella hasta que la asesinaron. Todo muy enrevesado y muy romántico.

Y muy redondo, se dijo Dante. Malcom acababa de darle la clave para localizar a la tal Nina e impedir que los demás la encuentrasen.

—¿Puedo quedarme con la foto? Pondré a la gente de mi hija a buscarla.

—Ya tengo mucha gente peinando los Estados Unidos como si fuese un granero.

—Solo pretendo ayudar, cuantos más, mejor ¿no?

Malcom dudó. Luego hizo un gesto de impaciencia y empujó la

cartulina en su dirección. En serio estaba desesperado y muerto de miedo. Dante se apresuró a quitarla de en medio, dentro de su abrigo de paño caro.

—Daremos con ella —aseguró con firmeza.

—Dante...

—¿Señor?

—No hará falta que te exija discreción en este asunto, sabes lo que nos jugamos. No transmitas esta información a nadie, vigila cada paso que des.

—Cuenta con ello.

—Circulan rumores... —Dante arqueó las cejas con sorpresa—. Desleales entre nuestras filas.

La sangre del abogado se lanzó a una carrera suicida dentro de sus venas.

—Eso no puede ser posible.

—Prefiero pensar que sí y estar preparado. Cualquier cosa es posible llegado este punto de no retorno.

—¿Y qué pretenden?

—Sabotear la Encarnación.

—Pero el regreso de La Mano Maestra no hará sino beneficiarnos a todos.

—Por lo visto hay quien piensa que no es así. Estoy convencido de que fueron ellos los que orquestaron el asesinato de mi hijo.

La última frase tranquilizó un tanto el pulso acelerado de Dante. Temió que la fina capa de sudor de su frente lo delatara.

—Me resulta tan difícil de aceptar...

—Estoy tendiendo cebos, los traidores caerán, más pronto que tarde. Entretanto, cuídate las espaldas y vigila con quién hablas.

—Cuenta con ello, Milord. —Se puso en pie y con la palma abierta se dio dos golpecitos en el pecho, justo a la altura donde guardaba la foto de Nina—. Y con que removeré cielo y tierra hasta encontrarla.

Malcom miraba obsesivamente su taza de té.

—No habrá más oportunidad después de esta.



## **La rueda que inicia el movimiento**

*Bajo las brillantes aunque descoloridas luces,*

*Prendiste fuego a mi corazón.*

*¿Dónde estás ahora?*

***Faded (Alan Walker)***

### **Will**

El golpe de unos nudillos contra mi puerta, me sobresaltó. Me había pasado la noche en vela, memorizando hasta la locura aquellos planos que encontré en el apartamento de los padres de Stella, buscando en vano alguna pista, una anotación que indicase dónde podían tenerla escondida, pero no encontré nada. Estaba tan frustrado como nervioso. No era ningún estúpido, sabía que en los túneles miraría cara a cara a la muerte, pero los que realmente me dolían eran Martin y Nina que solo pretendían ayudar e iban a ponerse en gran peligro.

Supuse que Martin había llegado antes a la cita y se había cansado de esperar en la recepción de mi hotel. Consulté el reloj. ¡Qué cansados tenía los ojos! Faltaban diez minutos para la hora, mi amigo nunca había sido

quisquilloso con la puntualidad.

Tiré de la puerta con una sonrisa socarrona en los labios, que se me congeló al encontrarme con Amber. Bien equipada para el frío y bajo toda aquella ropa, seguramente, bien armada.

—A obstinada no hay quien me gane —se adelantó a mi protesta.

—Desde luego —confirmé—¿Quieres pasar? ¡Ah, no, que ya estás dentro!

—Pensé que tendrías prisa por salir corriendo, entrar ahí abajo y buscarte la ruina.

—Tengo que esperar a mis amigos, la traen... a ella.

—Entiendo. Va a ser un poco violento, ni siquiera me los has presentado y ahora tendremos que confiar nuestras vidas, unos en manos de los otros.

Una ráfaga candente me subió garganta arriba. Estuvieran como estuviesen las cosas, no podía evitar sentir que yo era el único que se tomaba realmente en serio aquel rescate y que el resto del grupo me apoyaba movido por la compasión, convencidos en el fondo, de que yo era un pobre demente.

—No es ninguna reunión social, Amber, lo siento.

—No quería decir eso, me has malinterpretado. —Bufó—. Vaya, Will, estás a la que salta.

Hundí las manos en los bolsillos porque no sabía qué hacer con ellas. Miré al techo de mi habitación, llené de aire los pulmones y giré dispuesto a hablar, pero Amber ya se había acomodado en el borde de mi cama.

—Está siendo duro, no lo niego. Si no la encuentro será terrible, pero si lo hago... En fin, no sé lo que esa gente ha hecho con ella, no sé lo que voy a encontrarme ni lo que queda de la Stella que conocí.

Asintió con dulzura.

—Olvidas añadir que también podrían matarte, es un detalle.

—O a alguno de los que venís conmigo. Exceptuando a Anna Dalton, eso me preocupa mucho más.

—Has perdido la cabeza, perdona que te diga.

Un bip desde las tripas de mi móvil me avisó de que Martin y el resto esperaban en recepción.

—No soy el único, tú me sigues. Vamos, es la hora.

Los tres componentes del grupo nos miraron con cara de póker al entrar en el saloncito. El inocente árbol de navidad lleno de luces alegrando el rincón, Nina y Martin algo inquietos y Anna previsiblemente esposada, con las muñecas ocultas bajo un manguito de piel, sentada en el sofá Chester de cuero.

—Ella es Amber, inspectora de la policía metropolitana de Londres. Va a servirnos de apoyo. —Aclaré la identidad de mi compañera. Mis amigos corrieron a estrecharle cordiales la mano, hasta pude percibir la corriente de simpatía mutua que se instalaba de inmediato entre Nina y ella.

Anna se limitó a mirar por encima del hombro.

—¡Vaya, es guapa! ¡Pobre afligido en estado perpetuo de duelo! —se mofó conforme nos dirigíamos a la puerta y salíamos. Tuve ganas de atizarle un buen golpe en la nuca. Amber no esperó a poner el segundo pie en la calle.

—¿Tú eres Anna Dalton?

Apenas la aludida movió la cabeza en sentido afirmativo, Amber se descontroló y le asestó un puñetazo en la mandíbula que la hizo tambalearse y caer sobre Martin.

—¡Joder! —exclamó Martin impidiendo que llegara al suelo. Nina contuvo la risa.

—Serás hija de puta... —siseó Anna conteniendo el agudo dolor.

—¡Eh, escucha! ¡Hija de puta tú, con todas las letras! Y procura no cabrearme, porque no sabes las ganas que te tengo. Alguien debe tener los cojones suficientes como para darte tu merecido.

¡Bueno! Parece que la Amber intensa que conocí en su día, acababa de volver.

—Me necesitáis —la retó Anna con odio.

—Vamos a ver, princesita, no sé hasta qué punto dices la verdad pero nadie conoce del todo esos laberintos. Yo, algo. Tú, no sé. Y te juro que encontraremos esa sala con tu ayuda o sin ella. Dale a Will una excusa y te reventará la cabeza de un balazo. Y si te acercas mucho, seré yo quien te pegue el tiro de gracia.

Apretó los labios y reanudó la marcha. Avivé el paso y me coloqué a su altura.

—Gracias —le susurré al oído.

—No hay de qué, no lo he hecho por ti. A ratos disfruto siendo una borde insufrible. Por cierto ¿era preciso quedar al amanecer?

—Una hora buena como cualquier otra —zanjó Martin caminando sin

idea de a dónde se dirigía—. Supongo que ahí abajo no distinguiremos la noche del día.

—En dirección contraria, si no te importa —se burló la policía ajustándose el arma de la sobaquera. Descubrí que llevaba dos pistolas automáticas y una tercera en la cintura.

—Espero que sepas disparar, hermano. —Con disimulo, entregué a Martin la suya. Y otra más pequeña para Nina.

—¿De dónde has sacado este arsenal? —silbó mi amigo.

—De mi maleta. —Vi a Nina negar con la cabeza— ¿No la quieres?

—Traigo mi propio guardaespaldas. —Apuntó con el dedo detrás de sus hombros, donde colgaba una catana de considerables dimensiones.

—¿Eso?

—Corta cabezas como si fuesen queso fresco. Tuve que hacerla pasar por una antigüedad para traerla en el avión.

Boqueé atónito y Martin levantó las palmas abiertas.

—A mí no me preguntes, Nina nunca dejará de sorprendernos.

Fue el rugido de Anna lo que nos devolvió a la realidad, fuera de esa momentánea burbuja de diversión casi infantil, nuestro merecido segundo de respiro.

—¿Me seguís? —repuso Amber con una pizca de impaciencia en la voz—. Anoche estuve explorando, conozco el mejor punto por el que entrar. ¿Nadie lleva tacones? De acuerdo, despegamos.





## Conteniendo el aliento

*Aún no puedo decirte por qué me duele cada vez que te veo,*

*darme cuenta de cuánto te necesito*

***Hate you, Love you (Olivia O'Brien)***

En efecto era muy temprano, pero el invierno de Londres había decidido concedernos una tregua. La niebla se había estancado y la temperatura, con la ropa que llevábamos, era soportable. Desde un cielo sin apenas nubes, en unas horas, el sol despertaría radiante. Enterrarse bajo el asfalto sonaba a pecado pero precisamente, al reino de los más mortales nos dirigíamos. Amber nos hizo soportar los giros de un paseo interminable, escalar un par de calles estrechas y empinadas y, finalmente a un gesto suyo, nos colamos por un callejón a enfrentar una puertecita desgastada de aspecto inofensivo, que parecía pintada en la pared. Ese tipo de cosas en las que absolutamente nadie repara.

—Es por aquí. Nos conducirá directamente al nudo central del laberinto y a partir de ahí... —lanzó una mirada maliciosa a Anna que se la mantuvo con osadía—pondremos a prueba los talentos de la señorita Dalton. —Su nerviosismo se manifestó en la forma brusca en que ordenó sus rastas.

—¿No deberíamos organizar un plan por si las cosas se tuercen y tenemos que huir? —planteó Anna en un descarado murmullo. Amber arqueó las cejas sorprendida.

—Si metemos la pata no habrá más salida que correr, a poder ser juntos, pero cada cual por donde pueda.

—Vaya mierda de solución, inspectora ¿todo lo gestionas tan mal?

Me contuve para no intervenir, no habría estado de más contar con un esquema de huida, pero me constaba que Amber hacía todo lo posible por sumar.

—Tú eres la de los planes perfectos, princesita, maldita sea, tú nos metías, tú nos sacabas.

—Dije que os guiaría hasta la Sala de la Consagración, no que pudiera cargarme a veinte de ellos con una ráfaga de súper poderes.

Seguíamos relativamente cerca de las viejas vías de las afueras y el sonido del tren que se aproximaba, puso mi corazón a galopar.

—En serio —Amber volvió a la carga—, los que no sois policías... es vuestra última oportunidad para pensarlo mejor. Una vez dentro tendremos que enfrentarnos a lo que surja.

—Gracias por adelantarte a lo que pensaba decir —farfullé lamentando que ella ya hubiese tomado una determinación sin vuelta de hoja—, pero me gustaría incluirte. Este es mi asunto, mi problema, ya lo sabéis. Si os pasara algo a alguno... —a propósito evité mirar a Anna. Suspiré ruidoso—Yo...

Martin avanzó un paso y me propinó una palmada en el hombro que resonó por toda la calle.

—Te estas poniendo muy pesado. Ya lo has dicho. Ya te hemos escuchado. Lo agradecemos. Y tú también conoces ya nuestra decisión, Will. No vamos a cambiar de opinión porque ahí dentro la luz escasee.

—No te enfrentarás a esto solo —intervino Nina—. ¿De verdad es preciso volver a hablarlo?

—Si hay acuerdo en cuanto a entrar, hay otra cosa que debo advertiros —Amber me miró con intensidad—. Es posible, solo posible, que el ritual se haya malogrado.

Todos dejamos un segundo de respirar y la miramos demandando información.

—Son solo rumores, nada sólido —se escabulló. Yo la atropellé con otra pregunta.

—¿Y qué ha pasado con el cuerpo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Depende de en qué momento de la Consagración se hayan detenido... Si es que es cierto.

Contuve las ganas de vomitar, que eran inhumanas.

—Joder. Esto es una puta pesadilla.

—Pero sigue ahí dentro, seguro, y estamos perdiendo un tiempo precioso —añadió con una mueca.

—Ok. Entremos de una vez. —La empujé con suavidad y mi mano permaneció involuntariamente un poco más tiempo del debido en la parte baja de su cintura. Ella pareció no notarlo y un extraño alivio se apoderó de mí.

El potente haz de luz de los focos de la locomotora nos cegó en un segundo. El ruido se hizo ensordecedor. Amber manipuló la vieja cerradura, tiró de la puerta y a todos se nos congeló el aliento. El agujero no solo era oscuro como la garganta de un dragón. Era tenebroso. Parecía que el mal flotaba viscoso alrededor de aquella entrada, negándose a salir y mezclarse con la vida. Creo que más de uno tragamos saliva antes de poner los pies en movimiento.

—¡Entrad! ¡Ya! —aullé echando a correr hacia la oscuridad. Quizá por eso no oí más que el silbido salvaje del viento cortado por el gran gusano mecánico, el chirriar de las ruedas sobre los raíles y el jadeo de la respiración de Martin a mi espalda— ¿Estamos todos?

Fueron asintiendo por turnos. Amber, Martin y yo accionamos las linternas que guardábamos en los bolsillos.

—Antes de seguir avanzando... —susurré cerca del oído de mi amigo. Pero él cortó rápido mi inspiración.

—Te advierto que no es momento de ponerse sentimental.

—No es eso, hermano. Amber tiene razón, quiero ser repetitivo, aún estáis a tiempo, no tenéis por qué hacerlo. Esto cada vez se embrolla más.

—Jo-der, detective Bass —rezongó la policía revisando las paredes con su linterna—, eres como una vaca frisona en brazos, te lo juro.

—Esto tiene muchas papeletas para irse a la mierda, os lo aseguro.

—Pues todos estamos en el mismo barco, por lo visto —sentenció Nina marcando unos pasos—. Unos con más libertad que otros...

Anna no respondió a su provocación. Simplemente agachó la cabeza, pareció concentrarse y se situó a espaldas de Amber con intención de seguirla.

Al principio, Martin y yo tuvimos que avanzar agachados. El techo no era demasiado alto. Pero conforme nos adentrábamos en las entrañas de la ciudad de Londres, el espacio creció lo bastante como para erguirnos. El silencio alrededor era opresivo y temible. El creciente olor a humedad,

pastoso e insoportable. El golpeteo de las gotas de agua cayendo contra el suelo, desquiciante. Y cuando no llevábamos más de diez minutos por aquellos pasillos, un tipo tatuado con la cabeza rapada y armado hasta los dientes, nos cortó el paso.

No perdimos la calma. De momento éramos cuatro y él solo uno.

—¿A dónde os creéis que vais?

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Amber se abrió paso a codazos y tomó las riendas de la situación.

—Traemos un mensaje urgente para Lord Malcom. Llévanos ante él.

El matón nos repasó con desconfianza. Hicimos lo posible por disimular las armas.

—¿De qué se trata?

—Información vital acerca del Ritual.

—¿Qué ritual? —gruñó despistado.

—El de la Encarnación, en Manhattan, idiota. Acabamos de desembarcar desde Estados Unidos —intervine exagerando mi acento yanqui — ¡Vamos! ¿A qué esperas?

Lejos de obedecer, el fulano nos repasó uno a uno, molesto y con cara de pocos amigos.

—Yo me encargaré de que le llegue el mensaje.

La cosa se estancaba peligrosamente. Pero era obvio que Amber tenía soltura en circunstancias como aquella.

—¿Has perdido el juicio, desgraciado? Es información confidencial que solo transmitiremos a Lord Malcom en persona y en privado. Y si sigues pensándotelo, yo misma me encargaré de elegir tu castigo cuando Milord sepa que estás demorando este encuentro. Él nos espera desde hace tiempo.

—¿No la has oído? ¡Muévete!

A todos nos sorprendió la intervención de Anna. Por desgracia, su intento de apoyo no hizo sino ponerla en evidencia. El matón se fijó en ella.

—¿Por qué llevas ocultas las manos?

—Porque tengo frío aquí abajo, entrometido. Estás esperando la contraseña ¿a que sí? *Eclessidra* —silabeó dejándonos a todos boquiabiertos. Nadie en ningún momento había mencionado nada acerca de una contraseña de acceso.

Un músculo palpitó en la mandíbula del matón. También en la de Martin y en la mía, pero por distintas razones.

—De acuerdo, adelante. Tirad por ahí.

El camino que de mala gana nos marcó, parecía una tubería aplastada contra el suelo. Mal iluminado, angosto, de los que te obligan a caminar en hilera de a uno. Y cuando por fin se abrió a una sala de considerables dimensiones, las puertas se cerraron con violencia y varios tipos de su misma calaña fueron emergiendo desde los rincones en penumbra. Nuestro guía soltó una ruda carcajada.

—Debéis tomarme por gilipollas. Esa contraseña hace ya mucho que no se utiliza.

Batí el espacio con los ojos y crucé con Amber una mirada de desesperación. Nada más llegar nos zambullíamos de cabeza en la desgracia.

—Vais a contarnos quiénes sois en realidad y qué estáis buscando.

Con lentitud nos rodeaban. Ahora ellos eran muchos y nosotros muy pocos. Empuñé mi pistola casi al mismo tiempo que Amber la suya, y los dos disparamos una ráfaga mortal que se saldó con dos caídos. Ellos respondieron en el acto desenfundando sus ametralladoras, de mucho mayor alcance. Nos arrojamos al suelo; allí, en el centro de la sala, expuestos, no teníamos dónde guarecernos. Además, llevábamos silenciadores para pasar desapercibidos. Ellos no. Llamarían la atención de medio mundo y no tardarían en aparecer más por todas partes.

La catana de Nina cortó limpiamente una cabeza que rodó por el suelo. Era ahora o nunca.

Saqué de entre mis ropas uno de los artefactos que con tanto mimo y pericia había fabricado en la habitación de mi hotel, durante mis noches de insomnio, y lo lancé con violencia contra el suelo. Y no bien hubo explotado, reventando la piedra y provocando un socavón enorme y una lluvia de cascotes, otro más contra la pared derecha, después de advertirle a gritos a mis amigos que se apartasen. El polvo, el humo y la confusión se mezclaron con los lamentos de los heridos. Justo como yo había imaginado. Oí la voz de Amber gritar “*¡Por aquí!*” y al grupo ponerse en marcha. Pero yo me había quedado paralizado, con los ojos clavados en un recodo al fondo, desde el que se dominaba un estrecho cruce entre pasadizos.

Allí se movió una figura que, como tantas veces antes, me cortó el aliento, me detuvo el corazón. Capté a lo lejos otro “*¡Vamos, por aquí, por aquí!*” pero parecía tan lejano, tan ajeno...

Un muro de pedruscos humeantes nos mantenía, de momento, a salvo de los perseguidores. Miré a mis amigos, ya distanciados, y de nuevo a las sombras. La silueta se había detenido y me observaba fijamente, manteniendo

la distancia.

Esta vez tenía que intentarlo.

Y tenía también que ponerlos a salvo a ellos. Así que crucé una mirada serena con Martín, una sonrisa cómplice con Amber que me miró sin entender y, estrellé contra el lateral otro artefacto explosivo, que me hizo desaparecer entre una humareda. Me convertí en fantasma. Justo igual que el que perseguía.



## **Reseteemos**

*Encontré a una mujer  
más fuerte que nadie a quien conozca.*

*Ella comparte mis sueños,  
espero algún día compartir su hogar*

***Perfect (Ed Sheeran)***

## **Martin**

Puede que la inspectora no tuviese muy claro dónde se encontraba la sala de la Consagración, pero sí demostró una sorprendente destreza sorteando túneles y seleccionando los adecuados hasta sacarnos de nuevo a la superficie. Parecía no haber transcurrido más de cuarenta minutos y sin embargo, ya habíamos perdido a Will, algo que desde luego, yo no iba a permitir. Nos sacudimos el polvo del cabello y las ropas, escondimos las armas entre los pliegues de los abrigos y fingimos tanta normalidad como nos fue posible, en mitad de una callejuela, a una hora que empezaba a ser medio

corriente.

—¡Joder! ¿Puede alguien explicarme qué ha pasado ahí dentro? — masculló Nina con los ojos encendidos.

—¿Por qué ha cometido Will semejante estupidez? ¿Por qué ha usado el explosivo para quedar aislado? —añadió una más que furiosa Amber. Yo me encogí de hombros.

—Ojalá lo supiera. Me ha mirado, ha querido decirme algo... quizá viese...

—¡Qué tontería! No había nada que ver salvo polvo volátil y la oportunidad de seguir juntos y adelante. Eso que ha hecho no tiene sentido — refunfuñó la policía.

Por desgracia, yo conocía a mi amigo mucho mejor que todas ellas y aunque estaba lejos de imaginar el verdadero motivo de las acciones de Will, sí pude intuir que lo había hecho para sacarnos del atolladero. Tal y como tenía planeado desde el principio.

—Bueno, el caso es que ahora él está ahí dentro, solo, y nosotros aquí fuera, a salvo.

Amber me dirigió una mirada canalla.

—No estén demasiado seguros al respecto. Acabamos de cargarnos a unos cuantos de los suyos, así que haríamos bien alejándonos de esta salida si no queremos un buen susto cuanto antes.

—Will está ahí dentro —me obstiné como si ella no lo supiera.

—Señor Forrester, me consta. Y le aseguro que nadie más que yo desea sacarlo con vida. Pero ha tomado una decisión absurda que ha complicado las cosas y el plan que teníamos, bastante frágil por cierto, ya no nos sirve. Tomémonos un respiro y reseteemos.

Fui a protestar con ímpetu pero Nina me detuvo con un gesto de la mano.

—Tiene razón, Martin, no podemos volver ahí dentro a lo loco, sin saber qué hacer a continuación, sería otro suicidio, ya no contamos con el factor sorpresa. Will tendrá sus motivos para hacer lo que ha hecho y seguramente no le gustará que le llevemos la contraria. Pero si vamos a salvarlo en contra de su voluntad, tenemos que pensar muy bien cómo.

Me pasé las dos manos por la cara. Hay que ver lo sensatas que suenan a veces las mujeres.

—De acuerdo —me rendí— ¿A dónde?

—A mi apartamento. No está lejos de aquí y es seguro. Vamos.



—¿Podemos olvidarnos de la muerta, ahora que hay que rescatar al poli capullo?

Era Anna. Anna que había permanecido en completo silencio hasta el momento. Tres pares de ojos se clavaron en ella como dagas envenenadas. Sin embargo, ella arqueó las cejas como si todo le importara muy poco.

—¡Oh, genial! Ahora resulta que en vez de un rescate de mierda tendremos dos.

Amber no se lo pensó dos veces. Un par de pasos y le cruzó la cara de una bofetada que Anna encajó con total dignidad.

—Mantén cerrada esa boca. Te diré lo que pienso cuando no estemos en mitad de la calle.

El apartamento se me antojó demasiado pequeño para nosotros cuatro y todos nuestros miedos, pero era acogedor, estaba caliente y tenía una bonita cocina en la que Amber dispuso rápidamente un té inglés sin apenas despegar los labios. Nada más llegar, antes incluso de despojarse del abrigo, había usado sus grilletes reglamentarios para engancharlos a las esposas de Anna e inmovilizarla a una columna de hierro fundido que dominaba el centro del salón. Después de instalarnos como sus invitados y de servir las tazas, sacó con calma la pistola de la sobaquera, le quitó el seguro y con una sangre fría que hizo que Nina y yo nos tensáramos en nuestros asientos, se acercó hasta Anna y se la colocó en la sien.

—Retomando la amigable charla que inicié en la calle, princesita... ¿qué me impide volarte ahora mismo la tapa de los sesos? —Nos dirigió una febril mirada— ¡En realidad no la necesitamos! ¡La portadora, esa chica a la que buscáis, ya no está en la Sala del Ritual! ¡Huyó hace días...!

Salté del sofá como un resorte.

—Un momento... ¿qué acabas de decir?

—Nos explicaste que el ritual se había malogrado —recordó Nina con un hilo de voz.

—¿Qué significa eso de que huyó? ¿Está... viva? —insistí con un nudo en el estómago.

Amber suspiró queda y agachó la cara. Volvió a poner el seguro de su arma y la guardó sin volver a mirar a la prisionera.

—Venid al dormitorio.

A salvo de los oídos de Anna, nos animó a sentarnos en el borde del colchón, nos ofreció tabaco y como nadie aceptó, encendió su propio cigarrillo. Junto a la ventana entreabierta.

—No vi oportuno complicar más la historia teniendo en cuenta lo que ya tenemos encima, no quiero volver loco a Will. Ayer mismo mi padre me puso al día. Vuestro amigo no llegó a decíroslo pero mi padre es uno de ellos. —Levantó veloz las manos abiertas para frenar nuestra violenta reacción— ¡No uno de ellos en ese sentido! ¡Es la resistencia! ¡Mi padre es la resistencia!

Mis dedos se perdieron nerviosos por entre mi pelo, salté del colchón y di un par de vueltas absurdas sobre mí mismo, incapaz de quedarme quieto.

—¿Qué coño...?

—Señor Forrester, créame, soy de fiar. Su amigo no estaría conmigo de no ser así. Mi padre y su gente están intentando que esto no salga adelante, que la Encarnación que acabaría con el mundo tal y como lo conocemos, no tenga lugar. Se mueven en la clandestinidad desde hace años y es probable que ellos sean la única posibilidad con la que contamos para sacar de ahí a Will vivo. La información que me pasan es mínima pero fiable. El ritual se malogró porque la chica despertó inesperadamente.

Me dejé caer de nuevo en el sillón como un fardo vacío.

—¿Des... despertó? ¡Estaba muerta! ¡Lo vimos todos!

—¿A causa de los rezos de la Consagración? —aventuró Nina tomando enseguida mi mano con un apretón de aliento.

—Nadie sabe a ciencia cierta lo ocurrido. Los salmos no habían terminado. Los rumores apuntan a que ha revivido como no muerta. —Desvió la mirada hacia el salón donde se encontraba Anna—. Quizá para vengarse de la persona que le quitó violentamente la vida.

Tuve que tomar aire y llenar a tope mis pulmones para continuar aquella conversación demencial.

—Una... ¿no muerta? —balbuceé.

—¿Un vampiro? —agregó Nina estupefacta.

—No necesitará sangre para alimentarse, no teman. Con la única excepción de que no será fácil matarla, Stella es prácticamente la misma que cuando se fue. El resto es leyenda vampírica.

—¿Por qué no se lo dijiste a Will? ¿Por qué él no lo sabe? —presioné con amargura. Amber me dirigió una mirada cansada.

—Dígame que de saberlo habrían cambiado las cosas, que habría

renunciado a bajar.

Amber giró rápida sobre sus talones y abandonó el cuarto. La seguimos, a ella y a sus ojos vidriosos, y la encontramos apoyando por segunda vez la boca de su automática en la nuca de Anna.

—Así que insisto. ¿Qué me impide matarla? —La miró con desprecio—. No eres más que un malvado y molesto grano en el culo, americana.

Me adelanté unos pasos para interponerme.

—Amber, por favor...

—Martin, esta mujer es el puto mal en persona...

—Y usted una policía que hizo un juramento.

—Sí, limpiar la sociedad de escoria como ella.

—Amber...

La mano que sujetaba la pistola tembló un segundo.

—Amber, baje ese arma.

Obedeció con un bufido. Acto seguido, miró socarrona a Nina.

—Muy guapo pero muy tonto, muchacha. A ver si lo espabila.

No me di por aludido, no era hora de ofenderse ni de discutir de nada que no fuera cómo sacar a Will de los túneles.

—Dejémonos de cumplidos y tracemos el plan definitivo. A Will pueden ejecutarlo en cualquier momento si lo encuentran.

—Hay algo más.—Amber se agitó nerviosa. Tomó asiento en una butaca que había conocido tiempos mejores y se sirvió una taza de té con desgana—. Algo que también me dijo mi padre y que deberían saber. —Pestañeó dirigiéndose a Nina—. Que usted debería saber: la andan buscando.

Percibí cómo mi chica se sacudía en un escalofrío y por un instante hasta me olvidé de mi amigo. Solo pensar en permitir que Nina volviese a poner un pie allí abajo, me erizaba la piel y me provocaba mareos.

—Hay fotos tuyas por todas partes, debería salir de Londres —aconsejó Amber con cautela.

—La inspectora tiene razón, cariño, te sacaré un billete para hoy mismo —coincidí con la esperanza de que recapacitase.

—¿Y sentarme en nuestro ático de Manhattan esperando por si vuelves? ¿En serio crees que sería capaz de irme y dejaros aquí tal y como están las cosas?

Amber suspiró hondo.

—Es su decisión, señorita Gautier. Yo ya la he puesto al corriente, no lo tome a broma.

—Por supuesto que es mi decisión. Y me quedo. Por Will, por Stella, por todos. Ninguna razón me vale para dejarlos en la estacada.

Apreté los párpados deseando abrirlos y encontrarme en mitad de Central Park, de inofensivo picnic.

—Nina...

—No, Martin. Desde cierto punto de vista todo esto es culpa mía. Yo estaba vinculada a La Cripta. No tú, ni Will, ni la pobre Stella, yo. Y si no te hubiese permitido implicarte, nada de lo que ocurrió habría pasado, la chica seguiría viva. Así que no intentes convencerme de que huya a esconderme debajo de la cama. Si por alguien tengo miedo, no es precisamente por mí.

Recordé las implicaciones de mi querida madre, sus cartas falsas dirigidas a Stella. Era más culpable que mi mujer, mucho más. Tuve unas terribles ganas de abrazar a Nina y besarla allí, delante de todos.

—Conseguirás acabar conmigo.

—Espero que no ahora, nos queda mucha vida por delante. Es más, quiero que escuchéis algo. —Se dirigió a Amber— ¿Podemos, por favor, volver a la habitación? O encerrar a Anna en algún agujero negro desde donde no pueda espiarnos.



## Reencuentro

*Si me dejas, puedo construir otro mundo para nosotros.*

*Déjame sufrir todo por ti.*

***Renaissance (Paolo Buonvino & Skin)***

## Will

Otra vez el fantasma de siempre, el que me atormentaba con su dulce sonrisa sin ser real. Nunca. Jamás lo sería.

—Stella... —La voz apenas me salía del cuerpo. Noté que me ardían los ojos—. Stella...

Ahí estaba mi llaga cerca del corazón, palpitando, abrasando. Quemándome entero, demostrándome lo que puede hacerte sufrir un amor truncado, si es verdadero.

Debía de estar volviéndome loco porque la veía con tanta claridad como si fuese de carne y hueso. Se mantuvo erguida, majestuosa, mirándome con una duda extraña instalada en los ojos. Entonces, incapaz de soportarlo más, caí de rodillas, sollozando.

—Stella... mi vida...

Cuando volví a conectar con la realidad la tenía al lado y notaba el tacto de sus manos heladas recorriendo las mías. Fue casi mágico.

—Will...

Susurró mi nombre y fue como una llamada irresistible que vinculó sus ojos con los míos. Los cerré, ciego de desesperación.

—¡No! ¡Márchate! ¡No quiero seguir viéndote, fantasma!

—Will, Will, escucha... Mírame.

La aparté con las manos al tiempo que me tapaba la cara. Y lloraba. Lloraba sin poder contener aquella rabia intensa que me carcomía el alma desde que la perdí.

—¡No quiero verte, por Dios, no quiero seguir viéndote! Cada vez que cierro los ojos, cuando intento dormir, cuando me convenzo de que estoy solo para siempre, te veo. ¡Te veo cada vez que respiro!

Con delicadeza, ella separó mis dedos crispados de mi cara.

—Cariño, mírame. No es un sueño, ni una alucinación, soy yo, ¡estoy viva! ¡Estoy aquí! Y te sigo queriendo igual que antes de irme.

Obedecí. Mis ojos llenos de lágrimas la repasaron con terror primero, con incredulidad después, finalmente con adoración. Tenía la boca, la garganta secas. Me enfrenté a sus ojos claros, a su pelo rubio trenzado en rastas. A sus pómulos altos, a su sonrisa de niña traviesa. Ella me devolvió la mirada brillando húmeda. No hizo falta nada más.

—¿Stella...?

—Sí mi amor, soy yo. He vuelto porque no podía soportar una eternidad o un solo minuto más sin tenerte a mi lado.

Dejé de respirar. Creí que me moría, lo juro por lo más sagrado.

—¡Stella! —Se me desgarró la voz.

Me arrojé en sus brazos como un crío pequeño que se pierde y encuentra a su madre. Era ella, su cuerpo, sus curvas que conocía de memoria, el suave calor que desprendía su piel. Hasta su perfume. Y allí nos quedamos, de rodillas en el suelo de piedra, abrazados, llorando, recuperando en un puñado de segundos apresurados lo que un día nos arrebataron tan violentamente. La recorrí entera con unas manos que no sabían estarse quietas, para asegurarme de que no era un espejismo. Quería besarla. Pero si lo hacía no podría parar.

—Prefiero que se me sequen los ojos a parpadear y que no estés aquí cuando vuelva a abrirlos. —La estreché con más fuerza aún, con ansiedad, con terror de que se disolviera en el aire como una aparición—. No puedo

creerlo. No puedo creerlo, tanta felicidad no me deja respirar...

Stella respondió al abrazo apretándose contra mi cuerpo.

—Necesito sentirte, estar así pegada a ti, solo abrazados. Después vendrán las palabras. Busquemos un rincón donde no puedan encontrarnos y regalémonos unos minutos. Más tarde, la salida.

Pisamos el Paraíso. Ambos. Y me llené los pulmones con sus jadeos tratando de construir un mundo a nuestra medida, donde nadie más pudiera entrar. La sangre me golpeó las sienes como el rumor creciente de una catarata porque de repente, se hacía real el hecho de que sin ella, yo jamás sería capaz de construir una vida.

Pese a lo abrumador de las emociones, fui el primero que se rehízo. Tomé su cabeza entre mis manos y la miré largamente. No podía esperar más. Resbalaron mis dedos por sus mechones rubios y despacio, manejando el miedo a que el sueño se esfumase, mi boca buscó sus labios y dulcemente, la besé.



*Dame una marca distintiva.*

*Un sueño, una vida, un amante.*

*Píntame feliz y triste.*

***Venice Bitch (Lana del Rey)***

## **Stella**

Aquel beso que empezó suave y creció hasta devastarnos, fue el paso definitivo para recuperar la vida. Como si me la insuflaran desde fuera, esa chispa que buscaba desde que desperté, la única capaz de disipar la duda, el porqué de haber vuelto. Todo multiplicado por mil.

Estaba claro: regresé en nombre del amor.

Pude verlo. Pude ver el corazón de Will bombeando ternura, sentí su latido golpear mi pecho, su sonido en mis oídos, su vibración como en la piel de un tambor. Palpé su energía llena de necesidad, lo vi sangrar. Y en sus ojos leí cuánto le importaba lo nuestro, lo que habíamos sido, lo que aún podíamos ser.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes —jadeó pegado a mi oído. Mi piel, receptiva a su cercanía, se erizó al segundo.



—Esto es un laberinto interminable y ellos están por todas partes.

La verdad, quise decirle que no me habría importado que aquello fuese el final. El final definitivo. Porque estábamos juntos, abrazados, compartiendo calor y aliento. Porque a pesar de mis visiones, había leído en sus ojos que seguía siendo el mismo, que me seguía amando por encima de todo. Así que si aquella mala gente sesgaba nuestras vidas... bueno, yo podría, por segunda vez, morir tranquila. Que pese a haber escapado una vez, había regresado a los túneles en busca de respuestas sin imaginar que lo encontraría a él y que ahora, el resto no importaba. Sin embargo, Will cerró los ojos y tuve la impresión de que se esforzaba por concentrarse. Lo adoré hasta límites insospechados.

—Tengo un leve conocimiento del diseño de esta locura. Aquí —se señaló la cabeza—. Unos pocos planos memorizados. Ojalá nos sirvan para escapar. —Calló de repente y me clavó sus ardientes pupilas—. Voy a besarte otra vez.

Se inclinó hacia mí y así nos sorprendieron. Juntos. Enlazados. Conjurando un beso que apenas pudimos regalarnos. Compartiendo esperanza y calor.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Qué tenemos por aquí? ¡Si parece que hoy nos llueven intrusos del cielo!

No eran muchos, solo tres. Pero enormes, zafios y salvajes. E iban armados hasta los dientes y ya nos estaban apuntando.

—¿Intrusos? Lord Malcom se pondrá muy contento cuando vea que ha recuperado a su portadora huida.

Los otros dos lo miraron atónitos.

—¿Esta es la portadora?

—Era. Ya no sirve para nada.

—Pero nos recompensarán igualmente ¿verdad?

—Encerradlos. Habrá tiempo de ocuparse de ellos cuando el asunto de América se haya solventado.

Escuché un chasquear de lengua.

—Tendremos ocasión de divertirnos con estos dos. Mucho. Y muchos días.

El sadismo instalado en su voz me provocó un espasmo de vivo terror.

—Lo siento, chicos, me temo que vais a pasarlo fatal. ¡Andando!

El pánico reptó como una serpiente por mi cuerpo, de abajo a arriba. ¡Íbamos a perderlo todo! ¡De nuevo! Apenas nos habíamos recuperado y la

historia llegaba a su fin. ¿Qué podía hacer para impedirlo? Una tristeza absoluta me robó la energía.

Pero entre las telarañas que teje el miedo, sentí los dedos de Will apretando mi mano. No la había soltado en ningún momento pero aquello era una señal, un código mudo que me gritaba “*no temas, mi amor, saldremos de esta*”.



## **La Trampa**

*No lo recuerdo todo  
pero sé que era invencible.*

***Safe (Daya)***

## **Nina**

Suelo ser fría y calculadora si se trata de salvar el pellejo. Todo lo contrario que cuando la piel se me calienta y me hierve de deseo la sangre. Hielo y pasión. Cero y cien. Eso soy yo. Conforme me adentraba por segunda vez en pocas horas en el maldito subsuelo de Londres, en aquel incierto nudo de túneles cual avispero envenenado, recordaba las lecciones de mi maestro de lucha, ensayaba mentalmente los movimientos más letales, los que a ciencia cierta podrían salvarme la vida. Y de cuando en cuando, levantaba un brazo y acariciaba la empuñadura de mi catana colgada a la espalda. La elegí de entre todas las armas posibles porque es bella y letal al tiempo. Una obra de arte capaz de aniquilarte, que denota determinación y poder. La espada del Samurái era, sin duda, mi preferida. Y Orio me había enseñado a usarla.

—Cuatro hombres de confianza de mi padre nos esperan —informó

Amber en un murmullo. Justo acabábamos de cruzar una estación de metro abandonada con las paredes cubiertas de grafitis, digno escenario para la peor película de terror—. Nos llevarán a uno de los búnkeres, un punto donde estaremos a salvo y desde el que podremos analizar los planos y averiguar dónde puede haber ido Will.

—Le he mandado varios mensajes al móvil —comentó Martin—. De momento sigue sin cobertura pero si en un segundo la alcanza, espero que le lleguen y pueda comunicarse con nosotros.

Amber hizo un gesto de resignación.

—Eso es lo que no sé si hará.

Lamentablemente, yo debía darle la razón. Desde el principio, Will se sintió culpable por el riesgo y su empeño fue excluirmos, pero yo no había mentido: era la máxima responsable de todo aquel desastre. Tenía que enderezarlo como fuese.

El inconfundible y desagradable olor a humedad de los túneles reptando por las ásperas paredes, giraba con nuestro caminar. Todo alrededor era lóbrego y estaba helado.

Cuatro hombres que parecían cuatrillizos, vestidos con túnicas largas negras, nos salieron al paso. Su aspecto no era intimidante en exceso pero mi mano voló a la empuñadura del arma. Amber hizo un gesto de tranquilidad con la mano y los saludó con cordialidad.

—Os seguimos —dijo tan solo. Martin y yo cruzamos una mirada de aprobación. Solo Anna pareció reacia a retomar la marcha, algo que solucioné con un empujón poco protocolario.

Fueron apenas siete minutos de caminata. Cuatrocientos veinte segundos en los que yo solo acertaba a oír el gorgoteo del aire en mi garganta seca y las palpitations de un corazón acelerado que auguraba problemas. Y nos los encontramos nada más cruzar el umbral del búnker de guerra abandonado a su suerte, polvoriento y lleno de muerte. La energía destructora que flotaba era de tal densidad que el techo se me desplomó literalmente encima. No estábamos solos, había gente armada. Y tuve la impresión de que con disimulo, formaban un círculo a nuestro alrededor y nos cercaban.

Amber se adelantó y se hizo visible.

—Aquí la tenéis. La nueva portadora.

Todos los ojos se desviaron y se concentraron en mi persona. Tuve ganas de encogerme hasta desaparecer. Un tipo alto con una cicatriz marcada en forma de X en la base de la mandíbula, acostumbrado a mandar, tomó la

batuta.

—¡Apresadla!

—¡Un momento! —Martin trató de llegar a mí y parapetarme pero no llegó a tiempo. Dos gorilas se interpusieron en su camino y lo apuntaron directamente con sus metralletas.

—He cumplido. Entregadme ahora al prisionero —expuso Amber con absoluta calma, como si lo que ocurría en el resto de la sala no fuese con ella.

La observé con los ojos desencajados, asumiendo de golpe muchas cosas.

—Amber... —balbuceé.

—¿Qué está pasando aquí? —masculló Martin furioso— ¡Inspectora! ¿No se supone que eran gente en la que confiar?

Ella torció la comisura en una media sonrisa casi cruel.

—Es usted muy iluso, señor Forrester. —Se dirigió de nuevo al tipo de la cicatriz—. Vosotros la queréis a ella y yo al policía americano, sano y salvo.

—¡Hija de perra! —barbotó Martin abalanzándose sin temor alguno contra los dos guardias.

Grité al adivinar sus intenciones, estábamos rodeados, no teníamos la menor oportunidad. Y no quería que lo hirieran.

—¡Martin!

No me hizo el menor caso.

—¡Nos has conducido directos a una trampa, maldita seas! —rugió señalando a Amber.

Al tiempo que escupía insultos, apretó el gatillo de su pistola y logró atravesar la mano de uno de ellos. Su pesada arma cayó al suelo como un bloque de hormigón. Pero su compañero aprovechó la momentánea indefensión de Martin para descargar en su costado un buen puñado de voltios, que lo dejaron en un segundo, fuera de combate. Intenté correr a su lado pero el tirón de seis brazos violentos no me lo permitieron. Lo vi caer sobre la piedra en medio de convulsiones, con los párpados semicerrados y creí morir de dolor.

—¡Mal...nacida! —fue lo último que acertó a vomitar antes de perder el conocimiento. Anna no malgastó la oportunidad, corrió a arrodillarse a su lado.

—¡Llevaos de aquí a la portadora! —ordenó el hombre de la cicatriz.

Pero Amber se revolvió como un felino salvaje y antes de que nadie

podiera impedirlo, me estaba encañonando con su pistola automática.

—¡Ni hablar de eso! Si antes no entregáis al prisionero tal y como hemos acordado, le vuelo la tapa de los sesos a vuestra portadora. Y a ver cómo le explicáis a Lord Malcom que a solo veinticuatro horas de la Encarnación, estáis de nuevo a cero.

El tipo suspiró molesto.

—Traedlo. ¡Buscadlo y traedlo!

—Eres una maldita traidora —siseé echando chispas por los ojos. Anna estuvo de acuerdo conmigo desde su posición algo más alejada, pero se limitó a gruñir.

Amber dibujó una mueca de desprecio.

—Callaos las dos de una puñetera vez. No tenéis ni idea de lo mal que me caen las putas americanas.

Todo se detuvo en el tiempo cuando un guardia atravesó la sala a buen paso, llegó hasta el tipo de la cicatriz y le cuchicheó algo al oído en plan confidencial. La cara del jefezo perdió el color.

—¿Cómo que no está en su celda?

—Lo sentimos, señor, la información es aún muy confusa pero al parecer han escapado...

Era el momento. A una señal de Amber, los hombres de su padre dispararon una ráfaga a diestro y siniestro, que se saldó con tres caídos. Yo misma aproveché la situación para desenfundar la catana y rebanar un par de pescuezos de los más cercanos. Estar implicada al máximo en atacar y defenderme, no impidió que de soslayo detectara el movimiento de Anna escabulléndose hacia un recodo, tirando del cuerpo de Martin, seguramente para ponerlo a salvo.

La primera vez que podía perdonarle una estupidez.

El tipo de la cicatriz cayó con un disparo en mitad de la frente y a mí me faltó tiempo para aullar de euforia. Apenas quedaban enemigos en la Sala, Amber corrió con dos de los suyos por un pasadizo lateral y se perdió de mi vista. El ambiente olía a sangre, mi catana goteaba. Giré buscando a Martin. Anna continuaba allí, a su lado, sujetándole la cabeza inerte. Me acerqué lo suficiente para detectar la contrariedad en su gesto.

—¡Vete de aquí! —Estiró el brazo como queriendo detenerme— ¡Déjanos solos! ¿Es que no puedes morirte de una vez?

Prescindí de sus quejas para agacharme a comprobar el pulso de Martin, que se removió levemente.

—Tía, estás enferma —escupí sin mirarla.

—¡Márchate! ¡Déjanos en paz a Martin y a mí, no te necesitamos! ¡Yo llegué antes! ¡Llegué a su vida cuando tú ni siquiera lo soñabas!

Estaba loca. Definitivamente. La ignoré y me concentré en los intentos desesperados de Martin por recuperar la movilidad.

—¿Te encuentras bien?

Esposada y todo, Anna hizo lo imposible por entrometerse.

—Se encontrará mejor si no te ve cuando despierte. Vivirá mejor contigo y tus jodidos problemas bien lejos.

Ya estaba bien. Empecé a verlo todo rojo. La miré con las mandíbulas apretadas.

—O te quitas de en medio, o te aparto de una patada. Estoy teniendo mucha paciencia contigo, te lo advierto.

Sus pupilas inyectadas en sangre me atravesaron con rencor.

—¡Ojalá te mueras! ¡Ojalá te mueras pronto, puta!

Nos interrumpió el murmullo de las palabras de Martin, que poco a poco volvía en sí.

—Anna...

—Dime —se apresuró a responder ella, con la voz como miel líquida. Se me revolvieron las tripas.

—¡Dejad de pelear, por amor de Dios! ¡Y echadme una mano!

Envainé el sable, las dos olvidamos momentáneamente nuestra disputa, y lo sujetamos como pudimos. Cuando lo teníamos a medio levantar, con un movimiento tan hábil como desesperado, Anna se hizo con la pistola que colgaba del cinto de mi chico y sin titubeos, me encañonó.

Con ella era siempre como empezar desde cero.

—¡Lárgate de aquí o hago que estalle esa preciosa cabeza de la que tan orgullosa estás! —amenazó con una frialdad admirable.

Martin despertó del todo a tiempo para presenciar la escena.

—¡Anna! ¡Anna, suelta esa jodida pistola! ¡Ya!

Yo no me moví un milímetro. La observé serena, arrepentida por todas las veces que le perdoné la vida a aquella desequilibrada peligrosa.

—¡Anna! —repitió Martin. Y sonó aterrado. Seguramente sabía mejor que nadie de lo que era capaz su amiguita de la infancia.

Ella desvió en su dirección una mirada lánguida, llena de tristeza.

—Anna... Bájala.

—¿Por qué tengo que hacer siempre cosas malas para que me hagas

caso?

—Anna, te lo ruego. Si me quieres como dices, baja el cañón. Devuélveme la pistola y...

—Genial —bufé—. Aquí estamos, esperando a que nos capturen un montón de locos furiosos, discutiendo con esta desquiciada como si nouviésemos nada mejor que hacer. —La miré a ella retándola con los ojos—. No vas a disparar ¿a que no?

—No me pongas a prueba —replicó con un gruñido. Pero no me pasó desapercibido el ligero temblor de su voz.

—¿A que no? —volví a provocarla.

Martin sacó buen partido del mínimo intervalo. Movi6 las manos a toda velocidad y le arrebat6 el arma con una brusquedad que contrastaba con la empalagosa dulzura de sus anteriores palabras. Con cierta dificultad, logró ponerse en pie.

—¡Ya está bien de estupideces! —zanjó entre dientes—. Una de dos, salgamos de aquí o busquemos a Will. ¿Dónde está? ¿Dónde puede estar? ¿Las celdas...?

Justo iba a informarle de que Will había conseguido escapar, cuando una voz ronca a mis espaldas, rajó de arriba abajo mis flojas expectativas de éxito.

—No os preocupéis. Vais a descubrir muy pronto dónde están las celdas.

Mierda. Ya estábamos. De nuevo rodeados.

—Tú, suelta esa pistola de inmediato.

Martin se resistió a acatar la orden. Al contrario, los desafió con una mirada que presagiaba problemas a espuertas. Anna se cobijó a su espalda.

—¡No pienso repetirlo! —se alteró el matón.

—Uno de los dos saldrá de aquí muerto, te lo aseguro —sentenció Martin con voz grave.

El grupo de soldados soltó una carcajada cascada y desagradable.

—No puede decirse que no tengas huevos, tío...

—¡Alto! —Di un paso y me coloqué delante.

—¡Nina! —gritó él. No hice caso. No quería oírlo. Ni girarme. Para poder hacer aquello, no podía mirarlo ni una sola vez más.

—Me buscáis a mí, lo sé. Pues de acuerdo, me entrego.

Uno de ellos se abrió paso a codazos hasta mí, gritando.

—¡Es la nueva portadora! ¡La andan buscando por medio planeta!



—¡Nina, no! ¡Maldita sea!

De nuevo a mi espalda un aullido, la voz de Martin. Apreté los puños y me mantuve rígida, sin flaquear.

—Sé que debo entregarme voluntariamente a la Encarnación o no tendrá éxito. Bien, lo haré si dejáis que se marchen. Los dos.

—¡Nina! ¡No! —rugió Martin a la desesperada.

Embistió a uno de los guardias y lo tiró al suelo. No miré pero pude oír su gruñido y el sonido de los huesos crujiendo.

—¡Nina, escapa!

—¡Aquí me tenéis! —Me coloqué más en el centro, abrí los brazos y los miré a todos, uno por uno—. Me tendréis si los dejáis salir sin un rasguño... O juro que acabo con esto para siempre.

Saqué el puñal que llevaba oculto al costado y lo apuntalé en mi cuello. Nadie logró articular palabra. Empujé la punta contra la piel hasta que brotó sangre.

—¡Vamos! ¡No tengo todo el día! —repetí—¡Sin un rasguño!

El que parecía llevar la voz cantante asintió por fin con un cabeceo pesado.

—Llevadlos a la salida. Que no sufran ningún daño.

—Si los herís, si les ocurre algo malo, no habrá Encarnación para vuestra Mano Maestra.

El cabecilla volvió a concederme la razón con un gesto seco.

Lentamente, me giré. Anna acuclillada en el suelo, me clavaba unos ojos apagados. Martin yacía sin sentido con una brecha sangrante en la frente que me dolió hasta lo más hondo. A una señal del jefe, lo levantaron entre tres y Anna los siguió sumisa. Aún me dirigió una mirada interrogante por encima del hombro, sin terminar de creerse su jodida buena suerte. La rival fuera de juego por sorpresa y el premio para ella sola.

—Avisad a Lord Malcom —retomó el cabecilla— y que preparen el avión. Querrá partir cuanto antes.

De inmediato me cercaron aunque sin atreverse a rozarme.

—Adelante —concedí—. Saquémoslos de los túneles y partamos hacia Manhattan. La Mano Maestra aguarda.



## **Correr riesgos**

*¿Cómo de profundo es tu amor?*

*De verdad quiero saberlo.*

***How deep is your love (Bee Gees)***

### **Martin**

Todo aquello fue una treta cuidadosamente elaborada de la que solo Anna desconocía los detalles. Fue la propia Nina quien la propuso en cuanto Amber nos comunicó que la buscaban para convertirla en portadora. Debíamos fingir que la hija de Dante nos traicionaba y poner a Nina en manos de la Orden. No se resistiría, haría ver que se prestaba al intercambio para salvarnos la vida y, los acompañaría hasta el séptimo puente en Manhattan sin poner oposición.

Una vez allí...

Todo dependía de Montgomery y del ejército que consiguiera movilizar con la ayuda de los miembros de la Resistencia. Dante y los suyos se apresuraron a mover sus hilos al más alto nivel, para convencer a los responsables de la seguridad ciudadana de que algo monstruoso y terrible con tintes de atentado terrorista, tendría lugar a las veintidós horas del quince de

febrero en Hellgate.

Un plan demasiado arriesgado.

Si los militares fallaban, Nina estaría perdida. Todos lo estaríamos, en realidad. Pero a mí solo me importaba ella. Por eso me negué. Puede que fuera nuestra única salida para salvar a Will pero era tal el peligro, que no pensaba permitir que Nina lo corriera. Olvidé por un instante que mi mujer no es de las que se avienen a obedecer órdenes, no. Salta por encima de ellas y las mira desde lejos con desprecio. Que es así desde que la conocí robando relojes en un centro comercial. Por eso, cuantas más razones ponía yo sobre la mesa para cancelar esa locura antes de que arrancara, más se empecinaba ella en defender el maldito plan.

Discutimos. Apasionadamente delante de Amber, con Anna esposada y encerrada en el baño. Incapaz de aceptar una decisión que no podía sino acabar en catástrofe, cogí mi abrigo y abandoné la habitación del hotel con un portazo. Me refugié en el bar de la entreplanta con un whisky escocés de muchos años, pero el alcohol no mejoró la sensación de ruina y calamidad que me crecía dentro.

Iba a perderla y esta vez para siempre.

—¿Más calmado ahora, abogado?

La voz sedosa de Amber me asaltó por la espalda.

—Ni aunque arrasara con las reservas alcohólicas de todo Londres me calmaría.

—Su chica es tozuda —musitó con un deje de admiración.

—No lo sabe usted bien... Se arrancaría la lengua con sus propias manos antes de admitir que no puede con esto.

—Me recuerda a cierto detective americano al que tengo bastante aprecio.

Quiso sonar irónica pero el recuerdo de Will y su incierto futuro le humedeció los ojos.

—Lo sacaremos de ahí con vida, se lo juro—la animé .

—Lo sé. Y sé que Nina expone la suya para salvarlo, para frustrar esta locura de guerra. Es loable por su parte... no tengo palabras.

—Esta guerra nos viene grande, Amber, se lo dije a Nina la noche de las redadas en La Cripta, en Nueva York. Somos simples hormigas frente a colosos, algo inconmensurable nos supera. Solo podemos ponernos a cubierto y tratar de que no nos alcance ni nos destruya. Es una lucha que como individuos no podemos ganar. En lugar de eso, hemos ido a colocarnos justo

en el ojo del huracán. No le veo el sentido. Pero si Nina ha decidido hacerlo... no conseguiré hacerla cambiar de opinión. ¿Quiere una copa?

—Se la acepto, gracias.

Pedimos y nos quedamos callados un buen rato. Demasiado bloqueados por las dificultades como para poder charlar. Yo sentía que la preocupación me ahogaba. Consentiría que Nina se zambullera en la madriguera del dragón, tenía la sensación de que hasta la empujaba.

—No están solos, Martin, hay mucha gente implicada, más de la que imagina. Gente que no es humana, convencida de que la convivencia pacífica es posible, dispuestos a sacrificar sus vidas por defender esa probabilidad. ¿Ha pensado por un momento que permitiré que Nina suba a un avión? No. No vamos a dejar suelto ese cabo. Las fuerzas militares británicas los detendrán en el aeropuerto. Un soplo acerca de un secuestro, una ciudadana americana como víctima, la amenaza de un conflicto diplomático... Ya sabe. Estamos organizando las cosas, no tema. Nina no correrá ningún riesgo porque jamás llegará a Manhattan. Dígale que confía en ella, dele su apoyo, lo está esperando. Y sigamos adelante antes de que sea demasiado tarde para Will.

Me quedé perplejo sin saber qué replicar a un plan tan “redondo”. Y no sé si culpar al alcohol será justo, pero ya me había tomado dos whiskies y dije que sí.



## Contemos hasta tres

No hay secretos que valgan la pena,  
así que engáñame como si estuviera soñando.

*Darkside (Alan Walker)*

## Will

Cuando nos capturaron no solté la mano de Stella. Sí le hice señas para que no opusiera resistencia y fingiera docilidad. Siempre es mejor que perder tiempo y energía golpeando al aire. Ellos eran más y estaban armados, no podíamos ganar. Ella y yo nunca habíamos necesitado muchas palabras para entendernos, de modo que fue relativamente sencillo. A pesar de las terroríficas amenazas. A pesar del pánico que la hacía temblar. Nos metieron a empujones en una habitación pequeña y húmeda, tan oscura que apenas nos veíamos el uno al otro. Pero no dejamos de abrazarnos.

—Os veo ansiosos... —se mofó el carcelero—. Fóllatela ahora que puedes. Cuando los nuestros vuelvan de América con la Mano Maestra, empezará para vosotros la cuenta atrás. Un par de días y... ¡*Bumm!*

Dos vueltas de llave. El sonido del cautiverio y Stella que aflojó la pose

altiva que había luchado por mantener y se derrumbó en mis brazos.

—¡Van a matarnos! ¡Van a matarnos de un modo horrible!

Acaricié su cabeza, deslicé los dedos trémulos por su pelo, reconocí sus rastas y el latido de su corazón pegado a mi pecho. Percibí que la sensación familiar de su olor me envolvía. Y no podía creerlo.

—No va a ocurrir nada de eso —susurré pegado a su mejilla— porque no estaremos aquí cuando esa gentuza vuelva.

Se separó un poco y levantó en mi dirección aquellos ojos enormes, llenos de esperanza.

—Nena, confía en mí, confía. No vamos a quedarnos aquí ni una hora. Es solo que...

—¿Qué? —preguntó con ansia.

—Que necesito unos minutos más para convencerme de que estoy despierto.

Y era cierto. La atraje hacia mí, rodeé su pequeña cara con las manos y apoyé el mentón en su coronilla, cerré los ojos, suspiré y me dejé llevar por la devastadora intensidad del momento. No me importaba que nos hubieran capturado, en serio que no me importaba; siendo sincero, necesitaba aquella pausa absurda para asumir lo que acababa de ocurrirme: había recuperado a alguien que murió entre mis brazos y que además era lo que más amaba en este mundo. Los cómo, los porqués, se acumulaban en mi garganta y me impedían respirar. No podía ser y sin embargo era y, podría apostar mi vida entera a que no permitiría que volvieran a arrebatármela.

Los imbéciles que nos encarcelaron se contentaron con arrebatarme la pistola, que era lo más evidente. Probablemente todo habría sido mucho más complicado para nosotros, de no estar todos ellos buscando a la desesperada, solución al asunto de la Encarnación de su Diosa. Les pudo la euforia, el fantaseo sobre las recompensas que recibirían cuando anunciaran que nos tenían encerrados. No me registraron, tampoco a Stella. Y con eso firmaron nuestra carta de libertad y su sentencia de muerte.

Pero en serio, no me atrevía a soltar la mano de mi amor, tal era mi miedo a que se desvaneciera. Sabía que ella sentía lo mismo. Estábamos entre rejas, condenados a muerte y sin embargo, no podíamos dejar de sonreír.

—Cariño...

Stella me miró de frente.

—Bésame de una vez ¿a qué estás esperando?

—Dime que eres real.

—Yo a veces también lo he dudado. Pero aquí estoy, me estás tocando.

—Esto no es nada para lo que te espera cuando todo haya acabado, cuando te tenga desnuda en mi cama.

Se estremeció anticipando el placer y sin soltarse de mis manos, se hundió contra mi cuerpo.

—Ya estás tardando.

Me atreví a liberarla, pero solo para que mis dedos volasen hasta sus mejillas y enmarcarlas. La gocé unos segundos, grabando cada poro de su piel en mi memoria por si volvía a perderla. Si ocurría me daba igual porque me iría con ella. Esta vez sí. Nuestro segundo beso fue suave, tímido, fugaz sobre los labios.

—Te quiero. Te quiero tanto...

—Ha sido el amor que nos tenemos el que me ha hecho volver, estoy segura.

—Stella, nunca pensé que volvería a verte. Vine a Londres buscando tu cuerpo solo para que descansara en paz. Esto... esto no me lo esperaba.

Colocó un dedo helado sobre mi boca para que dejase de hablar.

—Habrà tiempo, tenemos el resto de nuestras vidas por delante.

Ahí perdí por completo la cabeza. La abracé más fuerte, busqué sus besos con auténtica ansia. Mordí sus labios, recorrí sus rincones, me bebí su aliento como si fuese mi último deseo hecho realidad.

—Eres tú, de verdad eres tú...

—Eso creo, cariño —Stella lloraba sin control—, me costó aceptarlo y no tengo explicación para lo que ha pasado, pero ahora aquí, contigo... no pienso ponerlo en duda. El tiempo que nos han regalado, sea cual sea el motivo, lo aprovecharemos hasta el final.

La besé de nuevo. Y una cuarta vez. Y una quinta. Nos mantuvimos quietos, de pie, estrechamente enlazados. Hirviendo a pesar de la humedad y el intenso frío. Solo cuando nos colmamos, si es que aquello era posible sin tenerla del todo, la tomé por los hombros y le clavé con fuerza las pupilas. A modo de respuesta, ella me regaló una sonrisa radiante que llenó de luz el lóbrego espacio y cargó al límite mis instintos de supervivencia.

—¿Preparada?

—¿Contigo? Siempre.

—Vamos a volar esta jodida cárcel. Hasta los cimientos.

Le hice una indicación muda para que se refugiara en el rincón más distante pero ella, lejos de obedecerme, agarró fuerte mi brazo y me respondió con otro gesto.

—Espera...

—¿Qué ocurre?

—Hay que esperar. Seis minutos.

Abrí los ojos intentando comprender por qué su semblante se había transfigurado, resplandecía, sus ojos fijos en un punto invisible de un horizonte más invisible aún.

—¿Por qué seis minutos?

—Los estoy viendo...

—Stella, no me acojones... Viendo ¿el qué?

—En seis minutos la mayoría de ellos estará reunida en una sala enorme... espera... es la sala de la Consagración. Tienen enlazadas las manos y rezan. Rezan por la llegada y Encarnación de su señora. Pero todo ocurrirá en exactamente seis minutos.

Un escalofrío sutil me recorrió la espalda.

—¿Puedes... verlos?

Stella regresó a mi lado con una sacudida de cabeza y un leve aleteo de pestañas.

—Desde que volví, por llamarle de algún modo que no me aterrorice, veo... cosas. Cosas que ya han pasado, que están pasando o que van a pasar.

—Joder.

—No me da miedo, me lo dio al principio pero ¿no te das cuenta? Es una bendición porque a medida que pasa el tiempo, gano certeza. Ya distingo si es presente, pasado o futuro, empiezo a controlarlo.

Solté un suspiro que se pareció bastante a un gruñido salvaje.

—Mira, no pondré en entredicho tus poderes. De este grupo nuestro, el único corriente debo ser yo y con que estés a mi lado, me basta y me sobra.

Me dirigió una mirada llena de adoración.

—Tú jamás serás corriente, detective.

—No me preguntes cómo me siento —bromeé mirando la esfera de mi reloj— ¿Seis minutos?

Asintió lentamente.

—Cuatro y cuarto. Y casi todos ellos reunidos en una misma sala. ¿Cuántos de esos explosivos te quedan?



Solo cuando Stella dio el visto bueno al plan y se retiró al fondo de la celda, fui consciente de los riesgos. Verla moverse para ponerse a cubierto, dejó entrar en mí un pánico desconocido. Mi mano atrapó la suya un nanosegundo antes de estar demasiado lejos.

—Prométeme que no te filtrarás a través de ese muro y desaparecerás. Por lo que más quieras, prométemelo. No quiero que te separes de mí ni un milímetro más de lo preciso.

Ella sonrió con dulzura y sencillamente, nos besamos. Manipulé el dispositivo, tan artesano como eficaz, y atraje la atención de los guardias.

—Eh, vosotros! —grité— ¡Venid a ver esto!

—¡No molestes, maldito seas! —fue la respuesta.

—Si por mí fuera le cortarí la lengua ahora mismo —farfulló el otro. Sus amenazas no me amilanaron.

—No querréis perderos la oportunidad de contárselo al tal Lord al que tanto veneráis.

—Ve y echa un vistazo —oí en un murmullo seco.

—Levanta tú también el culo.

Picaron, claro. La curiosidad siempre mata al gato. Lancé con furia la pequeña bomba contra el suelo justo cuando los dos asomaban sus desagradables jetas por el ventanuco de la puerta, corrí hacia Stella y... todo saltó por los aires, incluidos ellos.

Antes de que la humareda de polvo y cascotes rotos se apaciguara, Stella salió de estampida. La seguí de cerca aún en shock, con la impresión de estar conteniendo la euforia como quien retiene aire encerrado en los pulmones. Nuestro reencuentro estaba por hacer, lo poco que habíamos saboreado había sido en mitad del caos, bastante teníamos con sobrevivir, salvar el pellejo y nuestra única oportunidad.

—¿Te atreves a cogerla? —la oí preguntar apuntando a una pistola con silenciador, milagrosamente intacta entre un amasijo de carne y lo que parecían un par de costillas sin romper. Era todo cuanto quedaba del guardia socarrón que nos auguró terribles torturas. Me agaché y la tomé sin pensármelo un segundo.

—A un arma como esta no se le hacen ascos —repuse limpiando la sangre con la manga.

—Busquemos otra para mí.

—¿Sabes disparar?—me asombré

—En absoluto, pero puedo apretar un gatillo.

Me la quedé mirando, borracho de admiración.

—Creo que estas rarezas tuyas fueron lo que me enamoró de ti.

—Ya —me devolvió una mirada pícaro—, y la química brutal que tenemos en la cama ¿dónde la dejas?

Solté un bufido.

—Increíble. Has conseguido calentarme a pesar de las circunstancias.

Stella voló a mi lado con una mueca de triunfo y otra pistola cubierta de mugre en la mano. Movié rápido la que tenía libre y la coló en mi entrepierna, aferrando con ganas mi erección.

—No veo el momento de poder demostrarte lo feliz que me hace estar de vuelta.

La penumbra y el no ver por dónde andábamos, agudizó el resto de nuestros sentidos. Con Stella fuertemente agarrada de la mano, lo que me contagiaba una seguridad y un empuje probablemente falso pero que funcionaba. Dos pasillos nos topamos desiertos y en el tercero, de techo angosto y luz amarilla como un mal presagio, nos cruzamos con una patrulla. Tres guardias armados hasta los dientes. Nosotros a nuestro favor, solo teníamos el factor sorpresa. Y lo aprovechamos bien.

Protegidos por la oscuridad en un recodo, antes de que los focos mortecinos revelasen nuestra presencia, compartimos un gesto cómplice y de un salto, nos plantamos delante de aquellos salvajes. Sin darles tiempo de reacción disparamos a quemarropa. Dos cayeron como fardos contra el suelo y el tercero tuvo tiempo de lanzar dos ráfagas antes de rebotar fulminado contra el muro húmedo, con un agujero en mitad de la frente.

Giré exultante a mirar a Stella, con la mano extendida para tomar la suya y salir de allí lo antes posible por la boca de un túnel de metro, tenebrosa como las fauces de una ballena. Pero la encontré doblada sobre sí misma, apoyada contra la pared, muy pálida, la mano cubriendo su abdomen.

—¡Stella!!

El terror que sentí fue tan agudo que se me nubló la vista. Horrorizado adiviné el orificio en su vientre que ella intentaba tapar a toda costa. Corrí, me arrodillé a su lado y lentamente aparté sus dedos ensangrentados de la herida de bala que había desgarrado su camiseta.

—Creo que no me aparté a tiempo —musitó con tristeza dejándose caer.

—¡Dios!

Se sujetó a mis hombros y se libró de las lágrimas que rodaban por sus mejillas, de un manotazo. Yo tiré de la tela para ver mejor el agujero. Era negro, pequeño y letal. Cruzamos una mirada desesperada pensando que aquello era el final. No podía creerlo, no podía aceptarlo, no otra vez ¡No! Aquella maldita herida... Pero en el momento en que fijé en ella mis ojos, para mi total estupefacción, dejó de sangrar.

—Tenemos que salir de aquí, tengo que llevarte a un hospital...

—Will...

Estaba aturdido, no sabía qué quería decirme, no quería mirar aquel agujero junto a su ombligo. No quería pensar en las consecuencias, en la posibilidad de quedarnos sin tiempo, no saber dónde estaba la salida... Solo la escuchaba jadear.

Entonces sucedió. La herida empezó a cerrarse sola, las capas de piel a plegarse a una velocidad inconcebible y el color regresó poco a poco a su rostro. Busqué respuestas en sus ojos enormes pero ella parecía tan sorprendida por el prodigio como yo. Los dos perplejos, con la respiración agitada y tibia.

—¿Qué está pasando? —balbuceé sin ocultar mi alegría, pese a no entender nada.

—Will... Se cura... ¿En qué me he convertido?

Mis dedos mojados de sangre acariciaron su mejilla dejando dos pequeños surcos. Sonreí, miré su abdomen completamente sano sin resto del disparo y la abracé tan fuerte como pude.

—Me da igual, tiene que darnos igual. Hace mucho que decidí no hacerme preguntas que soy incapaz de responder.

—Pero la herida... Mira, se ha cerrado...

Me mojé los labios reseco y aspiré aire para volver a la vida. No saber, no entender, dejarse cegar por lo sobrenatural. Mi amigo era un ángel, su novia también, nos rodeaban seres demoníacos venidos de un inframundo desconocido, Stella había vuelto a la vida con poderes asombrosos... ¿Qué más daban las razones? Nadie iba a poder explicármelas.

—Salgamos de aquí, nena, huyamos lo más lejos que podamos. Me niego a pensar, solo quiero ponerte a salvo.

Su mano atrapó la mía en un gesto vehemente.

—Pero es el momento de decidir.

Para mi desgracia, entendí muy bien lo que quería decir. Pero quise

escabullirme, así que repetí.

—Buscaremos una salida, podemos olvidarnos para siempre de esta pesadilla.

—¿Para siempre?

—En tanto en cuanto nos lo permitan.

Ella marcó distancias arqueando las cejas.

—O podemos aprovechar la ocasión que se nos brinda y mandar a la mayoría de ellos de vuelta al infierno de un par de bombazos.

—Stella...

—Will se lo debemos al mundo, a la gente que se está arriesgando porque este plan de locos fracase.

Hundí la mirada en el suelo. Diablos. Tenía razón. Éramos en parte responsables de llevar a cabo aquello que estuviera en nuestras manos. Martin, Nina, Amber, Dante y su gente... Todos estaban saltando al vacío sin red y yo no me tenía por un cobarde.

Si al menos pudiera aislar a Stella de todo aquello...

—Cariño, corro menos peligro que tú. —Pareció leerme el pensamiento—. Puedo interrogar al futuro y muchas veces me contesta, veo lo que necesito ver y, mira cómo reacciona mi cuerpo ante una herida mortal. Estoy más a salvo a tu lado que en ninguna otra parte del planeta.

—Pero no sabemos dónde queda la maldita sala de la Consagración —gruñí.

—Yo os llevaré hasta la misma puerta —prometió una voz femenina y muy joven a mis espaldas. Stella levantó la cara y sus ojos se iluminaron. Sin dificultad alguna, como si unos minutos antes no le hubiesen disparado, se puso en pie. La que hablaba era una cría de unos catorce o quince años, con el pelo largo y suelto, completamente blanco.

—¡Sybilla! ¿Qué haces aquí? Si te descubren... ¡¡Liam!! —La vi dar un paso atrás con el temor pintado en el rostro, pero la chica del pelo platino levantó una mano con aire tranquilizador.

—Está de nuestra parte, quiere ayudarnos.

—Sí, señorita desconfianza. Déjame que os eche una mano.

No me gustó aquel tipo al que por desgracia, conocía. Alto, rubio y bien parecido, con pinta elegante pese a las circunstancias, que repasaba a Stella como si también la conociese. Le dirigí una mirada interrogante y la vi rendirse con un bufido.

—Will, estos son el doctor Liam Hardy y Sybilla. Y los dos me han

salvado la vida.



## **Hasta muy pronto**

*Y pinto de negro tu cuerpo,  
me escondo en tu pelo. Y tu me devuelves la mirada*

***Empire (Of monsters and men)***

### **Nina**

De algún modo y pese a lo comprometido de la situación, yo no ignoraba la importancia de mi papel. Aún conservaba cierto control, poder en mis manos siendo quien era, y me empeñé en escoltar a Martin y a Anna hasta una de las salidas y verlos casi a pie de calle, a salvo, como condición inexcusable para entregarme. De camino, ganábamos tiempo, ni siquiera sabía muy bien para qué. Y es que en el fondo no las tenía todas conmigo y sí mucho miedo.

Martin, por su parte, debió olvidar a ratos que todo aquello no era más que una pantomima y la pasión le pudo. De nuevo agredió a los guardias tratando de impedir mi captura y esos seres oscuros contra los que luchábamos, que eran muchos, lo apalearon hasta que yo grité “¡¡Basta!!”, me coloqué a su lado, lo abracé como pude y le rogué en susurros que mantuviese la calma.

La distancia hasta la salida más cercana iba a hacerme eterna. Pero lo peor aún estaba por llegar.

Tras un recodo se abrieron las fauces de una antiquísima estación de metro. Tuvimos que descender a las vías y caminar un tramo totalmente a oscuras, notando el golpe de las afiladas piedras contra la suela de los zapatos. Cuando emergimos a la luz con una plataforma transitable aunque ruinosa a la vista, alguien que no esperábamos ver nos contemplaba desde lo alto.

Lord Sirius Malcom. Tan regio e imponente como de costumbre, flanqueado por cuatro vigilantes seguramente armados, observando a nuestro grupo con una expresión de extraña ansiedad en sus ojos claros. Supuse que su mirada codiciosa se centraba en mí, ya que según todos los indicios iba a convertirme en receptora del espíritu de Su Señora, solventando de una vez por todas todos sus obstáculos. Pero cuando me atreví a levantar los ojos y encararlo, no era a mí a quien miraba. Malcom clavaba unas pupilas frías y crueles en el rostro de Anna. Y sus ojos clamaban venganza.

—Prened a esa mujer. —Su voz tronó gélida en el túnel. En un principio todos pensaron que se refería a mí. Pero su dedo señalaba claramente a la pelirroja que evitaba enfrentarlo—. A esa. La receptora nos acompaña por voluntad propia ¿verdad que sí, señorita Gautier?

—Desde el momento en que mis amigos salgan de aquí sanos y salvos —repetí una vez más con firmeza. Él se limitó a asentir con indiferencia.

—En virtud de nuestro acuerdo, renuncio de buena gana al señor Forrester, pero no a ella. Vosotros —ordenó a sus escoltas—, encerradla en la celda más segura. El resto, conduzcan al compañero de la señorita Gautier hasta la calle. Sin llamar la atención de la gente, se lo suplico.

Nadie movió un dedo por Anna hasta que los guardias llegaron y empezó el forcejeo. Ella gimió bajito como pidiendo ayuda y Martin, incapaz de soportarlo, se removió dentro de su piel.

—El trato era que saliésemos todos. Los dos —reclamó buscando mi apoyo. Mantuve cerrada la boca. Francamente, el destino de Anna me importaba un cuerno.

—Lamento informarle, caballero, de que no está usted en disposición de poner condiciones.

—Pero yo sí —intervine sin demasiado convencimiento. No era para nada mi intención salvar a Anna de lo que quiera que le esperase. Si lo dije fue por Martin y solo por él.

—Señorita Gautier, va a ser usted destinataria de un altísimo honor y creo que no desconoce el poder que ello conlleva. Admito que si se niega todo habrá terminado, que es necesario contar con su aquiescencia o el ritual de Encarnación no se llevará a cabo pero sea sincera... A usted esta mujer le importa poco. Es una delincuente... y asesinó a mi hijo.

—¿Su hijo? —balbuceé.

—Rice. En mi propio castillo. En la casa donde se le dio cobijo y protección. Malagradecida indigna y miserable.

—Cierto. Rice era su hijo.

Malcom ignoró mi afirmación que por otra parte, era un poco absurda y reiterativa.

—No negaré, por tanto, mi legítimo derecho a la venganza. Separarles de esta traicionera mujer es un gran favor que les hago, créanme. ¡Adelante!

Sin disimular su impaciencia, los escoltas ya no discutieron más las órdenes. Atraparon los brazos de Anna que empezó a tomarse en serio su apresamiento y a patalear y chillar como una condenada a muerte. Como exactamente lo que era.

Martin trató de dar un paso adelante, pero lo sostuve fuerte por el antebrazo y le rogué que no interviniera.

—Vas a ponernos en peligro a todos. Ella se lo ha buscado.

En menos de diez segundos, los guardias y su trofeo de pelo rojo habían desaparecido por un pasillo lateral. Malcom aún se entretuvo un instante en observarme.

—Mi gente la escoltará hasta el aeropuerto, señorita Gautier. Nos vemos allí, no se retrase.

Un nudo me atravesó la garganta. El aeropuerto, abandonar Inglaterra sin la protección de los míos, a merced de aquella gente. Manhattan, el séptimo puente, Hellgate, las puertas del infierno, la llegada de Lucifer, la Encarnación...

Tenía que salir bien nuestro plan, tenía que funcionar o estaría perdida para toda la eternidad.





## **Decisiones difíciles**

*No quiero, pero no puedo poner a otro por encima de ti.*

*Te odio, te quiero, odio tener ganas de ti.*

***Hate you, love you (Olivia O'Brien)***

### **Martin**

En el sombrío callejón y sin poder dominar el nerviosismo que me provocaba dejar a Nina en poder de los oscuros, por más que Amber asegurara que todo estaba bajo control, envié un tembloroso mensaje al móvil de Will dándole exacto detalle de dónde me encontraba, rogando porque en algún momento mi amigo lo leyese. Antes de rematarlo siquiera, la inspectora de policía apareció a reunirse conmigo. Parecía satisfecha.

Yo no. en absoluto.

—Primera parte del plan cumplimentada conforme a lo previsto.

—Con la sola excepción de la baja de Anna —completé con retintín—.

Malcom se la queda para vengar el asesinato de su hijo.

Amber me miró de reojo un segundo antes de ponerse las gafas de sol. Alrededor todo parecía tan normal... Costaba creer que solo bajando unos

cientos de escalones existiera otro mundo tan distinto, plagado de secretos y maldad.

—¿En serio esa mosquita muerta se cargó a Rice Wind? El tipo era toda una leyenda.

—Me temo que lo pilló... distraído. —Me asaltó una ráfaga de imágenes sórdidas en las que veía a Rice sobre Nina, tratando de poseerla por la fuerza. Tuve que aplacar mi furia haciéndolas a un lado.

—En cualquier caso —prosiguió la inspectora ajena a mis mortificaciones—, vaya con doña cajita de Pandora. Es temprano. ¿Un té caliente?

La miré como si acabase de insultar a mi madre.

—¿Qué dice? ¿Té? ¡Tienen a Nina!

La irlandesa no perdió un ápice de su calma.

—Lo sé, es lo que acordamos. Y no osarán tocarle un pelo, se lo certifico. Anticipándome a lo que pedirá, señor Forrester, no vamos a ir a ese aeropuerto.

—¿Cómo que no?

Me hizo una indicación para que caminásemos con toda la naturalidad posible. Mantenernos allí estáticos justo a la entrada de los túneles, podía acabar llamando la atención de alguien indeseado. Enseguida nos mezclamos con el bullicio de la calle, cuyas conversaciones me rebotaban como ecos sordos en los oídos.

—Escuche, no haríamos más que estorbar y poner en peligro el plan si nos vieran. Allí tenemos gente de sobra que los detendrá mucho antes del despegue. Deje de preocuparse por un momento. Algo caliente nos vendrá bien, esos túneles te calan hasta el hueso.

—¿Y Will?

Su mirada se empañó emocionada por un instante.

—Si es cierto que escapó, sabemos que sigue vivo. Y hay algo más. —Enmudeció de repente, mirando al infinito con ojos vidriosos. Luego se frotó las manos y se las calentó con el aliento, como si a medias se recuperara—. Por lo visto va acompañado.

Arqueeé las cejas. Más acertijos no, por favor.

—Stella. Corre el rumor de que la pareja de enamorados se reencontró ahí abajo.

Quiso ser cínica pero su voz estaba rota de tristeza. Una sola frase y supe que Amber, de verdad, se había hecho en tan poco tiempo ilusiones con

mi amigo y que sus sentimientos eran sinceros. Tenía el corazón herido y no había absolutamente nada que yo pudiera hacer por ayudarla.

—No termino de creer que ese regreso sea posible. Ella...

—Ella es la misma que se fue, señor Forrester. Aunque usted la viera morir.

De repente había muchas cosas que yo quería desvelar. Y Amber tenía la clave de algunas de ellas.

—Llámame Martin, por favor. Y sí, tomémonos ese respiro y ese té.

Diez minutos más tarde, el entorno había cambiado como si los horrores que se ocultaban bajo los adoquines de las calles no existieran.

—En serio, ojalá pudiera decir que no lo es, que es una suerte de ente extraño no humano que se desvanecerá como el humo en cuestión de una semana, pero no. Mi madre fue una obsesiva estudiosa de los no muertos. Ella a veces veía el futuro y predijo a través de un sueño su propia muerte, a manos de un Caudillo de la Orden que se encaprichó tanto de ella como odio le tenía a mi padre. Poseerla era el desafío perfecto. Así que el tiempo que le quedaba hasta que su destino se cumpliera, lo empleó en estudiar el modo como volver junto a su marido tras la muerte. No lo logró. Dicen las crónicas antiguas que la resurrección debe producirse en un intervalo no superior a tres meses desde la marcha. Pobre papá. Creo que aún la espera. Cada mañana de cada día, se pregunta qué debió fallar...

—¿Todos los que... se marchan de muerte violenta... regresan?

—No, desde luego que no. Se necesita un acúmulo extraordinario de energía para conseguirlo, para restaurar todas las funciones de este cuerpo humano que por supuesto, vuelve reforzado. Creo que en el caso de Stella, el poder de los salmos de Consagración fueron decisivos.

Bajé los ojos hasta mi taza. Me encontraba visiblemente inquieto por lo que estuviese ocurriendo camino del aeropuerto y al mismo tiempo, sereno en compañía de aquella chica.

—Lo siento.

Ella sonrió a medias pero sin acritud. Qué bien me había entendido.

—No, no lo sientes. Te alegras y mucho. Stella era tu amiga y Will tu casi hermano. Quieres verlo feliz.

—Digo que lo siento por vosotros. Pudo ser algo bonito que mi amigo

necesitaba para sobrevivir...

Ella suspiró.

—Tú lo has dicho, pudo ser. Pero no todos los deseos se cumplen. Está claro que este desde el principio estaba fuera de mi alcance. —Se puso bruscamente en pie— ¿Volvemos? ¿Un chupito de whisky escocés antes de volver a las tumbas?

La imité abandonando mi asiento, apurando lo que quedaba en la taza ya de pie y en un solo trago.

—La gente de mi padre está rastreando los pasillos alrededor de la zona de las celdas. Will y Stella deben andar escondidos por allí en espera de una oportunidad para escapar. Tengo el localizador de su móvil activado pero falla la cobertura; es cuestión de tiempo.

Asentí y pensé en lo sencillo que era ocultarse en aquel laberinto infinito de sombras, que parecía construido en homenaje a un diseño diabólico.

—Escondidas tras un ladrillo en una pared, tengo unas túnicas con capucha con las que debemos cubrirnos. Nos ayudarán a pasar desapercibidos.

—Estoy en tus manos, Amber. Te sigo hasta donde decidas.

—De la tal Anna nos olvidamos ¿entendido?

Recordé el acerado brillo de la muerte en las pupilas de Malcom. Su promesa de sufrimiento y *vendetta*. Imaginé los mil horrores que la haría pasar antes de arrancarle la vida y sufrí un escalofrío.

—Te veo indeciso, Martin. Es un mal bicho, jamás podrás darle la espalda y estar tranquilo. Se la tiene jurada a Nina y no parará hasta matarla. Elige a una u otra ahora, porque de lo contrario, el tiempo se encargará de ponerte en la tesitura.

—Era una buena chica —comenté con añoranza. Ella se encogió de hombros.

—Cosa que no dudo, pero dejó de serlo. Mejor ella que tu novia ¿no te parece?

—Tampoco podemos abandonarla a su suerte ahí abajo.

Amber se sacudió las palmas de las manos con un ademán resuelto.

—Primero, encontremos a Will y Stella. El resto lo decidiremos luego, cuando todos estemos a salvo.

Pero ese primer paso que nos llevaría de vuelta a las catacumbas... nunca llegamos a darlo.



## **Fiesta en el infierno**

*Y tú me devuelves la mirada*

*Como si yo no estuviese ahí.*

***Empire (Of monsters and men)***

### **Will**

Miré las puertas y no podía creerlo. La sala de la Consagración, la jodida sala de la Consagración donde habían tenido encerrada a Stella tratando de convertirla en un ser abominable, era un búnker abandonado de la segunda guerra mundial, que seguramente algunos turistas incautos visitarían, previas autorizaciones y permisos que esta gente controlaría, una vez al mes. Para ahuyentar toda sospecha de actividades misteriosas en el subsuelo de la urbe y darle apariencia de normalidad.

Nos mantuvimos bien ocultos en los pasillos más estrechos y peor iluminados, aprovechando la penumbra, en vueltos por la humedad y el olor a gruta, examinando cada metro cuadrado, conscientes de que tendríamos una y no más oportunidades. Nos comunicábamos por gestos y la necesidad y el miedo hacían el resto. La chiquilla de pelo blanco señaló de nuevo las

entradas indicando que había dos diferentes. Asentimos. Desde fuera se oía el rumor monótono de los rezos.

—Estarán ahí invocando la Encarnación hasta que se cumpla la hora de lo que debe ocurrir en el séptimo puente —aclaró Liam en un cuchicheo.

—Estás muy bien informado para no formar parte de la pandilla —rezongué con ironía. Para mi disgusto, Stella se apresuró a salir en su defensa.

—Es el hijo de Lord Malcom. El “*otro*” hijo —remarcó—. Hermano de Rice Wind.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Cómo lo sabes?

—Fue una de las primeras personas a las que seguí al llegar a Londres. Vi que el médico se desconcentraba un segundo para repasar me ceñudo.

—¿Me seguiste?

—Para localizar a Stella, tenía que tirar del único hilo del que disponía —expliqué a modo de disculpa.

—Entonces sabrás que estoy limpio. —Volvió los ojos en dirección a la sala.

En lugar de responderle algo educado, marqué una dilatada pausa.

—Si volamos los túneles caerán muchos que no son enemigos. La gente de Amber...

—Si te refieres a la resistencia, no hay mucho de qué preocuparse, la mayoría están en Manhattan tratando de abortar la Encarnación.

Arqueé escéptico las cejas. Lo sé, no era momento para tantos recelos pero eran demasiados como para dominarlos sin más.

—¿También sabes de ellos?

—Y de sus planes. Que me mantenga al margen no me convierte en imbécil del todo.

Yo ya había sacado las bolas explosivas, todas las que me quedaban y que llevaba desde que entramos, repartidas por la ropa. Aún me preguntaba si hacía bien entregándole a aquel tipo atractivo y casi desconocido la mitad de ellas, por mucho que su rutina bajo mi vigilancia hubiese sido inocente e insípida y, que Stella asegurara que le había salvado la vida. La experiencia y una docena de cosas increíbles que la vida me había forzado a padecer, me empujaban a desconfiar de todo lo que no fuese yo mismo. Miré los explosivos, más parecidos a inocentes pelotas de tenis que a bombas y luego busqué los ojos de Stella.

—Nena, consulta tus oráculos ¿saldrá bien?

Ella sonrió por toda respuesta. Mi natural optimista de los últimos tiempos, una actitud motivada sin duda por el regreso de Stella que me tenía muy sorprendido, lo tomó como un sí.

—Una vez las arrojemos, apenas tendremos tiempo para huir, unos cinco o seis segundos, así que debemos tener muy claro hacia dónde nos dirigimos.

—Por aquel corredor, todo recto y a la izquierda... —comenzó Sybilla. Stella la secundó.

—Encontraremos las escaleras mecánicas de otra estación de metro abandonada. Hay que subirlas, lo recuerdo muy bien, es el camino que hice cuando escapé de esta sala.

La albina asintió con una dulce sonrisa.

—Creo que las chicas deberían alejarse lo más posible y nosotros encargarnos de esto. Tres cada uno —sugirió Liam. Fruncí el ceño.

—¿Puedo fiarme de ti?

—¿Sabes? Es muy desagradable estar jugándote la vida por alguien y continuar en la picota.

Hosco y malhumorado, decidí aprovechar su fastidio por si de paso descubría algo.

—No lo hagas, de hecho no sé por qué te arriesgas, al fin y al cabo esta es tu gente y nosotros solo un par de extraños.

—Mi motivación no sois tanto vosotros, y disculpa, Stella, como la causa. Si esta es la única forma de construir un futuro en paz... —extendió una mano reclamando los explosivos—, sea.

—¿Aunque el medio suponga sacrificar a tu padre, sus ideales y su gente?

Liam vació con pesadez sus pulmones. Tuve la sensación de que empezaba a perder la paciencia.

—Se lo confesé a Stella en su momento y tampoco me creyó. Hace años que dejé de ser hijo de Sirius Malcom. Pero eres libre de pensar lo que te dé la gana.

Tuve un segundo más de titubeo tras el cual me rendí y se los entregué.

—Cúbrenos con la pistola desde la entrada del corredor —indicé a Stella— y cuando hagamos rodar las dos últimas bolas, corred sin mirar atrás. ¿Listo, doctor Hardy? Dos contra las puertas y el resto protegiendo nuestra huida. Estos son los más potentes. A la de tres, fiesta en el infierno. —Clavé

con odio los ojos en la puerta reforzada—. Chicos, a divertirse.

Así lo hicimos. Paso a paso conforme lo planeamos. Y dos minutos después de ponerlo en marcha, la sala de la Consagración y gran parte de los túneles del subsuelo de Londres, volaban en pedazos. Se desplomaron varios techos, se extendieron los gases tóxicos acumulados allí durante tantos años, se interrumpieron los cánticos. Por toda la eternidad. Nosotros corríamos delante de la destrucción y las llamas, como si nos persiguiera el mismísimo diablo.

Nunca mejor dicho.

—En diez minutos esto será un avispero de policía, bomberos y puede que hasta el ejército —deduje en cuanto nos detuvimos a tomar aliento—. Larguémonos cuanto antes.





## **Traición**

*Te echo de menos cuando no puedo dormir,  
o después del café. O cuando no puedo comer.*

***Hate you, love you (Olivia O'Brien)***

## **Amber**

Cuando eres jefe de equipo, máxime en los cuerpos policiales, te acostumbras a asumir responsabilidades y a dar la cara cuando las cosas no salen como estaban previstas. A todo eso me enfrentaba ya con cierta soltura. Pero a dar las malas noticias que implica asumir que todo se ha torcido con consecuencias... a eso aún me costaba aclimatarme.

Claro que en aquel momento, aún ignoraba todo a lo que tendría que enfrentarme.

Mi móvil arrancó a vibrar dentro de mi bolsillo justo cuando Martin y yo nos disponíamos a adentrarnos por enésima vez en los malditos pasadizos. Maldije entre dientes la interrupción que me obligaba a posponer la entrada, aunque en mi interior se libraba una guerra de deseos encontrados, entre mi ansia por ver de nuevo a Will y comprobar que se encontraba bien, y la

reticencia a encontrarlo enamorado y de la mano de su chica revivida. A Stella no tenía ninguna necesidad de verla. Iba a ser imposible evitarlo, pero me escocía tanto aún sin ocurrir...

Revisé la pantalla para comprobar que la llamada procedía del oficial encargado de la misión aeroportuaria.

—Un segundo, Martin. Llaman desde el aeropuerto.

—Espero que no hayan surgido dificultades.

—En absoluto, estate tranquilo. Ya estoy acostumbrada a estos oficialillos de tres al cuarto a los que les cuesta un mundo tomar decisiones. Para no asumir las responsabilidades por las que luego les pagan, me consultan cada paso. Para poder decir que fue mi culpa si luego la cagan. ¿¡Dígame...!?

No alcancé a decir nada más. Un súbito estallido, una fortísima explosión que enseguida se encadenó con otras más y, cuya onda expansiva ascendió hasta las aceras desde las entrañas de la tierra. La portezuela por la que horas antes habíamos salido saltó por los aires hecha pedazos y la potencia del estampido me arrancó el móvil de las manos y me empujó contra el suelo.

Me quedé momentáneamente sorda. Confusa. Sin respiración.

En cuanto me fue posible busqué a Forrester con la mirada. El hombre ya venía malherido, fruto de los innumerables desencuentros con los guardias de los túneles, pero se había puesto en pie y corría angustiado a interesarse por mí. Me incorporé y lo tranquilicé cuanto pude. Todo lo que de malo podía notar en mi cuerpo, era un fino reguero de sangre caliente resbalando por la mejilla desde mi ceja.

—¿Qué demonios ha ocurrido...?

—Ha sido ahí dentro. Varias detonaciones.

—¿Crees que haya podido ser Will?

—Podría pero ¿quién nos asegura que nadie más tenga explosivos?

—Material explosivo no, pero razones... Dudo que cualquiera de los que usan el laberinto como madriguera quiera volarlo con todo y todos dentro.

Mi rostro debió quedarse de súbito sin color.

—¡La gente de mi padre!

Avancé un paso, pero Martin aferró mi brazo e impidió que cometiera una tontería.

—Amber, ni se te ocurra entrar. Puede haber derrumbamientos, estos

pasadizos son muy antiguos, no sabemos si la estructura ha podido resultar dañada...

—¿Y si no ha sido Will? ¿Y si están todavía ahí adentro, atrapados... o heridos?

Di un par de vueltas sobre mí misma, desesperada, como un gato que quiere atraparse la cola. Opciones no había muchas.

—Le envié mensajes al móvil y aunque de momento no los ha leído, tampoco parece que el aparato se haya destruido... —aventuró Martin con más intención que suerte. No alcanzó a tranquilizarme.

—Yo... —traté de decir. Pero me fue imposible. Una aguda punzada de dolor me atravesó la frente y me hizo tambalearme. Forrester y sus fuertes brazos evitaron que me estampara contra el suelo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, solo aturdida. Soy sensible a las explosiones... supongo.

—Ha sido fuerte. Mejor te llevo a un hospital y que te revisen.

—No creo que haga falta...

—Inspectora, por favor, como tú misma aseguras, de nada nos sirve quedarnos por el camino. Avisa a los bomberos y a la policía, mientras nosotros vamos a que te echen un vistazo

Me acometió una repentina náusea que me obligó a apoyarme contra la pared. Tenía la frente cubierta por una fina capa de sudor frío mezclado con la sangre y la visión nublada.

—Pero es que Will...

—¿Crees que yo estoy tranquilo? Por Will, por Nina, por Stella... No sabemos si están bien pero que sufras rotura de tímpanos o cualquier otra lesión interna y no te atiendan, no los pondrá a salvo.

Me mordí el labio inferior. Sí pero no. Maldición.

—De acuerdo, que me examinen. Algo rápido, por favor, no les permitas entretenerse y déjame hablar a mí...

Volví a marearme y Martin a sujetarme, con una mueca casi divertida en el rostro con la que ponía en duda mis capacidades.

—A la orden, inspectora. Lo que usted diga.

—Menos bromas y busca mi móvil, debe de estar por ahí, en alguna parte.

Dos horas y media más tarde todavía estaba de mano en mano, respondiendo a las mismas preguntas rutinarias, libre de mareos y pitidos, oyendo perfectamente. Lo que fuera que me hubiera afectado a resultas de la detonación, había vuelto a los niveles normales y yo solo pensaba en marcharme a toda prisa. Cuando por fin me liberaron y me encontré con Martin en la sala de espera del hospital, tuve la sensación de que por aquel hombre guapísimo habían pasado treinta años.

Se puso en pie de un salto en cuanto me vio y vino en mi busca.

—¿Todo en orden?

—Ya te dije que no hacía falta venir a que los médicos jugasen conmigo. Sí, disculpa, todo normal.

—¿Se acabó el mareo?

—Del todo. ¿Noticias de Will?

—Ninguna, pero tu móvil no ha parado de sonar. No he atendido la llamada porque era de un tal subinspector Gonell y no creí oportuno inmiscuirme en asuntos que tienen pinta de ser oficiales.

Recordé que Gonell ya había intentado contactar conmigo en el momento en que todo voló por los aires y que era el supervisor de la “operación aeropuerto”. Un mal presentimiento me apretó el estómago en un brutal pellizco. No iban a ser buenas noticias, no, lo estaba viendo. Sonreí nerviosa, me hice con el móvil y me retiré a una distancia prudente, donde conversar se convirtiera en algo mucho más discreto.

Repetí la llamada y Gonell atendió al segundo tono.

—¡Inspectora! —me abordó con angustia. La pinza en la boca de mi estómago se apretó un poco más.

—Dígame, Gonell. Hemos tenido algunos inconvenientes...

—Lamento ser portador de malas noticias, señora.

Tragué las frases que fue desgranando como quien mastica cristales y cuando colgué, el nudo en la garganta no me permitía respirar. Me tomé mi tiempo antes de girar sobre mis talones y encarar a Martin Forrester que observaba sin idea de lo que se nos venía encima.

—¿Saben ya qué causó las explosiones en los túneles?

—No han llamado por eso. Gonell vigila el dispositivo en el aeropuerto. Noté literalmente cómo se tensaba.

—¡Nina!

—Martin... Nos han traicionado. Alguien en las altas esferas se ha encargado de reventar la telaraña de contactos que habíamos tejido.

—¿Y...? —me presionó blanco como la cal.

—El avión ha despegado.

Por un instante pensé que se desplomaría.

—¿Cómo que el avión...? Joder... Joder...

—Lo siento...

—Dijiste que no pasaría, que estaba a salvo... ¡que ni siquiera abandonaría suelo británico! —terminó chillando. No quedo un alma en la sala de espera que no se volviera a mirarnos. Traté de calmarlo y llevármelo de allí pero se zafó de mi brazo con un manotazo— ¡Dijiste que se trataba de un plan seguro!

—Y lo era

—¡Y una mierda! Ya lo estás viendo.

—No contábamos con un contraataque semejante; todo estaba bien atado, de verdad, te juro que lo siento.

—Me pregunto de qué nos vale sentirlo.

—Te entiendo, Martin...

—¡No! No me entiendes. Estuve desde el principio en contra de esto, me parecía un suicidio pero transigí porque aseguraste que no cabrían cabos sueltos.

—Y porque Nina ya había decidido hacerlo —le recordé en un vergonzoso golpe bajo. Vi apretarse su mandíbula y palpitar el músculo de la impaciencia—. No llegarán, Martin, les han retrasado demasiado tiempo, es imposible que lleguen a tiempo para la apertura del portal... ¿A dónde vas?

Se volvió a metro y medio de distancia. Sus ojos brillaban de fiebre.

—¿A dónde crees? A montarme en el primer puto avión rumbo a América que quieran alquilarme.

—¡Martin!

Lo vi alejarse a grandes zancadas y me sentí impotente, ridícula y muy culpable. Solo acerté a mascullar:

“Joder”.



## **Aurora Boreal**

Mientras nuestros cuerpos se quedan inmóviles

Damos la bienvenida al miedo.

*Empire (Of monsters and men)*

## **Will**

Nuestra carrera buscando la salida más cercana con Sybilla en cabeza, fue frenética, delirante. Una contrarreloj a través de los pasadizos más estrechos, peor iluminados, tratando de ganarle a la ola de fuego, destrucción y explosiones secundarias que derivaron de nuestro primer ataque. La acumulación de todos los explosivos detonando al unísono generó una reacción en cadena de consecuencias mucho más graves de lo que en un principio supuse. También cabía la posibilidad de que los miembros de la resistencia presentes, hubiesen aprovechado la distracción para provocar aún más explosiones e incendios.

Escogimos, siempre que fue posible, las vías más angostas donde en caso de enfrentamiento, el enemigo no pudiera rodearnos, ni ser cuantioso y, se viese obligado a avanzar en hilera. Solo en una ocasión tuvimos que

recular y ampararnos en la oscuridad para permitir el paso de una patrulla que sin duda acudía a la llamada de socorro de sus compañeros cercados por los desplomes y el fuego. Sus rostros desencajados, sus armas listas y la velocidad de sus pies, nos dieron la clave. Nos rebasaron sin percatarse siquiera de nuestra presencia y nada más desaparecer de nuestro campo de visión, escuchamos otro par de explosiones. Era probable que les hubiese alcanzado. Otros dos de vuelta a su particular Paraíso oscuro.

Cada paso que obligábamos a dar a nuestros agotados pies, nos acercaba a la libertad. A la salvación. Y finalmente, con la chiquilla en vanguardia, empujando con las dos manos una vieja puerta, una bocanada de aire fresco y el bullicio normal de una calle, algo lejano, eso sí, saltaron a saludarnos. Estuvimos a punto de gritar y saltar de alegría como auténticos insensatos.

En lugar de eso, cruzamos una red de rápidas miradas, apreté el lazo de mis dedos alrededor de los de Stella, aceleramos la marcha y nos alejamos de la zona a toda prisa. Fue al cabo de cinco minutos de caminata sin mirar atrás y sin detenernos, ni pensarlo siquiera, que vibró mi móvil en el bolsillo del pantalón.

Ahí frenamos todos y parecimos volver a la tierra desde algún lejano limbo psicológico, en el que nos encontrábamos encarcelados. Hubo una especie de suspiro de alivio general mientras yo activaba la contestación a la llamada de Montgomery y una larga colección de mensajes iban abriéndose paso y acumulándose en la pantalla de mi móvil.

—Adelante, capitán.

—Jefe, cuando se lo cuente no va a creerlo.

Estuve a punto de soltar una carcajada histérica.

—Pruebe, pruebe. Le sorprendería lo abierta que a estas alturas puedo tener la mente.

—Ha sido... ¡Ha sido como una Aurora Boreal en mitad del puente, jefe! ¡Caramba, aún me cuesta creerlo! ¡Todavía me tiemblan las piernas! ¡Como una película de acción bélica pero aquí mismo, en primera persona! Yo, yo... los soldados... ¡Ha sido la leche!

Permití que se desahogara y dejase salir aquella tromba de frases atropelladas sin respirar siquiera. No tenía la menor idea de a qué se refería pero su excitación trajo de golpe una miriada de datos desordenados a mi

mente que ató cabos en cuestión de segundos.

El día. La hora. Manhattan. El séptimo puente. La llegada de Lucifer. La Encarnación.

Yo no había llegado a hablar con mi gente en Manhattan, mucho menos a preparar al ejército. La ola de acontecimientos me había arrollado y el encuentro con Stella lo había borrado todo de mi cerebro. ¿Qué demonios había pasado con las hordas demoníacas si su receptora se encontraba a mi lado? Empecé a temblar sin poder controlarme.

—Montgomery...

—Ha sido una batalla campal, una carnicería. Hasta ha habido momentos que...

Tragué saliva con mucha dificultad.

—De los nuestros... ¿han caído muchos?

—¿Bromea? Jefe, esta gente venía casi desarmada mientras que nosotros... Hasta los dientes, con tanques y cañones bazuca. Todavía no me creo que los altos mandos militares se tomaran en serio lo de la amenaza terrorista...

*¿Pero qué amenaza terrorista?*

—Claro que la historia de una americana secuestrada en el aeropuerto de Londres, sacada a la fuerza del país, las reclamaciones por vía diplomática... han ayudado bastante —prosiguió el capitán ajeno a mi desconcierto—. Los demás están casi todos muertos. Lo que le digo, una auténtica masacre. Pudo ser mucho peor, imagine, si no llega a ser porque Scotland Yard nos advirtió a tiempo de que aislásemos cuanto antes un perímetro de seguridad y evacuásemos la zona...

La franja rebelde, la gente de Dante se había movido y lo había hecho muy bien, logrando movilizar al ejército americano bajo amenaza de atentado internacional. Pero nuestros soldados habían barrido, sin preguntar, con balas y metralla, a un grupo de gente desarmada. Por un instante me sentí infame, dolorosamente culpable por la matanza. Pero luego recordé quiénes eran y lo que pretendían. Si la Encarnación hubiese tenido lugar, ellos habrían arrasado con todo ser humano respirando en cincuenta kilómetros a la redonda. Bien muertos estaban. Solo podía callar, permitir que Montgomery siguiera desgranando información que yo desconocía y concentrarme en no dejar de respirar. Era evidente que muchas cosas importantes se habían precipitado mientras yo, a causa de mi reencuentro con Stella, saltaba a otra dimensión paralela y me desconectaba de la realidad terrenal, enterrado allá en los



túneles.

—¿Y a qué se refiere con eso de la Aurora Boreal? —Dejé caer. Las pupilas dilatadas de todos mis compañeros me devoraban con impaciencia. Les hice un gesto de calma con la mano libre—. Deme más detalles.

—A la hora justa que nos habían indicado, en el centro del puente, señor. Una luz fortísima, sobrenatural, de color rojizo. No sabíamos de dónde procedía. Nos cogió a todos desprevenidos, ya teníamos rodeados a los presuntos terroristas y estábamos procediendo a algunas detenciones, con discreción, ya sabe... pero aquel géiser luminoso nos dejó a todos paralizados.

Se me secó la garganta. Se me detuvo el corazón. ¿Podía ser que después de todo Lucifer nos hubiese ganado la partida? Contuve el aliento mientras animaba al excitado Montgomery a reanudar su relato. Antes de proseguir, el capitán pidió a gritos una botella de agua con la que remojar su gaznate.

—A estas horas seguimos sin saber el origen del fenómeno. Todo fue grabado y enviado al Pentágono, nos temíamos que fuese algún tipo desconocido de explosivo o de arma química y que en mitad de toda aquella belleza, el puente y los alrededores saltaran por los aires, pero no...

—¿Qué pasó?

—Del centro de aquella... de aquella hoguera luminosa brotó una columna de luz blanca, muy potente, jefe, durante unos segundos nos dejó ciegos a todos. Los detenidos cayeron de rodillas al suelo, empezaron a rezar y a levantar los brazos, igual que fanáticos religiosos. Eso dio credibilidad a la amenaza terrorista pero nadie llegó a reaccionar ¿puede creerlo? ¡Nadie! Todos petrificados, el ejército y los extranjeros. Creo que hasta los minutos dejaron de correr.

Respeté el silencio abierto por Montgomery sin romperlo. El capitán de la metropolitana de Nueva York, con su carga de años de experiencia a la espalda, no estaba desde luego preparado para todo aquello. Como yo mismo un par de días antes. Pasado un rato me atreví a preguntar.

—¿Y cómo terminó...?

—Mire, durante el fenómeno, las luces giraban sobre sí mismas como tornados... Los terroristas parecieron enloquecer. Los jefes militares temieron que a partir de ahí se desencadenase el caos absoluto, que aparecieran más de ellos con las armas presuntamente escondidas... Nada tenía sentido, jefe, no podía ser que se concentrasen allí queriendo algo, con

las manos desnudas. Pero en cuestión de minutos... aquella luminaria increíble se esfumó como por arte de magia y ellos... Bueno, fue como si les arrancasen el alma. Literal, jefe, literal. Aquellos rostros desencajados... fue como si aguardasen algo que finalmente no llegó. Siguieron llegando más de ellos pero cayeron todos. Cuando atacamos apenas opusieron resistencia.

Estaba tan sobrecogido por el contenido del relato que la señal que emitió mi móvil me hizo saltar. Era Amber. ¡Dios! ¡Me había olvidado de ella! De Martin, de Nina, de Anna...

—Me alegro de que todo haya acabado bien, Montgomery —murmuré —, no corra ningún riesgo, haga el favor. Le llamaré en cuanto me sea posible.

—Debería haberlo visto, jefe, no tuvo nada que ver con lo que torpemente le he contado...

—Me hago una idea, capitán.

—No, jefe, le aseguro que no se la hace.

—Por aquí también hemos tenido... digamos que fuegos artificiales. — El aparato volvió a pitar—. Me requieren, le llamo en treinta minutos máximo.

Manipulé el teclado y volví a pegar el móvil a mi oreja mientras Stella, Liam y la joven Sybilla me reprochaban mi silencio con ojos ardientes.

—Adelante, inspectora.

—¿Estáis a salvo?

—En la calle y enteros. ¿Vosotros?

—Hay mucho de que hablar, pero sí. Te envió una ubicación. Allí en diez minutos.

En lugar de responder, estiré el brazo y lo pasé por encima de los hombros de Stella. Tiré de ella y le besé la sien. Ese perfume de su piel, tan único, tan absolutamente único y enloquecedor...

Me moría de ganas de quedarme a solas con ella, ponerle las manos encima y no quitárselas en mes y medio.

Paciencia, suspiré.



## **En carne viva**

*Encontré un amor  
para llevar algo más que mis secretos.*

*Para llevar amor, para llevar  
a nuestros hijos.*

***Perfect (Ed Sheeran)***

**Nina**

**3 horas antes...**

Íbamos a toda velocidad cruzando Londres dentro de una limusina de cristales tintados. Algo en los planes había variado. Me ataron las manos y en

el agua que me obligaron a beber habría disuelto algún narcótico porque no era totalmente dueña de mis actos, los párpados me pesaban y lo que sucedía a mi alrededor lo percibía como a cámara lenta. Era una espectadora que incapaz de intervenir.

El que deduje por su nombre, Dante, que era el padre de Amber, rompió el silencio con un susurro. Que estuviese presente y que perteneciera a la resistencia, contribuyó a hacerme sentir ridículamente segura. Por un minuto, claro. Hasta darme cuenta de que él y yo solo éramos dos.

—Milord, disculpe que le pregunte pero ¿por qué no hemos subido a ese avión?

El aristócrata habló sin desviar la mirada de la ventanilla cerrada y de las calles que dominaba a través del cristal. Parecía meditabundo y ausente.

—Porque no somos parte del señuelo que va camino de Nueva York. Nosotros, este pequeño grupo que pasará fácilmente desapercibido, somos los únicos que presenciaremos el verdadero momento sagrado de la Encarnación.

Al replicar, la voz de Dante sonó estrangulada, llena de angustia, aunque quizá solo yo llegué a captar el inquietante matiz.

—Pero el portal va a abrirse en Manhattan, Milord, en Hellgate...

Sirus Malcom giró con brusquedad la cara y miró a Dante directa y fríamente a los ojos.

—Eso es lo que quisimos que creyeran todos. La leyenda del séptimo puente por tantos siglos alimentada ¿verdad? Pero el núcleo siempre ha estado aquí, en Londres, en la ciudad elegida. —Se llevó la cuidada mano al mentón para acariciarlo con parsimonia. Sus ojos se entornaron y un escalofrío indefinible me recorrió la espalda—. Una lástima, es probable que los que lleguen a América no regresen nunca. Al menos vivos.

—¿Está diciendo que los ha enviado a una trampa?

—Una trampa, una emboscada, lo que quiera que les tengan preparado los americanos, esos amantes del ruido y la fama ¿qué se le va a hacer? Las grandes metas requieren grandes sacrificios, Dante.

Dante jadeó abrumado. Su evidente dolor contrastaba con la gélida tolerancia del inglés, que devolvió la atención a la ventanilla y al exterior del vehículo. Puse toda mi voluntad en no moverme un milímetro.

—Son nuestros fieles, señor, enviarlos a una muerte segura...

—Bah, una muerte con honores. Siempre ha habido mártires, siempre, a lo largo de la historia. Enfócalo así, es mucho más alentador. Incluso Mattisa ha acudido a la llamada del deber; sin saberlo, claro. Y gracias a ello y a lo

que probablemente ocurra, también nos libraremos de muchos de los rebeldes.

El padre de Amber cruzó conmigo una rápida mirada de desasosiego. Estábamos atrapados en un cambio de planes con el que no contábamos. E íbamos a necesitar de toda nuestra astucia para salir adelante.

Nadie despegó los labios en el rato siguiente. La limusina se detuvo delante de una apabullante mansión. Era ya casi noche cerrada, con un cielo cruelmente oscuro. Resulta que de nada sirvieron las maniobras de retraso en el aeropuerto, no íbamos a llegar tarde a la apertura del portal. Llegarían los desgraciados mártires de Nueva York, pero no nosotros. Bajamos de los coches y nos reagrupamos. Dos vehículos escolta sumaban diez hombres más nosotros tres. Y toda nuestra incertidumbre. Podía ser que los cálculos hubieran fallado, que no pudiésemos impedir que Lucifer se hiciera con mi cuerpo, que su estancia y reinado en nuestra realidad se convirtiera en permanente con ayuda de mi absurda colaboración. La avanzadilla que supuestamente debía rescatarme, se encontraba más allá del Atlántico a punto de perecer tratando de defender una causa noble.

¿Estaba sola? Eso me temía, sola y perdida. Nuestro elaborado programa se había ido al garete y ahora, tanto el cabeza de la resistencia como yo, nos hallábamos a merced del más diabólico de los dirigentes de la Orden.

Lord Malcom miró a un lado y otro de la calle. Sus ademanes distinguidos no solo llamaban la atención, infundían respeto. Uno de sus hombres, uniformado como un vulgar guardia de seguridad, le tendió un paraguas para guarecerse de la fina lluvia. Lo usó para algo más que para eso: aprovechó para pegarse a mí, rodear mi cintura con su brazo y fingiendo ser caballeroso y protegerme, se encargó de dirigir mis movimientos. Muy cerca, adosado a nuestros talones, Dante seguía el repiqueteo de nuestros pasos. Yo levanté las manos esposadas y con un gesto brusco, se las puse al Lord delante de la cara.

—Le dije que vendría voluntariamente ¿a qué viene esto?

—Si no era por voluntad propia, no era —respondió esquivando mi reclama.

—Insisto. ¿Era necesario drogarme y maniatarme?

—Bueno, señorita Gautier, imagino que no verá inconveniente en que tomemos ciertas precauciones. Precisamente ahora, en uno de sus bolsillos, hemos encontrado esto. —Me mostró mi móvil convenientemente

desconectado. Apreté los dientes—. Muy mal la intentona, querida. Con franqueza, lo que no era en absoluto necesario, era intentar ser localizada a través de la tecnología moderna.

Lo arrojó con saña contra el suelo y a una señal suya, el pie de uno de sus matones redujo el aparato a migas metálicas. Con él murió mi última esperanza de salvación.

En un abrir y cerrar de ojos estábamos dentro de la lujosa residencia y casi en volandas, fui trasladada al sótano que aparte de ser húmedo, lóbrego e interminable, no se distinguía demasiado de cualquier otro sótano. Para mi total estupefacción, allí nos esperaban unos cochecitos eléctricos similares a los que se emplean en los campos de golf, endiabladamente veloces. Subida a tirones a uno de ellos, entrecerré los ojos y soporté el azote del viento en la cara, sin atreverme siquiera a mirar a Lord Malcom, por miedo a que nuestras pupilas se encontrasen. Arrancamos a través de un pasillo que progresivamente se ensanchaba. A medida que pasaban los minutos, mi ánimo se rendía de forma peligrosa.

El traslado duró casi una hora, surcando pasadizos que recordaban demasiado al resto del subsuelo londinense y lograron ponerme la carne de gallina. Cuando nos detuvimos y me instaron con un par de empujones a bajar y salir, me costó reconocer el lugar donde nos encontrábamos. Quizá porque en la vida lo habría supuesto.

El cementerio victoriano de Highgate. Con toda su aura mística, especial, mágica.

A la altura del columbario.

Llovía. Y de qué manera. Imposible dejar de temblar. El aire era un silbido cortante y desagradable contra la piel del rostro. Yo no iba vestida más que con el ajustado neopreno que elegí para bajar a los túneles, así que en la casa, antes de montar en los *buggies*, me prestaron un abrigo de buena calidad, confortable y sorprendentemente ligero. Descubrí mis dedos crispándose sobre el tejido hasta blanquear los nudillos. Dante, yo misma y nuestras manos desnudas, suponiendo que el compromiso del padre de Amber y su facción rebelde dentro de la Orden fuese lo bastante vinculante como para arriesgar la vida, no podríamos contra once personas armadas dispuestas a todo porque la Encarnación de su Señora tuviera lugar. Al primer movimiento sospechoso por nuestra parte, eliminarían sin reservas a mi único apoyo y yo estaría del todo sola. Mi entrenamiento en la lucha podía librarme de algunos de ellos, cinco, quizá seis pero ¿de todos a la vez? Ni en mis más

optimistas sueños. Imposible. Estaba rodeada todo el tiempo y las pupilas de Malcom me vigilaban como las de un halcón a su presa. Y sin embargo, ni por un instante lamenté el error de nuestro plan fracasado más que por Martin.

Yo como tal dejaría de existir y el mal o lo que fuera que Lucifer trajese, reinaría entre los hombres a mi través. Podía ser muy horrible y sin embargo yo apenas si tenía emociones disponibles más que para mi amor roto en pedazos. Tenía que expirar mi último aliento evitando aquello. Del modo que fuese. Poco a poco, mi instinto de supervivencia volvía a aferrarse a la vida. Por pocas opciones que tuviera, las exprimía todas.

Pero en aquel preciso instante en que clavé mis ojos en Dante con una tristeza infinita, me despedí de la vida e hice algo que no hacía desde antes de perecer mi familia en aquel terrible incendio siendo yo niña: recé.



## **Alcemos el velo**

*La fastidié y me quedé enganchada a ti.*

*Los amigos también pueden romperte el corazón.*

***Hate you, Love you (Olivia O'Brien)***

## **Amber**

Hice lo imposible por mantener la compostura pero fue violento. Lo confieso.

Divisé al peculiar grupo desde lejos y mis piernas se movieron solas. Corrí hasta Will y sin importarme la presencia de una rubia con rastas que, maldita sea, podía suponer quién era, de una chica albina y otro tipo alto y atractivo, abrí los brazos y me arrojé a los del detective americano, demasiado sobrepasada por la emoción de encontrarlo vivo.

—¿Estás bien? ¿Te pillaron las explosiones?

—Las dejamos a la espalda, por suerte.

No me quedó otra que separarme cuanto antes en contra de mi voluntad y barrer el pequeño grupo con los ojos. Repetí mi pregunta incluyéndolos a todos.



—¿Todos bien?

Para mi total estupefacción, la que debía ser Stella dio un vacilante paso adelante y se lanzó a abrazarme. Me quedé rígida sin saber cómo reaccionar. A ella le importó bien poco.

—Gracias, gracias, gracias por todo... —murmuró entrecortada.

—No... no hay de qué.

La varonil voz de Will acudió en mi ayuda cuando estaba a punto de darle palmaditas en la espalda a mi rival.

—La inspectora O'Brien, de Scotland Yard, Stella Trumann, el doctor Liam Hardy y Sybilla.

No estimé necesario dedicarle más carantoñas a la chica americana, estreché la mano del guapo doctor que retuvo la mía un segundo más de lo preciso y al liberarme, concentré toda mi atención en la chiquilla de la melena blanca.

—Eres una sacerdotisa de la Orden ¿verdad?

Ella, por toda respuesta, asintió sin hablar.

—¿Dónde está Martin? ¿Y Nina? ¿Y...?

Mierda. Esas eran justo las preguntas que no deseaba que Will me hiciera. Traté de escabullirme y ganar tiempo.

—Vayamos a algún sitio discreto y caliente. Tengo que ponerlos al corriente de muchas cosas.

—¿Dónde están mis amigos? Amber ¿qué diablos ha pasado?

Hinché mis pulmones al límite y dejé salir el aire entre mis dientes. Lo que tenía que decirle no iba a ponerlo precisamente contento.

—Martin Forrester va camino de Nueva York. En cuanto a Nina Gautier...

Will arqueó las cejas exigiendo que continuase.

—En estos momentos no tengo ni idea de dónde se encuentra.



## **Planes que no funcionaron**

*Llévame a través de la noche, caer en el lado oscuro.*

*No necesitamos la luz.*

***Darkside (Alan Walker)***

### **Will**

—Espero que no haya sobrevivido ninguno —musitó Sybilla sin soltarse de Stella. Mi chica le acarició la carita con dulzura.

—Tranquila. A los que sigan vivos, la policía va a hacerles muchas preguntas.

—Buenas noches —sonó a nuestras espaldas— ¿Todos bien?

Era Amber. Sus pupilas rastrearon uno a uno los miembros del grupo y se detuvieron bruscamente al detectar la presencia de Stella. Pese a ello, cruzó a la carrera por delante de todos para estrecharme en un efusivo saludo.

Dos y dos suelen ser cuatro. Seguramente Amber no tardó en atar cabos pero para nuestra sorpresa, Stella se arrojó sin previo aviso en sus brazos y dejándola por completo desconcertada, susurró un montón de “gracias” encadenados. Las manos de la inspectora ascendieron despacio por su espalda

y acabaron siendo unas palmaditas de ánimo bastante torpes.

—Vamos a por ese café —interrumpí después de presentarlos, notando el azoramiento de mi colega. Stella se distanció con una sonrisa tan bonita en la cara, que Amber finalmente decidió devolvérsela.

Nos recogimos en un pub corriente, como un grupo de turistas cualquiera, que solo buscan guarecerse del frío exterior sin tener en sus manos las claves de la salvación del mundo, mirándonos tensos, como quinceañeros nerviosos que se invitan a una fiesta. Había mucho de que hablar, acabábamos de volar el cuartel general de los ángeles negros, de frustrar la intentona de Encarnación de la mismísima diosa de la maldad. Quizá no habíamos acabado con ellos para siempre pero les habíamos asestado un golpe mortal, tratando de que los que quisieran quedarse tuvieran que hacerlo en condiciones de igualdad con los humanos. Su reina ya no vendría a salvarlos ni a dotarlos de poderes extraordinarios.

A la mierda sus planes de conquistar el mundo. A la mierda.

Los gases tantos años acumulados en los recovecos de los túneles hicieron su trabajo y, las explosiones y el fuego se habían extendido por los pasadizos del subsuelo como un reguero de pólvora. A aquellas horas, muchos de los interiores reducidos a cenizas y piedra chamuscada, se hallaban tomados por los cuerpos de extinción de incendios y del orden. Partiendo de que el epicentro de las detonaciones se concentró en la sala donde la mayoría de ellos se había reunido, las bajas entre “las tropas de la Orden” se contarían por cientos.

A trompicones, Amber relató su historia, la trampa que entre ella y Nina habían concebido para obstaculizar el éxito de la Encarnación. Sonaba redonda y perfecta, no podíamos creer que hubiera fallado de forma tan estrepitosa. Insistió en que me comunicase con Martin hasta que saqué el móvil y marqué su número. Pero por más que lo intenté, mi amigo no respondió.

—¿Cómo habéis podido ser tan insensatos? —me desesperé, desistiendo de intentarlo, con el teclado ya medio fundido.

—Era nuestra única baza de negociación, a Nina Gautier la buscaban por todas partes, era cuestión de tiempo que la encontraran y nos eliminaran a todos sin la menor oportunidad de salvarte a ti.

Le dirigí una mirada llena de dolor. La mano de Stella entre las mías me contagiaba de una muy necesaria calidez y ganas de vivir. De otro modo, me había arrojado a las vías del tren movido por el peso de la culpa. Nina se

había entregado por salvarme, por sacarme con vida de los malditos túneles. Y todo había fracasado.

—Cuando decidí quedarme allí abajo, lo hice con todas las consecuencias —gruñí.

—Eso díselo a la gente que te quiere —masculló la inspectora sin mirarme—. Ninguno estábamos dispuestos a abandonarte a tu suerte, Martin menos que nadie. Joder, no era un mal plan, Will, les dábamos momentáneamente lo que querían, ganábamos tiempo, la gente de mi padre se organizaba y a Nina pensábamos pararla en el mismo aeropuerto. La idea era que ni siquiera abandonase la isla.

No pude evitar chasquear la lengua.

—Ya veo, menudo éxito.

—No hace falta ser sarcástico, ya cargo yo con bastantes remordimientos. Deja el puñal clavado en el sitio sin retorcerlo, gracias.

—¿Y el circo de Manhattan? Mis hombres me han telefoneado. ¿Qué coño ha pasado allí?

—También esa parte estaba prevista. Para los que logran reunirse alrededor de Hellgate, donde se supone que se abriría el portal, a través de Scotland Yard y los círculos diplomáticos que controla la gente de mi padre, difundimos la noticia del secuestro de una ciudadana americana sacada a la fuerza de Inglaterra y la amenaza seria de un atentado terrorista en el mismo puente.

—Por fortuna se lo tomaron en serio —rezongué marcando el número de Montgomery.

—Sí, funcionó, no todo han sido fracasos. Logramos que vuestro gobierno reaccionase con premura y concentrase en Manhattan un pequeño ejército listo para recibir a los pretendidos terroristas y neutralizarlos o eliminarlos. No se imaginan que pese a ir desarmados, de haber prosperado la Encarnación los habrían barrido en cuestión de minutos.

—¿A los soldados?

Amber arqueó irónica las cejas.

—A todo ser humano vivo en el estado de Nueva York. Sin misericordia.

Imaginé las dimensiones del desastre evitado. Y en ese instante en que un escalofrío me recorría el cuerpo, el capitán de la policía atendió a mi llamada.

—Dígame, jefe.

—La señorita Gautier —exigí con atropello—. ¿Está bien? ¿Está con usted?

El silencio de Montgomery me adelantó que la pregunta le había pillado por sorpresa.

—Pero ¿la señorita Gautier se encuentra en Estados Unidos? Señor, no la he visto...

Me mesé con desesperación el pelo.

—Iba con ellos, se la llevaron por la fuerza desde Londres. Por lo que más quiera, Montgomery, no me diga que no la tiene localizada y a salvo.

—No, siento decirlo. Pero tampoco la he visto entre... ya sabe... entre los cuerpos...

—¡Joder!

—¡Joder, jefe, eso digo yo! ¡No sabe lo nervioso que me ha puesto...! Yo la hacía con ustedes, bien lejos y a salvo. Mire, tengo una fotografía de la señorita Gautier, de cuando desapareció, si le parece... Espere, me llaman al otro móvil.

—Montgomery...

—Ahora le llamo, jefe.

—¡Montgomery, no me cuelgue...!

Demasiado tarde, ya lo había hecho. Me quedé como un imbécil con el aparato en la mano, deseando poder volar a través de la señal telefónica y materializarme en Manhattan en aquel mismo segundo. Me froté la cara con la mano libre y toda la angustia que mis nervios eran capaces de soportar.

—Tenemos que descubrir dónde esconden a Nina. Si le pasa algo, Martin no me lo perdonará en la vida, yo no me lo perdonaré en la vida.

En ese momento, el rostro de Amber cambió de color y su mano abierta golpeó su frente como si acabase de encajar las piezas de algún rompecabezas que solo ella veía. Se puso en pie de un salto, sacando su móvil del bolsillo.

—Tengo que contactar con comisaría, disculpadme, por favor. Puede que sí tengamos una pista...

Nos dejó con la intriga de saber a qué se refería. Nosotros barajábamos suficiente ansiedad y agotamiento como para quedarnos dormidos sobre aquella mesa, exactamente del modo en que la joven Sybilla había hecho, reclinada sobre el hombro de Stella. Liam atrajo la atención de la camarera y pidió una nueva ronda para todos. Aparentar normalidad y relajarnos cuando los gases del fuego que habíamos provocado habían hecho saltar las alcantarillas de media ciudad, era la asignatura pendiente.

—Hemos hecho lo que debíamos —musitó el médico rompiendo el incómodo silencio.

—Eso creo —lo secundé.

—¿Tu padre...? —dejó caer Stella al tiempo que acariciaba el cabello de Sybilla.

Liam apretó fuerte los labios.

—Estaba en Manhattan, no creo que haya sobrevivido.

—Lo siento.

—No puedo decir que no se lo buscó. Es complicado. Mi padre llevaba años procurándose un puesto a la derecha de la Mano Maestra. Y como era de esperar, ha seguido su misma suerte.

En ese momento, la chicharra de mi móvil con Montgomery al otro extremo de la línea, me sobresaltó. Respondí con ansia.

—¡Sí!

—Jefe...

—¡Hable, Montgomery!

—Era el señor Forrester, acaba de desembarcar en Nueva York y me pregunta lo mismo, por la ubicación de la señorita Gautier. Pondría mis manos en el fuego por que esa chica no se encuentra aquí, pero no se imagina, hay mucha confusión, algunos heridos, pocos y todos graves, han sido trasladados a los hospitales bajo vigilancia policial, necesitaría unas horas para hacer averiguaciones. Desde nuestra posición hemos visto las cargas militares y en serio, comprometería mi vida a que no ha visto a nadie conocido.

—Martin va a matar a alguien —anuncié nefasto— y si él no se adelanta, lo haré yo.

—Haré lo que pueda, jefe, tiene mi palabra.

—Se lo ruego, Montgomery. Por lo que más quiera.

Al colgar y quedarnos todos consternados, con la camarera repartiendo cervezas frías y tés calientes por la mesa, Amber volvió a unírse nos. Traía puesta en la cara una radiante sonrisa.

—Arriba esos ánimos. El localizador del teléfono de Nina Gautier ha cumplido. Por lo visto y contra todo pronóstico, sigue aquí, en Londres, en una mansión de Kensington Palace Garden, que adivinen a quién pertenece.

—A mi padre —se adelantó Liam poniéndose en pie.

—¡Bingo! ¿Les hacemos una visita?

—Por supuesto —me sumé, sacando un billete de la cartera, dejándolo

junto a las segundas consumiciones que no habíamos ni probado.

—Esta niña tiene que descansar—intervino Stella apuntando a Sybilla —, no podemos arrastrarla con nosotros a cada situación de riesgo...

—Tiene razón. Llamaré un coche patrulla y las llevarán a las dos a mi apartamento, pueden quedarse allí hasta que regresemos. Supongo que usted también estará exhausta.

La idea no pareció hacer muy feliz a Stella. Amber se explicó con amabilidad.

—Will y yo debemos ir, somos policías y necesitamos al doctor, conoce la casa.

—¿Y en consecuencia, yo sobro? —atacó Stella muy ofendida.

Quise intervenir pero no me dejaron. Era evidente la crispación entre las dos mujeres. Y también el motivo.

—En ningún momento he dicho eso...

—Exacto. Agradezco infinito su preocupación, inspectora, ya se lo dije. Su presencia, su intervención, su voluntad de ayudar. Pero no me mantendré al margen hasta que todo esto haya acabado y haya acabado bien. —Stella rozó con suavidad el hombro de Sybilla que tras removerse un poco, abrió los ojos—. Nos vamos de aquí, corazón. ¿Cómo te encuentras?

La chiquilla nos obsequió con una sonrisa radiante. Hasta creí ver que le brillaban los ojos.

—Perfectamente.

Vaya por Dios, de nuevo en marcha. Yo que esperaba un café rápido, un intercambio de frases corteses, el considerar varias opciones en torno al futuro inminente de Sybilla, alguna promesa y, enseguida salir corriendo con mi chica de la mano a encerrarme con ella y desfogar la inmensa necesidad que me carcomía el alma... Estaba claro que las ganas iban a seguir royéndome un poco más.

La miré de soslayo conforme salíamos del pub. Ella me devolvió un guiño travieso.

*Stella, cuánto te amo, silabeé.*



## ¿Desenlace?

*Como los héroes en las caricaturas,  
salvando vidas a través de mi sala.*

***Safe (Daya)***

**Nina**

El agua de lluvia resbalaba por las lápidas formando pequeños charcos entre la vegetación. El musgo lo abarcaba todo. A su manera era hermoso, un buen lugar para morir, me dije. Al fin y al cabo, sabía a lo que me arriesgaba cuando elaboré y presenté el plan a la inspectora O'Brien. Todos los planes del mundo por atados que parezcan, contienen un margen de error más o menos ancho. El del nuestro resultó ser abismal, Martin tenía razón al oponerse.

No iba a volver a verlo nunca. Al menos, no con los ojos de Nina. Luchaba por hacerme a la idea.

Mira que creímos tenerlo todo previsto...

De haber estado en Manhattan, en Hellgate, el enemigo lo habría tenido más difícil. Habrían hecho falta, entre otras previsiones, tanto a norte como a



sur de nuestra posición en el centro del puente, unos precintos amarillos con el sello de la policía metropolitana, evidentemente falsos, para mantener alejados a los curiosos, alegando maniobras oficiales pero la parafernalia habría sido como una señal de neón para el ejército americano, marcándonos como diana. Nos habrían rodeado, me habrían rescatado y a ellos los apresarían en una decena de maniobras. También es cierto que no seríamos, como éramos en Highgate, un grupo reducido relativamente manejable, pero eso no habría sido impedimento para los soldados americanos, alertados ante la inminencia de un atentado terrorista.

Ese era el plan. Y de repente, sin saber ni cómo... Todo al garete.

Nos habían engañado con una falsa Encarnación al otro lado del océano y ahora estábamos allí, vulnerables y desprotegidos, esperando el fin. Una hoguera de resentimiento me abrasó por dentro.

Lord Malcom dio por terminado el periplo frente a una puerta de piedra centenaria. Seis de los diez guardias y sus metralletas se repartieron la vigilancia del perímetro y nos aislaron en el centro, bajo la fría luz de la luna. Me di cuenta de que temblaba con violencia, mi sangre envenenada con pura ira. El aristócrata consultó su reloj de bolsillo con ademanes pomposos.

—Es la hora. Solo un mínimo retraso con respecto a mis cálculos.

—La Mano estará complacida —agregó Dante en un susurro nervioso.

Hundí los ojos en el suelo terregoso. ¿Cómo se produciría la posesión definitiva? Yo ya me había entregado a Lucifer en aquella vieja biblioteca del orfanato, sin saber que su forma externa de galán insoportablemente bello era tan falsa como el amor que prometía. La marca de sus dedos, sus arañazos, persistía sobre mi piel, ocultas bajo los tatuajes. Había ganado. Me reconocería nada más verme y me convertiría en algo abominable sin alma, destinado a hacer que el mal destruyera el planeta.

Al menos, así era como lo imaginaba en mitad de aquella febril y agobiante espera.

Lord Malcom se colocó a mi espalda, liberó mis esposas, apoyó las manos sobre mis hombros y ejerció una firme presión hasta arrodillarme.

—Sé humilde, mujer. Sé consciente del honor que vas a vivir.

Luego se alejó unos metros y se colocó en idéntica postura. Dante lo imitó mientras que los soldados se relajaban un tanto sin soltar sus amenazadoras metralletas. Y en ese intervalo de segundos... apareció el nudo de luz.

Era como un núcleo de forma helicoidal suspendido en el aire,

intensamente brillante, cegador en la oscuridad de la noche. Pequeño al principio, enorme conforme giraba sobre sí mismo. Íbamos a asistir a la apertura de otro portal, el auténtico. Traté de alzar la cabeza aunque un peso inhumano parecía sujetármela contra mi voluntad.

—¡No la mires! —me gritó Malcom en un aullido.

De soslayo, por mi lateral, observé cómo los guardias se hincaban de rodillas en el suelo húmedo, depositando sus armas delante, en posición horizontal, a modo de ofrenda. Una llama interior, como una centella, explotó de súbito y me volvió loca; mi corazón latiendo en la garganta, perdido cualquier trazo de lógica. Era evidente que llegados a ese punto, ya no tenía nada que perder, solo la vida.

Eché mano de una fortaleza que ni siquiera sabía que tuviese y me puse en pie de un salto con los puños apretados. Todos atravesaban un trance, solo Dante se mantuvo lo suficientemente despierto como para reaccionar a mi movimiento y respaldarlo. Corrí hacia uno de los guardias y sin darle ocasión de ataque, le pateé la cara con violencia hasta dejarlo inconsciente. Le arrebaté el arma y disparé sin titubeos contra el que se encontraba a su lado. A mi espalda, Dante había sacado una automática de entre sus ropajes y había eliminado a otros dos guardias con una velocidad increíble y dos tiros en la frente. Lord Malcom levantó la cara crispada de furia.

—¡Traidor...! —mascó con ira. Pero de forma inexplicable, continuó arrodillado ante la inminente llegada de su ama y no trató de defenderse.

Un disparo cruzó el aire e impactó en el cuerpo de Dante que se convulsionó y cayó al suelo con un gemido. Fui testigo horrorizada de su pérdida y esos escasos segundos en que perdí la concentración, fueron mi condena. Malcom se retorció como un reptil sobre sí mismo, me agarró del cabello y tiró de mí hacia el huso de luz que empezaba a cambiar de color. Me sujeté el pelo con ambas manos para contrarrestar el dolor y pateé y me resistí cuanto pude.

—Maldita zorra indigna... —fue todo cuanto pude oír de su boca mientras notaba mi cuerpo arrastrarse a lo largo del caminillo, la humedad de la tierra raspando mi piel, el olor del musgo mojado inundando mis fosas nasales. Sería lo último humano que captarían mis sentidos.

De repente, una serie de bultos confusos se mezclaron con las sombras, agitándose en una suerte de frenético baile. Malcom les prestó la misma atención que antes a mí me había costado tan cara, circunstancia que aproveché para casi liberarme. Pero su garra tenía atrapada mi larga melena

con la eficacia de una tenaza y al luchar por soltarme, un latigazo agudo de dolor me atravesó el cuero cabelludo. Miré el lugar donde yacía Dante, con los ojos cerrados y el pecho ensangrentado. Alrededor, las ráfagas de munición volaban peligrosas. A duras penas vi caer a uno de los guardias, luego al otro. Quien quiera que hubiese irrumpido en el cementerio, parecía estar de nuestro lado. Uno de los desconocidos se agachó junto a Dante a comprobar su estado y tiró de su cuerpo para ponerlo a cubierto. Pero yo continuaba mi inexorable avance hacia el núcleo luminoso, que de pronto parecía llamarme, nublando mi entendimiento. Traté de revolverme y a cambio, recibí un despiadado golpe en la sien que me dejó por completo atontada. Todo era ruido de armas vomitando balas, griterío y confusión, sin poder distinguir en la oscuridad de la noche, quién atacaba a quién. El terror se aferró a mis entrañas como un monstruo de afiladas garras.

Ajena a la batalla que se desarrollaba allí mismo, mi alma empezó a rendirse.

Lord Malcom recibió un disparo en el brazo que tiraba de mí pero de alguna forma logró mantener la presa. El guardia que dejé fuera de combate había recuperado, por desgracia, toda su eficacia letal con la sola secuela de una brecha en la frente y los ojos empañados de muerte. No sabía cuántos éramos, cuántos eran ellos, solo que estaba a escasos tres metros de aquella columna de luz que se me antojaba tan terrorífica como aliviadora al mismo tiempo. Y entonces...

Vi una figura menuda recortarse entre el foco luminoso y mis pupilas. Una mujercita de largo pelo resplandeciente, tan blanco como la luna. Oí un grito desgarrado rogándole que no continuase. La vi desobedecer y adentrarse en el nudo que, como algo vivo, pareció oponerse, rechazarla, empujarla lejos desgarrándose en un sinfín de chasquidos metálicos y rugidos casi humanos. Una vez dentro, completamente rodeada por la luz, la chiquilla se volvió a mirarnos con las manos extendidas a lo largo de su cuerpo, sonrió serena, entrecerró los párpados y rodeada por una nebulosa que se deformaba y se comprimía por microsegundos, nos dijo adiós.

El núcleo, concentrado sobre sí mismo, giró como un pequeño tornado y a continuación, se consumió con un rugido infrahumano en la oscuridad de la noche. Ni de la luz ni de la chica quedó el menor rastro.

Malcom aulló un ¡NO! desesperado a la luna mientras que otra bala atravesaba el aire y lo hería de muerte. Soltó mi pelo y cayó al suelo derrotado y vencido. Poco a poco, recuperé el aliento y la visión. Giré

aterrada la cabeza preguntándome qué me encontraría, si la amenaza de Lucifer se había evaporado al desaparecer esa luz animada. Lo primero que encontré fue la cara preocupada de Will, que corrió a socorrerme y a estrecharme entre sus brazos.

—¡Nina! ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a que hemos llegado a tiempo!

—Will... —sollocé sacudida por una brutal descarga de adrenalina.

—¿Te encuentras bien?

Asentí sin poder articular, ahogada por las lágrimas. Aferrada a sus hombros, mis cansados ojos comenzaron a distinguir otros rasgos familiares que escrutaban los alrededores y se aproximaban evaluando mi estado. La inspectora de policía atendiendo a su padre e interesándose por mí, un chico alto al que no conocía, con la mirada fija en el punto donde la luz había brillado y luego desaparecido llevándose a la niña consigo, visiblemente trastornado y... ¿¡Stella!?!?

¡Era cierto! ¡Cierto e imposible! Era como estar soñando.

Ajeno a los desbarajustes de mi mente, Will me acunaba en un abrazo cerrado, acariciándome con ternura el cabello.

—Todo está bien, tranquila, todo ha terminado.

—¿Martin?

—Lejos, en Manhattan, buscándote.

—Debe de estar como loco.

—Imagino. Lo llamaremos ahora mismo a darle las buenas noticias.

—¿Está bien?

—Tanto como tú y como yo. La pesadilla ha terminado, relájate, Nina, todo ha ido bien.

La silueta de Stella reptó hasta nosotros y empezó a arrodillarse para ponerse a nuestra altura. Para mí era toda una aparición, difusa entre los jirones de niebla rotos por la luz de la luna, inesperada, fantasmagórica y sin embargo tan real... Me estremecí con brusquedad y me apreté más contra Will que sin embargo, parecía muy tranquilo.

—Will...

Él entendió de inmediato y sonrió para apaciguarme. No demasiado lejos, Amber y su tono de voz autoritario y urgente, llamaba a una ambulancia desde el móvil.

—Tranquila, no te asustes —me susurró mi amigo muy despacio.

—Es... ¿es Stella? ¿Es... ella?

—Sí. —La emoción prácticamente rompió su voz—. Me la han

devuelto.

—Pero...

—No preguntes, yo tampoco sé cómo, ni por qué. Ella misma lo ignora, posiblemente no lo sepamos jamás, pero ¿sabes algo?

—Preferimos no saber —completó la dulce voz de Stella. Le brillaban los ojos intensamente húmedos y azules. Tomó mis manos entre las suyas y las acarició con suavidad. Un regalo de ánimo que noté muy de carne y hueso. Terminé respondiendo a su saludo.

—Stella...

Nos abrazamos con ansia. Era ella, tal cual, su perfume, su voz, su pelo rubio trenzado en rastas. Will se alejó concediéndonos unos minutos de intimidad, para interesarse por Dante. Aún estaba vivo, por fortuna. Las sirenas de las ambulancias sonaban a lo lejos, cada vez un poco más cerca. Miré alrededor, los cuerpos de los guardias acribillados a tiros.

—¿Cómo vamos a explicar esto?

—Eso dejádmelo a mí y en todo caso a Will, que también es policía —me tranquilizó Amber con un guiño.

Creo que fue entonces cuando todos nos dimos cuenta de que en el espacio donde la escena se había desarrollado, algo fallaba.

El cuerpo de Lord Malcom.

No estaba.

Había desaparecido.



## **Mártir**

*Mantén un perfil bajo.*

*Todavía estás enamorada de mí*

*pero tus amigos no lo saben.*

***Hate you, Love you (Olivia O'Brien)***

## **Will**

Nos reunimos en la pequeña sala de mi hotel, tratando de mantener la compostura. Pese al caos en Nueva York, Nina había logrado contactar con Martin y mi amigo anunció su intención de volar de inmediato hasta Inglaterra a no separarse de ella un solo segundo hasta no estar de vuelta en casa. ¿La verdad? Disuadirlo ni siquiera se me pasó por la cabeza.

Amber se había excusado para acompañar a su padre en el hospital. Dante estaba grave pero estable. Le debíamos mucho. Stella entró en la habitación con una bandeja y varias tazas de té humeante. Entregó la primera a Nina, arrebujada en una manta en una esquina del sofá, y con la segunda se acercó a la ventana ante la cual, hacía más de diez minutos que Liam se

mantenía inmóvil, petrificado, mirando al exterior sin ver. Mi chica le ofreció el té, él tardó en percatarse de su presencia y cuando sonrió aceptando, su expresión era la de alguien ausente, profundamente herido. Stella dio unas palmadas en su antebrazo y le besó con cariño la mejilla.

No sentí ningún tipo de celos. En absoluto. Liam había perdido no solo a su padre sino a aquella chiquilla a la que juró proteger. El sacrificio de Sybilla para cerrar el portal, nos había salvado a todos. A todos.

Pero a Liam lo dejó devastado.

Dio un sorbo distraído al contenido de la taza y luego suspiró.

—Voy al hospital a ver cómo sigue Dante y a acompañar a Amber. Vosotros necesitáis descansar, en especial Nina, y yo voy a volverme completamente loco si sigo aquí dándole vueltas a la cabeza.

—Liam, tú también deberías acostarte, dormir unas horas —sugirió Stella con suavidad. Él dibujó una mueca amarga en su cara.

—¿Volver a ese apartamento donde ella sigue tan presente? No tenía por qué hacerlo, no tenía por qué entregarse y morir.

—Liam...

—Sybilla sabía que aquel engendro que se estaba abriendo nos engulliría a todos, pero si un no elegido atravesaba el portal... provocaría su cierre, destruyéndola de paso.

—No te culpes, no te atormentes, te lo suplico.

—Le prometí que la mantendría a salvo, quería adoptarla, darle mi apellido, una familia, íbamos a recorrer el mundo, le haría olvidar toda esta pesadilla. No tenía que terminar de este modo espantoso, no lo merecía.

—Nos salvó a todos, Liam —aduje con respeto—, la humanidad entera está en deuda con ella.

—Irónico, nadie lo sabrá jamás ni erigirán estatuas en su honor.

—Lo sabemos nosotros. La gente no sabrá nunca lo que estuvo a punto de pasar.

—En efecto —resumió ácido, volviendo a centrar su atención en la ventana.

Consumió de un trago el resto del té y se preparó para irse. Se embutió en su abrigo con un ademán un poco brusco y paseó la mirada desde Nina a mí mismo. Extendió una mano para que se la estrechara. Sonreí ofreciéndole las dos.

—Nos vemos mañana.

—Mañana.

—Dale ánimos a Amber de nuestra parte. Pasaremos mañana a verlos.

—No tengáis prisa. Mucho me temo que las heridas de Dante necesitan tiempo y tranquilidad. Habrá muchos días.

—En parte le debo la vida —musitó Nina desde su posición. Liam se giró a mirarla con cierto reproche bailando en las pupilas.

—La vida se la debes por entero a una mártir de nombre Sybilla que solo tenía catorce años. Nunca lo olvides.

Nos quedamos los tres en el saloncito, callados, sobrecogidos. Poco a poco la luz de las lámparas se fue amortiguando hasta quedar reducida a un foco cónico que para mí, solo señalaba a Stella. Las pocas frases de nuestras conversaciones se fueron dispersando o simplemente dejaron de importarme. No íbamos a solventar nada más por aquella noche, ya habíamos hecho mucho. Atrapé su mano y tiré de ella hasta ponerla en pie.

—Hora de descansar por fin, Nina, estarás rendida. Te he reservado una habitación cercana a la nuestra. Antes de lo que esperamos tendremos a Martin de vuelta con nosotros.

—No veo el momento...

—Lo entiendo.

Mientras apretaba la manta y abandonaba el sofá, Nina nos miró de soslayo y sonrió con aquel aire de misterio que la caracterizaba.

—Vosotros sí que querréis estar solos después de todo.

Sin separar la trenza de nuestros dedos, Stella y yo nos miramos con deseo apenas contenido.

—No lo dudes —coreamos juntos.

Había recuperado a la mujer que creí haber perdido para siempre, al amor de mi vida. No tenía más tiempo para nadie, solo para ella, para AMARLA cuanto antes.

Pero una vez solos en nuestra habitación, los nervios hicieron de las suyas, me convirtieron en un quinceañero inexperto, torpe y muerto de miedo, que no sabe tocar a su chica. Por azares del caprichoso destino volvía a ser el Will raro, asocial y oscuro de los años del instituto, cuando el desenfrenado deseo por Stella no me dejaba dormir y ella ni siquiera sabía que yo existiera.

Parecía, sin embargo, haber ocurrido en otra vida. En otra para los dos.





## **Piel con piel**

*¿Por qué caen las estrellas del cielo*

*siempre que pasas caminando?*

*Closet o you (Carpenters)*

## **Stella**

Fue difícil convencer a Nina de que aceptase un tranquilizante. Un somnífero de los fuertes, más bien, por más que Will y yo le restásemos importancia. Del modo que fuese tenía que reponer fuerzas, aliviarse de tanta presión, del terror del secuestro, los esfuerzos físicos... Nina era dura y admirable pero casi humana, al fin y al cabo. A regañadientes accedió y poco a poco fue cerrando los ojos y entregándose a un sereno y bien merecido descanso. Me senté junto a la cabecera de su cama, en la habitación que habíamos reservado para ella en el hotel de Will y, le acaricié el pelo mientras mi chico me miraba apoyado en el quicio de la puerta.

—Estará bien —me aseguró con una sonrisa a medias.

—Lo sé.

—Y cuando despierte, Martin estará a su lado. Vuela durante la noche.

La excitación y las ganas no le caben en el avión.

Solté una risita silenciosa. De repente, el agotamiento se cebaba sobre mi cuerpo de un modo tan cruel.

—Puedo imaginarlo.

—Minucias si la comparas con las mías.

Levanté los ojos y me encontré con los suyos. Will estaba tan guapo como siempre, pecaminoso, prohibido, observándome con una mueca entre tierna y canalla y el deseo latiendo en cada cuota de respiración. Se mordió el labio inferior y yo sentí un latigazo de impaciencia en las entrañas.

—Dame unos minutos —le rogué. Él asintió sin palabras y se retiró a esperarme en nuestra habitación.

Suspiré y miré a Nina. Cuántas cosas habían pasado desde que siendo casi una chiquilla empezara a salir con mi hermano Stefan y yo detestara su belleza salvaje, su rebelde libertad, el misterio absoluto que envolvía su pasado y su vida. Y qué decir de más tarde, cuando Martin Forrester, objeto de mis deseos adolescentes, puso en ella sus ojos. La habría asesinado con mis propias manos. El insoportable dolor de aquella época apenas si me llegaba en un recuerdo brumoso, como si lo hubiera imaginado o soñado, pero no vivido. Ahora que mis sentimientos eran los de una adulta, tan reales y palpables como yo misma, ahora que mi corazón pertenecía a Will sin lugar a dudas, aquella nebulosa de emociones me producía risa. Martin y Nina habían viajado desde Nueva York, habían arriesgado sus vidas por salvar a Will, por rescatarme a mí. No viviría lo suficiente como para agradecerse.

Dejé un beso de hermana en su frente, un último vistazo para asegurarme de que descansaba y abandoné su cuarto para dirigirme al mío. Al nuestro.

Fue entonces cuando me di cuenta de que temblaba.

Cerré la puerta a mi espalda. Will contemplaba la calle desde la ventana cerrada y al verme se apartó y corrió la cortina para procurarnos intimidad. Avanzamos uno en dirección al otro y nos fundimos en un abrazo sin fin, apretado y sentido, que nos había hecho mucha mucha falta.

—Nena...

—Shhhhh, no hables, no desperdicies ni un solo segundo. Por favor... solo tócame...

Sus labios temblaban con violencia, sus pupilas brillaban febriles recorriéndome entera.

—Apenas si puedo creerlo —susurró apartando mi pelo de la cara. Sus

manos grandes tiraron de mi sudadera y la sacaron por encima de mi cabeza; sus dedos largos y varoniles desabrocharon el primer botón de mi blusa. Cuando tuvo dos abiertos, sus yemas se deslizaron por el canal entre mis pechos en una suave caricia tan sutil, que me arrancó un suspiro desde lo más hondo.

—Estoy aquí.

—Estás aquí —repitió como en un eco ausente.

—Y no volveré a irme.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—Porque si vuelves a dejarme... me marcharé contigo. No hay nada aquí que me interese si no estás ¿lo entiendes? Nada.

Sus manos llegaron al último de mis botones y Will abrió la prenda y la empujó despacio hacia atrás, contra la curva de mis hombros. De repente no teníamos prisa sino necesidad de vivir todo aquello a cámara lenta, con los cinco sentidos, cerciorándonos de que era auténtico. Por mi memoria pasó como una ráfaga, el recuerdo de las visiones de Will con Amber, carne y deseo, que tanto me habían herido. Y entrecerré los párpados para sujetar el dolor y que no se notase.

Will me conocía demasiado bien.

—¿Qué ocurre, amor?

—Nada.

Tomó mi barbilla con la punta de los dedos y me obligó a encararlo.

—Dime qué ocurre.

—No me lo preguntes, no es el momento. Solo quiero que me ames hasta que amanezca.

—Quiero amarte con todas las consecuencias. Dime qué te preocupa.

Tomé aire. Algo me decía que aquella absurda conversación, que iba a romper en mil pedazos nuestro reencuentro, podía muy bien posponerse indefinidamente.

—Os vi.

Will me devolvió una mirada de incompreensión.

—A ti y a Amber. Mis visiones... Os vi juntos.

Un latigazo de angustia cruzó su cara al separarse de mí. Hundidos los ojos en el suelo, lastimado y perdido. Pero sobre todo, arrepentido.

—Yo...

Mis temblorosos dedos sellaron sus labios. Su maravillosa y mullida

boca hecha solo para besar y proporcionar placer sin límite. Volví a pegarme a su piel, la distancia me dañaba de un modo horrible.

—Will, no. Sin excusas. No las necesito.

Volvió a mirarme. Eran súplicas, eran besos, era todo lo que una mujer es capaz de pedir, encerrado en dos ojos. Recé para que los míos fuesen capaces de expresar cuánto sentía.

—No quiero explicaciones, no las necesito. Desde que me miraste por primera vez en los túneles supe que eras el mismo. Estuve a punto de huir, la fuerza de aquellas visiones me hicieron sufrir mucho. Malditos celos. Pero eras tú, éramos nosotros y lo que sentíamos. Había tantísimo amor en tus lágrimas...

La humedad mojó su rostro y yo sequé a pequeños besos sus mejillas.

—Nunca fui capaz de amarla. Te juro que lo intenté... pero ahí estabas tú, dueña de todo, de mi corazón, de mi alma, de mi destino.

—Lo sé, amor. No lo entendí entonces pero lo entiendo ahora.

—Stella...

—Sigue desnudándome o te juro que lo haré yo misma.

Su respuesta fue estrecharme entre sus brazos con una entrega imposible de describir. Éramos uno, sin duda. Uno para la eternidad.

—Empecemos desde cero, Will. El universo nos ha regalado una oportunidad con la que no contábamos. Aprovechémosla.

Se fundieron nuestras bocas. La suya era dulce y sabrosa como un fruto de verano.

—No dejé de quererte ni un solo instante. Me arrepiento de haber sido tan humano, tan carnal, tan débil...

No respondí. Una a una fueron cayendo las prendas al suelo. Las suyas, las mías, hasta dejarnos desnudos, expuestos a lo que sentíamos, incluidos la incertidumbre y el miedo. Seguíamos de pie, como si movernos un palmo hacia algún lado supusiera separarnos. Sin deshacer el lazo, sin detener el ruedo de mis dedos por su espalda ni las caricias de los suyos por la mía, Will me condujo hasta la cama en una especie de baile sensual que calentó aún más nuestra sangre. Había deseo. Mucho, más del que éramos capaces de manejar y sin embargo, parecía estar retenido en alguna parte en espera de desbocarse, permitiéndonos entretanto, el reencuentro más romántico que pudiéramos construir.

Besos suaves a lo largo del cuello, el aliento anidando en el hueco de la oreja, suspiros que escapaban de entre los labios, gemidos sobre la boca del

otro. Reconocernos mediante el tacto. Disfrutar de nuevo nuestros olores. La nariz de Will caminando por el espacio entre mis pechos, persiguiendo el pequeño río de besos que su boca iba sembrando. Mi piel erizada. La suya hirviendo. Los dedos trenzados en un agarre desesperado. Caímos uno sobre el otro contra el colchón. Will se acomodó entre mis piernas y yo las separé cuanto pude para hacerle hueco. La sensación de tenerlo encima, el calor de sus besos, su piel, el contacto de su sexo endurecido con mi humedad... mi vientre en continuo roce con el suyo, sus músculos marcados dibujándose bajo la yema de mis dedos... Saliva, gemidos, espaldas que se arquean, mis caderas elevadas buscándolo con desesperación. Todo tal y como lo recordaba pero infinitamente más intenso.

—Hazme tuya —rogué con un hilo de voz—, hazme tuya ya.

—Deja que te disfrute —me susurró junto al cuello.

Llevábamos ya tanto rato de preliminares que me preguntaba cómo era posible que Will aún aguantase aquella tremenda erección que debía resultarle torturadora. Estaba claro que lo hacía por mí, para prolongar mi disfrute. Pero mi deseo por tenerlo dentro también hacía un siglo que había alcanzado su límite. Bajé la mano y a tientas, busqué su miembro hinchado y lo conduje a mi abertura. El mero roce de la punta con mi clítoris me arrancó un gemido con su nombre.

—Soy incapaz de esperar un solo segundo más

—Si te digo la verdad, yo tampoco —rio balanceando las caderas.

—Entonces ¿a qué esperamos?

Empujó y se deslizó en mi interior hasta el fondo. Mi cuerpo lo acogió con un violento estremecimiento de júbilo. Mi sexo se lubricó hasta mojar las sábanas y mi pubis se acompasó al balanceo del suyo, empujando y retrocediendo para conducirnos al éxtasis. El primer orgasmo fue tan salvaje que creí morir. El segundo mucho más largo y pausado y el tercero y último, simultáneo con el suyo, las puertas del Paraíso.



## **A partir de ahora**

*Nos pertenecemos el uno al otro,*

*Yo creo en ti, conoces la puerta de mi alma.*

***How deep is your love? (Bee Gees)***

## **Will**

—¿Qué pasará cuando volvamos a Estados Unidos? —preguntó Stella pegada a mi pecho. Seguíamos en la cama, desnudos, abrazados, exhaustos.

—No hay prisa —la tranquilicé sin saber si lo lograba.

—Pero habrá que volver algún día, no vamos a quedarnos para siempre en esta habitación.

*No, ojalá pudiéramos, pensé.*

—No me tientes...

Las piernas de Stella se enredaron con las mías. Sus curvas encajaban a la perfección con mis huecos, no había espacio separando nuestras pieles. Nos habíamos amado sin contención durante horas, había besado cada uno de sus rincones, me había bebido su aliento y no me saciaba. Estaba como al principio.

—Martin se encargará de tramitar tu documentación legal. Yo de retocar los informes policiales de... aquella noche —cómo me costaba decirlo— para que tu declaración de fallecimiento conste como un lamentable error. Hay que restituir la situación a su origen, ya sabes.

Suspiró. Y hubiese dado todo cuanto tenía por no detectar pesar en aquel suspiro.

—Antes de mi muerte.

No alcancé a responder. Solo noté un escalofrío húmedo trepar por mi espalda.

—Will... ¿Has pensado... te has planteado qué soy?

—En absoluto —atajé rotundo— ¿Tú qué sientes?

—Nada. A excepción de las visiones soy la misma que fui. Un poco menos incauta, solo eso.

Tiré de ella y la coloqué sobre mi vientre. Me recreé en sus pechos redondos, en la belleza de sus clavículas, en su delicioso ombligo.

—Ellos han muerto y tú sigues aquí, así que no eres uno de ellos. Además ¡qué narices, me importa un bledo! No voy a ponerme exquisito con las fuerzas que te han devuelto a mis brazos. Aunque tuviera que agradecerse a la mismísima Lucifer.

Noté que se apretaba más contra mí. Me juré que la defendería con la vida mientras en mí quedase una sola gota de sangre humana.

—Will...

—Dime.

—Necesito... Necesito saber que está muerta.

Supe sin lugar a dudas que se refería a Anna.

—Preguntaré, pediré pruebas de ADN de los restos encontrados en los túneles tras las explosiones pero es complicado, cielo. Si como dice Nina la tenían encerrada ahí abajo... Casi todo se ha quemado. ¿Quieres que baje mañana y revise?

—No lo sé, deja que lo piense. ¿Crees que el padre de Amber se salvará?

Le besé despacio el pelo. Su olor fresco tan definido, me regaló un segundo de pausa.

—Eso espero, no merece morir y ella no merece perder a su padre.

—Es una buena chica. Demasiado guapa, pero buena chica.

—A pesar de lo que viste... la abrazaste, le diste las gracias.

Apoyada en mi pecho, Stella me dedicó una sonrisa traviesa.

—¿Por qué no? Se ha portado tan bien, ha arriesgado su vida, movilizado a la policía, te ha cuidado.

—Como a ti el doctor Hardy.

—Sí, como a mí Liam. Son dos buenas personas, ojalá encuentren pronto un amor como el nuestro, así de grande.

Me quedé cavilando un instante.

—¿No te da la impresión de que hacen buena pareja?





## **Amanecen cosas nuevas**

*Las campanas de boda eran solo alarmas  
una cinta de advertencia rodeando mi corazón.*

***Hate you, Love you (Olivia O'Brien)***

### **Amber**

Odio los hospitales. Su olor, su color, la ausencia o el exceso de sonrisas, siempre falsas, la una y lo otro. Las malas noticias, el monótono ruido de las máquinas que mantienen con vida a la gente. Pero allí estaba desde hacía muchas horas, sin soltar la mano de mi padre tras discutir mucho con la enfermera de turno y restregarle mi placa policial por la cara a ella y a los jefes de servicio. Ganó mi terquedad, por descontado.

La puerta me sorprendió al abrirse con suavidad. No esperaba ninguna visita aquella noche. Después de lo sucedido en Highgate era una noche peculiar. Nina pedía a gritos doce horas de sueño y Will y Stella... bueno, esos dos se morían por quedarse a solas, lo llevaban pintado en la cara por mucho que a mí me provocara un tirón insoportable en el vientre, imaginarlo siquiera.

Venía justo aquel al que no conocía, justo la persona de la que lo ignoraba todo. Del doctor Hardy no sabía si alguien le esperaba en casa o estaba en la vida tan solo como yo. Me sonrió en silencio y se mantuvo pegado a la puerta sin atreverse a avanzar.

Le hice una seña con la mano, lo animé con otra sonrisa y finalmente, abandoné el sillón en el que llevaba horas recluida. Mi espalda agradeció la oportunidad de estirarse.

Nos estrechamos la mano con cordialidad. La suya era cálida y enorme.

—¿Qué tal está?

—Estable dentro de la gravedad.

—Se pondrá bien, no se preocupe. Solo necesita tiempo y cuidados. He revisado los informes, hay datos de sobra para ser optimistas.

—Olvidaba que es usted médico.

—¿Le importa si le hago algo de compañía, inspectora?

—Por supuesto que no. —Apunté al otro sillón. Él tiró para acercarlo un poco más al mío—. Y haga el favor de tutearme y de llamarme Amber. Nos hemos jugado juntos el pellejo ahí fuera.

El atractivo doctor se sonrojó hasta el nacimiento del pelo. Adorable en pleno siglo XXI.

—Haré lo posible, me temo que mi educación ha sido un tanto rancia y severa en esos aspectos.

—Eres hijo de un autentico Lord ¡*guau!* ¿Cómo se lleva eso?

—¿Qué quieres que te diga? Como se puede. No diría que existiera relación alguna con mi padre y mi hermano, llevaba solo y aislado mucho tiempo.

—Entregado a otra causa radicalmente distinta.

Liam cabeceó para afirmar.

—Un poco como yo. ¿Dónde crees que ha ido a parar su cuerpo?

—No tengo ni la menor idea, para mí resulta tan inexplicable y poco tranquilizador como para ti.

—Allí no se sumó nadie nuevo, tuvo que marcharse por su propio pie mientras andábamos ocupados con la refriega, dándolo por muerto. —Tragué saliva. Joder, yo y mi sutilidad. Enemigos y todo, seguía siendo su padre—. Lo siento, pretendía decir que puede que siga vivo.

—No lo sientas, lo que sea que le pasara se lo buscó de sobra, ya lo he dicho mil veces y si lo digo es porque estoy convencido. Me preocupa más eso, que siga con vida.

—¿Por...?

—Amber... Es peligroso.

Sin nada que añadir, nos quedamos callados un buen rato, mirándonos las manos, escuchando el uno la respiración del otro y la de mi padre como telón de fondo. Me pregunté cuánto llevaba sufrido aquel hombre de buen corazón y si su breve aventura con Stella había llegado tan lejos y tan profundo como la mía con Will. Es probable que Liam también tuviera el corazón roto en astillas.

—Estaba a punto de ir a por un café —sugerí más animada.

—Yo lo traeré. ¿Cómo te gusta?

—Solo y muy cargado, con solo una gota de leche y sin azúcar.

—Cafés venenosos —rio.

—Bueno, somos irlandeses —reí.



## **Venganza**

*Puedo decir que puedo ganarlo todo,*

*Ven conmigo y haré lo peor que pueda contar.*

***Renaissance (Paolo Buonvino & Skin)***

## **Stella**

Me removí inquieta en la cama. Rodeada por los fuertes brazos de Will, refugiada en los cálidos rincones de su cuerpo, era imposible sentirse más segura pero había algo... un sexto sentido que me alertó y me hizo liberarme del abrazo, de las sábanas con olor a sexo y levantarme. Deslicé sobre mi cabeza la enorme sudadera que cayó hasta tapar mis muslos, me puse las braguitas y salí de la habitación con la llave de la de Nina en la mano.

Solo le echaría un vistazo, comprobaría que se encontraba bien para volver junto a Will.

Empujé la puerta que respondió con un desagradable chasquido. Nina se agitó en sueños y hasta pronunció algunas palabras confusas que no llegué a captar. Permanecí allí mismo en la entrada, con la puerta cerrada pero sin apartar los ojos de la sombra que detecté nada más entrar.

—Sal de ahí, maldita hija de Satán, no te escondas —masqué con furia. El silencio del dormitorio fue la respuesta— ¿A qué vienes? ¿A completar tu obra demoníaca?

Anna salió de su escondrijo. Me apresuré a encender una lámpara pequeña de mesa y a la luz trémula de su bombilla, contemplé el horror en el que el fuego de los túneles la había convertido. Había perdido la mayor parte del cabello y su rostro y sus brazos y manos estaban en carne viva, supurando humores. El dolor debía rayar lo humanamente soportable. Claro que ella, me corregí, tampoco era humana.

—¿Qué me dices de ti, vuelta desde las sombras? ¿Levantada de entre los muertos? Lárgate de aquí si no quieres que te elimine también —me amenazó con una voz extraña y rota.

—No permitiré que toques a Nina. Ni a mí tampoco. Ya no soy la de aquella noche.

—¿Por qué demonios has regresado?

—Eso me pregunto yo, por qué demonios. Un amor que no quería perder, tan grande que me ataba a esta vida... cierto... pero también el resentimiento. Tú acabaste conmigo, me arrebataste la existencia sin un motivo y yo quería mi venganza. De hecho, la sigo queriendo.

Su cara estaba demasiado desfigurada como para contraerse pero juraría que sintió temor.

—Mira, puede que sin buscarlo me hayas regalado el mejor momento —apreté algo más la tuerca para que la intimidación creciese.

—Te advierto que no me iré sin defenderme.

—Tampoco esperaba menos de ti, querida.

No reconocí mi voz tan fría, tan ajena a cualquier emoción. Silabeando una condena sin siquiera ir armada. Para terminar de mostrarme lo temerario de mi posición, Anna sacó el enorme cuchillo que llevaba escondido a la espalda.

—Gracias por drogarla —señaló a Nina—, me has hecho parte del trabajo.

Adelanté un paso y me coloqué en medio.

—He dicho que no te acercarás a ella. No vas a hacerle daño, ni lo sueñes.

Me enfrentaba a Anna con las manos desnudas mientras que ella blandía una hoja afilada. ¿De dónde salía mi fortaleza? ¿De dónde el valor para retarla? No podía explicarlo, de la certeza de que mi verdugo acabaría en el

suelo expirando su último aliento en un charco de sangre. De mi don. Podía verlo, podía sentirlo, aunque ignoraba el cómo llegaríamos al desenlace.

—Acabaré con ella y también contigo. No debiste volver, Stella, ya no perteneces a este mundo.

—Al igual que tú, que solo perteneces al infierno.

—¡Aparta!

Anna levantó el brazo sobre la almohada de Nina, apretando la empuñadura del cuchillo. Se concentró en asestar un golpe mortal a la mujer que siempre fue su rival en el amor, la que le había robado el corazón de Martin, que según su locura obsesiva, solo a ella pertenecía.

—¡Muere! De una vez y para siempre...

—¡No! ¡Muere tú, asesina!

Esa voz ronca no era la de Anna. Era la de Lord Malcom y en el pecho de la pelirroja se abrió un agujero rojo del tamaño de un puño acabado en filo de puñal, que la petrificó en mitad del movimiento y desencajó sus grandes ojos. Su piel palideció a toda velocidad y después de que la mano sin fuerzas dejase resbalar el cuchillo al suelo, Anna miró sin creer, la enorme herida abierta en mitad de su esternón.

—Mataste a mi hijo ¿crees que iba a perdonártelo? En verdad que has tenido mucha suerte, mujer. De haber podido ajusticiarte en los túneles habrías pedido mil veces la muerte antes de obtenerla.

Anna no replicó, cayó al suelo como un saco vacío revelando la figura rígida que se escondía detrás. Sirius Malcom, lívido y con una mano abierta contra su corazón, sujetando a duras penas lo que parecía su hálito final de vida. El aristócrata me miró pero no sé si llegó a verme. Se quedó allí, estático, sin poder moverse, contemplando el cuerpo inerte de Anna con una mueca de cruda satisfacción en el rostro. La puerta volvió a abrirse y Will entró como una exhalación.

No tuvo más que barrer la escena con los ojos para entender lo que había ocurrido.

—¿Estás bien?

Asentí sin hacer ruido. Lord Malcom no iba a hacernos daño, las fuerzas lo abandonaban y se desvanecía como un fantasma que se transforma en niebla. Es probable que atesorara esos últimos restos de energía en un desesperado intento de vengar a su hijo, hasta lograrlo. Ya no buscaba otra cosa más que marcharse en paz.

Quedó tumbado en el suelo con las ropas ensangrentadas y los ojos

abiertos, muy cerca de donde yacía Anna. Dos almas oscuras unidas para siempre. Tal para cual.

Will me abrazó protector y comprobó que Nina seguía durmiendo sin percatarse de nada.

—Tendremos que llamar a la policía —comenté temblorosa.

—Ayúdame, la trasladaremos a nuestra habitación. Cuantas menos explicaciones, mucho mejor.



## **Vuelta a casa**

*El día que naciste, los ángeles se reunieron  
y decidieron crear un sueño hecho realidad.*

***Closet o you (Carpenters)***

## **Will**

Conforme a todos los listados de la Interpol, manipulados por la gente de la resistencia, Lord Sirius Malcom era responsable e instigador de la tentativa de atentado terrorista en Manhattan. Tal hecho y la ausencia de reclamaciones en su favor pese a su alta alcurnia, sumados a la circunstancia de que Anna Dalton figurase en la lista de los más buscados acusada de asesinato también en Manhattan, facilitó la clausura del expediente de sus muertes sin demasiado alboroto. Se probó la muerte del hijo del aristócrata y su relación con Anna, de modo que todo se redujo, versión oficial, a un ajuste de cuentas entre ambos delincuentes con trágicos resultados.

Martin llegó a Londres muy entrada la mañana, cuando Nina ya era nuevamente dueña de sus actos y apenas acertaba a creer todo lo que tuvo lugar en su habitación, junto a su cama, mientras dormía. Gracias a que la



mantuvimos al margen de los incidentes, nadie la llamó a declarar ni tuvo que pasar por el trance de un interrogatorio frente a la policía.

Las entradas habilitadas a los túneles se clausuraron por peligro de derrumbe y la actividad clandestina del subsuelo de Londres quedó interrumpida sin fecha ni esperanza de restauración. Al menos de momento.

La congregación de fanáticos que viajaron desde Londres a Nueva York para asistir a la apertura del portal, fue detenida e interrogados y en su mayoría fichados sus componentes, por sospechas de vínculo con grupos terroristas. Durante un tiempo, si eran prudentes, se mantendrían quietecitos sin intentar ninguna locura.

En el hospital, Dante salía del área de peligro aunque aún necesitaba tiempo hasta una total recuperación. Amber y Liam parecían haber congeniado muy bien en aquellos pocos días y con solo verlos juntos, detecté una fuerte conexión entre ellos que me alegró el corazón. Nunca se sabe. Yo me marchaba sin intención de volver, y no era plato de gusto abandonarla en Londres después de todo lo que había hecho por nosotros. Que Liam la acompañase y ella a él, resultaba tranquilizador.

El día que Martin, Nina, Stella y yo regresábamos a Nueva York, nos reunimos en un restaurante para despedirnos. El recuerdo de la pequeña Sybilla estaba presente en nuestros corazones y durante mucho rato, todas las conversaciones giraron en torno a ella, a lo que había sacrificado por salvarnos.

—Liam tenía pensado adoptarla —explicó Amber retorciéndose las manos con consternación.

—Hubiese sido una chica feliz, no me cabe duda —convine sintiendo cierto orgullo por él. Tenía la mano de Stella entre las mías y sin querer la apreté con afecto.

—Siempre quise formar una verdadera familia —dejó caer el médico con tristeza—. Habría estado bien. Por los dos.

—Eres muy joven, Liam, tienes toda la vida por delante para crear tu propia familia, no desesperes —lo animó Stella con una dulce sonrisa.

Los ojos de todos volaron de soslayo hacia Amber y la mulata enrojeció hasta las orejas. Nadie hizo el menor comentario, pero todos pensamos al mismo tiempo que hacían buena pareja y que con el tiempo y las heridas convenientemente curadas... ¿quién sabía?

La inspectora carraspeó azorada y rompió aquel hielo tan denso con una pregunta trivial.

—¿Qué planes tenéis para vuestra vida en adelante?

—En cuanto arreglemos la documentación de Stella, Nina y yo nos marcharemos a dar la vuelta al mundo —respondió Martin perdido en los ojos verdes de su chica—. No quiero pararme a pensar un solo minuto en todo esto que ha pasado. Olvidarlo cuanto antes será el objetivo.

—Con semejante diversión por delante no creo que os resulte demasiado complicado —rio Liam—. ¿Vosotros les acompañáis?

—Me temo que no de momento —aclaró Stella.

—El sueldo de un policía no permite demasiadas extravagancias —puntalicé con amargura.

—El problema no es el dinero, cariño, soy yo. Quiero volver a nuestro apartamento, a Brooklyn, y acostarme y levantarme oyendo los molestos ruidos de la calle, pasar calor y luego frío porque los radiadores se atascan, oír música a todas horas, cocinar, beber, brindar, discutir, engordar... todas las cosas cotidianas que hace la gente viva. Me arrebataron todo eso de la noche a la mañana y os juro que pienso recuperarlo sin perderme un gramo de placer terrenal.

La pasión con la que Stella entonó su discurso nos arrancó una sonrisa a todos. Empezar de nuevo, qué atractivo panorama. No pedíamos nada extraordinario, solo respirar y despertarnos juntos por la mañana, abrazados, amándonos.

Nueva York nos recibía con los brazos abiertos mientras Londres limpiaba con trabajo su mal recuerdo.

No quisimos pasar por el apartamento de Stella, ni por la calle siquiera; de algún modo, aquel espacio contenía significados abrumadores que ni ella ni yo estábamos listos para soportar. Tantas noches refugiado allí, llorando sin consuelo su marcha, con una foto suya entre los temblorosos dedos, sintiéndome perdido, sin intención ni ganas de seguir vivo. Pese a que mi cuchitril en Brooklyn hubiera conocido el duelo incluso en mayor medida, también atesoraba nuestras risas, sueños, planes de futuro, nuestras noches de amor. Y tras un vuelo en el que no hablamos, solo enlazamos nuestros dedos al ocupar los asientos y nos miramos a los ojos, dando en silencio las gracias porque todo hubiese acabado, agotados y rotos después de tanto, tomamos un

taxi que nos llevó directos a casa.

A casa.

Volvíamos a empezar, no bastaba con retomarlo allí donde se quebró.

Y apenas podía creerlo.

Traté de encajar la llave en la cerradura pero lo único que mi pulso tembloroso consiguió fue que se cayeran al suelo. Stella fue más rápida que yo en agacharse a recogerlas.

—Lo siento —musité, no supe si avergonzado.

Ella en lugar de responderme, sonrió. Y esos hoyuelos adorables que se le formaban en las mejillas y donde yo siempre le decía que podría perder un dólar de plata, me recordaron que aquello no era una alucinación. Sin embargo... la tensión de escapar de la pesadilla en Londres, nuestra lucha incesante por salvar la vida y mis intentos por no volver a perderla, eran como si hubiesen prolongado el estado de shock en el que entré al reencontrarla y no me hubiera permitido tomar conciencia plena de la situación. Ahora, poco a poco, reaccionaba.

El olor familiar que invadió mi olfato al empujar ella la puerta, me contó mil historias desdichadas. El nudo en la boca del estómago creció, se hizo más denso y alcanzó la garganta. Apenas si podía respirar o contener las lágrimas. Miré a Stella queriendo saber si ella sentía lo mismo.

—En casa.

—Si me hubieran dicho que después de lo que pasó volvería aquí contigo, no lo habría creído —susurró con un hilo emocionado de voz.

La miré directamente a los ojos. Tenía tanta necesidad de aliviar aquella presión del pecho, una congoja que solo se desbordaría con el llanto profundo.

—Tienes tanto que contarme...

—Lo siento, me temo que estoy teniendo una visión de lo que pasará en las siguientes horas —pestañee casi asustado. Stella dio un paso adelante y coló los dedos por dentro del cuello de mi jersey. Los movió en una dulce caricia y a continuación, me obligó a despojarme del anorak— y no es precisamente la de una aburrida charla...

Tiró de mi jersey y me lo sacó por encima de la cabeza. El corazón empezó a martillearme en el pecho, chocando contra las costillas en cada latido. Mi entrepierna confabulando con mi chica, aparcando cualquier emoción que no fuera el deseo en su acepción más pura y lujuriosa.

—Nos veo... —se mordió el labio inferior en un mohín provocativo que

me disparó la temperatura. Sus manos destruyeron el bloqueo de los botones de mis vaqueros y en menos de tres segundos me tenía desnudo y a su completa merced— revolcándonos como auténticos salvajes.

—Nena...

Francamente, estaba comportándome como un patán, pero es que la intensidad de mis sentimientos era mucho más fuerte que yo. Ella tomó mis manos y las colocó sobre sus caderas. Sentir las curvas de su cuerpo tan amado bajo mis yemas húmedas, me hacía perder por completo la razón. Stella se apretó contra mí y acercó la boca a mi oído.

—Cariño, estás temblando.

El roce de su aliento descendió peligroso por mi cuello.

—Lo siento. Seguramente no es lo que esperas, no sé qué me pasa...

—Will... tráeme a la vida. Ahora en serio y para siempre, tráeme de vuelta.

Tiré de ella y asolé su boca sin pensarlo un solo segundo más. Si lo hacía corría el riesgo de desmoronarme aplastado por todo lo que sentía por ella y mi todavía batalla contra la incredulidad. Despaché su ropa a una velocidad casi irrespetuosa sin dejar de besarla, de beberme gota a gota el aroma de su piel. Mis dedos escépticos recorrieron ansiosos su carne buscando una confirmación tan brutal de su presencia, que no cupiese la duda. Las fuerzas no terrenales contra las que habíamos luchado eran las mismas que la habían traído de vuelta y no era un espejismo, era ella, Stella, la misma a la que robaron la vida entre mis brazos y, ya no se marcharía de nuevo.

La empujé de espaldas hacia el dormitorio, hacia mi cama, la misma donde nos habíamos amado sin descanso y donde la añoré hundido en la desesperación. Íbamos a sembrarla con nuevos suspiros, nuevos jadeos, mucho más placer. La tumbé despacio sin separar mi boca de la suya y me dejé caer con suavidad encima. Giramos envueltos en un abrazo febril y mi miembro hambriento tomó por fin las riendas de una situación que amenazaba con dejarme en ridículo.

—Te amo, no imaginas cuánto. —Mordí el lóbulo de su oreja, lamí su largo cuello y sentí cómo se estremecía bajo mi peso.

—Vas a tener toda la vida para demostrármelo. Y créeme, exigiré que lo hagas. Cada mañana, cada tarde y cada noche.

Levantó las caderas y las pegó a mi pubis pidiendo lo que me resistía a darle con tanta facilidad. Mi mente perturbada había planeado horas de

preliminares y caricias sin fin en un comienzo que no estaba haciendo falta. Ardíamos, el latigazo del deseo desplazaba mis temores y despertaba mi lado más salvaje e indómito. Mi yo carnal entregado de un modo absoluto a la pasión de gozarla. La boca se me inundó con las ganas de besarla ahí, en lo más íntimo. Alargué la mano y a tuestas abrí el cajón de la mesilla y rebusqué dentro. Tiré de una corbata enrollada y al cazar su gesto, entendí que no era lo que Stella esperaba.

—Pensé que buscabas condones... No hacen falta, no pienso cuidarme...

No despegué los labios. Tomé sus muñecas, las rodeé con la tira de seda, las alcé por encima de su cabeza y la aseguré con un nudo al cabecero de la cama. Stella sonrió maliciosa.

—Qué perverso.

—Así no te marcharás nunca, así me aseguro —musité.

—Tócame.

—Haré mucho más que tocarte, nena. Tenlo claro.

Me escabullí desde su pecho adorable a mi lugar favorito entre sus piernas, allí donde podría anidar y morir embriagado por su olor. Rocé sus muslos sedosos para separarlos y abrirle hueco a mi boca ávida contra su sexo. Separé los labios con la lengua y antes de posarla sobre ese nudo endurecido que la catapultaría al éxtasis, la oí gemir. Contuve una erección tan potente como dolorosa prometiéndome a mí mismo que el premio llegaría en nada. Deslicé las manos por debajo de su trasero para atrapar sus glúteos y acomodé su cadera a mi altura. El manjar que no pensé volver a saborear, la sensualidad de una piel tan fina como deliciosa, la respuesta de su feminidad en forma de humedad constante.

Y aquel jadeo suyo... Me estaba volviendo loco.

La llevé al orgasmo con un mordisqueo impaciente y con su sabor entre los labios me incorporé dispuesto a no conceder treguas. Aún sus piernas se mantenían separadas para mí, recibiendo mis osadas caricias, mi miembro sediento que penetró sus entrañas conquistando el reino más deseado. Su vientre y el mío juntos, enredados, la piel contagiada del fuego, erizada, convertida en mapa simultáneo de un millón de sensaciones. Hundí la cara entre sus pechos notando como ella se sujetaba a mi espalda, clavando en mi carne las yemas de los dedos. Embestí tratando en vano de controlar unas manos que volaban de arriba abajo por el lateral de su cuerpo, buscando aprenderse de memoria sus rincones. De nuestras gargantas brotaron los

últimos gemidos, los más emocionados, los reservados para ese final en el que todo estalla, asciende y se convierte en... ¿luz?

Diez minutos más tarde, fingíamos calmarnos, escuchando el latido apresurado de dos corazones a punto de reventar. Ella apoyada sobre mi pecho, su pelo junto a mis besos.

—No sé vivir sin ti, Stella. No sé hacerlo. Fui un cretino al pensar que podría.

—Porque eres el hombre de mi vida y yo la mujer de la tuya.

—En el instituto no pensabas eso —la importuné medio en broma.

—Desde que nos reencontramos a mi vuelta a Manhattan, desde que me miraste a los ojos... Fue un chasquido dentro, muy hondo. ¿Cómo pude pasar frente a ti tanto tiempo y no verte? ¿Cómo pude?

Solté una risita sorda y abochornada.

—¿Te refieres a nuestra absurda adolescencia?

Ella peinó mi cabello con los dedos y una sonrisa bailándole en la comisura de los labios.

—Al momento mismo en que te asomaste a mi vida. Yo sí que fui una idiota, cuánto amor perdido.

—Stella...

Ahí me quedé. Frenado. Sin atreverme a rematar una frase que podía traer mucho dolor si se respondía. Ella me animó con un arqueado de cejas a que continuara.

—Qué... ¿qué recuerdas? ¿Qué sentiste?

Suspiró queda, se removi6 algo inquieta y volvió a acomodarse entre mis brazos, con la mejilla contra mi pecho y la punta de los dedos jugueteando con mi vello.

—Nada. Ni siquiera miedo. Solo oscuridad y desesperación por no poder despedirme. Y un dolor agudo en el cuello que enseguida desapareció. Lo siguiente fue verme sobre aquella losa helada en la sala de la Consagración, el olor a incienso quemado, el rumor de los cánticos lejanos, como amontonados en mi memoria.

—¿Y las visiones?

—Me trajeron algo de información sobre lo ocurrido, Lord Malcom y su decisión de trasladarme a Londres para sus abominables fines, las razones por

las que desecharon el cuerpo de mi hermano Stefan...

—En realidad era un Forrester.

—Lo sé, el hermano mayor de Martin. Quién lo habría dicho.

—Lo secuestraron con solo dos años. Y se pasaron la vida utilizando a la señora Forrester con la promesa de devolverle a su hijo.

Stella se estremeció con violencia.

—Me cuesta creer que mis padres apoyaran algo tan sórdido. Me alegro de que estén muertos para no tener que preguntarles.

—Hay mucho fanatismo en esta historia. Creo que es su mejor herramienta, la más valiosa cuando se trata de manipular voluntades.

—Nunca en toda mi vida sospeché nada. ¡Dios, qué ciega estuve!

Besé su sien y la estreché contra mi cuerpo. Quería dárselo todo y en ese todo incluía la paz, la serenidad y la calma que hasta entonces se nos habían negado.

—Ya no están, tendrás que perdonarlos. Todo acabó.

—Cuánto daño innecesario, cuántas muertes, Will. Cuánta maldad. ¿Crees que seguirán adelante con sus planes de conquista?

Me encogí de hombros, prefería no pensarlo siquiera.

—Tendrán que reorganizarse primero. Hoy por hoy son una bestia sin cabeza. La pretendida operación antiterrorista del ejército americano en Hellgate y nuestros destrozos en el laberinto bajo el suelo de Londres, han asestado un golpe mortal a su podrida causa. Ojalá no volvieran a encontrarse el cerebro jamás.

La boca de Stella se paseó por mi piel, mis pezones, mi cuello y mi mejilla rasposa, frotándose contra mis piernas, ronroneando como una gatita mimosa. Tenía razón, era nuestro momento, nuestro futuro, el que aún habríamos de construir. No merecían que les dedicásemos ni un solo segundo de atención. Que se fueran al infierno, de donde seguramente habían venido.

Crucé con ella una mirada plena de significados y ninguno decente, por cierto. El amor se mezcló con el deseo y me quemó los huesos.

—¿Tienes hambre ya o... te apetece que... sigamos?



## Epílogo

*Cariño, solo toma mi mano.*

*Sé mi chica, yo seré tu hombre.*

*Veo mi futuro en tus ojos.*

***Perfect (Ed Sheeran)***

## Stella

Todos se han marchado ya, qué alivio. No es que deteste las visitas, todo lo contrario, y menos las de la familia. Los niños siempre alegran con sus gritos y correteos cualquier jornada pero Will se agota y no me gusta ver cómo palidece a medida que pasan las horas, esforzándose por ser paciente y entreteniéndolos. Nuestro hijo mayor Will, le pusimos el mismo nombre que su padre, se ha encargado de la barbacoa. Nuestra hija pequeña y nuestras dos nueras han preparado ensaladas, emparedados y pasteles. Y nuestro hijo mediano, como es costumbre en él, se ha pasado el día enganchado al ukelele amenizando la fiesta. Somos, hemos sido una gran familia.

En los cincuenta años que Will y yo llevamos juntos, mis visiones no



me han abandonado. Ni un solo día. Unas veces son nítidas, tan claras como mirar por una ventana el paisaje iluminado por el sol. Otras, es más una certeza absoluta apoyada en una imagen brumosa apenas definida.

Por eso sé que será esta noche.

Esta noche la Parca vendrá a por Will, a llevarse su alma inmortal a otra dimensión, esa de la que yo procedo. El plano sutil del que regresé por amor. De nada vale que las crónicas sobre los no muertos ensalcen el valor de la venganza como revulsivo para nuestro retorno. A mí me importaba el amor de Will infinitamente más que cualquier venganza. Así, sabiendo como sé que soy libre para decidir mi marcha desde esta tercera dimensión cuando lo desee, la abandonaré esta noche, a su lado, de su mano; me iré con él. No quiero permanecer en esta tierra ni un solo segundo sin mi marido, sin mi amor, sin el hombre que prometió dárme todo y cumplió con creces.

Hemos sido felices hasta no poder más. La eterna pregunta sin respuesta que nos amordazaba el corazón, si yo volvería a irme sin explicación, tal y como regresé, hizo de nuestras horas juntos una eterna despedida, una noche que siempre podía ser la última, una alerta capaz de avivar las llamas de la pasión hasta lo insoportable. La simple posibilidad de perdernos, de no tenernos más, convirtió nuestros encuentros en algo indescriptible. Cada beso en una hoguera. Cada simple roce de nuestras manos en un escalofrío sin final. Nadie es dueño de su destino, ni siquiera nosotros, pero tampoco nadie lo ha gozado de este modo.

La escena de nuestra partida se viene repitiendo con irritante constancia en mi mente, ya he debido de verla mil veces. No me angustia, es la hora, Will está cansado, estos viejos cuerpos nuestros han dado de sí cuanto podían y ha sido hermoso poder pasar esta última jornada rodeados por nuestros hijos, los hijos de nuestros hijos, el olor a carne jugosa, las risas, los *“abuelitos cuánto os queremos”* y la melodía del ukelele. Ha sido bonito. Ellos no lo saben, Will tampoco, pero yo sí. Ha sido la despedida y he logrado mirarlos a todos y cada uno de ellos directamente a los ojos unos segundos, para transmitirles todo el amor que atesoro en mi alma. Ese tipo de amor que no se apaga aunque te marches, porque es perenne.

Salgo al porche de nuestra casita en Coney Island. La compramos cuando Will se retiró de su trabajo como policía y pudimos refugiarnos en la calma de una vida más tranquila, lejos de sirenas, llamadas a deshoras y sobresaltos. Está donde lo dejé, sentado en su mecedora con la mirada puesta en la luna. Sus ojos continúan siendo tan azules y vivaces como cuando era

un muchacho.

—¿Te preparo un té antes de acostarnos, cariño?

Gira hacia mí su atención colgada del cielo y sonrío. Su rostro está lleno de dulces arrugas que besaría una a una.

—Mírate. Estás preciosa.

—Adulador... ¿Qué tal ese té?

—Me quitará el sueño.

—Nada de eso, gruñón. Te sentará genial, te ayudará con la digestión y también a dormir.

Se lleva la mano al estómago y yo me quedo de pie, con las manos apoyadas en las caderas, dudando entre irme a la cocina a preparar la tetera o sentarme a su lado a disfrutar de la apacible noche.

—Me he pasado comiendo.

—Bueno, un día es un día.

—Tengo pendiente una visita al doctor, si se lo cuentas me regañará, seguro.

Se me escapa una risita.

—No sé qué temes, apenas si le haces caso, pobre hombre. Voy a preparar ese té. No te me escapes.

—Ni pensarlo, mi bella dama. Estas ancianas piernas no son como las tuyas, no serían capaces de recorrer ni un cuarto de milla.

—¿Como las mías...?

—Cuando vamos a la ciudad, si salimos a la calle... no creas que no me doy cuenta, la gente nos mira. Pensarán que soy tu padre.

Me detengo a mitad de camino. Ya estamos de nuevo.

—¿Qué van a pensar esas cosas? ¿Otra vez presumiendo de viejo?

—Tengo casi ochenta años sobre la espalda y tú apenas si aparentas cincuenta —suspira con melancolía. Es cierto, envejezco lentamente. Pero solo en el exterior. Prefiero tomármelo a broma.

—Eso es porque me maquillo con esmero y tú me miras con los ojos del amor.

—Los únicos que tengo si se trata de ti. Al diablo con ese té, siéntate aquí muy cerca.

Lo hago sin dudar.

—¿Ves? Por eso te amo y te amaré mientras vivamos —le aseguro.

Me rodea los hombros con su brazo, me atrae hacia sí y me besa el pelo. Es una caricia que tiembla como un pajarito asustado.

—Haces que suene a para siempre, a eterno, a un amor que no se acaba.

—Es que no se acabará si nosotros no decimos basta.

—Nena, cuando llegue la hora...

Unimos las manos, enlazamos los dedos. Su piel áspera y plegada sigue dando calor a la mía.

—Cuando llegue la hora me iré contigo a donde quiera que el destino decida llevarte. No entiendo de dimensiones, Will, solo sé que fui y regresé porque ni lo infinito era suficiente sin ti a mi lado. Dicen que fue la necesidad de vengar la maldad, la que me arrancó de las garras de la muerte, pero no lo creo. Tú me conoces, en mi vida he sido una mujer rencorosa, ese sentimiento jamás tendría la fuerza necesaria como para traerme desde el otro lado. Pero tú... tú sí, tú sin lugar a dudas. Y cuando quieras descansar, cuando decidas que ya tienes suficiente de esta tierra, esa luna, del aire azul, de nuestros hijos y nietos que ya tienen su vida... nos iremos. En silencio, sonriendo, cogidos de la mano como ahora.

Un suspiro ha escapado de entre sus labios. Un suspiro que es toda una declaración de intenciones. Se acerca el final. Silencioso, de puntillas. Ese final que Will no espera.

El lazo entre nuestras manos se aprieta, me acurruco contra su cuerpo frágil que empieza a perder calor. Él ha cuidado de mí todos estos años mientras yo menguaba extrañamente despacio. Es justo que ahora sea yo quien lo proteja, se lo debo, quiero hacerlo.

—Will...

—¿Cariño?

—¿Qué crees que hay... al otro lado?

—¿Contigo o sin ti?

—Conmigo. Siempre juntos.

—El jodido Paraíso, nena.

No puedo contener la risa. Es un John Wayne que se mantiene en pie, duro y envejecido pero todavía sexy y atractivo.

—Me gustaría tener treinta años menos para hacerte el amor cada noche como mereces.

—Me has dado munición de sobra todas estas décadas, vaquero, la tengo acumulada y a buen recaudo.

—¿Eso significa que ya no quieres?

—Significa que no necesito ese tipo de amor carnal para seguir prefiriéndote por encima de todas las cosas.

Se toma unos segundos de respiro. De repente su respiración se hace más costosa, es como si acabara de correr un trecho a buen ritmo.

—Creerás que es una memez viniendo de un viejo decrépito...

Finjo escandalizarme.

—¿De quién hablas?

—De un viejo decrépito como yo —recalca— pero aún te deseo. A cada paso que dan tus benditas caderas, enloquezco.

—Eso está bien, esposo.

—¿Bien? Es una tortura china.

Nos reímos juntos. Will, que nunca resaltó por su sentido del humor, ha ido convirtiendo con el paso de los años esa acidez suya, en una comicidad negra muy particular, que solo algunos entendemos. Juntos miramos la luna.

—¿Bonita, verdad? —comento por el simple placer de romper el silencio. Ya queda poco.

—No tanto como tú, nena. Nada brilla al nivel de tus ojos. Estoy... cansado.

—Lo sé, amor.

—Muy cansado.

—Hemos tenido una buena vida ¿no te parece?

—Ya lo creo.

—Cerremos los ojos y pensemos en algo estimulante.

Obedece como un niño pequeño. Sin dejar de abrazarme. Yo me aseguro de que sus párpados se aprietan y me dispongo a imitarlo.

—Tú, yo, algunas palmeras, una playa desierta de arena dorada...

—Mmmm... continúa.

—El rompeolas acariciándonos la piel...

—¿Estamos bebiendo algo?

—Yo solo tus besos.

—Con la edad te has vuelto un romántico, amor.

—Siempre fui un romántico —afirma muy despacio—. Torpe para demostrarlo pero en el fondo...

—Te quiero.

—Yo te quiero más.

Son nuestras últimas palabras. Nos vamos juntos, en paz, enredados en un abrazo eterno, unidas nuestras manos, mi cara apoyada contra su pecho aún fuerte.

Bienaventurados los que logran conocer el amor real. El mejor regalo que puede darte esta experiencia, a veces extraña, que es la vida.

**FIN**